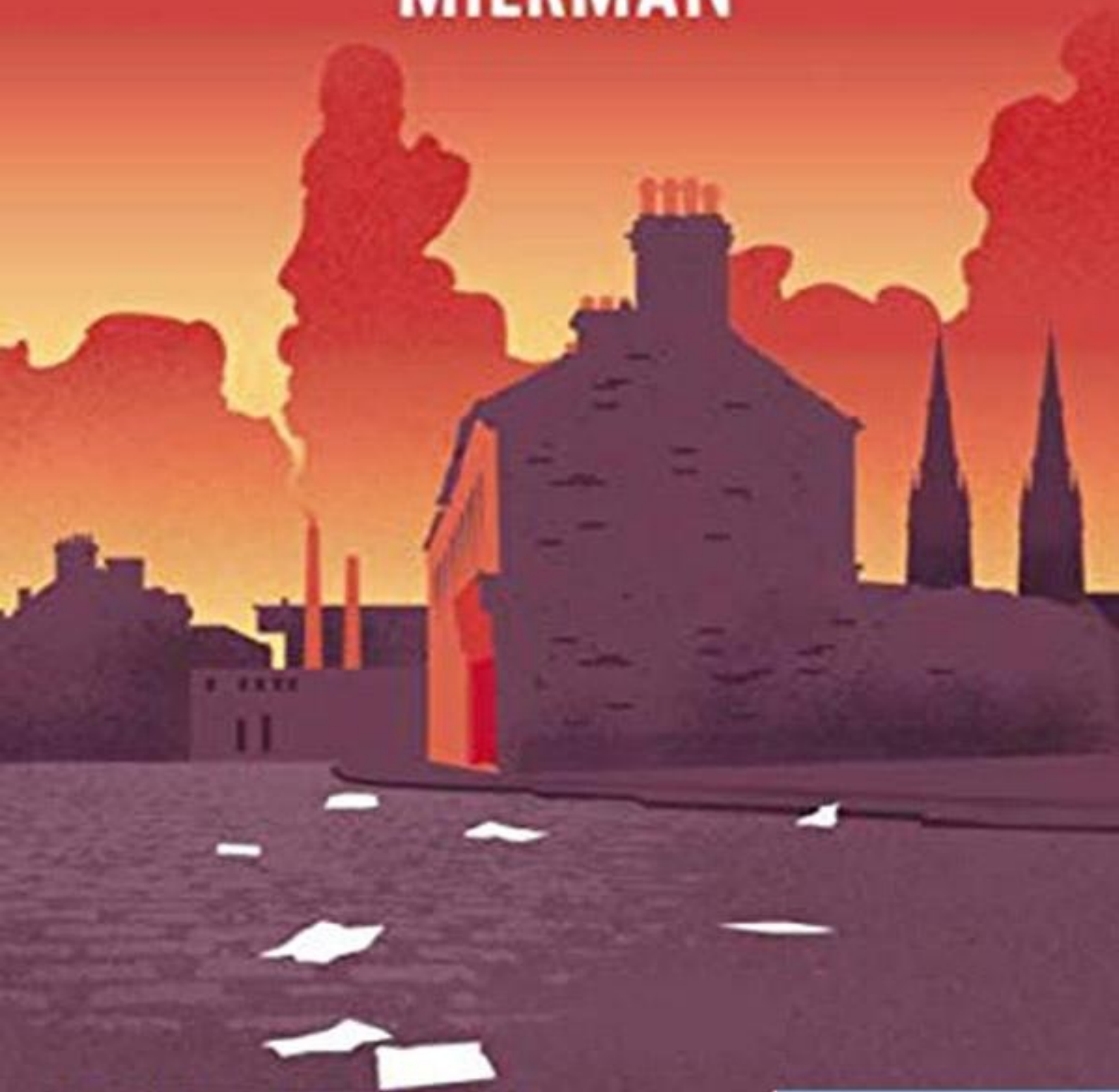


Anna Burns

MILKMAN



Lectulandia

PREMIO MAN BOOKER 2018 GANADORA DEL NATIONAL BOOK
CRITICS CIRCLE AWARD 2019

En esta ciudad anónima, ser interesante es peligroso. La hermana mediana, nuestra protagonista, se empeña en evitar que su madre descubra a su posible novio y en no dar explicaciones sobre su encuentro con el lechero. Pero en cuanto el primer cuñado descubre su situación y hace correr el rumor, la hermana mediana se vuelve «interesante». Lo último que ella quiere. Porque ser interesante implica que te presten atención y eso es peligroso.

Milkman es una historia de rumores y habladurías, de silencio y sordera intencionada en la época álgida del conflicto de Irlanda del Norte. Es la historia de una inacción con grandísimas consecuencias.

El presidente del jurado, el filósofo anglo-ghanés Kwame Anthony Appiah, resaltó que la novela está ligada con el movimiento Me Too, que critica las agresiones y el acoso contra mujeres.

Anna Burns

Milkman

ePub r1.0

Titivillus 02.11.2019

Título original: *Milkman*
Anna Burns, 2018
Traducción: Maia Figueroa Evans

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Katy Nicholson, Clare Dimond y James Smith

1

El día que fulano de tal me apuntó al pecho con una pistola, me dijo que daba asco y amenazó con pegarme un tiro fue el mismo día que murió el lechero. Se lo cargó una de las brigadas del Estado, y a mí que matasen al tipo me dio igual. A otros sí les importó, y algunos de ellos eran esos que, como se suele decir, me conocían de vista pero no de hablar conmigo, aunque hablasen de mí porque ellos mismos (o, mejor dicho, el primer cuñado) habían hecho circular el rumor de que yo estaba liada con ese lechero, de que yo tenía dieciocho y él, cuarenta y uno. Yo sabía los años que tenía el hombre, no porque le hubieran pegado un tiro y hubiese salido en los medios, sino porque antes de eso, durante meses antes de que lo mataran, la gente, los del rumor, habían hablado de que cuarenta y uno y dieciocho era asqueroso, que veintitrés años de diferencia era asqueroso, que él estaba casado y yo no debía meterme donde no me llamaban, porque había un montón de personas discretas de las que pasaban inadvertidas a las que bien había que echarles un ojo. También había sido culpa mía, al parecer, lo del lío con el lechero. Aunque yo no tenía un lío con el lechero. No me caía bien, y su insistencia y los intentos de tener un romance conmigo me asustaban y me confundían. El primer cuñado también me caía gordo. Entre sus compulsiones estaba inventarse cosas sobre la vida sexual de los demás. Sobre mi vida sexual. Cuando yo era más pequeña, cuando tenía doce años y él apareció en un momento de debilidad de mi hermana mayor porque ella había cortado con su novio de hacía años que la había engañado, este tipo nuevo la dejó embarazada y se casaron de inmediato. En cuanto me conoció, empezó a hacerme comentarios vulgares sobre la almeja, la raja, el higo, la chona, el conejo, la chirila, el bisílabo; y usaba palabras, palabras sexuales que yo no entendía. Él era consciente de que yo no las comprendía, pero también de que sabía lo suficiente para pillar que iba de sexo. Eso le gustaba mucho. Tenía

treinta y cinco años. Doce y treinta y cinco. Otros veintitrés años de diferencia.

Así que hacía sus comentarios sintiéndose con derecho a ello, y yo no decía nada porque no sabía cómo responderle a una persona así. Jamás soltaba nada cuando mi hermana estaba delante, pero siempre que ella salía de la habitación, se le encendía un interruptor dentro. Lo bueno es que no me intimidaba físicamente. En esa época, en aquel lugar, la violencia era la vara de medir que todo el mundo usaba para juzgar a los que los rodeaban, y a él se le veía que no era así, que no actuaba desde esa perspectiva. De todos modos, su naturaleza depredadora me paralizaba. Resumiendo, él era un mierda y ella estaba fatal por culpa del embarazo, por seguir queriendo a su novio de hacía años y, además, no daba crédito a lo que él le había hecho y no se fiaba de que no la echase de menos, aunque no la echaba de menos. Y ya estaba con otra. Mi hermana mayor no veía al hombre que tenía en casa, no veía al hombre mayor con el que se había casado a pesar de ser demasiado joven, y demasiado infeliz, y de estar demasiado enamorada (y no de él) para estar con él. Dejé de visitarla por muy triste que estuviera porque no podía soportar las palabras y las caras que ponía el primer cuñado. Seis años después, mientras él aún intentaba rascar algo conmigo y con mis demás hermanas mayores, cuando las tres lo habíamos rechazado (de forma directa o indirecta, con educación o con un «vete a tomar por el culo»), el lechero apareció en escena de la nada, sin que tampoco nadie lo invitase, aunque él era mucho más amenazador, mucho más peligroso.

Yo no sabía de quién era lechero. Nuestro no. No creo que fuese el lechero de nadie. No cogía pedidos. Nunca cargaba con leche, ni siquiera hacía el reparto. Además, tampoco llevaba una camioneta de lechero, sino que iba en coche, coches diferentes, a menudo muy cantones, aunque él no fuese de llamar mucho la atención. Aun así, debo decir que yo no reparé en él ni en sus vehículos hasta que empezó a pasearse delante de mí con ellos. Luego estaba esa furgoneta: pequeña, blanca, anodina, cambiante. De vez en cuando también se lo veía al volante de esa furgoneta.

Apareció un día en uno de sus coches mientras yo iba andando y leyendo *Ivanhoe*. A menudo caminaba leyendo libros. Yo no le veía nada malo a esa costumbre, pero se convirtió en una prueba más en mi contra. «Lee mientras anda» no faltaba en la lista.

«Tú eres una de las crías de los tal, ¿verdad? Sí, mengano de cual era tu padre. Tus hermanos este, ese, el otro y el de más allá jugaban en el equipo de *hurling*. Sube, que te llevo».

Lo había dicho como si nada, y la puerta del copiloto ya se abría. Yo iba leyendo y me sobresalté, no había oído el coche. Tampoco había visto nunca al hombre que estaba al volante. Se había inclinado hacia mí y me miraba con una sonrisa, amable y muy atento. Pero para entonces, con dieciocho años, lo de las sonrisas, la amabilidad y la atención me hacía saltar las alarmas. No era porque se ofreciera a llevarme, porque los que tenían coche acostumbraban a parar y ofrecerse a llevar a los que pasaban por allí: en aquella época los coches no abundaban y el transporte público era intermitente por las amenazas de bomba y los secuestros de vehículos. Puede que entonces ya se supiera lo que significaba ir en coche muy despacio junto a la acera, pero no se veía mucho. Desde luego, yo nunca lo había visto. En cualquier caso, yo no quería que me llevara a ninguna parte. Eso hablando en general. Me gustaba andar; andar y leer, andar y pensar. Pero, en particular, no quería subirme al coche de ese hombre y no sabía cómo decírselo, pues él no había sido desagradable y conocía a mi familia, que para algo había mencionado las credenciales, a los varones de la casa, y no podía ser grosera cuando él no lo había sido. Así que dudé, o me quedé helada, cosa que era descortés. «Prefiero andar —le dije—, estoy leyendo». Y le enseñé el libro, como si *Ivanhoe* pudiera explicar la caminata, la necesidad de ir a pie. «Puedes leer en el coche», contestó él, y no recuerdo qué más le dije. Al final, él se rio. «No pasa nada, tampoco te preocupes. Disfruta del librito», cerró la puerta del coche y se marchó.

La primera vez, eso fue todo lo que pasó, pero ya surgieron rumores. Mi hermana mayor vino a verme porque la mandó su marido, el cuñado que para entonces tenía cuarenta y un años. Su deber era informarme y alertarme. Me dijo que me habían visto hablando con el tipo.

«Vete a la mierda —le dije—. ¿Qué significa que me han visto? ¿Quién me ha visto? ¿Tu marido?».

«Más te vale que me escuches». Pero yo no quería escuchar; por él y su doble rasero, y porque ella le hacía caso. Aún no me había dado cuenta de que la culpaba a ella, de que llevaba tiempo culpándola a ella por las cosas que él llevaba tanto tiempo diciéndome. Tampoco sabía que le tenía tanto rencor por haberse casado con él cuando ni lo quería ni podía respetarlo de ningún modo, porque debía de estar al tanto (¡cómo no verlo!) de todo lo que él se apañaba para hacer por su cuenta.

Ella insistió, intentó aconsejarme que me comportase, advertirme que sería peor para mí, que de todos los hombres con los que... Pero yo ya estaba harta. Me puse como una fiera y empecé a soltar reniegos, porque a ella no le

gustaban las palabrotas y era la única manera de hacer que se marchase. Entonces le grité por la ventana que si ese cobarde tenía algo que decirme, que viniera a decírmelo a la cara. Y fue un error: dejarme llevar por las emociones, permitir que me viesan y me oyeran así, gritando por la ventana, por la calle, dejarme arrastrar. Casi siempre conseguía no caer tan bajo, pero estaba furiosa. Había acumulado mucha rabia contra ella por ser la mujercita, por hacer siempre todo lo que él le decía, y también contra él, por tratar de contagiarme su ruindad. Noté que me empecinaba, que me subía el nivel de métete en tus asuntos. Por desgracia, cuando eso ocurría, me obstinaba, me negaba a aprender de la experiencia y acababa tirando piedras sobre mi propio tejado. En cuanto al rumor sobre el lechero y yo, lo desestimé sin ni siquiera tomarlo en cuenta: en la zona siempre se había dado una intromisión generalizada e intensa. La marea traía los chismes y luego se los llevaba, iban y venían, y al final la gente buscaba otro blanco. Así que no presté atención al romance con el lechero. Entonces él apareció de nuevo: esta vez a pie, mientras yo corría por la carretera de los parques y los embalses.

Estaba sola y no iba leyendo, porque nunca leía mientras corría. Y allí apareció él de nuevo, salido de la nada, corriendo a mi lado, donde jamás había estado. En un abrir y cerrar de ojos, corríamos juntos como si siempre hubiéramos corrido juntos y me sobresalté, igual que me sobresaltaría con cada uno de los encuentros que sucederían con ese hombre, a excepción del último. Al principio él no habló, y yo no podía hablar. Hasta que se dirigió a mí y dijo algo como en plena conversación, como si también estuviéramos siempre conversando. Frases breves, pronunciadas con algo de esfuerzo debido a mi paso, sobre mi lugar de trabajo. Sabía a qué me dedicaba: dónde trabajaba, lo que hacía allí, a qué horas, qué días, que para llegar allí todas las mañanas cogía el autobús de las ocho y veinte, siempre que no lo hubieran secuestrado, y este me llevaba al centro. También declaró que yo nunca cogía ese autobús para volver a casa. Cosa que era cierta. Todos los días de la semana, hiciera el tiempo que hiciese, ya hubiera tiros o bombas, enfrentamientos o disturbios, prefería regresar a pie mientras leía un libro. Ese libro era del siglo XIX, ya que los libros del siglo XX no me gustaban porque el siglo XX no me gustaba. Ahora que lo pienso, supongo que el lechero ya sabía todo eso.

Así que dijo lo que quería decir mientras recorríamos uno de los laterales de la balsa grande. Había otra más pequeña cerca de la zona infantil, un poco más abajo. Miraba al frente mientras me hablaba y no se volvió hacia mí ni una sola vez. A lo largo de ese segundo encuentro, no me hizo ni una

pregunta y tampoco parecía querer respuestas. Yo tampoco habría sido capaz de proporcionárselas, porque me había quedado en: «¿de dónde ha salido?». Además, ¿por qué actuaba como si me conociese, como si nos conociéramos, cuando no era así? ¿Por qué daba por sentado que no me molestaba que estuviera a mi lado cuando sí me molestaba? ¿Por qué no podía yo parar de correr y decirle a ese tipo que me dejara en paz? Aparte de «¿de dónde ha salido?», nada de eso se me ocurrió hasta más tarde, y no me refiero a una hora más tarde. Me refiero a veinte años más tarde. En ese momento, a la edad de dieciocho años y habiéndome criado en una sociedad de gatillo muy fácil donde las reglas del juego eran que si no te infligían violencia física ni te dirigían insultos verbales rotundos ni se producía algo en la vecindad de las miradas ofensivas, no pasaba nada, ¿cómo podía estar yo sufriendo un ataque por parte de algo que no estaba sucediendo? A los dieciocho, yo no acababa de comprender todo lo que constituía un comportamiento invasivo. Tenía cierta noción, una intuición, repulsión por algunas situaciones y personas, pero no sabía que la intuición y la repulsión contaban, no sabía que tenía derecho a sentir aversión, a no soportar a cualquiera y a todo el que se me acercase. Lo mejor que podía hacer en esa época era esperar que la persona en cuestión se diese prisa en decir lo que él o ella deseara decir con la intención de ser amable y amigable, y que se marchase, o marcharme yo, con educación y rapidez, tan pronto como me fuera posible.

Ya en ese segundo encuentro sabía que le atraía al lechero, que él intentaba algo. Era consciente de que no me gustaba atraerlo y de que no lo correspondía. Sin embargo, él no había pronunciado ni una sola palabra que comunicase esa atracción de manera directa. Y tampoco me pidió nada. No me tocó físicamente. Ni una sola vez en lo que llevábamos del segundo encuentro me había mirado siquiera. Además, era mayor que yo, mucho mayor, así que me pregunté si era posible que me equivocara, que la situación no fuese la que yo había imaginado. En cuanto a lo de correr, aquel era un lugar público. Dos grandes parques adyacentes durante el día y un entorno siniestro de noche, aunque de día también tenía su aire funesto. A la gente no le gustaba admitir que la porción diurna daba escalofríos porque todo el mundo quería disponer al menos de un lugar al que ir. Pero el territorio no era mío, y eso quería decir que él tenía el mismo derecho a correr por allí que yo, del mismo modo que los críos de los setenta se sentían autorizados a ir allí a beber alcohol, y otros algo mayores en los ochenta se sentían libres de esnifar cola, y otros aún más mayores en los noventa iban allí a inyectarse heroína, igual que en ese momento las fuerzas del Estado se escondían en el parque

para fotografiar a los renegantes del Estado. También tomaban fotos de aquellos que se relacionaban con ellos, los conociesen de antemano o no, y eso fue lo que ocurrió llegado ese punto. Se oyó un clic justo cuando el lechero y yo pasábamos por delante de un arbusto, y aquel era un arbusto por delante del cual yo había pasado corriendo muchas veces sin que se oyese clics. Era consciente de que en esa ocasión era por el lechero y por su implicación, y por «implicación» me refiero a conexiones, y por «conexiones» me refiero a rebelión activa, y por «rebelión activa» me refiero a «renegante enemigo del Estado debido a los problemas políticos que tenían lugar en la zona». Es decir, que a partir de ahí me tendrían fichada en alguna parte, en alguna foto, como una persona relacionada, antes desconocida, pero ahora sin duda conocida. El propio lechero no hizo mención del clic, a pesar de que era imposible que no lo hubiera oído. Yo lidié con el asunto acelerando el paso para acabar con la carrera y fingiendo que no había oído nada.

Sin embargo, él fue bajando la marcha poco a poco hasta que acabamos caminando. No porque no estuviera en forma, sino porque no era corredor. Correr no le interesaba. Eso de salir a correr alrededor de las balsas donde yo jamás lo había visto corriendo no era por el hecho de correr en sí. No se me escapaba que lo de correr era por mí. Pero me dio a entender que era cuestión de ritmo, que frenaba el paso por el ritmo, aunque yo sabía de ritmo y para mí no se trataba de andar durante una carrera. Aun así, no podía decirlo, pues no podía estar más en forma que aquel hombre, no podía conocer mi propio régimen mejor que él, porque, en este lugar, el condicionamiento de los varones y de las hembras no lo habría permitido. Se trataba de «yo soy hombre y tú, mujer». Es decir, de lo que podías decirle a un chico si eras una chica, a un hombre si eras una mujer o a un hombre si eras una chica; y de lo que no te estaba permitido decir, sobre todo oficialmente, en público o a menudo. Se trataba de las chicas a las que no se toleraba si se pensaba de ellas que no deferían a los varones, que no reconocían la superioridad de los varones e incluso llegaban al borde de contradecirlos; es decir, la hembra caprichosa, una especie insolente y demasiado segura de sí misma. No obstante, no todos los chicos ni todos los hombres eran así. Algunos se reían y esos hombres agraviados les hacían gracia. Esos me caían bien, y el medio novio era uno de ellos. El día que le conté que unos chicos que yo conocía se odiaban, pero aunaban su rabia ante lo escandalosa que era Barbra Streisand, se había reído y había respondido: «Me quieres engañar, no puede ser tan exagerado. ¿Lo dices en serio?», y lo mismo cuando le hablé de los chicos

que se indignaban porque Sigourney Weaver matase a la criatura en esa película nueva cuando ninguno de los hombres de la película había conseguido matar a la criatura, y de los chicos que reaccionaban contra Kate Bush por ser felina y contra los gatos por sus cualidades femeninas, aunque no le conté lo de los gatos que aparecían muertos y mutilados en algunos callejones, hasta el punto de que en la zona ya casi no quedaba ni uno. En lugar de eso, yo había acabado hablando de que la gente aún admiraba a Freddie Mercury siempre que pudiera negarse que fuera mariquita, cosa que hizo que el medio novio posara la cafetera (él y su amigo el chef eran los únicos de entre toda la gente que yo conocía que tenían cafetera), se sentase y se riera de nuevo.

Ese era mi medio novio desde hacía casi un año, con quien quedaba los martes por la noche, algunos jueves por la noche, casi todos los viernes por la noche hasta el sábado y todos los sábados por la noche hasta el domingo. A veces, parecía que salíamos. Otras, no tanto. Algunos de su barrio nos veían como una pareja estable. Aunque la mayoría nos veía como una de esas parejas que no lo eran, una pareja de esas cuyos integrantes se veían de manera habitual, pero que no podían considerarse emparejados de verdad. A mí me habría gustado que estuviésemos emparejados de verdad y salir con él de manera oficial, cosa que en algún momento dado yo le había dicho al medio novio, pero él había contestado que no, que no era lo que yo quería, que debía de haberseme olvidado y que por eso él me lo aclararía: es que ya lo habíamos intentado. Él había sido el chico con quien yo iba en serio y yo la chica con la que él iba en serio; nos veíamos y planeábamos y nos dirigíamos, tal como hacían las parejas de verdad, hacia un objetivo futuro. Pero dijo que entonces me había puesto rara. Que él también se había puesto raro y que jamás me había visto tan asustada. Mientras él hablaba, me vino a la memoria un recuerdo vago de lo que me relataba. Sin embargo, otra parte de mí pensaba: «¿se lo habrá inventado?». Dijo que él había propuesto, por el bien de lo que tuviésemos, que dejásemos de ir en serio, cosa que, según él, no había sido más que un intento por mi parte de «hablar de sentimientos», a pesar de que, a juzgar por cómo me había puesto de rara cuando lo habíamos hecho y dado también que yo hablaba de sentimientos menos aún de lo que él hablaba de sentimientos, yo no debía de creer en semejante cosa. Y me había propuesto que lo mejor sería volver a la zona media de no saber si salíamos o no. Así que eso habíamos hecho, y al parecer yo me había calmado y él se había calmado también.

En cuanto al terreno oficial de lo femenino y lo masculino, y de lo que las mujeres podían decir y lo que jamás debían decir, yo no pronuncié ni palabra cuando el lechero me hizo moderar el paso y, al final, frenar del todo. Una vez más, no me parecía grosero, al menos no de manera intencionada, así que yo no podía serlo y continuar corriendo. Por eso dejé que me frenara ese hombre al que no quería tener cerca y, llegado ese punto, él dijo algo sobre lo mucho que yo andaba cuando no estaba corriendo y esas son unas palabras que desearía que él no hubiera dicho o que yo no hubiera oído en absoluto. Me dijo que estaba preocupado, que no le convencía y, mientras tanto, seguía sin mirarme. «No me convence —dijo— que corras y camines tanto. Demasiado correr y caminar». Dicho eso, y sin una palabra más, dobló una esquina al llegar al final del parque y desapareció. Igual que la vez anterior con el coche cantón, esa vez la aparición repentina, la proximidad, la osadía, el clic de la cámara, su opinión sobre mi costumbre de correr y andar y esa salida abrupta me causaron mucha confusión y demasiado sobresalto. Sí, estaba impactada, pero era por algo que tenía que ser demasiado pequeño e insignificante, demasiado normal para impactarme de aquel modo. Sin embargo, a raíz de eso pasaron horas antes de que me diera cuenta, ya en casa, de todo lo que él sabía sobre mi trabajo. Yo ni siquiera recordaba cómo había llegado a casa, porque después de que se marchase había intentado seguir corriendo, continuar con lo programado, fingir que su aparición no había tenido lugar o que, por lo menos, no había significado nada. Pero entonces, porque estaba distraída, porque estaba confundida, porque no estaba siendo sincera, resbalé con unas hojas de papel satinado que se habían soltado de alguna revista. Era una foto a doble página de una mujer de pelo largo y rebelde que llevaba medias, ligero y una prenda negra de encaje. Me sonreía recostada, ofreciéndose a mí; entonces patiné y perdí el equilibrio, y al caer sobre el pavimento me vi de frente con su bisílabo.

2

La mañana siguiente de ese entrenamiento, antes de lo habitual y sin decirme a mí misma por qué, di un rodeo hasta el otro lado del distrito para coger otro autobús hacia el centro. Luego usé esa misma línea para volver a casa. Por primera vez no leí mientras andaba. Como antes, tampoco me dije el motivo. Además, me salté el siguiente entreno. Tuve que hacerlo, por si acaso él reaparecía en la carretera de los parques y los embalses. La cuestión era que si corrías en serio, si eras corredora de fondo, y de ciertas creencias y de cierta parte de la ciudad, no te quedaba mucho más remedio que incorporar ese tramo del territorio a tu programa. De otro modo, la ruta quedaba abreviada debido a la geografía de la religión, y eso significaba dar vueltas alrededor de una zona mucho más pequeña para conseguir un efecto comparable. A pesar de que me encantaba correr, la monotonía de rueda de hámster me indicaba que tampoco me gustaba tanto y durante siete días enteros no salí a correr. Tenía pinta de que no saldría nunca más, pero en un momento dado mi obsesión me venció. La tarde del séptimo día sin salir a entrenar, decidí regresar a la carretera de los parques y los embalses, pero esta vez en compañía del tercer cuñado.

El tercer cuñado no era el primer cuñado. Era un año mayor que yo y lo conocía desde la infancia: un loco del ejercicio, un loco de las peleas callejeras; básicamente, un loco en general. Me caía bien. También les caía bien a los demás. Cuando se acostumbraban a él, le cogían cariño. Otra de sus características era que nunca chismorreaba, nunca hacía comentarios indecentes ni burlas sexuales ni de cualquier otro tipo. Tampoco hacía preguntas entrometidas o manipuladoras. De hecho, casi nunca hacía preguntas. En cuanto a las peleas, este hombre peleaba con hombres. Nunca con mujeres. No en vano, la aberración mental que le había diagnosticado la comunidad era que esperaba de las mujeres que fuesen valientes, inspiradoras e incluso figuras míticas y sobrenaturales. Además, se suponía que debíamos

altercar con él y, más o menos, desautorizarlo; eso era muy inusual, pero formaba parte de sus normas férreas sobre las mujeres. Si una no se comportaba como un ser mítico y todo eso que he dicho, él intentaba forzar la situación en esa dirección volviéndose un poco dictatorial. Lo incomodaba tener que hacerlo, pero tenía fe en que en cuanto ella reaccionase con la ayuda de su despotismo improvisado, recordaría quién era y reclamaría con indignación su algo más allá de lo físico. «No muy equilibrado», decían algunos hombres de la zona; probablemente, todos los hombres de la zona. «Pero si tiene que tener algún desequilibrio —respondían todas las mujeres de la zona—, creemos que es mejor que proceda de este modo». Así pues, con su gran estima por todo lo femenino, se hizo popular entre ellas sin darse cuenta de lo popular que era, y eso lo volvió aún más popular. Era de importancia beneficiosa (y con esto me refiero a mí y al problema que en ese momento tenía con el lechero) que todas las mujeres de la zona tuvieran esa opinión del cuñado. No solo una mujer ni dos ni tres ni cuatro. Aquí los grupos reducidos de mujeres, a menos que fueran esposas, madres o grupis de, o estuvieran vinculadas de algún modo a los hombres que ejercían el poder, es decir, a los paramilitares de la zona, no habrían conseguido nada en caso de intentar dirigir una actuación en la comunidad o influir en la opinión pública en beneficio propio. Sin embargo, esas mismas mujeres en masa sí ejercían poder y, en las escasas ocasiones en las que se alzaban en contra de alguna circunstancia local, cívica o social, mostraban una fuerza sorprendente y formidable de la que no tenían más remedio que tomar nota otras fuerzas que en general se consideraban más formidables. Esas mujeres estaban unidas en la estima de su paladín, y eso implicaba que lo protegían. Así estaba la cosa entre el tercer cuñado y las mujeres. En cuanto a él y los hombres de la zona, tal vez ellos mismos se asombrasen de que la mayoría lo respetase y le tuviera estima. Su físico magnífico y su comprensión instintiva del código combativo masculino de la zona le otorgaban las credenciales adecuadas, aun cuando su costumbre de deberse a las mujeres había alcanzado un nivel de majadería extrema. En consecuencia, en la zona era aceptado por todos, igual que yo lo aceptaba, y en otras épocas ya había salido a correr con él, aunque después lo había dejado. Su visión tiránica del ejercicio físico superaba mi propia visión tiránica del ejercicio físico. Su método había resultado ser demasiado intenso, demasiado restringido, demasiado ofensivo con la realidad. De todos modos, decidí reanudar el entrenamiento con él, no porque su físico fuera a intimidar al lechero y este pudiera temer que quisiese pelearse con él. Era cierto que no era tan joven ni estaba en tan buena forma como el cuñado, pero la juventud y

la aptitud física no lo son todo y, a menudo, ni siquiera cuentan para nada. Por ejemplo, no hace falta ser joven y buen corredor para disparar un arma, y yo estaba segura de que el lechero era perfectamente capaz de eso. Eran sus huestes, esa estima que superaba la barrera entre géneros lo que yo esperaba que disuadiese al lechero. Si objetaba a que el cuñado me acompañase, no solo se enfrentaría al oprobio de toda la comunidad local, sino que su reputación como uno de nuestros disidentes de mayor prestigio y más alto rango se hundiría hasta el punto de verse fuera de todas las casas de seguridad, en la trayectoria de todos los vehículos de patrullas militares, como si no fuese uno de nuestros principales y más influyentes héroes, sino un mero policía del Estado enemigo, un soldado enemigo de la otra orilla o incluso uno de los paramilitares de ahí enfrente que defendían el Estado enemigo. Como renegante que dependía en gran medida de la comunidad local, yo suponía que no querría enemistarse con nadie por mí. Así que ese era el plan, un buen plan que me daba confianza y cuyo único fallo era que no se me hubiese ocurrido siete días y seis noches antes. Pero se me había ocurrido entonces y lo siguiente era ponerlo en marcha. Me puse la ropa de correr y salí en dirección a la casa del tercer cuñado.

La casa del tercer cuñado estaba de camino a la carretera de los parques y los embalses y, cuando me acerqué, todo cumplía mis expectativas: el cuñado en el jardín de delante, equipado y calentando. Iba farfullando reniegos, y creo que ni él mismo sabía que lo hacía. «Joder, joder», le salió en voz baja mientras estiraba el gastrocnemio derecho y después el gastrocnemio izquierdo, seguido de más joderes durante el estiramiento de los músculos sóleo derecho e izquierdo; entonces me habló de perfil, porque estirar era un asunto que requería atención, y sin dar muestras de que yo había aparecido para correr con él tras haber dejado pasar una brecha considerable de tiempo desde la última vez que había corrido con él, dijo: «Hoy haremos trece kilómetros». «Vale —respondí—. Que sean trece». Eso lo impactó. Yo sabía que esperaba de mí que frunciese el ceño y afirmase que trece kilómetros era justo lo que no íbamos a hacer; a continuación, debía aseverar de modo imperialista y divino cuántos kilómetros correríamos. Sin embargo, tenía al lechero en la cabeza y la cantidad de kilómetros me daba igual. Se enderezó y me miró. «¿Me has oído, cuñada? He dicho que quince kilómetros. Dieciséis. Veinte kilómetros es lo que haremos». De nuevo, esa era la señal para que yo discrepase y se lo discutiera. Cualquiera otro día yo lo habría complacido, pero en ese momento me traía sin cuidado si corríamos a lo largo y ancho del país hasta el punto en el que la más mínima tos, aunque fuese otra la persona que

tosiera, hiciese que se nos cayeran las piernas. De todos modos, lo intenté. «Uy, no, cuñado. Veinte kilómetros no, de eso nada». «Sí. Veintidós». Era obvio que yo no me había esforzado lo suficiente. Es más, dada la naturaleza de mi sexo, mi actitud irreflexiva lo inquietaba de verdad. Me clavó una mirada intensa, tal vez mientras se preguntaba si estaba enferma o algo. Yo nunca sabía qué cosas se planteaba el cuñado, pero sí que no era cuestión de que no quisiera o no pudiera correr los veintidós kilómetros. Para él, que necesitaba que lo contradijesen, como para mí, que estaba preocupada por culpa del lechero, la cantidad de kilómetros era lo más irrelevante del mundo. El problema era que yo no había intentado amedrentarlo, y se arrancó con su «yo no soy de amedrentar, pero», lo que significaba que debía prepararme para un episodio prolongado de debate unilateral, pero justo entonces su esposa, mi tercera hermana, salió al jardincito.

«¡Otra vez a correr!», gruñó la hermana, con sus pantalones de pitillo y las chanclas y las uñas de los pies cada una pintada de un color diferente. Esto era antes de la época en que la gente que no fuera del antiguo Egipto se pintase las uñas de colores distintos. Tenía un vaso de whisky Bushmills en la mano y uno de Bacardí en la otra porque aún estaba en la fase de decidir cuál sería su primer trago. «Sois unos mierdas —dijo—. Unos estirados y unos controladores. Obsesivos, quisquillosos, locos de la... En fin, ¿qué clase de cabrón sale a correr...?». Dejó la frase a medias, porque allí se presentaron cinco de sus amigas. Dos de ellas empujaron la pequeña verja del jardín con el pie, ya que con los brazos no podían empujar nada porque los tenían cargados de alcohol. El resto atravesaron el seto y, una vez más, lo dejaron hecho unos zorros. Era un seto en miniatura, de dos palmos de altura, una decoración, como lo llamaba mi hermana; aunque no decoraba nada porque la gente se olvidaba de que existía y lo atravesaba o tropezaba con él, que es lo que habían hecho esas tres amigas. Como follaje, volvía a sufrir, había vuelto a perder la forma porque esas mujeres lo atravesaban para entrar en el jardín. Antes de embutirse en la casa diminuta, se burlaron como siempre de nosotros dos, los corredores. Lo hicieron al pasar, porque nos interrumpieron la sesión de estiramientos a empujones, la tradición de siempre que topaban con nosotros en alguna postura solemne de calentamiento. Al final, antes de que cerrasen la puerta de la casa y de que nosotros dos saltásemos por encima del seto para echar a correr, ya se olía el tabaco y se oían las risas y las palabrotas que venían del salón; también se oía el chorro de algún trago largo vertido en un vaso alto.

Bordeamos el embalse de arriba siete días después de la última vez que yo lo había recorrido con el lechero, mientras el tercer cuñado renegaba para sus adentros. Yo estaba atenta a la posible interrupción, aunque no quería tener a esa persona en la cabeza. Quería tener al medio novio en la cabeza, porque allí había estado él, y bien cómodo, hasta que los nervios por culpa del lechero lo habían echado del sitio. Era martes y habíamos quedado por la tarde, después del entrenamiento y cuando él hubiera acabado de trastear con el coche destartado más reciente. Al actual yo lo llamaba el gris, y él lo llamaba un cero equis no sé qué de color plateado y apartaba el blanco que ya había arreglado para ponerse con el gris hecho polvo y empezar la reanimación de inmediato; sin embargo, cuando yo había entrado en el salón de su casa el martes anterior, en el suelo había una pieza distinta. Le dije: «Hay un poco de coche en el suelo», y él contestó: «Sí, ya lo sé. ¿A que es genial?». Entonces me contó que todos (refiriéndose a sus compañeros de trabajo) habían tenido orgasmos porque en el taller les había llovido del cielo un vehículo de motor superespecial, manufacturado por un fabricante de ensueño, «¡Gratis, joder! ¡No querían nada a cambio! —gritó—. ¿Te imaginas? Ni perras... ni perros», refiriéndose al dinero y a que los dueños no querían nada de eso. Parecía muy impactado, y no me quedó claro si topar con ese coche de ensueño había sido algo bueno o malo. Estaba a punto de preguntárselo, pero él aún no había terminado. «La gente que lo ha traído —dijo— nos ha dicho: “También podéis quedaros con la cocina rota, con ese cacho de frigorífico, el escurridor de rodillo y una moqueta andrajosa que no está mal; lo que pasa es que huele un poco, aunque podéis lavarla para ponerla en el baño. También con todo el cristal roto y con los bloques de hormigón y las bolsas de escombros, para hacer unos buenos cimientos para una galería o un porche”. Entonces hemos pensado —continuó el medio novio— que esos pobres viejos creían que aquello era un chatarrero y no un taller mecánico, y que a lo mejor no estaba bien aceptarles el Blower porque se habían confundido y no sabían lo que hacían, y que tampoco sabían lo que podía valer ese coche, incluso en ese estado. Ha habido codazos y comentarios por lo bajini en plan: “No digas nada. Quieren deshacerse de él, así que nos lo quedamos”, pero al final se lo hemos dicho, aunque reformulando la parte de estar mal de la cabeza, para no ofender a nadie, claro». Me contó que la pareja había contestado: «¿Qué decís, que somos idiotas o algo? ¿Queréis decir que somos pobres o algo así? ¿Qué decís? ¿Qué? —Y que se habían puesto faltones—. Si os pensáis que estamos locos, cabrones, nos marchamos y nos llevamos los muebles, los escombros, los

maderos, el Blower Bentley, la moqueta y el excelente material que os hemos traído con toda nuestra buena voluntad. Tomadlo o dejadlo, a nosotros nos da igual». «Claro que nos lo hemos quedado», había dicho el medio novio. Y llegado este punto, abrí la boca para preguntar qué era un..., pero él se me adelantó con las palabras «coche de carreras», supongo que para facilitarme las cosas. No solía facilitarme las cosas, pero no de manera deliberada, sino porque juzgaba mal a su público y se emocionaba cuando hablaba de coches y yo era ese público. Hablaba sin parar y se explayaba con una presentación técnica con pelos y señales, cosa que era innecesaria y poco menos que útil, aunque yo comprendía que él tenía que aprovechar que yo estuviera allí porque se había emocionado con el coche y era la única presente. Naturalmente, no pretendía que yo recordase nada, igual que yo no pretendía que él recordase *Los hermanos Karamazov*, *Tristram Shandy*, *La feria de las vanidades* o *Madame Bovary* solo porque en una ocasión yo me dejase llevar por la emoción y le hablase de ellas. A pesar de que la nuestra era una medio relación en lugar de una relación comprometida que fuese a alguna parte, los dos teníamos permitido dar informes completos en momentos de gran efusividad, mientras que el otro debía esforzarse por absorber al menos una parte. Además, yo no era tan ignorante. Me daba cuenta de que se alegraba de lo ocurrido en el taller. También sabía que un Bentley era un coche.

Y en ese momento, el medio novio mimaba el pedazo que tenía en la moqueta del salón. Estaba de pie a su lado, mirándolo desde arriba, con una sonrisa de oreja a oreja. Y eso era lo que hacía, lo que me excitaba, la manera en que me excitaba él con su espontaneidad y su naturalidad, enfrascado en esos cacharros viejos con el rostro lleno de amor y concentración, diciéndose a sí mismo que aquellos eran dilemas serios de los que el pobre cochecito podría no recuperarse si no trasteaba con él de manera concienzuda; y en los momentos en los que otros se encogían de hombros y opinaban de la vida que no valía la pena intentarlo porque seguramente no funcionaría y que no debían intentarlo, sino prepararse para la amargura y la decepción, el medio novio decía: «Pues a lo mejor funciona. Creo que podría funcionar, ¿por qué no lo intentamos?», y aunque al final no le saliera bien, al menos no se había hundido en la miseria antes de darle una oportunidad. Tras capear la desilusión si la cosa había salido mal, y con vigor renovado, con la mentalidad de poder aunque no se pudiera, el medio novio se metía de lleno en otra cosa. Era curioso, comprometido y entusiasta, por pasión, por los planes, por la esperanza, por mí. Y esa era la cuestión. Conmigo también era espontáneo, transparente, libre de engaños, siempre tal como era, sin ninguna

frialdad, sin retener nada, sin urdir, sin esas manipulaciones que a veces eran astutas, otras inteligentes y siempre mezquinas. Él no conspiraba. No jugaba. Ni lo hacía ni le interesaba, no tenía tiempo para eso. «Eso son locuras», decía, sin hacer caso de las maniobras de flanco como protección para el corazón. Era fuerte. Y decente. Incorrupto en cuanto a las cosas pequeñas, circunstancia que se mantenía para las más importantes. Eso era singular. El motivo por el que me atraía. Por eso, mirándolo mirar el coche mientras reflexionaba y se maravillaba en voz alta, yo estaba cada vez más mojada y... «Me estás escuchando, ¿verdad?», preguntó. «Sí. Lo he oído todo. Estabas hablando del coche de dentro».

Me refería a la pieza que había en la moqueta, pero él quiso contármelo de nuevo porque al parecer yo no había comprendido los fundamentos. Entonces me enteré de que esa pieza que tenía dentro era en realidad una pieza de fuera que iba montada en la parte delantera. También que el coche al que pertenecía había llegado al taller siniestro total. «Adivina. Estaba para tirar, un desastre total, porque algún idiota le había gripado el motor al no echarle suficiente aceite. Le faltan partes vitales, le falta el diferencial, los pistones habían atravesado la culata; medio novia, estaba casi todo hecho una tragedia». Según entendí (porque la pieza que había en el suelo no parecía especial, sino más de lo mismo), el coche era un modelo muy codiciado de principios del siglo XX, alegre, salvaje, ruidoso, bueno para correr, pero no para ir despacio. «Irredimible», dijo el medio novio queriendo decir «irreparable», y no dejaba de mirarlo sonriente. Me contó que, después de mucha discusión y desacuerdo, él y los demás habían hecho una votación y habían decidido desmontar lo que quedaba del vehículo. Lo dividieron, se lo rifaron y el medio novio acabó con esa pieza sobre la moqueta, una pieza que en ese momento lo transportaba de pura alegría.

«Sobrealimentador», me dijo él, y yo: «Ajá», y él: «No, medio novia, es que no lo entiendes. En esa época había muy pocos coches con sobrealimentación, así que era tecnología avanzada. Este modelo diezmaba la competencia gracias a esto», y señaló el pedazo del suelo. «Ajá», repetí, pero luego se me ocurrió algo: «¿Quién se ha llevado los asientos?», cosa que le hizo reír. «Esa no es una pregunta de verdad, cariño. Ven aquí», y me acercó los dedos, ay, Dios, a la nuca. Eso era peligroso, siempre entrañaba peligro. Cuando me ponía los dedos ahí, entre el cuello y el cráneo, se me olvidaba todo; no solo lo que había ocurrido momentos antes de los dedos, sino todo: quién era, qué hacía, todos mis recuerdos, todo lo relacionado con todo, salvo con estar allí, en ese instante, con él. Entonces, cuando me frotaba el hueco,

esa curva más blanda que hay justo debajo del hueso que sobresale, eso era aún más peligroso. En ese momento, se me retrasaba la mente a causa de tanta delicia y del desorden cronológico. Con algo de demora pensaba: «Uy, ¿y si me frota justo ahí con los dedos? Me derrito», y eso quería decir que él tenía que abrazarme para evitar que me desplomase y yo tenía que permitirselo. Incluso así, en cuestión de instantes, nos caíamos al suelo.

«Olvida los asientos —murmuró—. Los asientos importan, pero no lo que más. Esto importa». No me quedaba claro si todavía estaba con el tema del coche o si ya me prestaba atención a mí. Sospeché que aún era el coche, pero hay momentos en los que no puedes pararte a discutir, así que nos besamos, y él me dijo que estaba poniéndose cachondo y que si yo no lo estaba, y respondí si podía no fijarse en mi cara, y él murmuró que qué era eso, y yo murmuré que qué era el qué, y me tocó algo que yo había olvidado que tenía en la mano, que resultó ser *El capote*, de Gógol, así que él me dijo que lo dejaba «aquí», refiriéndose a la mesa, cosa que hizo y estuvo bien, y estábamos a punto de acabar en el suelo o en el sofá o en algún otro sitio cuando se oyeron voces. Venían de fuera. Acto seguido, alguien llamó a la puerta.

En el umbral había hombres, sus vecinos. Habían acudido a la casa porque había corrido la voz de que tenía un Blower Bentley, pero nadie se lo creía y todos querían verlo por sí mismos. Atendiendo a la cantidad y su insistencia, ese no era el típico momento de «estoy ocupado, ¿podéis volver más tarde?». Al parecer, su excitación era más urgente, más intensa y menos tolerable que la nuestra. Mientras explicaban su presencia, iban dando medios pasitos hacia la puerta o se ponían de puntillas e intentaban asomarse por encima del hombro del medio novio para alcanzar a ver el preciado vehículo de motor. Él tuvo que explicarles, porque todo el mundo sabía que tenía coches en su propiedad y coches dentro de su propiedad, que en ese caso no se trataba del coche entero, sino del sobrealimentador, aunque ese dato resultó ser una noticia igual de buena y estupenda. Les dieron ganas de entrar: solo un momento, solo a echarle un vistazo a semejante acontecimiento extraordinario. Así que él los dejó pasar y su entusiasmo se convirtió en silencio a medida que llenaban el salón y contemplaban con veneración la pieza del suelo.

«¡Extraordinario!», dijo alguien, y eso debía de indicar que lo era, porque esa palabra no figuraba en nuestro léxico. Al igual que otras parecidas (¡maravilloso!, ¡tremendo!, ¡formidable!, ¡deslumbrante!, ¡sensacional!, ¡de categoría!, ¡superlativo!, ¡caramba!, ¡estupendo!, ¡diamantífero!,

¡estrafalario!, ¡excesivo!) que incluían «sin embargo» o «en efecto», a pesar de que mis hermanas pequeñas y yo decíamos sin embargo y en efecto muchas veces, «extraordinario» era una palabra emocional, demasiado colorante, demasiado pretenciosa y con demasiada actitud. En resumen, era representante por antonomasia de la lengua de la otra orilla, siendo «antonomasia» otra de esas palabras. Aquí apenas se usaban sin alterar, avergonzar o asustar a los oriundos, así que otro dijo: «Joder, ¡quién lo iba a pensar!», y eso rebajó el nivel porque encajaba mejor con la tolerancia de la sociedad del lugar. A continuación hubo más cosas toleradas socialmente y más golpes en las ventanas y en la puerta. Pronto la casa estuvo llena, y yo acabé arrinconada mientras los locos de los coches hablaban de coches clásicos, coches históricos, coches enigmáticos, coches deportivos, coches musculosos, coches sin blindar, coches muy llamativos y coches un poco hechos polvo que no había que arreglar, sino dejar que siempre tuvieran el aspecto que debían tener. Después, de la potencia, las distintas líneas, petardeo, aceleración, extraceleración, fallos en los frenos (algo bueno), sacudidas fantásticas (otra cosa buena) que te pegaban al asiento y producían «¡una sensación genial!». Mientras la charla continuaba sin visos de ir a terminar, miré la hora y pensé: «¿Dónde tengo el Gógol?». Cuando pasaron a las consonantes, a los nombres con números, los nombres alfanuméricos, el NYX, el KGB, el ZPH-Cero-9V5-AG, nombres a los que el medio novio era proclive, no pude más con semejante sobrecarga y decidí que *El capote* y yo teníamos que salir de allí. Justo cuando estaba a punto de abrirme paso, un tipo joven, un vecino del medio novio, me sorprendió, nos sorprendió a todos, con un comentario que soltó con gran criterio durante una pausa en aquella lucha por el espacio aéreo: «Todo eso está muy bien, vecino —dijo el vecino—. Lo de tener una pieza clásica y tal, y no creas que quiero ponerme raro ni nada, pero —y aquí todos aguantaron la respiración en espera del ataque, que llegó al instante—, de todos los del taller, ¿a quién le ha tocado la pieza con esa bandera?».

En ese momento, en este lugar, al hablar de los problemas políticos, que incluían bombas y armas y muerte y mutilaciones, la gente de la calle decía «han sido los del otro bando» o «han sido los de nuestro bando», o «han sido los de su religión» o «han sido los de nuestra religión» o «han sido ellos» o «hemos sido nosotros», cuando lo que querían decir en realidad era «han sido los defensores del Estado» o «han sido los renegantes del Estado» o «ha sido el Estado». De vez en cuando hacíamos un esfuerzo y decíamos «defensores» o «renegantes», aunque solo cuando pretendíamos iluminar a los foráneos,

porque entre nosotros casi nunca nos molestábamos en especificar. Lo de ellos y nosotros nos salía de forma natural; era conveniente, familiar, para iniciados, palabras espontáneas que no requerían recordar frases manidas ni debatirse con finuras políticamente correctas. Teníamos un acuerdo tácito (uno que los de fuera no entendían, a menos que les conviniera) según el cual comprendíamos de forma unánime que cuando aquí empleábamos los identificadores tribales «nosotros», «ellos», «su religión» o «nuestra religión», no había que dar por sentado que hablábamos de todos nosotros o de todos ellos. En pocas palabras, se trataba de eso. ¿Ingenuidad? ¿Tradicición? ¿Realidad? ¿Gente con prisas mientras estaba librándose una guerra? Llámalo como quieras, pero la respuesta principal es la última. Al principio, durante el periodo más oscuro del periodo oscuro, no había tiempo para guardianes del vocabulario, para corrección política, para ideas reflexivas como «si hago esto, me considerarán mala persona» o «si digo lo otro, pensarán que tengo prejuicios» o «si aplaudo lo de allá, apoyo la violencia» o «si hago lo de acullá, pensarán que apoyo la violencia», y todos, todo el mundo lo entendía. La gente de la calle tenía claro qué estaba permitido y qué no, qué cosas eran neutrales y podían excluirse de las preferencias, de la nomenclatura, de los emblemas y de los puntos de vista. Una de las mejores maneras de describir estas reglas no escritas sería fijarnos un momento en el asunto de los nombres.

La pareja que custodiaba la lista de nombres no permitidos en nuestro distrito no era la que tomaba las decisiones sobre el tema. Era el espíritu de la comunidad el que retrocedía en el tiempo y juzgaba qué nombres se podían poner y cuáles no. Los custodios de la lista de prohibidos eran dos personas, un administrador y una administradora, que catalogaban y regulaban los nombres, además de poner la lista al día con frecuencia, cosa que ponía en evidencia su eficiencia, aunque por otro lado la comunidad considerase que rayaban en la aberración mental por los mismos motivos. El esfuerzo era innecesario, porque nosotros, los habitantes, respetábamos la lista de manera instintiva, la acatábamos sin demasiados aspavientos. También era innecesario porque durante años, antes de la aparición de la pareja de misioneros, la propia lista había demostrado con creces la capacidad de perpetuar, revisar y mantener su propia información. Los integrantes de la pareja que se ocupaba de la tarea tenían cada uno un nombre masculino común y corriente y un nombre femenino común y corriente, pero la comunidad se refería a ellos como Nigel y Jason, una broma que no pasaba por alto la amable pareja. Los nombres que no se permitían se prohibían por

ser demasiado del país de la otra orilla, y lo relevante no era que algunos de esos nombres no tuvieran su origen en ese país, sino que sus habitantes se hubieran apropiado de ellos para utilizarlos. La creencia era que los nombres vetados estaban empapados de la energía y el poder de la historia, del conflicto inmemorial, de las exigencias y correspondiente resistencia a la obediencia que desde hacía tanto tiempo ese país nos imponía al nuestro, pero la nacionalidad original del nombre no participaba en la cuestión. Los nombres vetados eran: Nigel, Jason, Jasper, Lance, Percival, Wilbur, Wilfred, Peregrine, Norman, Alf, Reginald, Cedric, Ernest, George, Harvey, Arnold, Wilberine, Tristram, Clive, Eustace, Auberon, Felix, Peverill, Winston, Godfrey, Hector y su primo Hubert, que tampoco estaba permitido. Igual que Lambert o Lawrence o Howard o el otro Laurence o Lionel o Randolph, porque Randolph era como Cyril, que era como Lamont, que a su vez era como Meredith, Harold, Algernon y Beverley. Myles tampoco estaba permitido. Ni Evelyn ni Ivor ni Mortimer ni Keith ni Rodney ni Roger ni Earl ni Rupert ni Willard ni Simon ni *Sir Mary* ni Zebedee ni Quentin, aunque Quentin quizá sí debido al cineasta que tuvo éxito en América. Tampoco Albert. Troy. Barclay. Eric. Marcus. Sefton. Marmaduke. Greville. Ni Edgard, porque ninguno de esos nombres estaba permitido. Clifford era otro de ellos. Como Lesley. Peverill estaba prohibido por duplicado.

En cuanto a nombres de niñas, los de la otra orilla se toleraban porque el nombre de una niña, a menos que fuese Pompa y Circunstancia, no era polémico a nivel político y, por lo tanto, gozaba de margen sin que se firmasen decretos ni edictos al respecto. Los nombres de niña que no eran adecuados no connotaban la misma mofa retroactiva ni provocaban el mismo desagrado histórico de memoria ancestral y «no olvidamos» que los nombres malos de niño. Pero si eras de la religión opuesta y del otro lado de la carretera de segregación, te permitías todos nuestros nombres prohibidos sin restricción alguna. Como es de esperar, lo que no te permitirías sería ni uno solo de los nombres populares en nuestra comunidad, aunque, dado que en tu comunidad se llevaba el mismo tipo de reacción instintiva, tampoco el asunto te quitaría el sueño. Así como los nombres Rudyard, Edwin, Bertram, Lytton, Cuthbert, Roderick y Duque de, que eran los últimos nombres añadidos por los nuestros a nuestra lista de los no permitidos, todos los nombres eran custodiados por Nigel y Jason. En cambio, no había una lista de nombres permitidos. Se suponía que los residentes sabían cuáles podían poner basándose en los que se habían vetado. Tú le ponías nombre a tu bebé, y si eras aventurado, vanguardista, bohemio o, simplemente, por factores

humanos te arriesgabas con un nombre que todavía no estaba establecido y autorizado, pese a no estar incluido entre los prohibidos, tú y tu bebé averiguaríais a su debido tiempo si la elección había sido un error.

En cuanto al ambiente psicopolítico y a sus normas de lealtad, de identificación tribal, de lo que se consentía y lo que no, el asunto no acababa con sus nombres y nuestros nombres, ellos y nosotros, nuestra comunidad y su comunidad, el otro lado de la carretera, la otra orilla, al otro lado de la frontera. Había otras cuestiones que conllevaban directrices similares. Había programas neutrales de televisión que podían provenir de la otra orilla, del otro lado de la frontera y que, no obstante, se veían a este lado de la carretera y también al otro, sin que eso implicase una falta de lealtad en ninguna de las dos comunidades. Luego había programas que un bando podía ver sin cometer traición, mientras que, al otro lado de la carretera, el otro bando los odiaba y los detestaba. Había inspectores de licencias de televisión, agentes censales, civiles que trabajaban en entornos no civiles y funcionarios que eran tolerados en una comunidad y abatidos a tiros si pisaban la otra. Luego estaba la comida y la bebida. La mantequilla buena. La mantequilla que no tocaba. El té de la lealtad. El té de la traición. Nuestras tiendas y las de ellos. Topónimos. La escuela donde habías estudiado. Las oraciones que rezabas. Los himnos que cantabas. Si aspirabas las haches o no. Dónde trabajabas. Y, por supuesto, estaban las paradas de autobús. El hecho de que ir a cualquier parte y hacer cualquier cosa era una declaración política, aunque tú no quisieras. Había también un tipo de apariencia, porque la gente creía que se podía distinguir a los del otro lado de la carretera de los de tu lado a partir del físico de las personas. La elección de murales, de tradiciones, de periódicos, de himnos, de días señalados, de pasaporte, de moneda, de policía, de poderes cívicos, de soldadesca, de paramilitares. Durante la era de no enterrar el hacha, la afiliación tenía innumerables ejemplos y matices. Entre medias estaba lo neutro y lo exento, y lo que había ocurrido en casa del medio novio era que ese vecino, junto con todos los vecinos presentes, había sacado a relucir ese protocolo y su simbolismo incendiario.

Había sacado a relucir el tema de la bandera, la cuestión de las banderas y las insignias; un asunto instintivo y emocional, porque las habían inventado para que fuesen un asunto instintivo y emocional, a menudo a niveles patológicos y narcisistas, y él se refería a la bandera del país de la otra orilla, que tenía la misma bandera que la comunidad del otro lado de la carretera. Una bandera que no era bien recibida en la nuestra. A este lado no había ninguna, ni una sola. Así pues, lo que yo empezaba a entender, porque no

sabía mucho de coches pero sí estaba al día en cuanto a banderas e insignias, era que los Blower Bentley de época que se hacían en ese país de la otra orilla venían con la bandera del país de la otra orilla. Por lo tanto, leyendo entre líneas, lo que el vecino del medio novio quería decir con su comentario, lo que él insinuaba no era solo que le gustaría saber por qué motivo el medio novio había participado en una rifa en la que podría haber ganado la pieza que ostentaba la bandera, sino que querría saber por qué motivo había tomado parte en una rifa para conseguir no esa, sino cualquier pieza, con bandera o sin ella, de un símbolo tan patriótico y característico de la nación de la otra orilla. Injusticia histórica, dijo. Legislación represora, dijo. Práctica de y pactos para, dijo. Fronteras artificiales, dijo. Apoyo a la corrupción. Detención sin cargos. Toques de queda. Encarcelamiento sin juicio. Proscripción de reuniones. Prohibición indagatoria. Violación institucionalizada de la soberanía y del territorio. Tratamientos de frío y calor. Cualquier cosa. Todo en nombre de la ley y el orden. Todo eso era lo que había dicho, a pesar de que ni siquiera fue lo que quería decir. Lo que pretendía, más allá de la interpretación del asunto de las banderas, era hacernos ver otro asunto: que la bandera de la otra orilla era también la del otro lado de la carretera. En nuestra comunidad, percibíamos a los del otro lado de la carretera como si fuesen más de la otra orilla que el propio país de la otra orilla, y nos parecía que la bandera ondeaba allí con mayor grandiosidad y proximidad de la que podría suscitar, por mucho que lo intentase, el propio territorio de donde provenía. Ser de este lado de la carretera, de nuestro bando, y traer esa bandera era un comportamiento divisorio, además de indicar una servilidad al enemigo y una deslealtad monstruosa que te haría caer más bajo en la estima general que los informadores y los que se casaban con miembros del otro bando. Naturalmente, esto formaba parte de los problemas políticos en los que no me gustaba involucrarme. Aun así, me resultaba asombrosa la cantidad de insinuaciones incendiarias que podían inferirse de unos cuantos comentarios. Y el tipo en cuestión aún no había terminado.

«Yo digo lo que digo —dijo el vecino—. No me malinterpretéis ni nada, porque es evidente que lo digo desde la humildad, y no es que haya experimentado el deseo de tomar parte en nada que sea desleal a mi comunidad, algo que podría implicar ganar algo que tuviera esa bandera, traérmelo a casa y enorgullecerme de tenerlo en mi barrio en lugar de avergonzarme de ello. No seré yo el que calumnie a nada ni a nadie ni el que siembre rencores, que yo no la lío con las normas ni extraigo conclusiones ni

incito a nada ni soy un fanático. De hecho, hablo desde la ignorancia y siempre dudo a la hora de expresar mis opiniones, pero...», y entonces repitió eso de que daba igual lo famoso y codiciado que fuese el objeto que llevaba la bandera, que él no se habría dignado a legitimar semejante insignia de opresión, de tragedia, de tiranía, por no hablar del mal sabor de boca que dejaba caer tan bajo, no tanto por el país de la otra orilla, sino por la comunidad del otro lado de la carretera. Lo que es más importante, dijo, cualquiera que introdujese esa bandera en un distrito que se oponía incondicionalmente al aparato del poder se arriesgaba a que lo acusaran de ser un traidor o un informador. Así que sí, las banderas eran una cuestión emocional. A nivel primitivo. Al menos aquí.

Eso era lo que quería decir, que el medio novio era un traidor; llegado ese punto, los amigos del medio novio salieron en su defensa. «Él no tiene la parte con la bandera —dijeron—. Salta a la vista que el sobrealimentador no lleva bandera». Más que no tomárselo en serio, les daba rabia, porque daba igual lo improbable que fuera que esa bandera apareciese a este lado de la carretera o en esta orilla: aquellos eran tiempos de paranoia. Tiempos al filo de la navaja, tiempos primitivos en los que todos sospechaban de todos. Aquí podías mantener una conversación agradable con alguien y marcharte pensando: «Acabo de mantener una conversación agradable y relajada», hasta que más tarde la repetías mentalmente, momento en el cual empezabas a preocuparte porque habías dicho esto y no lo otro, no porque esto o lo otro fuesen temas polémicos. Es que la gente se apresuraba a señalar con el dedo, a juzgar, a inventar incluso en tiempos de paz, así que era difícil imaginar que no se señalase con el dedo y no se añadieran palabras a lo que habías dicho; además, que te juzgasen en aquellos tiempos turbulentos no quería decir que te ofendiera descubrir que los demás hablaban de ti, sino que unos tipos con pasamontañas y caretas de Halloween se presentaban en tu casa en mitad de la noche con las pistolas preparadas. Para entonces, los amigos del medio novio señalaban el sobrealimentador y había quedado claro que allí no había ninguna bandera. «De todas formas —decían—, esos coches no siempre tenían la bandera». «Además —se atrevió a decir un vecino, uno muy valiente, teniendo en cuenta que los demás, pese a su entusiasmo inicial, se habían quedado callados—, por lo que es y todo eso, por los pocos que hay, ¿no estaría bien aceptarlo si lo ganas aunque venga con la bandera, traértelo a casa y taparla con la insignia de algún bombardero, como el B29 Superfortress *Joltin' Josie* o el Superfortress *Girl Dressed In Not Very Much* o el B17 Flying Fortress *Bit o'Lace*, o una pegatina de Minnie Mouse o de

Olivia Olivo o del planeta Plutón o incluso una foto de tu ma o una más grande de Marilyn Monroe?». El diplomático se esforzaba por enfatizar la referencia a las excepciones, las exenciones, los individuos y las situaciones que aquí quedaban fuera del alcance del fanatismo, los prejuicios y la exclusión. Eran las estrellas del *rock*, las estrellas de cine, las figuras de la cultura, los deportistas, gente de fama excepcional o merecedores de algún logro excepcional. ¿No podría ser, dio a entender, que esa categoría heterogénea incluyese los sobrealimentadores de los Blower Bentley? ¿No bastaba la rareza y el deseo que provocaban, argumentó, para concederle al sobrealimentador cierto margen, o acaso la bandera era un impedimento demasiado grande para que uno de los bandos, en este caso el nuestro, hiciese la vista gorda y lo dejase entrar?

No sabía la respuesta, y yo pensé que nadie más la tenía, salvo una persona. Lo miré. Todo el mundo lo miraba. «Lo único que yo digo —dijo— es que no tengo claro que yo fuera a capitular, que yo quisiera una pieza de un coche, por muy único que fuese, si este acarreaba connotaciones nacionales e indulgentes, si implicaba la subsunción del derecho a una identidad soberana, nacional y religiosa propia, aunque ese coche en particular no mostrase esas connotaciones y exigencias de subsunción en todos los modelos y líneas. Lo que yo digo es que me desconcierta —enfaticó— que cualquiera de este lado de la carretera sea capaz de permitir que su propensión a los coches invalide lo que debería ser una repulsión instintiva ante los símbolos y las insignias de la otra orilla. Y si los chicos de la zona se enteran —y con esto se refería a los renegantes y a que sí se enterarían porque él mismo se encargaría de que lo oyesen—, el que trajo la bandera podría enfrentarse a una justicia callejera inclemente. Y ¿qué hay de los muertos, todos los que han fallecido hasta ahora durante los problemas políticos? ¿Quieres decirme que han muerto todos en vano?».

Escuchándolo quedaba claro que, si una persona estaba decidida, podía convertir cualquier cosa en un argumento, y ahí lo teníamos, discutiendo que no era normal meter esa bandera en el distrito. Bien, tenía razón: no era normal. Dicho eso, el medio novio no había metido ninguna bandera. Durante toda la conversación, el medio novio no había abierto la boca. Sin embargo, tenía el rostro oscurecido por una nube, una sombra, a pesar de que él casi nunca tenía sombras. Él tenía agilidad, movilidad, un carácter juguetón, que era otro de sus atractivos, como veinte minutos antes, cuando él y yo aún estábamos solos en el salón. En ese momento había estado encantado con el sobrealimentador, se había mostrado contento; y cuando los demás ya estaban

allí, se había comportado igual, aunque no con el mismo orgullo y entusiasmo que se sintió seguro de demostrarme un rato antes. Con ellos en casa había sido más cauto, no solo por guardar las formas y no presumir, sino por la envidia que podía volver a las personas de repente contra ti y hacer que quisieran vengarse solo porque podían. Sí, era la hora de los trofeos, pero también de ser humilde, y por eso el medio novio había moderado la euforia ante sus vecinos. Sin embargo, vi que estaba siendo terco, que hacía eso que hacía de vez en cuando en compañía de alguien a quien no respetaba, cuando se negaba a dar explicaciones. En este caso, pensé que era un comportamiento necio, teniendo en cuenta lo serio que era el tema de las banderas y las insignias, y por eso me alegró que sus amigos no se callaran. A él, por naturaleza, no le gustaba discutir y tampoco conectaba con la mentalidad que prefería resolver las cosas a puñetazos. En realidad, las únicas veces que se enfadaba y se involucraba en peleas era cuando alguien se metía con el chef, su amigo de toda la vida desde primaria. Pero en ese momento miraba a su vecino, que se encogía de hombros, y en concreto se fijaba en su mal comportamiento: presentarse en casa del medio novio con los demás sin que nadie lo hubiera invitado y hablar de ese modo, sin respetar las leyes de la hospitalidad, para causar problemas con sus celos. No era de extrañar que al inicio del siguiente «no seré yo quien, pero», alguien le atizase un puñetazo en la nariz. Uno de los amigos del medio novio, el impetuoso, el que se ofendía cuando le decían que se calentaba enseguida aunque todo el mundo supiera que armaba peleas hasta sobre cosas que no le molestaban, fue el que le pegó. El tipo en cuestión, en cambio, no contraatacó. Se marchó a toda prisa, presa de la adrenalina, después de soltar algo acerca de que el medio novio se había manchado él y había manchado la comunidad con la infamia de aquella bandera. Gritó que a nadie le extrañase que eso trajera cola. Entonces desapareció, aunque antes chocó con el chef en la puerta, que justo en ese momento llegaba con cara de agobio y de atacado a la reunión de después del trabajo que se había montado en casa del medio novio.

En el salón había un ambiente que nadie quería admitir: desagradable, amenazante, gris. Era imposible recuperar el humor anterior, porque la energía había cambiado y se había cargado la charla sobre coches. Aunque algunos lo intentaron, nadie consiguió recuperarla. Entonces el amigo más antiguo del medio novio despejó la sala en cuestión de segundos, como de costumbre. Era el chef, un hombre con nervio. Me refiero a que era puros nervios, todo nervios, nervios dramáticos, nervios a flor de piel, cien por cien por encima de la media. Era un joven resuelto, de ojos hundidos, que no

sonreía y estaba agotado a perpetuidad, todo eso desde antes de que se le pasara por la cabeza hacerse chef. Lo cierto es que no se había hecho chef, aunque muchas veces cuando estaba borracho hablaba de apuntarse a la escuela de cocina. En su vida profesional era albañil, y habían empezado a llamarlo chef en las obras para burlarse de él porque le gustaba cocinar, a pesar de que a un hombre no debería gustarle cocinar, y, al cabo de un tiempo, se le había quedado. Igual que otros de los insultos: que tenía el paladar muy fino, que se iba a la cama con libros de cocina, que estaba obsesionado con la naturaleza más íntima de las zanahorias, que era una mujer de sofisticación excesiva y meticulosa. Sin embargo, sus compañeros de trabajo nunca sabían si eso le tocaba las narices porque, desde el momento en que llegaba por la mañana hasta que se marchaba por la tarde, el chef parecía alterado por definición. Incluso antes de ponerse a trabajar, cuando aún iba al instituto y también por motivos relacionados con su aparente falta de masculinidad, había chicos que buscaban pelea con él. Pegarle parecía un rito de iniciación. Todo eso hasta que un día el medio novio lo acogió en el patio de la escuela. El chef no sabía que estaba bajo la protección de nadie ni había comprendido, ni siquiera después de varias palizas, que eso era lo que le hacía falta. Después de que el medio novio tomase cartas en el asunto, y por extensión también sus demás amigos, la mayoría de los que buscaban pelea con el chef lo dejaron tranquilo. Aún entonces se daba algún que otro brote de «¿qué tal tus alcachofas?» seguido de un encuentro violento. Yo llegaba a casa del medio novio y me encontraba al chef en la cocina, a veces solo, pero sobre todo con el medio novio, curándose las últimas heridas de gay apaleado. En cuanto a la idea de ser chef, en la zona donde vivía el medio novio y también en la mía, existía la opinión de que los cocineros que eran hombres, sobre todo los que hacían pastelitos y *petit fours* y delicadeces y cosas sofisticadas a las que podrías acusar de ser postres y que el chef hacía, no estaban muy solicitados ni socialmente aceptados. A diferencia de otras partes del mundo donde había chefs, aquí un hombre podía ser cocinero, pero más le valía trabajar en barcos o en un campo de internamiento para hombres o en cualquier otro entorno exclusivamente masculino. De lo contrario, era un chef, lo que significaba que era un homosexual con el impulso de reclutar a otros hombres homosexuales para que se uniesen al redil homosexual. Por lo tanto, si estos chefs existían, eran una especie oculta y escasa, y el chef, aunque tampoco era el único, sí era el único que yo conocía en un radio de un millón de kilómetros. Otro asunto era su complejo estado emocional, que mostraba sin vergüenza ni provocación en relación a tonterías como las

cucharas o los vasos medidores. Cuando no estaba al borde de la susceptibilidad en cuestión de comida y cosas de cocina en general, de noche y sobre todo los fines de semana era fácil encontrarlo murmurando «melaza de granada, agua de azahar, *crème brûlée*, crep Suzette, *bombe Alaska*» en voz baja mientras bebía algo a solas en un rincón. Hablaba de comida, leía sobre comida, le prestaba libros de comida a mi medio novio (cosa que me alarmaba) y él (lo que me alarmaba aún más) los leía. Experimentaba con comida sin dejar de pensar en ningún momento que era un tipo normal, mientras que ningún tipo normal, ni siquiera los amigos que le tenían aprecio, coincidía con esa opinión. Y ahora estaba ahí, plantado en mitad del silencio incómodo en el que se había sumido el salón del medio novio y aumentando el clima de tensión por el mero hecho de que su personalidad estuviera presente.

Por otro lado, tal vez no. Esa vez, por primera vez, la cosa empezó con el habitual «Ay, no; el chef no» y la gente pensó en marcharse a toda prisa, hasta que se dieron cuenta de que verlo era un alivio. Mucho mejor que la anterior polémica con la bandera. Antes de su llegada, los vecinos habían pasado de una charla despreocupada sobre coches a la vieja trayectoria política entre nosotros y ellos. Y habían empezado a distanciarse del medio novio, porque, además de los sobrealimentadores, existían los tribunales clandestinos y la conspiración y la deslealtad y los informadores. Pero el chef había ayudado a que todo el mundo volviera en sí. Como de costumbre, no se había percatado del ambiente ni se fijó en el sobrealimentador ni en las gotas de sangre de la nariz del vecino que había alrededor de la pieza. Lo que hizo fue mirar a su alrededor, alarmado por lo que veía. Levantó las cejas una octava. «Nadie me había dicho que erais tantos. ¿Cuántos sois? Cien por lo menos. No pienso contarlos, de eso nada. —Negó con la cabeza—. No pienso emplatar comida para todos». Se equivocaba. De no ser porque el vecino había llamado al mal tiempo, la charla sobre coches se habría alargado, habría seguido con una sesión de alcohol y una sesión de música, y la consiguiente ida en plena borrachera a por comida al puesto de patatas fritas o una sesión en el restaurante indio. El saber culinario y los pastelitos del chef no habrían tenido cabida. Sin embargo, el chef estaba enfrascado en la explicación sobre los *amuse-bouches* que no pensaba hacerles, los detalles del plato principal que no cocinaría para ellos, el postre que sin duda no les prepararía, así que los vecinos se levantaron de inmediato. «No te preocupes, chef —dijeron con cuanta jovialidad pudieron fingir—. Tranquilo, no hay problema. Ya nos vamos. Tenemos cosas que hacer». Dicho eso, le echaron un último vistazo,

un vistazo más que ambivalente al sobrealimentador. A lo mejor era demasiado antonomástico, al fin y al cabo. No era de extrañar que nadie más hiciera una oferta para comprárselo, sino que se despidieran del medio novio y de sus amigos, que se quedaban un rato más. Algunos se acordaron de mí a última hora e hicieron un gesto con la barbilla en dirección a mi rincón.

Sabandija. Bocachancla. Bobo. Retrasado. Capullo. Listo de los cojones. No es por ofender, pero. Yo solo digo que. No quiero perjudicar, pero. Esas fueron algunas de las palabras que dijeron los amigos del medio novio sobre el vecino problemático después de que este y el resto de los vecinos se hubieran marchado. El chef, el medio novio, tres de sus amigos y yo nos habíamos quedado en el salón. El chef preguntó: «Pero ¿adónde han ido? ¿Por qué se han ido? ¿Quiénes son? ¿Pensaban que yo...?». «Déjalo, chef», le dijo el medio novio, pero hablaba distraído porque estaba molesto con los demás por haber intentado poner excusas y aplacar al vecino. Yo sabía que lo que más le molestaba era que le hubieran quitado hierro a los comentarios sobre la bandera. Al hacerlo, pensaba él, le habían dado la razón al vecino. Para entonces los demás también le decían al chef que se olvidase del tema, cuando el impetuoso le advirtió al medio novio que se anduviera con cuidado. «Ese cabrón asqueroso meterá baza. Se inventará alguna historia». Los demás asintieron y el medio novio al principio también. Pero después dijo: «De todos modos, no deberías haberle pegado, y vosotros tres no deberíais haberle permitido que os incordiasse ni contarle nada de mis asuntos. Mis asuntos son míos, no tengo que ganármelo ni hacerle la pelota para que me dé su aprobación. Y vosotros tampoco, no hace falta que lo convenzáis por mí». A los demás no les pareció bien y, a lo mejor porque se sentían dolidos, se desató una discusión cuyo argumento principal era que el medio novio tenía que darse cuenta de su error. Claro que debería haber dado explicaciones, le dijeron, no tanto al tipo ese, que al fin y al cabo estaba celoso y punto. Pero debería hablar por los demás, para evitar que se desatase un rumor de los grandes. El medio novio dijo que, en lo que respectaba a rumores, no hacía falta rebatir ni refutar nada, porque ni siquiera era necesario decir nada. «Lo que pasa es que me habéis hecho perder poder», se quejó, y la discusión continuó hasta que uno de ellos dijo: «Esto no acabará aquí». Se refería a que ninguno debía extrañarse si el tema del sobrealimentador quedaba en una tontería cuando estallase el escándalo de que el medio novio traía incontables banderas de la otra orilla. Se rieron, cosa que no significaba que no pensasen que eso pudiera pasar. Le dijeron que no debería haber sido tan terco, y yo, aunque no me habían incluido en la conversación y no había abierto la boca,

coincidía con ellos. Mientras tanto, el chef, que había estado con la cabeza en las nubes repasando el inventario de alguna despensa imaginaria, soltó: «¿Quién? ¿El qué?», y los demás se pusieron a darle toques. «Qué tío —le dijeron—. Has perdido el tren, como siempre», pero él ya no escuchaba y se fue arriba para lavarse antes de hacer algo de cenar para todos. Al cabo de unas cuantas mofas finales en plan «todo eso está muy bien, pero», «no seré yo quien, pero» y «no soy ningún experto, pero», y cuando aún quedaban más tribalismos por decir de los que se habían pronunciado (al menos delante de mí), los demás se pusieron a trasladar piezas al piso de arriba.

Eso era lo habitual, porque el medio novio guardaba coches por todas partes: en el taller donde trabajaba, en su casa, dentro, fuera, en el jardín de atrás, en los armarios, encima de los armarios, sobre los muebles, en los peldaños de la escalera, al final de la escalera y por todo el rellano; los usaba también como topes para las puertas y los guardaba en todas las habitaciones, excepto en la cocina y en su dormitorio, por lo menos las noches que yo dormía allí. Su casa no era tanto una casa como un entorno favorito trasplantado desde su trabajo, y ahora él y sus amigos lo estaban reorganizando, que traducido significaba que hacían sitio para más coches. «¿Traes otro coche?», le pregunté. «Coches en plural, medio novia —contestó el medio novio—. Unos carburadores y cilindros nada más, y unos parachoques, radiadores, bielas, paneles laterales, guardabarros y cosas así», y yo contesté: «Ajá». «Ahora vuelvo —me dijo, y señaló unos pedazos de coche en tránsito—. De momento, estos los voy a poner en una de las habitaciones de mis hermanos». El medio novio tenía tres hermanos, ninguno de los cuales estaba muerto ni vivía con él en esa casa. Habían vivido allí, pero con los años se habían mudado a otras partes. Y ahora el medio novio estaba ocupado con los demás y, a juzgar por el ruido, el chef estaba abajo, haciendo cosas en la cocina. Hablaba solo, pero eso no era raro. Lo hacía a menudo, y yo lo oía, porque el chef se quedaba en casa del medio novio puede que más noches que yo. Como de costumbre, lo oí describiéndole a una persona imaginaria que parecía estar haciéndole de aprendiz todo lo que hacía relacionado con la preparación de la cena. A menudo le decía algo como: «Mejor hazlo así. Hay formas más fáciles. Y recuerda, podemos desarrollar un estilo y una técnica únicos sin ser teatreros ni histriónicos», y siempre que lo hacía, parecía amable y mucho más complaciente que cuando se relacionaba con personas de verdad de la vida real. Ese acólito le caía bien y, a juzgar por los halagos y los ánimos, era buen aprendiz y muy atento. «Vamos a añadir esto. No, esto. Entonces, haremos eso. Eso. Recuerda que

buscamos delicadeza, un apilado limpio y preciso, así que quita esa hoja. ¿Por qué la pones? No contribuye a la textura ni a la dimensión de los elementos. Vamos a ver, pruébalo. ¿Quieres probar un poco?». Una vez me asomé justo cuando le invitaba al aprendiz invisible a probar la comida y allí estaba él, llevándose la cuchara a la boca. En ese momento, que era la primera vez que yo era testigo de eso, me recordó a mí misma cuando iba tachando mentalmente puntos de referencia del paisaje, algo que hacía en segundo plano mientras leía andando. Hacía una pausa más o menos después de cada página para verificar el entorno y, de vez en cuando, también para ser concreta y amable con la persona que acababa de pedirme indicaciones en mi cabeza. Me imaginaba señalando y diciendo: «Bueno, la orientación está allí», que significaba que la persona tenía que doblar tal o cual esquina. «Ve allí —decía—, a la vuelta de esa esquina. ¿La ves? Dóblala y, cuando llegues al cruce que hay junto al buzón del inicio de la zona de los diez minutos, subes hacia el sitio de siempre». El sitio de siempre era nuestro cementerio, y esas indicaciones eran mi manera de ayudar a una persona perdida pero agradecida. Y ahora el chef estaba en la cocina haciendo más o menos lo mismo. Sin ataques de histeria ni pataletas, solo meditación, absorción, relajación. Estaba jugando en compañía de una persona agradecida de su invención. Así que los dejé solos, porque no quería que el chef se avergonzase y saliera de su imaginación; en este sitio ya se le sacaban las vergüenzas a la gente mucho más de lo necesario por jugar, por bajar la guardia. Por eso aquí todo el mundo leía la mente: no les quedaba más remedio, porque, si no, las cosas se complicaban mucho. Del mismo modo que aquí la mayoría prefería protegerse a base de no decir lo que quería decir, había ciertos momentos en los que esas mismas personas, sabiendo que les leían la mente, eran capaces de presentar a los lectores únicamente el nivel mental más superficial, mientras que en el sotobosque de su conciencia se informaban a sí mismos en privado de lo que pensaban en realidad. Así que con el medio novio y los demás en el piso de arriba, y el chef y su ayudante en la cocina, me tumbé en el sofá para sopesar mis próximos pasos. Me refería a mis opciones de vivienda, porque el medio novio me había propuesto hacía poco si quería irme a vivir con él. En ese momento yo tenía tres objeciones al respecto. Una de ellas era que no creía que mi ma pudiera ella sola con la crianza de las hermanas pequeñas, a pesar de que yo no tenía un papel activo en la crianza de las hermanas pequeñas. Sin embargo, parecía que yo tenía que estar disponible como amortiguador para ayudar a prevenir su precocidad, su curiosidad desatada, su buena disposición hacia todo lo que estaba a punto de

descontrolarse. La segunda objeción era que vivir juntos implicaba el riesgo de destruir la medio relación que teníamos el medio novio y yo, que de por sí ya era delicada y fácil de hacerse añicos. La tercera era que ¿cómo iba a mudarme allí estando la casa como estaba?

Años después de haber roto con el medio novio, vi un programa de televisión sobre gente que acumulaba cosas pero no consideraba que acumulase cosas y, a pesar de que ninguno de ellos había acumulado un coche, me di cuenta de que había cierto parecido entre lo que hacían esas personas años después en la época actual, que ahora se llama la época de la ilustración psicológica, y lo que hacía el medio novio en la época en la que esa ilustración aún no existía. Había una pareja que consistía en un acumulador y ella, que no acumulaba nada. Todo estaba dividido por la mitad y la mitad de él ganaba, era una montaña hasta el techo que cubría la mitad del espacio en todas las habitaciones. Al cabo de un tiempo, sus cosas habían empezado a deslizarse montaña abajo y a invadir el espacio de la mujer, cosa que era inevitable porque él no podía parar de añadir cosas, se le acababa el espacio y no le quedaba más remedio que inclinarse hacia el de ella. En cuanto a la casa del medio novio, la acumulación no estaba ni mucho menos tan comprimida ni era tan restrictiva como en esos programas nocturnos de televisión. Sin embargo, no cabía duda de que iba sumando cacharros. En cuanto a mi reacción, yo aguantaba el estado de desorden del «entra y sé bienvenida, pero tendrás que hacerte un sitio» de las noches que dormía allí gracias a la normalidad de la cocina y de su dormitorio y a la medio normalidad del baño. Pero sobre todo lo aguantaba porque nuestra relación era una medio relación; es decir, que no vivía con él ni tenía un compromiso oficial con él. Si hubiese sido una relación de verdad, si hubiera vivido allí y hubiera tenido un compromiso oficial, lo primero que tendría que haber hecho habría sido marcharme de allí.

Así que esa era la casa del medio novio, y era una casa entera, aunque en aquel entonces para un hombre o una mujer de veinte años, sobre todo un hombre o una mujer sin casar, era muy poco habitual. No solo en esta zona. En mi zona también habría sido algo inusual. Pero la situación era esa porque un día, cuando él tenía doce años y sus hermanos quince, diecisiete y diecinueve, sus padres se habían marchado de casa para dedicarse de lleno a una carrera profesional de bailes de salón. Al principio los hijos no se habían dado cuenta de la partida porque los padres siempre se iban sin decir nada a competir con éxito en despiadados campeonatos a muerte de bailes de salón. Pero un día, cuando los dos mayores llegaron a casa del trabajo y, como

siempre, improvisaron la cena para los cuatro con algo de la freiduría, el segundo, sentado en el sofá con el plato en el regazo, se volvió hacia el primero y dijo: «Aquí pasa algo. Creo que falta algo. ¿No te parece que nos falta alguna cosa, hermano?». El mayor estaba de acuerdo: «Sí, falta algo. Oye, vosotros —les dijo a los dos pequeños—, nos falta algo, ¿verdad?». «Son los padres —respondió el segundo más pequeño—, que se han ido». Entonces siguió cenando y viendo la televisión, igual que el pequeño, que siete años después se convertiría en mi medio novio desde hacía casi un año. Entonces el mayor preguntó: «Pero ¿cuándo se han ido? ¿A otra de esas cosas de baile a las que siempre se apuntan?». Solo que no era una sola cosa de esas de baile. Al final, los hermanos se enteraron por los vecinos de que sus padres se habían marchado unas semanas antes, pero para siempre. Según los vecinos, les habían escrito una nota, pero se les había olvidado dejarla. De hecho, más que nada se les había olvidado escribirla, así que la escribieron y la enviaron al llegar a su destino no revelado; no revelado no de manera deliberada, sino porque no habían tenido tiempo ni se habían acordado ni les llegaba la cabeza para poner un remite. Según el matasellos, no era un país de la otra orilla, sino un país al otro lado de mucha mucha agua. También se les había olvidado su antigua dirección, la casa donde habían vivido durante veinticuatro años, desde el día de su boda hasta veinticuatro horas antes, cuando se habían marchado. Al final, habían intentado adivinar la dirección con la esperanza de que la propia calle les solucionase el problema y, gracias a los recursos que tenía la calle, se las arregló para conseguirlo. Remitió la carta a sus retoños, y la carta, que había rondado entre los vecinos antes de llegar a manos de los hermanos, decía: «Lo sentimos, chicos. Viendo las cosas desde otra perspectiva, no deberíamos haber tenido hijos. Nos vamos a bailar para siempre. Lo sentimos, pero al menos estáis mayores». Después había un añadido: «Bueno, a los que aún no sois mayores os pueden criar y acabar de hacer los que sí lo son, y, mirad, quedáoslo todo, por favor, incluyendo la casa». Los padres insistían en que los chicos se quedaran la casa, que ellos no la querían, que lo único que querían era lo que tenían: el uno al otro, su coreomanía y los numerosos baúles de ropa fabulosa de baile. La carta acababa con un: «Adiós, hijo mayor; adiós, segundo hijo; adiós, hijo pequeño; adiós, hijo más pequeño. Adiós a todos, nuestros maravillosos hijos», pero no firmaban diciendo «vuestros padres» ni «vuestra madre y vuestro padre con el afecto justo». La firma decía: «Bailarines», y a continuación había cuatro besos, tras los cuales los hijos no volvieron a saber nada de sus padres. Excepto en la televisión. La pareja aparecía cada vez más

en la televisión porque demostraron ser, a pesar de su madurez, unos excepcionales campeones de bailes de salón de gran juventud. Eran de primera categoría, espectaculares, de concentración deslumbrante y, tal vez a causa de su carisma, de su chispa, y gracias al prestigio internacional del estrellato que le conferían a su país (aunque, si era al país del otro lado de la frontera o al de la otra orilla, el detalle se omitía con tacto), no tardaron en salvar con éxito la brecha de la peligrosa división política. Eso significaba que eran una de esas excepciones, como los músicos, los artistas, la gente del teatro y de la gran pantalla y también los deportistas, que conseguían ir más allá de ganarse la aprobación total de una comunidad mientras, al mismo tiempo, se granjeaban la desaprobación y las amenazas de muerte de la otra comunidad. Esta pareja, como otros pocos escogidos, contaba con la aprobación de todos. Los aclamaban y aceptaban con unanimidad. No solo los aceptaban en los frentes políticos, religiosos y antiintolerantes, sino que también en cuestión de baile se los aplaudía por llenar el corazón de los amantes del baile de alegría y embeleso. Los entendidos de todo lo relacionado con los bailes de salón los tenían en gran estima, a pesar de que ninguno de sus cuatro hijos eran entendidos ni querían serlo de nada relacionado con los bailes de salón. No obstante, el medio novio me los mostró una vez en la tele. Lo hizo como si nada una noche, mientras cambiaba los canales, y allí estaban ellos: la Pareja Internacional. En ese momento iban empatados en el primer puesto del febril torneo mundial de Río de Janeiro y el presentador gritaba ante la Organización Internacional de Bailarines de Bailes de Salón: «¡Por Dios santo! ¡Un momento histórico! ¡Qué momento tan histórico!», y declaraba que todos debían agarrarse porque venían curvas en aquel enfrentamiento sin precedentes. Yo quería ver el duelo, porque después de exclamar: «¡No jodas! ¡Esa es tu...! ¡Es tu...! ¡Esa! ¡Esa es tu ma! ¡Tu ma!», además de «¡Es tu pa!», aunque era evidente que con esos ojos, su cara, el cuerpo, la movilidad, la confianza, la sensualidad y, por supuesto, esos trajes, en realidad me refería a ella y era imposible no mirarla. Sin duda, no lo había visto venir; pero el medio novio me dijo que él no quería verlo. Mientras yo me quedaba pegada al sofá, boquiabierta, con los ojos como platos y mordisqueándome las uñas y exclamando: «¡Se parece a ella! ¿Verdad que se parece a ella? No me digas que tiene la espalda igual que ella. El padre es como ella, o sea, él. No, ¿se parece a su padre?», el medio novio se fue a cacharrear con algún trozo de coche.

En cuanto a la casa, esta se convirtió en una de esas instituciones del tipo «aquí viven hombres», donde los hermanos dormían donde les pillaba el

sueño y vivían como hacen los chavales cuando los dejas a su aire. A menudo se quedaban sus amigos a dormir en cualquier parte, aunque cada vez había más chicas de una noche o novias de la semana o novias de una temporada. Luego cambió la cosa y los tres mayores se fueron a vivir cada uno por su cuenta. Se dirigieron a lo que quiera que la vida les deparase y, por inercia, la casa acabó siendo la del medio novio. Más adelante, debido a los coches y las piezas de coches, esa misma inercia convirtió la casa en tres cuartos de taller. Entonces me pidió que viviésemos juntos, que fue cuando le indiqué mis tres objeciones y él dijo de una de ellas: «No me refiero a aquí. Me refiero a que podemos alquilar una casa en el barrio chino».

El barrio chino era una calle de un distrito situado un poco más arriba de mi zona y un poco más abajo de la suya, que se llamaba barrio chino no porque hubiera chinos ni las cosas de los barrios chinos, sino porque era adonde iban a vivir las parejas jóvenes que no querían casarse o sentar la cabeza con arreglo a las convenciones. Era no querer casarse a los dieciséis, tener bebés a partir de los diecisiete, sentarse en el sofá a morir delante del televisor a la edad de veinte años como la mayoría de los padres. Querían probar no sabían el qué, pero algo distinto. Por eso las parejas sin casar se iban allí. Corría el rumor de que incluso había dos hombres que vivían allí, y me refiero a dos hombres juntos. Y después otros dos en otra casa, también juntos. No había mujeres viviendo juntas, aunque sí había una famosa por vivir en el número veintitrés con dos hombres. Pero, más que nada, había hombres y mujeres que no se habían casado y, aunque era solo una calle, hacía poco que habían dicho en las noticias que el barrio amenazaba con extenderse a una calle contigua que era conocida porque, antes de eso, ya alojaba a matrimonios de religión mixta. Mientras tanto, en la zona, y no solo en la calle del barrio chino, había un éxodo de gente normal, o sea, de parejas casadas. Algunas no estaban en contra de lo que implicaba el barrio, según decían. Solo que no querían herir los sentimientos de parientes como sus padres, sus abuelos, sus difuntos antepasados, sus frágiles ancestros fallecidos desde tiempos inmemoriales, tal vez encallados en comportamientos de fácil ofensa, sobre todo por eso que los medios llamaban «depravación, decadencia, desmoralización, diseminación del pesimismo, atrocidad contra el decoro y asuntos ilícitos e inmorales». La siguiente gran pregunta, decían las noticias, era si las parejas que allí se daban al fornicio eran, además, de religión mixta. Las parejas normales que se marchaban de allí, en su ansia por preservar los sentimientos de las generaciones antiguas, también hacían apariciones en televisión. «Lo hago por mi mami —decía una joven esposa—,

porque no creo que le hiciese mucha gracia que yo viviera sin integridad, que es lo que haría si me quedase en una calle donde la gente no hace votos matrimoniales». «No quiero juzgar a nadie —decía otra—, pero no unirse en matrimonio debe ser juzgado, juzgado con dureza y castigado, porque, si no, ¿hasta dónde vamos a llegar? ¿A la promiscuidad? ¿A pasiones animales? ¿A la ausencia de castidad? ¿Es eso lo que queremos fomentar?». Había más declaraciones sobre depravación, decadencia, desmoralización, diseminación del pesimismo, atrocidad contra el decoro y asuntos ilícitos e inmorales. «Lo siguiente —decía otra pareja mientras cargaba una furgoneta de mudanzas— será que la calle del barrio chino se convierta en calle y media, y luego habrá dos calles y al final todo el distrito será chino con *ménages* a trío por todas partes». «Lo hago por mi ma», decía otra esposa, aunque algunas decían: «Bueno, claro, ¿qué tiene ello de malo? Tenemos el tribalismo y la intolerancia, y para eso hace falta historia, pero con las cuestiones sexuales la cosa va más deprisa, y eso significa simplemente que hay que estar al día con los tiempos modernos». Sin embargo, la reacción principal era: «No podemos permitirlo» y «La gente no se acuesta con la gente» y «Después de las fronteras territoriales, el matrimonio es los cimientos del Estado». Sobre todo, «Si no se marchan, matarán a mi ma». Eso era en la televisión. En los programas de radio con intervención del público y en la prensa escrita también se informaba de una gran cantidad de futuras muertes potenciales de muchas madres.

Así que esa calle de esa zona, que no era muy grande y que se llamaba no sé qué en mi lengua nativa que yo no hablaba, pero también «el hueco del cuello» o «la curva del cuello» o «la parte blanda del cuello» en el idioma traducido de la otra orilla que yo sí hablaba, estaba un poco más abajo. Nunca había estado allí, aunque mi novio acabase de proponerme que fuésemos a vivir a esa calle. Contesté que no porque, aparte de la razón que tenía que ver con mi ma y con mis hermanas pequeñas, y la que tenía que ver con su manía de acumular, cosa susceptible de continuar y empeorar en la residencia del barrio chino con la misma facilidad que progresaba en su residencia actual, yo tenía reservas, porque quizá la intimidad y la fragilidad de nuestra relación ya estaba al límite de lo que cualquiera de los dos era capaz de soportar. Era lo que ocurría. Siempre sucedía lo mismo. Yo proponía cercanía para hacer avanzar nuestra relación, pero me salía el tiro por la culata y luego me olvidaba de que había propuesto cercanía, y él tenía que recordármelo la siguiente vez que yo proponía lo mismo. Después se volvían las tornas y a él le fallaban las neuronas y era el que proponía la cercanía. Teníamos lapsos

constantes de memoria, episodios de una especie de *jamais vu*. No nos acordábamos de las cosas de las que nos habíamos acordado y teníamos que recordarnos los olvidos el uno al otro y que la cercanía no era para nosotros, teniendo en cuenta el delicado estado de nuestra medio relación. En ese momento, le tocaba a él el turno de olvidarse y decir que creía que yo debería considerar la posibilidad de vivir juntos, porque llevábamos casi un año en nuestra condición de medio novios, así que era factible progresar como pareja de verdad mediante la cohabitación. Decía que no se daba el caso de que hubiésemos hablado antes de cercanía o de vivir juntos, y, cuando acabase de hablar, yo tendría que recordarle que sí. Mientras tanto, durante esta época de pedirme que viviera con él, me propuso ir a dar una vuelta en coche el martes siguiente para ver la puesta de sol. Entonces pensé que cómo podía habersele ocurrido ver la puesta de sol si a nadie que yo conociera, sobre todo a ningún chico, pero tampoco a chicas ni mujeres ni hombres y, por descontado, ni siquiera a mí, se le había pasado por la cabeza ir a ver cómo se ponía el sol. Era algo nuevo, aunque el medio novio siempre me salía con cosas nuevas, cosas de las que no me había percatado con otras personas, no solo con los chicos anteriores. Como al chef, le gustaba cocinar, cosa que los chicos no solían hacer, y no estoy segura de que me hiciera gracia. Y como al chef, al medio novio tampoco le gustaba el fútbol; o le gustaba, pero no hablaba de cuánto le gustaba tal como se les requería a los chicos, y por ese motivo lo conocían en su zona como uno de esos varones que no eran maricas, pero a los que de todos modos no les gustaba el fútbol. A mí me preocupaba en secreto que el medio novio no fuese un hombre de verdad. La idea surgía en los momentos más oscuros, en mis momentos complejos e involuntarios; llegaba de repente, se marchaba igual de deprisa, y yo no admitía ni siquiera para mis adentros haberlo pensado. Y si lo hacía, notaba que vendrían más contrariedades, porque ya sentía cómo se acumulaban para enfrentarse a mí y desequilibrar mis certezas. Como los demás, me ocupaba de esas contradicciones dándoles la espalda cada vez que asomaban por el horizonte. Sin embargo, me daba cuenta de que el medio novio las hacía aparecer en ese horizonte, sobre todo cuanto más tiempo estábamos en esa situación de no saber si medio salíamos o no. Me gustaba lo que cocinaba, a pesar de que creía que no debería gustarme ni debería alentarle con mi aprobación. Y me gustaba estar con él en la cama, porque dormir con el medio novio era como si siempre durmiese con él, y me gustaba ir con él a cualquier parte, así que contesté que sí, que el martes iría con él, el martes siguiente, la tarde después de salir a correr con el tercer cuñado por la carretera de los parques y los

embalses, a ver la puesta de sol. Naturalmente, no pensaba comentárselo a nadie porque no estaba segura de que una puesta de sol fuera un tema aceptable para hablarlo con cualquiera. Aunque, a decir verdad, casi nunca le contaba nada a nadie. No mencionar las cosas era mi manera de mantenerme a salvo.

Mi madre se había enterado. No era de la puesta de sol ni del medio novio de lo que se había enterado, pues él no era de mi distrito y yo no lo traía al mío, cosa que quería decir que pasábamos casi todo el tiempo en su zona o en los pocos bares y clubs intercomunitarios del centro. Era un rumor que corría por ahí lo que la tenía ansiosa. La noche antes de salir a correr con el tercer cuñado, y también de la puesta de sol con el medio novio, vino a verme a mi habitación. La oí llegar y, ay, Dios, pensé, ahora qué.

Desde mi decimosexto cumpleaños dos años antes, mi ma se atormentaba y me atormentaba a mí porque no estaba casada. Mis dos hermanas mayores estaban casadas. Tres de mis hermanos, incluyendo al que había muerto y al que estaba huido, se habían casado. Puede que el hermano mayor errante que había desaparecido de la faz de la tierra también, aunque mi ma no tuviese prueba de ello. Mi otra hermana mayor, la innumerable segunda hija, también se había casado. ¿Por qué no me casaba yo? Esa falta de matrimonio era egoísta, perturbaba el orden del Señor y desconcertaba a las niñas, según ella. «¡Míralas!», continuaba mi ma, y allí estaban ellas, plantadas a su lado, alegres y sonrientes, con un brillo en los ojos. Por su aspecto, ninguna de esas hermanas parecía desconcertada. «Das mal ejemplo —decía mi ma—. Si no te casas, pensarán que no pasa nada si ellas tampoco lo hacen». Ninguna de las tres a sus siete, ocho y nueve años de edad se acercaba a la adolescencia núbil. «¿Y qué pasará —insistía mi madre como de costumbre cuando teníamos la misma conversación unilateral— cuando ya no seas guapa y nadie te quiera?». Yo me hartaba de contestar: «No pienso decírtelo, ma. Nunca te lo diré, ma. Déjame tranquila, ma», porque cuanto menos le daba, menos podía ella entrometerse. Para ella era igual de agotador que para mí, pero nunca le faltaban los refuerzos. En el distrito, las madres les hacían un auténtico acoso y derribo a sus hijas para casarlas. Su miedo cervical era verdadero, visceral; sin duda, para ellas no se trataba de un cliché, era un asunto serio que había que tener en cuenta y no precisamente inusual. Inusual habría sido que de entre esas madres surgiese una que no pensase igual. Así que entre mi ma y yo se había generado una competición para ver quién desgastaba antes a la otra. Cada vez que se oía que yo salía con alguien (no porque yo se lo hubiera dicho), yo no podía entrar en casa sin oír: «¿Es de la

religión que tiene que ser?», seguido de: «¿No estará casado?». Era una cuestión vital que, si era de la religión correcta, no estuviera casado. Y como yo seguía sin decir ni pío, se lo tomaba como prueba de que no era de la religión correcta, de que estaba casado y de que con toda probabilidad no solo era un paramilitar, sino un enemigo defensor del Estado, además de paramilitar. Se sometía a sus propias películas de terror a base de rellenar los huecos cuando yo me negaba a proporcionarle información. Es decir, escribía el guion entero ella solita. Empezó a observar ciertas prácticas devotas y a visitar a los religiosos con la intención, según me contaban mis hermanas pequeñas con gran regocijo, de que yo dejara atrás a esos impíos terroristas bígamos de los que me enamoraba uno detrás de otro y que, por una vez, me enamorara de alguien adecuado. Yo la dejaba hacer; sobre todo cuando empecé con el medio novio, la dejé hacer. No pensaba hablarle de él ni en broma. Ella se habría puesto manos a la obra, lo habría hecho pasar por el aro y le habría planteado una pregunta de evaluación tras otra para meter prisa, siempre metiendo prisa, siempre intentando que completase fases, agobiando para finalizar fases, acabar el asunto (o sea, dejar de salir), empezar el otro asunto (o sea, casarnos), rematar el asunto (es decir, tener hijos) y hacer que, por el amor de Dios, yo espabilase de una vez como las demás.

Las prácticas devotas y las visitas a los religiosos (y más tarde también a religiosas) continuaron al margen de las oraciones de las tres, las oraciones de las seis, las oraciones de las nueve y las oraciones de las doce. Todas las tardes, a las cinco y media, también había ruegos por las almas del purgatorio que ya no podían rezar por sí mismas. Pero esas oraciones periódicas no interferían con sus habituales oraciones matinales y vespertinas; en concreto, con el procuramiento avanzado de intercesiones para que yo abandonara los encuentros amorosos que ella estaba segura de que yo tenía con defensores herejes en los distintos puntos suspensivos de la ciudad. Mi ma siempre se refería a los lugares que no aprobaba, o que sabía que no aprobaría, con tres puntos suspensivos; los llamaba sitios «punto punto punto», y de vez en cuando mis hermanas mayores y yo especulábamos sobre qué narices habría hecho ella durante su juventud en esos sitios. En cuanto a sus rezos y sus decretos, todo eso se acentuó y la súplica adquirió una urgencia extrema, hasta que un día se volvieron las tornas por imprudencia. Tenía que ser. Dado que los había basado en una necesidad ficticia (librarme de hombres que jamás habían existido, salvo en su cabeza), ahora parecía que ella misma hubiera hecho aparecer lo que ninguna de las dos queríamos.

Después del segundo encuentro con el lechero en la carretera de los parques y los embalses, el entrometido del primer cuñado, que como era de esperar lo había descubierto todo, mandó a su esposa, mi hermana más mayor, a decirle a mi madre que hablase conmigo. Recomendación especial, puesto que la charla anterior con mi hermana mayor no había ido según lo planeado. Así que ella, la hermana que no quería a su marido porque todavía lloraba a su exnovio, vino a ver a mi ma. Aunque ya no lo lloraba porque él la hubiera engañado y estuviera con otra mujer: ahora lo lloraba porque estaba muerto. Lo habían matado en el trabajo con una bomba lapa porque era de la religión contraria y estaba donde no tocaba, y esa era una de las cosas que ocurrían. Así que había muerto. ¿Y mi hermana? Mi hermana. Si no había conseguido olvidarse de él cuando estaba vivo, yo no sabía cómo lo conseguiría ahora que estaba...

Aun así, a pesar del dolor, mi hermana más mayor hizo lo que le mandaban. Informó a nuestra madre de la situación con el lechero, y mi ma lo contrastó con las devotas del barrio, porque ya les había llegado a todas. Como mi madre, estas mujeres eran gente de ensalmos, de ruegos sinceros, de peticiones razonadas y casi jurídicas. Se les daban tan bien las súplicas a la autoridad celestial, sus tratamientos y demostraciones estaban tan entretejidos con la vida ordinaria, que a las componentes de esta hermandad a menudo se las oía musitar con las cuentas por un lado de la boca mientras mantenían una conversación normal y corriente por el otro. Estas mujeres, junto con ma y mi hermana mayor y el primer cuñado y todos los cuajaenredos del barrio en general, se involucraron en la situación que nos atañía a mí y al lechero. Y un día, según las hermanas pequeñas, un montón de estas vecinas se presentaron en casa a ver a mi madre. Al parecer mi amante era lechero, decían, aunque también decían que era mecánico de coches. Tenía cuarenta y pocos, aunque también unos veinte. Estaba casado, decían, y soltero. No cabía duda de que tenía «vínculos», pero al mismo tiempo no estaba vinculado. Un agente de inteligencia: «Bueno, ya sabes, vecina —decían las vecinas—, el que está en la sombra, el que vigila, el que rastrea y sigue y persigue y hace perfiles; el que recaba información sobre el objetivo y luego se la pasa a los pistoleros que...». «¡Por el niño Jesús! —gritó mi ma—. Y ¿dices que mi niña tiene algo que ver con este hombre?». Se agarró a los reposabrazos de la silla, me contaron mis hermanas pequeñas, y entonces se le ocurrió una cosa: «No será ese lechero, ¿verdad? El de la furgoneta, la furgonetita blanca, anodina, cambiante». «Lo sentimos, vecina —dijeron las vecinas—, pero hemos pensado que lo mejor era que lo supieses». Al menos mi amante era renegante

del Estado, le dijeron entonces, y no defensor del Estado, cosa que era de agradecer, por supuesto, y una alusión a otra de mis hermanas mayores, la segunda, que había deshonrado a la familia y a la comunidad al casarse con una persona de las fuerzas armadas y mudarse a algún país de la otra orilla, puede que incluso a ese país de esa otra orilla, después de que los renegantes del distrito le advirtieran que no regresase jamás. Ni siquiera después de la muerte de esta persona del ejército (el segundo cuñado, al que, aparte de mi segunda hermana, ninguno conocíamos y que había muerto no porque lo hubieran matado los renegantes, sino de alguna enfermedad normal al margen de la política), ni siquiera entonces tuvo mi hermana permiso para regresar, aunque yo creo que ella tampoco habría querido. «Al menos a esta hija no podrán acusarla de traición —la tranquilizaron las vecinas—. Aunque debes saber, vecina —añadieron—, que son muchos los que comentan que ese lechero no es un don nadie, que tu niña se ha juntado con un personaje muy cruel». «Señor, ten misericordia», contestó mi ma, solo que esta vez habló en voz baja y las hermanas pequeñas me contaron que parecía desinflada, como si no le quedara vida ni para asustarse, que al menos habría sido algo de energía. Me dijeron que parecía tan triste como cuando ocurrió eso que terminó con mi segunda hermana desterrada. «Claro que —continuaron las vecinas— a lo mejor nada de eso es cierto y puede que tu hija no esté liada con ese renegante ni con ningún otro y que esté de novia con algún veinteañero mecánico, de nueve a cinco y cinco días y medio a la semana, de la religión correcta». Mi ma continuaba sin convencerse. El factor automovilístico le resultaba espurio, artificial, una excusa falsa e inventada por su buena amiga Jason y el resto de las vecinas amables para animarla justo después del bombazo. Optó por el perfilador, el tipo que esperaba hasta el momento idóneo, el que no abandonaba, el que persistía indefectiblemente hasta que cumplía su misión. Además, la descripción del lechero que le habían hecho las vecinas encajaba a la perfección, salvo por lo de no ser de la religión equivocada, con el retrato robot de la persona contra la que había dirigido sus oraciones. Estaba tan llena de prejuicios y tan convencida de antemano de que yo acabaría teniendo un amante tan peligroso y mortal que ni siquiera se le ocurrió ni se le pasó por la cabeza que ese hombre podían ser dos.

Vino a verme y empezó con ademán conciliatorio. Con persuasión. Con: «¿Por qué no dejas a este hombre que, en cualquier caso, es demasiado mayor para ti, que si puede que ahora te impresione, que algún día verás que no es más que uno de esos que quieren el oro y el moro? ¿Por qué no te quedas con

uno de esos chiquitos de la zona, más adecuados y coherentes con tu religión, tu estado civil y tu edad?». Según entendía mi ma, esos chiquitos majos eran de la religión correcta, devotos, solteros, a poder ser no paramilitares y, en general, más estables y duraderos que, tal como ella los llamaba, los «hombres rebeldes, vertiginosos, impresionantes, fantásticos, excitantes que, de todos modos, hija, van directos a la tumba». «Nadie les para los pies —me dijo—, hasta que les llega la muerte. Te arrepentirás, hija, cuando te encuentres atrapada en lo más feo de esa vida nocturna tan atractiva de los paramilitares. Te afecta a la mente. No es todo lo que parece. Es huidas. Guerra. Es matar a gente. Que te maten. Que te pongan al mando. Que te apaleen. Que te torturen. Hacer huelga de hambre. Convertirte en una persona completamente distinta. Mira a tus hermanos. Te digo que esto acabará mal. Contigo arrastrada por el suelo, si es que él no te arrastra primero a la muerte. ¿Qué me dices de tu destino de mujer? Y ¿de las cosas de casa, de los quehaceres? Y ¿de tener bebés y que los bebés tengan un padre en vez de una lápida para que los lleves una vez a la semana de visita al cementerio? Mira esa mujer que vive a la vuelta de la esquina. Podríamos decir que quiso a todos sus maridos saturninos, pero ¿dónde están ahora? ¿Dónde están la mayoría de los maridos taciturnos, decididos y sumamente implacables de esas mujeres? Te lo digo yo: a dos metros bajo tierra, en la fosa de los combatientes, en el sitio de siempre». Siguió con los deberes del matrimonio, con el sinsentido de confundir el deseo de romance con las aspiraciones y los objetivos apropiados para una mujer en la vida real. El matrimonio no tenía que ser un lecho de rosas. Era un decreto divino, un deber de la comunidad, una responsabilidad. Era actuar conforme a tu edad, tener bebés de la religión propia y obligaciones y limitaciones y restricciones e impedimentos. Era conseguir que alguien te pidiera la mano en lugar de acabar disecada y macilenta y morir como una solterona tímida pero resuelta en alguna estantería olvidada, llena de polvo y arañas. No había manera de que diese el brazo a torcer, pero a medida que me hacía mayor me planteé varias veces si eso era de verdad, en lo más recóndito de sus entretelas, lo que mi ma pensaba que era el destino de las mujeres. Sin embargo, había vuelto a la solución, a los chiquitos majos, a los que podían propiciar que yo estuviera bien emparejada y equilibrada. Con los dedos de una mano, se puso a enumerar un muestrario de nombres de la zona para que yo viese cuáles aprobaba ella. A medida que los recitaba, yo podría haberle garantizado, si mi ma hubiese querido escuchar, que ni uno solo de ellos era tan emparejable y equilibrable como ella los describía. Para empezar, algunos ni siquiera eran buenas

personas. Además, un montón no eran devotos y unos cuantos ya estaban casados. Unos pocos vivían con sus novias fuera del vínculo matrimonial en el barrio chino, como lo llamaba la comunidad, o en la calle punto punto punto, como lo llamaría mi ma en cuanto se enterase de que existía. Otros eran renegantes o se decía de ellos que lo eran: muy comprometidos con la causa de conseguir fines personales a través de fines políticos, o dedicados en serio a la causa de los problemas políticos. Así que mi madre podía seleccionarlos sin saber a quién seleccionaba, y yo preferí no ilustrarla porque todavía estaba en modo defensivo, protector y de no revelar nada. Se trataba de una retención deliberada de información, porque mi objetivo nunca había sido no ocultarle cosas, ya que ella nunca había tenido entre los suyos escuchar mi mensaje y confiar en mi palabra. Cuando dejé de sugerirme a «ese chaval majo, ¿cómo se llama? El que cogió la manía esa de referirse a sí mismo usando la tercera persona del singular. Ya sabes, fulano de tal» como candidato a marido y empezó con que «tu hermana dice que su marido dice que le ha oído decir a todo el mundo que tú...», empecé a perder la paciencia. Allá vamos. «Es un cafre de tres pares de narices, ma —le dije—. Un cabrón de aúpa. Ni se te ocurra hacerle caso».

Mi ma se estremeció. «Ojalá no uses ese vocabulario, esas palabras tan groseras y soeces. Me asombra que vosotras dos habléis así cuando ninguna de tus otras hermanas lo hace». Se refería a mí y a la tercera hermana, y era cierto: hablábamos mal, aunque a la tercera hermana le gustaba más el componente soez del lenguaje que a mí. «¡Ostras, ma!», exclamé, y fue sin pensar, sin hacer caso del hecho, porque era un hecho, de que estaba enfadada y desdeñosa y agotada por culpa de mi madre, frustrada por que ella viviese en otro planeta e insistiese con tanta ignorancia en que me fuera a vivir allí con ella; también porque yo la consideraba un estereotipo, una caricatura, algo en lo que, por supuesto, yo no me convertiría. Así que dije «ostras» y hacerlo fue grosero, grosero y despistado. Sin embargo, de haberlo pensado antes, es posible que estimase que no se daría cuenta, que no alcanzaría a entender la mofa, que mi rechazo pasaría inadvertido. En cambio, mi ma se dio cuenta, entendió bien y, aunque yo no me lo esperaba, abandonó de golpe el papel cómico, el de la mamá ansiosa por oír campanas de boda; el cliché desapareció y allí se presentó su verdadero yo. Lleno de huesos y sangre y músculos, y con una autodefinición que incluía rabia, mucha rabia, se acercó a mí y me agarró del brazo.

«Ni se te ocurra salirme con tu orgullo, con tus aires de superioridad, con tu desdén y tus frasecitas sarcásticas. ¿Es que te crees que yo no he vivido,

hija? ¿Es que te crees que no tengo inteligencia, que no he aprendido nada con los años que llevo aquí? Pues sí, he aprendido y sé cosas, y deja que te diga que una cosa es decir obscenidades y otra mucho peor es creerte lo que no eres y burlarte de la gente. Prefiero que te pases la vida hablando con ese lenguaje soez e inapropiado a que te vuelvas una de esas personas cobardes que no se atreven a decir lo que piensan, pero tampoco saben tener la boca callada y farfullan entre dientes y contestan a escondidas y con susurros. Esos, hija mía, no son tan listos ni tan respetables como ellos se creen en su cabeza y en el grandísimo amor que se tienen a sí mismos. Presta atención a tus palabras y al tono con el que hablas. Me has decepcionado. Pensaba que te había criado para que tuvieras mejores modales». Me soltó el brazo y se dio media vuelta, cosa que era asombrosa, algo que nunca nos había pasado. Por lo general, era yo la que se hartaba, la que se indignaba, pronunciaba las últimas palabras y, con total exasperación, se daba media vuelta y se marchaba. Sin embargo, esa vez la seguí y alargué la mano para detenerla. «Ma», dije, aunque no tenía ni idea de qué pasaría a continuación.

Yo no conocía la vergüenza. Me refiero a la palabra, porque como tal todavía no había entrado en el vocabulario comunitario. Sabía lo que era sentir vergüenza y también que todo el mundo a mi alrededor sabía lo que era sentir eso. No era ni mucho menos un sentimiento débil, pues parecía más potente que la rabia, más potente que el odio, más fuerte incluso que la emoción más disimulada: el miedo. En aquella época no había modo de luchar con la vergüenza ni de superarla. Otra cuestión era que a menudo se trataba de un sentimiento público que requería compañía para aumentar su efectividad, independientemente de que tú fueses el que avergonzaba a otro, el testigo de ese avergonzamiento o el sujeto de la vergüenza. Dado que era un sentimiento tan complejo, confuso y avanzado, la mayoría de la gente de aquí cometía toda clase de permutaciones para no tenerlo: matar personas, herir verbalmente a las personas, herir psicológicamente a las personas y, no menos importante ni infrecuente, hacerte todo eso a ti mismo.

El cambio de mi madre me espabiló. Me sacó de la creencia de que era una persona de cartón piedra, creencia que venía de haber confundido su obsesión por rezar con tener la cabeza llena de tonterías, en lugar de ver que era una cabeza llena de preocupaciones; de haberla considerado una mujer de cincuenta años que había parido diez hijos y cuya vida (en el sentido de vivirla de algún otro modo) había terminado. En ese momento me sentí mal por ese «ostras», lo que significaba que me avergonzaba de haber menospreciado a mi madre. Y eso a pesar de su sermoneo y de su paliza

mental. Tuve ganas de llorar, pese a que yo nunca lloraba. Entonces quise soltar injurias para evitar las lágrimas. Pero después me di cuenta de que podía intentar arreglar las cosas. Ese podía ser el momento adecuado para decir «lo siento» sin decir «lo siento», porque «lo siento», igual que «vergüenza», era algo que aquí nadie sabía decir todavía. Podíamos sentirlo y lamentar algo, pero, como con la vergüenza, no sabíamos lidiar con la manera de expresarlo. Así que decidí ofrecerle a mi ma justo lo que ella buscaba, que fue contarle todo lo que había que saber sobre el lechero y yo. Y eso hice. Le conté que no estaba liada con él ni lo había deseado nunca, que había sido él y solo él quien, con su asedio y su dedicación, al parecer había buscado el romance. Le dije que se había dirigido a mí dos veces, solo dos, y le expliqué las circunstancias de cada una. También le dije que él sabía cosas sobre mí: dónde trabajaba, quiénes eran mis familiares, cómo pasaba las tardes después del trabajo, qué hacía los fines de semana; pero que ni una sola vez me había tocado y ni siquiera, aparte de la primera vez, me había mirado directamente, y añadí que nunca me había subido a sus coches, a pesar de que la gente dijera que me subía con él todo el tiempo. Acabé admitiendo que no había querido hablar de nada de eso, no solo con ella, sino con nadie más. Y que era por cómo se deformaban las palabras, porque en este sitio se exageraban las palabras y la gente se inventaba cosas. Habría perdido mi poder, si es que tenía alguno, de haber intentado dar explicaciones y ganarme a los que chismorreaban sobre mí. Por eso había guardado silencio, le dije. No había hecho preguntas, no había contestado a preguntas ni ofrecido confirmación ni refutación. Con eso, le expliqué, había tenido la esperanza de colocar una frontera para mantener mi mente al margen. Que así esperaba protegerme.

Mientras tanto, mi ma me miraba sin interrupción, pero en cuanto acabé de hablar, sin dudarle siquiera, me llamó mentirosa y dijo que con ese engaño no buscaba más que seguir burlándose de ella. Me habló de otros encuentros entre el lechero y yo, además de los que yo había admitido. La comunidad la tenía informada, dijo, y eso significaba que sabía que a menudo quedaba con él y tenía citas inmorales y encuentros amorosos, que también sabía lo que hacíamos en lugares tan indecentes que ni siquiera merecían los puntos suspensivos. «Eres una especie de mujer de la mafia —me dijo—. No tienes límites. Ya no sabes intrínsecamente lo que es el bien y el mal. Niña, me lo pones muy difícil para quererte, y si tu pobre padre estuviera vivo, seguro que tendría algo que decir al respecto». Pero yo lo dudaba. Cuando estaba vivo, mi pa casi nunca nos hablaba y lo último que me dijo en su lecho de muerte, puede que las últimas palabras que pronunciase en su vida, fue alarmante y

sobre él mismo: «De pequeño me violaron muchas veces —me dijo—. ¿Te lo había contado?». En aquel momento solo se me ocurrió contestar que no. «Pues sí, muchas veces. Me lo hizo muchas muchas veces. Yo, un niño, y él, con su traje y su sombrero, se desabrochaba los botones y tiraba de mí y me acercaba a él en esa caseta, la caseta negra, una y otra vez, y luego me daba peniques». Mi pa cerró los ojos y se estremeció, y las hermanas pequeñas, que estaban conmigo en el hospital, rodearon la cama y me tiraron del brazo. «¿Qué es “violaron”? —susurraron—. ¿Qué es “crumbi”?», porque él había cerrado los ojos y musitaba «*crombie...*», refiriéndose al abrigo caro. «Muchos momentos horribles», dijo al abrir los ojos de nuevo. Me pareció que oía a las pequeñas, aunque no creo que las viese. A mí sí me veía, aunque no estuviera seguro de cuál de todas las hijas era. De todos modos, eso no tenía nada que ver con morir, porque en vida mi pa estaba siempre distraído y pasaba demasiado tiempo leyendo el periódico, viendo las noticias, con la oreja pegada a la radio o en la calle, escuchando para después discutir el conflicto político más reciente con vecinos de ideas afines. Era de esos que no se fijan en nada más que en los problemas políticos. Y si no eran los problemas políticos, cualquier guerra de cualquier parte, cualquier depredador o víctima. Además, pasaba mucho tiempo con estos vecinos que sufrían exactamente la misma fijación y aberración compartimentada. En cuanto a los nombres de su prole, no los recordaba, a menos que repasase la lista cronológica entera de cabeza. Cuando lo hacía, incluía los nombres de sus hijos, aunque el que buscase fuera el de una de las hijas. Y viceversa. Tarde o temprano, recitando la lista entera daba con el apropiado. Sin embargo, incluso eso acabó siendo demasiado trabajoso y, al cabo de un tiempo, abandonó el catálogo mental y optó por llamarnos hijo o hija, que era más fácil. Y tenía razón. Era más fácil y por eso el resto de nosotros empezamos a usar hermano y hermana entre nosotros.

«Trasero» fue lo siguiente que dijo, y las hermanas pequeñas se rieron. «Las piernas —dijo—. Y los muslos, pero sobre todo el trasero. Qué horribles esas sensaciones... Nada me las quitaba: los temblores, las sacudidas, esas ondas diminutas y persistentes. Me venían todo el tiempo, se repetían, eran horribles, toda mi vida. Pero había cierta imprudencia, esposa —dijo él entonces—, abandono, un rechazo de mí mismo que había empezado años antes. Iba a morir de todos modos, no viviría mucho tiempo, cualquier día me muero, desde siempre, asesinato con violencia, así que me daba igual que me lo hiciera porque él sabía desde el principio que me conseguiría y yo no podía impedirselo. Me encerraba en mí. Que se acabase pronto. Sin dejarme

llevar a ese lugar terrorífico, esposa, y por eso nunca estuve a gusto contigo». Las hermanas pequeñas se rieron de nuevo, esta vez por lo de «esposa», aunque las risitas escondían cierto nerviosismo. Entonces mi pa dijo con rabia: «El *crombie*, los trajes, el *crombie*. Nadie llevaba *crombies*, hermano», y de nuevo las pequeñas me tiraron del brazo. «¿También...? —empezó a decir mi pa, y me miró a la cara y por un momento parecía comprenderme—. ¿También... violó a tu hermano?». «Hermana mediana —susurraron las pequeñas—, ¿por qué dice papi que...?», pero no acabaron la frase. Fueron acercándose y se pusieron detrás de mí. Mi pa murió de su enfermedad esa misma noche, cuando mi ma y alguna de las demás mujeres habían llegado a sentarse a su lado, después de que las hermanas pequeñas y yo nos marchásemos. Me dejó su bufanda, su gorra plana, y también una aversión eterna por la palabra «*crombie*», que yo también creía que era «*crumbi*» hasta que la busqué en el diccionario esa misma noche al llegar a casa.

Y ahora mi ma se había enfadado y me amenazaba con mi pa muerto por mentirle aun cuando no le había mentido, porque yo nos había rebajado a las dos, decía ella, con mis falsedades y mi dureza de corazón, cuando en realidad lo que pasaba era que no teníamos fe la una en la otra. «No haces honor a la educación que te di», dijo, y yo contesté: «Tú no me haces honor a mí». Mi reacción, y supongo que con eso le di la razón, fue cerrarme en banda de nuevo y sentir un gran placer infantil por negarme a buscar posibles puntos de encuentro. En lugar de eso, pensé: «esta es mi vida y te quiero, o quizá no te quiera, pero yo soy así, esto es lo que me importa y estos son los límites, madre». No lo dije en voz alta, porque no podría haberlo hecho sin montar una pelea y siempre estábamos peleándonos, siempre atacándonos. Así que me cerré en banda y pensé: «ostras, ostras, ostras, ostras», y desde ese momento dejó de importarme si ella me echaba la culpa a mí o no. De ahí en adelante no pensaba revelarle nada. Pero ¿tenía que ser así para siempre? ¿Yo con el corazón afilado, según ella, y toda ella, según yo, puntas de flecha y aristas?

Y ahí estaba yo al día siguiente, corriendo por la carretera de los parques y los embalses con el tercer cuñado. Él mascaba murmullos y yo intentaba pensar no en el lechero como mi ma creía, o como todos creían, sino en el medio novio, con quien había quedado por la tarde para la puesta de sol. En cuanto al lechero, no había señales de él, cosa que no significaba: «¡Hurra! ¡Me he librado de él! ¡Genial!», porque ni que decir tiene que debía de estar merodeando por allí. Con la seguridad del Estado de incógnito, el servicio de inteligencia militar de incógnito, los agentes de paisano que fingen no ser

agentes de paisano y toda esa actividad «ahora te veo y ahora no, pero enseguida vuelvo a verte» del submundo local, no cabía duda de que la zona de la carretera de los parques y los embalses era el típico lugar donde merodear. Pero no. No había ni rastro de él y eso me animaba, o sea, que podía relajarme, podía dedicarme con paz y tranquilidad a mi adicción obsesiva al ejercicio físico con la instigación y la complicidad de mi cuñado, que se dedicaba a la suya a mi lado. No acostumbrábamos a conversar ni a charlar ni a fomentar el intercambio de frases durante los entrenamientos más allá de algún que otro «¿Aceleramos el paso, cuñada?» o «¿Añadimos un kilómetro de regalo al final, cuñado?» o cualquier otra expresión funcional deportiva. No obstante, esa vez el cuñado familiar y fiable demostró no ser tan familiar y fiable como siempre había sido.

«¿Me permites que te importune con una pequeña conversación privada?», me preguntó, cosa que me inquietó porque el cuñado nunca me había importunado con semejante cosa. De inmediato pensé que tenía que ser por el lechero. Va a arrancarse con el lechero porque él también debe de haber oído los rumores, aunque fuese increíble que precisamente el tercer cuñado, el último baluarte contra los chismorreos, se dejara persuadir e influenciar por los rumores del lugar. Sin embargo, resultó que ni los había oído ni quería hablar de eso, sino que se embarcó en una disquisición cuidadosa a la que supuse que llevaba tiempo dándole vueltas en la cabeza. Trataba del tema de mi costumbre de leer mientras andaba. Libros y caminar. Yo. Y andar. Y leer. Otra vez eso. «¿Hablas conmigo? —pregunté—. ¿De qué hablas ahora? No has hablado conmigo en la vida». «Es que creo —explicó el tercer cuñado— que no deberías hacer eso, que no es seguro ni natural ni cuidadoso contigo misma, y, al hacerlo, desconectas, te abandonas; para el caso, podrías pasearte entre leones y tigres, porque te pones en manos de fuerzas oscuras, despiadadas, astutas y rebeldes. Casi que más te valdría andar con las manos en los bolsillos». «Así no podría sujetar el libro». «No tiene gracia —contestó él—. Es que así cualquiera podría acercarse sin que te dices cuenta. Podrían llegar corriendo —enfaticó—. Acercarse en coche. ¡Por todos los santos, cuñada! Podrían presentarse a tu lado como si nada, y tú estarías con la guardia bajada, sin prestar atención, sin hacer un reconocimiento y una vigilancia exhaustiva del terreno, y si encima vas leyendo en voz alta...». «¡Que no! Que no leo en voz alta, por el amor de Dios». Aquello se ponía ridículo. «Y si emprendes la actividad insegura de leer mientras andas y de aislar tu conciencia sin prestar atención ni fijarte en lo que te rodea...», un comentario hilarante viniendo de alguien que no era consciente de los

problemas políticos desde hacía once años. Esa era otra de las cosas que yo usaba como método disuasorio contra el lechero. Otra aberración del cuñado, aparte de la de las mujeres, era que se rumoreaba en la zona que estaba tan metido en su programa de ejercicio y de peleas que no se había dado cuenta de los problemas políticos que ya duraban una década. Eso no era moco de pavo y, por raro que pareciese, estaba segura de que no podía más que ayudar a mantener al lechero a raya.

Yo no atendía mucho a los problemas, pero al menos les prestaba un mínimo de atención, cosa que no habría podido evitar por culpa de la osmosis. En cambio, el cuñado no prestaba atención ni a la osmosis ni a la notoria agitación política y social de la época y el lugar en el que vivía. Iba por ahí con anteojeras, sin darse cuenta de nada, y eso era raro, muy raro. A mí también me parecía extraño, y eso significaba que el lechero (el profeta ideológico del sueño, el portador de la visión, una persona que le dedicaba la vida a una causa que un hijo de vecino intolerable, sumido en su régimen propio y difícilmente comparable de lucha personal y ejercicio físico, no sabía que existía) habría considerado que semejante negligencia era inquietante, por no decir que era indicativa de la falta de cordura del tercer cuñado. Esto trae a colación el tema de las aberraciones, porque en nuestra zona había dos tipos de aberraciones mentales: las leves y aceptadas por la comunidad y las no tan leves e inaceptables. Los que poseían una de las de la primera categoría encajaban de manera tolerable y englobaban más o menos a todo el mundo, incluyendo a una serie de bebedores, pendencieros y alborotadores del lugar. Beber, desatar peleas y organizar disturbios eran cosas del montón, habituales, casi necesarias, y apenas se percibían como aberraciones. Tampoco se consideraban aberraciones el repertorio de chismes, secretismo y vigilancia comunitaria, además de las normas en cuanto a lo que estaba permitido y lo que no, que tanta importancia tenían en la zona. Respecto de estas aberraciones leves, la convención era llevarse bien, hacer la vista gorda, porque intentábamos vivir teniendo que hacer recortes y era imposible dar el cien por cien. No podías dar el cincuenta por ciento ni el quince; puede que solo el cinco por ciento, o el dos nada más. Y a los que se consideraba inaceptables era imposible darles ningún porcentaje. Los inaceptables tenían costumbres curiosas, y el distrito admitía que eran un tanto demasiado peculiares. Estas personas ya no tenían un pase, no se adaptaban lo suficiente al misterio de la mente humana como para darles cabida, y esto era antes de la era de los grupos de autoconciencia, de los talleres de desarrollo personal, de la programación motivacional; básicamente, antes de estos tiempos modernos

en los que puedes levantarte y que te aplaudan por admitir que tal vez te pase algo en la cabeza. Pero por aquel entonces, lo mejor era pasar lo más inadvertido posible en lugar de admitir que tus hábitos personales y distintivos habían caído por debajo del estándar de normalidad social. De lo contrario, te ponían el sello de rareza psicológica y te colocaban al margen con el resto de los inadaptados. En esa época, en nuestro distrito no había muchos al margen. Estaba el hombre que no quería a nadie. Las mujeres de los asuntos. El chico nuclear y la chica de las pastillas y la hermana de la chica de las pastillas. Por último estaba yo; y sí, tardé un tiempo en darme cuenta de que yo también estaba en la lista. El cuñado no estaba, pero eso no quería decir que no tuviera que estar. Solo con tomar en cuenta sus declaraciones de devoción a las mujeres, su misión de idolatría, su glorificación y deificación suprema de las mujeres y su visión de que en la tierra ellas daban vida a las cosas, eran la medida de las cosas, eran lo cíclico, la naturaleza básica, el aspecto más elevado, lo mejor, lo más arquetípico y más misterioso de todo, y teniendo en cuenta también que eran los años setenta, era imposible que en circunstancias normales no lo hubieran colocado en la categoría de los inaceptables de nuestro distrito. El motivo por el cual no estaba en esa lista era su popularidad, y en cuanto a eso de no saber nada de la situación política, sobre todo por la crítica que me hacía, me aferré a ello de inmediato.

«Disculpa, cuñado —dije—, eso de los problemas políticos. ¿Has oído hablar de ellos?». «¿Qué problemas políticos? —contestó él—. ¿Te refieres a las penas, las pérdidas, los conflictos, las tristezas?». «¿Qué penas y tristezas? —pregunté yo—. ¿Qué conflictos, qué pérdidas? Lo siento, pero esto no es inteligente». En ese momento aprendí dos cosas. Una, que el viejo rumor de que el tercer cuñado estaba en las nubes en lo que respecta a los problemas políticos era incorrecto, ya que estaba al tanto de lo que ocurría. Y dos, que la comunidad, quizá ambas comunidades, o incluso el país de la otra orilla y el del otro lado de la frontera habían dado un paso adelante según el cual ahora se referían a los problemas políticos llamándolos penas, pérdidas y el resto de las cosas que él acababa de nombrar. «Al parecer —dijo—, yo sé más que tú de la situación política. Y no me sorprende —continuó—, porque como te decía, cuñada, no estás atenta, tal como demuestra en particular eso de leer mientras andas. El miércoles por la noche te vi cometer una insensatez social con mis propios ojos cuando entraste en la zona haciendo caso omiso y estando peligrosamente ciega a las fuerzas e influencias más bajas, con la cabeza gacha y una linterna diminuta para iluminar las páginas. Nadie hace

eso. Es el equivalente de...». «¿Sabes lo de los problemas políticos?», le pregunté. «Pues claro —respondió él—. ¿Qué te crees, que soy el chico nuclear y estoy tan enfrascado en mi desplazamiento nuclear ruso-estadounidense que no me doy cuenta de que mi hermano yace muerto y sin cabeza a mi lado?». Se refería a uno de los inaceptables del distrito. Daba la casualidad de que el chico nuclear era el hermano pequeño de fulano de tal, y fulano de tal era uno de los que mi ma consideraba aptos para casarse conmigo, además de ser el chico que me apuntaría con un arma en los baños del bar más popular del distrito después de la emboscada en la que moriría el lechero. Pues bien, su hermano, el chico nuclear, era un chaval de quince años con un problema armamentístico muy serio. Estaba tan obsesionado con la carrera armamentística entre Estados Unidos y Rusia que nadie conseguía hacerlo callar. Estaba inquieto y consternado todo el tiempo, y todo el mundo pensaba que habría sido aceptable y habría tenido sentido si se preocupase y se angustiara por la acumulación de armas relacionada con los problemas políticos de su propio país. Pero no. Él hablaba de las armas que se acumulaban tan lejos que era en otro lugar. Se refería a América. Y a Rusia. Y se preocupaba y le daba la tabarra a todo el mundo con su verborrea incontrolada sobre un acontecimiento catastrófico inminente. El desastre, decía, tendría lugar porque dos naciones inmaduras y egoístas nos habían puesto al resto de naciones en peligro, y solo hablaba de Rusia y de Estados Unidos y nunca se enteraba de lo que tenía delante. No se preocupó cuando a su hermano favorito le volaron la cabeza a mitad de la semana, a media tarde, en plena calle, justo delante de él. En un momento dado, su hermano favorito, el segundo mayor, el chico de dieciséis años y el más tranquilo y querido de toda la familia, iba hacia su hermano, que estaba nervioso y presa del pánico, para dialogar con él, para intentar tranquilizarlo una vez más porque la distracción nuclear lo tenía loco. Al minuto siguiente, el adolescente estaba en el suelo y le había desaparecido la cabeza. Nadie la encontró, ni siquiera cuando pasó la conmoción del momento. Y la gente la buscó. El hombre que no quería a nadie (otro de los inaceptables), junto con otros hombres, muchos hombres, incluso mi pa, pasaron varios días y sus noches buscándola. Justo después de la detonación, el chico nuclear se había detenido el tiempo suficiente para levantarse de adonde lo había mandado la explosión, orientarse y recordar qué estaba diciendo sobre Estados Unidos y Rusia para seguir hablando justo donde lo había dejado. Rodeado de gritos, volvió a sus preocupaciones, directo a ellas. No debería preocuparse solo él, decía. No solo él. Todos deberíamos preocuparnos. Nadie podía permitirse pasar por

alto el riesgo que suponían los locos de Rusia y los locos de Estados Unidos, mientras todos pensábamos que podíamos pasar de ese riesgo. Así que el chico nuclear era uno de esos parias, un inaceptable que había conseguido el título con su extraña obsesión con la Guerra Fría. Si lo veías venir, dabas media vuelta raudo como un rayo. Y ahora el tercer cuñado declaraba que él no era el chico nuclear, que él era consciente de su entorno político y social, que con su costumbre de examinar y hacer un reconocimiento del terreno él era la antítesis del chico nuclear. Además, dijo, que fueras consciente de algo no quería decir que tuvieras que radiarlo en radio macuto. «En cuanto a eso —añadió—, cuñada, debo decir que no esperaba que tú alimentases los rumores y mucho menos que los telegrafiases en un medio tan distorsionador y de tanto alcance». Después de eso corrimos un rato en silencio, él pensando en lo que quiera que pensase el cuñado y yo en cómo puede ser que ahora la chismosa sea yo. Además, sabe lo de los problemas políticos. Y me critica a mí, que, si no fuera por la dispensa que le han concedido los indulgentes del distrito, casi sería un conocido inaceptable de la comunidad. Entonces el cuñado me importunó de nuevo, otra vez de manera muy poco característica en él, sacando a colación lo de los libros. «Sí, los libros esos. Mientras andas», y abordó el tema desde otro punto de vista, según el cual si no tenía cuidado, me desterrarían a los confines de la oscuridad y me relegarían al ostracismo sin miramientos por ser una inaceptable. Me advirtió que ya me llamaban la que leía mientras andaba. «Qué tontería», pensé. Pero ahí estaba él, emocionado y exagerando las cosas como un loco. «Vale —le dije—, digamos que paro de andar mientras leo, con las manos en los bolsillos y con las linternas por la noche, y me dedico a mirar a izquierda y a derecha buscando fuerzas peligrosas y sin escrúpulos. ¿Significa eso que al final seré feliz?». «No se trata de ser feliz», contestó él, que me pareció, y aún me parece, el comentario más triste que he oído en la vida.

Sin embargo, no mencionó al lechero. Ni una sílaba. El cuñado, bendito sea, no hacía caso de los rumores, lo que concordaba con mi opinión respetuosa de él como persona a la que no le interesaban los rumores. Como era de esperar, yo no pensaba hablar del tipo, porque (igual que con el medio novio y mi recelo a dar cosas por sentado o a dar explicaciones y que me malentendiesen o a dar explicaciones y que no me tomasen en serio) en ese momento no veía la manera de hablar del dilema en el que me encontraba. Y es que yo no le hablaba de nada a nadie, en parte porque no estaba acostumbrada a contar mis cosas, en parte porque no sabía cómo ni qué contar y en parte también porque todavía no estaba claro si había algo concreto que

contar. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho él? Sin duda, a mí me parecía que el lechero había hecho algo, que estaba a punto de hacer algo, que estaba preparando alguna acción estratégica. Creo también (y si no, ¿para qué tantos rumores?) que en el distrito había más gente que pensaba como yo. La cuestión era que no me había puesto un dedo encima. La última vez ni siquiera me había mirado. ¿En qué me basaba yo para denunciar que ese hombre estaba metiéndose donde yo no lo quería? Sin embargo, así eran aquí las cosas. Todo tenía que ser físico, tenía que ser razonable a nivel del intelecto para ser comprensible. No podía hablarle del lechero al cuñado, y no era porque él saldría en mi defensa, apalearía al lechero y acabaría con un tiro en la cabeza, cosa que pondría a la comunidad en contra del lechero y, a su vez, provocaría que los renegantes paramilitares de la zona cogieran a la comunidad por el cuello. Entonces la comunidad haría lo mismo con ellos a base de negarse a seguir escondiéndolos, a alojarlos, a alimentarlos, a transportar sus armas. Tampoco los avisarían cuando hubiera peligro ni les proporcionarían cirujanas improvisadas. El incidente generaría división, acabaría con esa unión tan respetada, creada para vencer al Estado enemigo. Pero no. No era por nada de eso. Se trataba simplemente de que el cuñado sería incapaz de creer que podía haber algo entre dos personas si ese algo no era físico. Yo, igual que los demás, compartía esa creencia: si alguien no hacía nada, ¿cómo podía estar haciendo algo? Y eso significaba que ¿cómo podía yo abrir la boca y amenazar con la desintegración general del *statu quo*? Era imposible, sobre todo en el contexto de los problemas políticos, donde no cabía duda de que ocurrían cosas enormes, físicas, ruidosas, a diario, cada hora, telediario a telediario. En cuanto al rumor sobre el lechero y yo, ¿por qué debía disiparlo yo? ¿Por qué tenía que refutar chismes de personas que hacían fomento del chismorreo y que era evidente que tampoco agradecerían la negación de sus enredos? En cuanto a lo de la vigilancia, lo de conectar o desconectar, yo opinaba que cuando leía andando hacía ambas cosas al mismo tiempo. ¿Por qué no? Sabía que si leía mientras caminaba, perdía el contacto de manera crucial con la inmediatez comunitaria y que, por supuesto, eso conllevaba riesgos. Estar al tanto era importante, estar al día, sobre todo teniendo en cuenta que aquí las cosas escalaban a un ritmo muy complejo. Por otro lado, estar enterado, ser consciente y tenerlo todo fichado (rumores y realidades) no evitaba que las cosas ocurriesen ni daba tiempo a reaccionar ni a revertir lo que ya había sucedido. El saber no garantizaba poder, seguridad ni alivio y, a veces, para algunos significaba lo contrario de poder, seguridad y alivio, porque no proporcionaba una válvula de dispersión para los

estímulos tan intensos que se acumulaban estando al tanto. Así pues, lo de leer andando iba precisamente de no querer saber. Era estar atenta a no estar atenta, y volver a entrenar con el tercer cuñado también formaba parte de mi vigilancia. Mientras fuera capaz de filtrar ese ataque sin precedentes sobre mi costumbre de leer caminando y también sus observaciones más excesivas sobre el ejercicio (que en mi opinión constituían su propio manto de protección), podía correr con él y evitar estar sola en la carretera de los parques y los embalses. Además, estaba con un varón, cosa que sería útil, porque me daba la sensación de que el lechero operaba mejor en casos de aislamiento. Así pues, saliendo a correr con el cuñado podía hacer como si el lechero y los dos encuentros fuesen insignificantes o como si no hubieran sucedido.

Al final, había sido lo de los libros, solo los libros y eso de andar con libros, así que decidí perdonarle al cuñado esa crítica tan impropia de él, que fue lo que hice, y entonces un árbol que había junto al embalse de arriba nos hizo una foto al pasar. La cámara oculta hizo clic, un único clic, un clic de las fuerzas del Estado, igual que el otro arbusto ubicado junto al mismo embalse una semana antes. «Ay, Dios», pensé. No se me había ocurrido. Me refería a que no se me había ocurrido que el Estado asociaría con el lechero a cualquiera con quien yo me relacionase, del mismo modo que me asociaba a mí con él. Solo había pasado una semana desde el primer clic y ya me habían hecho cuatro más. Una vez en el centro, otra vez caminando hacia el centro y dos veces más saliendo del centro. Me habían fotografiado desde un coche, desde un edificio que parecía abandonado y desde más follaje; tal vez hubiese otros clics de los que no me había percatado en su momento. Todas las veces que los había oído, la cámara se había activado justo cuando yo pasaba por delante, así que podría decirse que había caído en alguna red, puede que la red central, como parte de la enfermedad, de la infección rebelde. Y ahora los que estuvieran a mi alrededor, como el pobre e inocente cuñado, se verían implicados como contactos de un contacto. Sin embargo, el cuñado hizo caso omiso del clic, igual que el lechero. «¿Por qué haces como si no hubieras oído el clic?», le pregunté. «Nunca les presto atención —contestó él—. ¿Qué quieres que haga? ¿Enrabiarme? ¿Escribir cartas? ¿Apuntarlo en el diario? ¿Enviar una queja? ¿Pedirle a una de mis secretarías que contacte con los de las protestas pacíficas del defensor de los derechos humanos de Amnistía Internacional en las Naciones Unidas? Dime, cuñada, ¿a quién llamo y qué le digo? Y ya que estamos, ¿qué piensas hacer tú al respecto?». Pues iba tener un brote de amnesia, claro. De hecho, ya había empezado. «No sé de qué

hablas —le dije—. Se me ha olvidado», porque su sinceridad me había provocado otro caso de *jamais vu*. Esa era mi respuesta: algo que debería resultarme conocido no lo sería. Aunque el asunto de las cámaras tenía su lado bueno. El cuñado no había expresado sorpresa por el clic ni había dicho que no sabía qué era. Lo había reconocido, no solo ese clic, sino otros clics que se supone que no tenían nada que ver conmigo ni con el lechero. «Siempre lo hacen —me explicó—. Fotografían a la gente para que conste», lo que significaba que podía dejar de preocuparme y de sentirme culpable por hacer que el Estado sospechase de mi cuñado. Y dejé de preocuparme. Dejé el tema y seguimos corriendo, y el cuñado no solo no perdió el paso de la carrera, sino que no perdió comba y continuó otra vez con que tenía que dejar de leer andando. No le escuché. No pensaba dejar de leer mientras caminaba. Pero me callé porque, al fin y al cabo, ¿de qué servía levantar polvo cuando él ya estaba convencido?

Después de un rato más de carrera, al final él dejó el tema de leer y andar y volvió a las minucias habituales de su adicción al ejercicio. En esa ocasión se trataba de si era mejor entrenar con una tabla de ejercicios para todo el cuerpo o hacerlo por partes, y si era por partes, si lo mejor era en dos o en tres, cosa que me parecía bien porque yo había colocado el campo de fuerza para filtrar la parte más agotadora de su persistencia. No es que lo tuviese a menos; como a todas las mujeres del distrito, el cuñado a mí también me caía muy muy bien. Y me alegraba de contar con él, no solo por poder volver a correr tras haber demostrado que podía esquivar al lechero. Era también porque con él me sentía segura, por conocerlo, saber que estaba ahí, poder relajarme hasta cierto punto y estar en compañía de alguien que no me arengaba ni se metía conmigo, al menos no por costumbre. No tenía intereses ocultos; de hecho, la de los intereses era yo. Y se me había olvidado cuánto me gustaba salir a correr con él, porque entendíamos el deporte y la etiqueta deportiva del mismo modo. Tarde o temprano, se le acabó el tema del entrenamiento muscular y retomamos la norma habitual de correr en silencio. Lo único que dijo fue: «¿Aceleramos, cuñada? No queremos acabar andando, ¿no?». En cuanto al lechero y a mis aspiraciones de deshacerme de él recuperando los entrenamientos con el tercer cuñado, todo había salido conforme a lo planeado.

3

La tercera ocasión del lechero fue cuando apareció poco después de la clase de francés para adultos. La clase era en el centro y siempre había sorpresas. A menudo, no tenían que ver con el francés. Y, a veces, había más sorpresas que francés. Ese día, en la clase que se hacía los miércoles, la profesora nos leyó de un libro. Era un libro francés, uno de verdad que los nativos podían leer sin pensar que no era digno de ellos, y la profesora nos explicó que nos lo leía para que nos acostumbrásemos al sonido del idioma cuando se enlazaban varias frases en párrafos enteros; en este caso, párrafos literarios. Pero la cuestión es que, en el pasaje que había escogido, el cielo no era azul. Al cabo de un rato, la interrumpió un alumno (el portavoz de los demás) porque, como era de esperar, no aguantaba más. Pasaba algo y tenía la necesidad, por el bien de todas las cosas genéricas, de señalarlo.

«No entiendo —dijo—. ¿El texto habla del cielo? Y si habla del cielo, ¿por qué no lo dice el escritor y ya está? ¿Por qué complica las cosas con tanta floritura si solo tiene que decir que el cielo es azul?».

«¡Eso! ¡Eso!», gritamos nosotros. Y si alguno de nosotros, como yo, no lo gritamos, estábamos de acuerdo igualmente. «*Le ciel est bleu! Le ciel est bleu!* —vocearon muchos—. Eso lo habría aclarado. ¿Por qué no ha puesto eso?».

Estábamos afectados, y no poco, pero la profesora se rio, cosa que hacía a menudo. Se reía porque tenía una cantidad enervante de buen humor, otra cosa que nos incordiaba de ella. Cuando se reía, nosotros no sabíamos si reírnos con ella, demostrar curiosidad e interés y preguntar de qué se reía, o enfadarnos, ofendernos e indignarnos en serio. Esta vez, como siempre, optamos por la indignación.

«Qué pérdida de tiempo y qué confusión de temas —se quejó una mujer—. Aunque sea francés, ese escritor no debería incluirse en una clase de francés si no va a hacer nada por su aprendizaje. Esta es una clase para

aprender un idioma extranjero, no una clase para agobiarnos con desmontar las cosas que están en el mismo idioma para ver si son un poema o algo. Si quisiéramos figuras retóricas y florituras en las que una cosa representa a otra y la cosa representada podría haber sido la cosa en sí misma desde el principio y sin problema, nos habríamos apuntado a Literatura Inglesa con los raros esos del final del pasillo». «¡Sí!», gritamos nosotros, y también gritamos: «Al pan, pan, y al vino, vino», y continuamos soltando el ya popular «*Le ciel est bleu!*» y «¿De qué sirve? ¡De nada!». Todos asentían y golpeaban el pupitre, murmuraban y aclamaban. Entonces pensamos que había llegado el momento de dar un buen aplauso en honor de los portavoces y de todos los demás.

«Veamos, clase —dijo la profesora cuando el aplauso amainó—, ¿es que pensáis que el cielo solo puede ser azul?».

«El cielo es azul —respondimos—. ¿De qué otro color iba a ser?».

Sabíamos que el cielo podía ser más que azul; dos colores más, pero ¿por qué debíamos admitirlo? Yo nunca lo he hecho. Ni siquiera una semana antes al vivir mi primera puesta de sol con el medio novio lo había admitido. Incluso entonces, a pesar de que había visto más colores de los tres aceptables —azul (de día), negro (de noche) y blanco (nublado)—, no había abierto la boca. Y ahora los demás de la clase, todos mayores que yo, algunos hasta de treinta años, tampoco lo admitían. No hacerlo era la convención, no aceptar detalles, porque detalles como aquel implicaban una elección y la elección significaba responsabilidad, y ¿qué pasaba si no éramos lo suficientemente responsables? ¿Y si fracasábamos en la previsión de las consecuencias de ver más de lo que podíamos soportar? O peor aún, ¿qué pasaría si aquello, fuera lo que fuese, nos parecía bonito y nos gustaba, si nos acostumbrábamos, si nos alegraba y acabábamos contando con ello y al final desaparecía o nos lo arrebatában y no lo recuperábamos jamás? La sensación prevalente era que valía más no haberlo tenido nunca, y por eso nuestro cielo tenía que ser de color azul. Sin embargo, la profesora no pensaba dejarlo ahí.

«¿Ya está?», preguntó, y lo hizo fingiendo asombro, lo que confirmó nuestras sospechas sobre ella; es decir, que era otra de las personas inaceptables. Porque si bien yo estaba en el centro, o sea, fuera de mi zona y fuera de mi religión, lo que implicaba que estaba en un aula rodeada de personas que de verdad se llamaban Nigel y Jason, eso no quería decir que los trastornos, la disonancia y lo inaceptable no tuvieran cabida. Había que saber, por ejemplo, y al margen de la religión, quién era una disonancia normal y corriente y quién era un hombre al agua. Sin duda, la profesora parecía de la

segunda categoría. Una cosa evidente era que lo de hablar en francés no duraba mucho si ella daba la clase. Esa tarde, como de costumbre, el inglés había prevalecido, y eso significaba que, también como de costumbre, el francés había sido defenestrado. A continuación, nos hizo mirar por la ventana. Se había acercado a ella, cual mujer de espalda recta montada en un majestuoso caballo enjaezado, y se había puesto a señalar con el bolígrafo.

«Vamos a ver —dijo—, tenéis que mirar el cielo. Tenéis que mirar la puesta de sol ahora mismo. ¡Magnífica!». Con esto, dejó de señalar y de dar golpecitos en el cristal para inhalar el cielo. Después de inhalarlo, que fue vergonzoso, lo exhaló con un «¡aaaaahhh!» gigante que le salió de dentro y fue más vergonzoso todavía. Entonces siguió señalando y dando golpecitos. «Decidme, clase, ¿qué colores, y digo colores en plural, veis ahora?».

Miramos porque nos obligó, a pesar de que las puestas de sol no formaban parte del temario, pero miramos y nos pareció que, como siempre, el cielo estaba mudando de azul claro a azul oscuro, lo que quería decir que era solo azul. Sin embargo, desde la alarmante puesta de sol que me había puesto en alerta y que había experimentado con el medio novio, sabía que el cielo de la clase de francés no era ninguno de esos dos tonos de azul. Cualquiera persona con un nivel mínimo de cabezonería y atrincheramiento mental se vería apurada al buscar tonos azules en toda la ventana. Nosotros estábamos apurados. Pero también éramos tercios.

«¡Azul!».

«¡Azul!».

«Puede que un poco... No, es azul», fueron nuestras respuestas.

«¡Pobres alumnos con carencias!», voceó la profesora, que de nuevo intentaba engañarnos fingiendo que la apenaba nuestra escasez de colores, nuestros horizontes limitados, nuestro paisaje mental, cuando era obvio que ella era una persona demasiado definida en sí misma para que algo la inquietase mucho tiempo. ¿Por qué era así? ¿A santo de qué nos llevaba la contraria de ese modo y nos presentaba la contracultura de nuestra cultura si ella misma era de esa misma cultura en la que las mismas normas de la conciencia en cuestión de colores, y con independencia de la afiliación religiosa, que nos incumbían a nosotros deberían haberla incumbido a ella también? En cambio, se rio de nuevo. «No se ve azul en toda la ventana —insistió—. Mirad de nuevo, por favor. Y una cosa más, clase». Aquí hizo una pausa y, por un momento, se puso seria. «En realidad ahí fuera no falta ningún color, porque ahí fuera no hay nada. Pero por ahora, tomad nota de

que el cielo que parece estar ahí tiene la capacidad de ser de cualquier color de los que existen».

«¡Y un huevo!», gritaron algunas señoras y señores, y a todos nos recorrió un escalofrío o *frisson*, lo único francés que había ocurrido en toda la tarde, aparte de *le ciel est bleu* y esas chorradas literarias con las que se daba aires el del libro. A nuestra mente le parecía que no, que lo que decía no podía ser verdad en la vida. Si lo que decía era verdad, si el cielo (que me da igual si estaba ahí fuera o no) podía ser de cualquier color, eso quería decir que cualquier cosa podía ser de cualquier color, que cualquier cosa podía ser cualquier cosa, que todo podía pasar, en cualquier momento, en cualquier parte, en todo el mundo y a cualquiera. Y es posible que ya hubiera sucedido, solo que nosotros no nos habíamos dado cuenta. Así que no. Después de generaciones y generaciones, de padres, abuelos y bisabuelos, y de madres, abuelas y bisabuelas, de siglos y milenios en los que había sido oficialmente de un color y oficiosamente de tres, no podía permitirse que existiera un cielo colorido como ese.

«Esperad —persistió ella—, ¿por qué os volvéis?», porque ya le dábamos la espalda a la ventana: había sido un gesto instintivo y protector. Ella nos hizo volvernos de nuevo hacia el cielo y, por varios de los paneles de la ventana, nos señaló pedazos de cielo que no eran azules, sino lila, violeta, tonos de rosa (distintos rosas) y un trozo verde atravesado por una franja de color amarillo dorado. ¿Verde? ¿Cómo era posible que hubiese verde ahí arriba? Entonces, como esa ventana no era desde donde mejor se veía la puesta de sol, nos hizo salir del aula y bajar el pasillo hasta la de los *littérateurs*. Esa tarde estaba vacía porque se habían ido al teatro con bolígrafos, linternas y cuadernos para ver y criticar *El galán de Occidente*. Una vez allí, la profesora nos instó a mirar el cielo desde la nueva perspectiva, donde el sol, enorme y del color naranja rojizo más gigante, en un azul donde tampoco había azul, se escondía detrás de unos edificios en uno de los cristales de la ventana.

En cuanto al cielo, en ese momento era una mezcla de rosa y limón con un resplandor malva en el fondo. Había cambiado de color durante el corto trayecto por el pasillo y aún cambiaba ante nosotros. El dorado que emergía sobre el malva se aproximaba a un trazo plateado, mientras que otro tono distinto de malva aparecía desde un costado en una esquina. Después hubo más enrosecimiento. Y más lila. Luego, un turquesa que apartaba las nubes, que tampoco eran blancas. Las capas se mezclaban y se combinaban, se formaban y transformaban, que era justo lo que había sucedido durante la

puesta de sol de una semana antes. «¿Iremos a ver cómo se pone el sol?», había preguntado el medio novio, lo que me había sobresaltado los oídos. «¿Por qué?», lo había acusado yo. «Porque es el sol». «Vale», había respondido, como si no fuera un hecho sin precedentes, como si las personas de mi entorno tuvieran la costumbre de proponerse unos a otros ver la puesta de sol. Dije que sí, y después de salir a correr con el tercer cuñado, me fui a casa, me duché, me cambié, me puse el maquillaje y los tacones y el medio novio me recogió donde me recogía siempre, en un extremo de mi distrito, en nuestro lado de la carretera de segregación. Esa carretera triste y solitaria discurría entre ambas religiones y yo quedaba con él allí, no porque él fuera de la religión opuesta, que no lo era, sino porque eso era más fácil que hacerle venir a buscarme a la puerta de casa. No obstante, poco después de la primera puesta de sol, el medio novio empezó a quejarse de que quedásemos en lugares tan complejos y peligrosos y a decir que yo no quería que me recogiese ni que hiciéramos nada en mi zona porque me daba vergüenza que me viesen con él, cosa que me pareció increíble. Le dije que en mi zona no había adonde ir, aunque no era cierto y él lo sabía, porque era por todos conocido que en mi distrito estaban once de los mejores bares de nuestra religión, incluyendo el más popular en toda la ciudad para los de nuestro credo. Así que me dijo que era evasiva, cosa que era cierta, aunque el motivo no fuese que me avergonzase de él. Y es que yo no quería que llamase a mi puerta por mi madre. Habría habido preguntas. Y después el sermón del matrimonio seguido del sermón de los bebés. Y si no, lo acusaría de ser el lechero. También era por las plegarias con las que se arrancaba en cualquier momento; o sea, que yo podía aguantar el bochorno solo hasta cierto punto. No era ni por vergüenza ni por ahorrarle nada que nos complicásemos y arriesgáramos la vida quedando en un foco de tensión amargo, sectario y oscuro. Era para ahorrarme yo la incomodidad de dar explicaciones sobre mi madre.

El día de la puesta de sol con el medio novio, que fue antes de que me recriminase con amargura lo del punto de encuentro, él me recogió en la carretera de segregación, como siempre, en el último coche que había ensamblado. Fuimos hasta algún pueblo costero donde compró unas bebidas y nos plantamos al aire libre, rodeados de desconocidos, todos a esperar el acontecimiento, para ver cómo se ponía ese sol que yo no entendía. La puesta de sol no era lo único que yo no entendía. Tampoco las estrellas, las lunas, las brisas, el rocío, las flores, el tiempo o la avidez de algunas personas, personas mayores, por determinar a qué hora se irían a la cama, a qué hora se

levantarían al día siguiente, además de qué temperatura hacía fuera en grados Celsius y en Fahrenheit, qué temperatura hacía dentro en Celsius y Fahrenheit, el estado de su intestino, de su tracto digestivo, de sus pies, sus dientes y cuando una persona mayor le grita a otra en un autobús lleno: «¿Sabes qué? Cuando llegue a casa me haré una buena tostada para antes de cenar», y la compañera contesta igual de alto: «Yo también me haré una tostada de primero al llegar a casa». Y si no es eso, es: «¿Te comiste ayer una buena tostada en casa?», «Sí, pero ¿tú has comido algo desde entonces?». «Uy, yo no como. Me hice huevos revueltos. Tengo una amiga que se llama Pam, pero dime si ya te lo he contado; es que solíamos ir a comprar teteras y tablas de planchar juntas...», y era del todo normal que yo no entendiese esas cosas. Lo mismo con las puestas de sol, porque así no te ponían el sambenito de persona joven inaceptable, y el medio novio, que era joven y solo dos años mayor que yo, tampoco debería entender ni valorar las cosas que nadie de nuestra edad sería tan raro como para darse cuenta siquiera de que existían. En vista de su comportamiento, del panorama que tenía delante y de que se esperaba de mí que lo contemplase, que fuese testigo de él, que asistiera de algún modo y reaccionase de forma adecuada, me quedé a su lado, contemplé y asentí, a pesar de que no sabía qué estaba mirando ni por qué asentía. Entonces empecé a preguntarme de nuevo si el medio novio debería ver la puesta de sol, si debería tener una cafetera en casa, si debería gustarle el fútbol pero dar la impresión de que no, aunque a mí no me gustase, porque el hecho de que a mí solo me gustara la sintonía del programa semanal de fútbol no era lo relevante. Sí, trasteaba con coches y era normal que los chicos trasteasen con coches y quisieran conducir o soñasen con conducir si no tenían dinero para comprarse uno y no estaban tan pirados por los coches como para robar uno para poder conducir. Aun así, me preocupaba que lo que el medio novio hiciera fuese negarse a encajar en el modo masculino. Esto me confundía a mí misma, porque eso era como decir que sí me avergonzaba de él y que, por lo tanto, prefería salir con los chicos convencionales, los que encajaban, los que querían pegarle a Julie Covington por cantar *Only Women Bleed*, porque si decía «solo las mujeres sangran» tenía que ser una canción sobre la regla (y no lo era, aunque todo el mundo, y yo incluida, creyera que iba sobre la regla), o esos a los que si les interesabas, te culpaban a ti por su interés. ¿Era eso lo que quería decir, que prefería salir con chicos como esos? Siempre que me lo planteaba, cosa que no me gustaba hacer porque me obligaba a enfrentarme a mis contradicciones irreconciliables, a esas irracionalidades incontrolables, me sentía mal. Sabía que prefería al medio

novio antes que a cualquiera de los medio novios anteriores y que mis días favoritos de la semana eran los que pasaba con él, también que hasta la fecha el único chico con el que había querido acostarme y con el que me había acostado era el medio novio. Además, como él me había propuesto irme a vivir con él y yo había rehusado, me sorprendí soñando despierta con cómo sería vivir con él, compartir casa, cama, despertarnos juntos todas las mañanas. ¿Tan mala podía ser la vida en común?

Por todo esto, asentí mientras miraba una puesta de sol y un horizonte a los que no encontraba sentido, y ocupada con esos sentimientos contradictorios, con el medio novio a mi lado y el resto de los desconocidos contemplando la puesta de sol a mi alrededor, justo en ese momento, cuando pensaba «¿qué coño estarán...?», algo ahí fuera, o tal vez dentro de mí, cambió. Encajó. Porque en lugar de ver azul, azul y más azul, el azul oficial que todo el mundo comprendía y que pensaba que había en el cielo, la verdad me invadió los sentidos. Se hizo evidente que ahí no había ningún azul. Por primera vez vi colores, igual que una semana después vi colores en la clase de francés. En ambas ocasiones los tonos se mezclaban y se confundían, se deslizaban y se extendían, aparecían colores nuevos, se combinaban todos y duraban para siempre, menos uno que faltaba, que era el azul. El medio novio lo había aceptado como si tal cosa, igual que la gente que estaba a nuestro alrededor. No dije nada, como tampoco dije nada una semana después en la clase de francés, pero dos puestas de sol en una semana cuando antes no había habido ninguna tenía que significar algo. La cuestión era si ese algo era seguro o una amenaza. ¿A qué estaba reaccionando yo en ese momento?

«No os preocupéis —dijo entonces la profesora—. Vuestra inquietud e incluso el trastorno temporal que os ha causado el atardecer, queridos alumnos, es alentador. Solo puede indicar progreso. Solo puede significar ilustración. Por favor, no penséis que os habéis traicionado o echado a perder». A continuación, volvió a respirar hondo con la esperanza de dar ejemplo e inspirarnos a ser más intrépidos y aventureros. Sin embargo, en el aula de los *littérateurs* no se respiraba aventura; creo que los demás todavía menos. Yo por lo menos había sufrido el impacto del cielo y el efecto subversivo de la puesta de sol, y solo una semana antes, pero me pareció que, a pesar de su edad y a juzgar por sus caras, los demás lidiaban con eso por primera vez en su vida. Claro que a mí también me atacaba el impulso de dejarme llevar por el pánico. Lo sentía en el aire y lo notaba a través de las ondas que llegaban una tras otra como olas desde mis compañeros. Aun así, creo que porque ya había experimentado ese mismo pánico durante el anterior

atardecer y había descubierto que si me quedaba quieta y no dejaba que me abrumase, la sensación remitía, esa segunda vez fui capaz de aceptarla y, al cabo de un espacio en el que estuve sintonizando y desconectando, para descansar de lo que al fin y al cabo quizá fuese un estado de conciencia relajada, extraña e inusitada, miré hacia la calle. Justo entonces vi una furgoneta blanca aparcada en un callejón estrecho que había delante. Me quedé helada y salí de golpe del estado de conciencia casi tranquila de un momento antes.

El capó de la furgoneta asomaba por un extremo del callejón, que discurría entre la parte trasera de unos bares y la parte trasera de una hilera de tiendas. Conseguí reaccionar lo suficiente para apartarme de la ventana, por si él estaba ahí dentro mirando (¿con prismáticos, un telescopio, una cámara?). Y pensé «tonta», refiriéndome a mí, porque creía que me había salido bien, me había felicitado y dado la enhorabuena pensando que había resuelto el problema, que al volver a correr con el tercer cuñado había conseguido mantener al lechero a raya. Al traste con mi hipótesis. Al cuerno mi vanagloria interna. Solo había transcurrido una semana y mis intentos por esquivarlo habían quedado en papel mojado. ¿Por qué no se me había ocurrido que cambiaría de táctica y que en lugar de buscarme en la carretera de los parques y los embalses continuaría interesándose por mí en otros lugares?

La profesora habló de nuevo. Esta vez sobre lo efímero del aspecto negro de los árboles de la calle debido a la cualidad crepuscular del cielo, y los demás, que seguían intentando lidiar con aquello, protestaron que en la ciudad no había cosas efímeras ni crepúsculos ni árboles en la calle, ya fuesen negros o de cualquier otro color, hasta que ella les hizo mirar de nuevo y tuvieron que admitir que vale, que sí había árboles en la calle, pero que debían de haberlos plantado media hora antes porque ninguno de ellos se había percatado de su presencia. Mientras tanto, yo me decía a mí misma que espabilase, que me controlara, que estaba en el centro y, por lo tanto, esa podía ser la furgoneta de cualquiera y ¿qué probabilidades había en cualquier caso de que él hubiera aparcado justo delante del instituto donde resultaba que yo tenía una clase los miércoles por la tarde? Muy improbable. Demasiada coincidencia. Por consiguiente, no podía ser él. Para confirmarlo, la siguiente vez que eché un vistazo, la furgoneta había desaparecido del callejón. Me recuperé de golpe y con entusiasmo, me olvidé de la furgoneta, volví a la clase, al cielo, a los árboles y a lo que quiera que estuviesen discutiendo. Al mismo tiempo, no quise hacer caso de una sensación física extraña que me

había recorrido la parte inferior del cuerpo y me había hecho pensar que se me había movido el final de la columna vertebral. De hecho, se me había movido. No con un movimiento normal como hacia delante o hacia atrás, hacia el lado o en torsión. Había sido un movimiento antinatural, una advertencia premonitória que se había originado en el coxis y cuya vibración había generado una onda expansiva rápida, desagradable e inquietante que me había llegado a las nalgas y había cogido velocidad en los músculos isquiotibiales, donde, en un abrir y cerrar de ojos, se había escondido en los recovecos de las rodillas y había desaparecido. Duró un segundo, solo un segundo, y, sin querer ni pensarlo, lo primero que se me ocurrió fue que era la cara oculta de un orgasmo, la sombra espeluznante y semiconvulsa de un orgasmo en la parte trasera del cuerpo: un antiorgasmo. Pero no hice caso del escalofrío ni de la corriente, fueran lo que fuesen, y volví a prestar atención a la ventana donde todavía estaban con que «¡Padres, abuelos y bisabuelos!» y «¡Madres, abuelas y bisabuelas!» y «¿Y qué hay de malo en ello? ¡El azul es funcional!». De todos modos, la mayoría estaban abatidos y preocupados, porque sabían tan bien como yo que el cielo de esa tarde había sido una iniciación. Así que fuimos quedándonos callados y se hizo un silencio total. La profesora suspiró. Nosotros suspiramos. Nos llevó de regreso a nuestra aula y dijo: «Tomaos un momento, queridísima clase, de calma y reposo para recordar lo que habéis contemplado. Después continuaremos con el fragmento literario y los tropos en otro idioma», que es lo que hicimos el resto de la tarde.

En la escalera del instituto me despedí de Siobhan, Willard, Russell, Nigel, Jason, Patrick, Kiera, Rupert of Earl y de los demás porque, como de costumbre, iban a un bar a criticar lo indignante, discordante y mala profesora que era nuestra profesora y a comentar que sabíamos menos francés entonces que al empezar el curso en septiembre. Yo no quise ir porque no era momento de estar sentada, sino momento de pensar y mi mejor momento para pensar, cuando mejor me brotaban las ideas, era cuando caminaba. Así que eché a andar y ni una sola vez pensé en sacar *El castillo de Rackrent* para leer. Estaba demasiado alborotada para eso, pensando en la profesora y en su modo de decir que había atardeceres todos los días, que no debíamos encerrarnos en un ataúd y enterrarnos en vida, que la oscuridad jamás sería tan grande como para no poder superarla, que siempre habría nuevos capítulos, que debíamos dejar atrás lo viejo, abrirnos al simbolismo, a las interpretaciones más inesperadas, que también debíamos descubrir lo que ocultábamos, lo que pensábamos que habíamos perdido. «Tomad una decisión, querida clase —

nos dijo—. Salid de esos lugares. Nunca se sabe —concluyó— cuándo aparecerá el fulcro, el pivote, el giro, el instante en el que se desvele el significado». Raro, ¿verdad? Pero era su filosofía y, siendo filosofía, ¿no significaba que Dios estaba por ahí metido? Yo no tenía claro qué me parecía la presencia de Dios en ese asunto, porque, aunque ella no había mencionado a Dios, si teníamos en cuenta el delicado equilibrio y los buenos modos que existían en la clase en cuanto a las preferencias religiosas y el problema político, ¿qué pasaría cuando llegase el momento y ella lo mentase? En cuanto a la nueva tradición de las puestas de sol, yo había visto dos en ocho días, así que solo me faltaba una para hacer los deberes. La profesora nos había mandado describir tres anocheceres «en francés si queréis», y eso dejó claro, aunque ya lo sabíamos, que su prioridad no era ese idioma. Hubo quejas, pero débiles, ya que la mayoría todavía estábamos aturridos por el conjunto de la tarde y no éramos capaces de alcanzar nuestro nivel habitual de disconformidad y protesta.

Recogimos, nos fuimos y, mientras ellos se iban al bar, yo me dirigí hacia la zona prohibida donde vivía. Después de un rato de andar y pensar sobre colores, sobre transformación, sobre el trastorno de paisajes interiores, salí de mi ensimismamiento para fijarme en el entorno y entonces me di cuenta de que había llegado a la zona de los diez minutos, justo a las afueras del centro. El nombre oficial de la zona de los diez minutos no era ese, pero se tardaba diez minutos en atravesarla a pie. Eso dándote prisa, sin entretenerte, aunque hay que estar mal de la cabeza para perder el tiempo en ese lugar. No era peligroso a nivel político; al margen de la posibilidad de que una de las iglesias en ruinas se te cayera encima, no era probable que allí te ocurriera algo horrible por culpa de los problemas políticos. No. En comparación con esos diez minutos, los problemas políticos resultaban torpes, cándidos y sin importancia. Es que la zona de los diez minutos era, y siempre había sido, un pequeño terreno lúgubre e inquietante a lo *Mary Celeste*.

Tenía forma redonda y el paisaje estaba dominado por las tres iglesias gigantescas y equidistantes que había en el centro. Llevaban mucho tiempo fuera de servicio, sin usar, derrotadas; eran poco más que un caparazón, aunque sus chapiteles oscuros todavía se alzaban hacia el cielo. De pequeña imaginaba que las tres torres intentaban juntar las puntas, que convergían formando un sombrero de bruja por debajo del cual nadie se libraba de pasar. Eso era lo primero que me había llamado la atención de aquel lugar tanto tiempo atrás. Aparte del sombrero de bruja, no había muchos edificios más y todos (las supuestas oficinas y algún domicilio particular) parecían

abandonados. No daba la sensación de que nadie viviera allí ni acudiera a trabajar; y si alguna vez te cruzabas con alguien, esa persona caminaba con la cabeza gacha y de prisa, como tú. Dentro del círculo había cuatro tiendas, pero no contaban como tiendas de verdad, a pesar de tener la señal de «ABIERTO», la puerta sin cerrar, el escaparate limpio y la sensación inherente de que detrás había vida, aunque quizá no en ese preciso momento. No se veía a nadie entrar ni salir de los negocios y ni siquiera estaba claro qué vendían. Había una parada de autobús delante de una de las tiendas, la única de toda la zona de los diez minutos. Allí tampoco había nadie nunca; nadie esperando para coger el autobús y tampoco nadie que se apease. También había un buzón de correos que nadie utilizaría para mandar su correo ni en sueños, aparte de cuando las hermanas pequeñas estaban pasando por uno de sus múltiples periodos de investigación y se enviaron algo a sí mismas para ver si les llegaba, pero no llegó. Todo esto cualificaba la zona de los diez minutos como un lugar fantasmagórico que había que atravesar sin más. Cuando ya estabas al otro lado, continuabas hasta el siguiente punto de referencia, y yo tenía un total de siete que iba marcando en una lista mental mientras leía y andaba. La zona de los diez minutos era la primera al traspasar la frontera del centro. Después estaba el cementerio, que todo el mundo, hasta los medios de comunicación, los paramilitares y el ejército estatal, e incluso algunas de las postales, llamaba «el sitio de siempre». A continuación, había el cuartel de la policía, seguido de la casa donde siempre olía a pan recién hecho. Después de la casa del pan venía la de las religiosas y a menudo se las oía practicando sus cánticos, pero nunca *Ave María*. Más adelante estaba la carretera de los parques y los embalses por donde yo nunca atajaba a esas horas aunque aún fuese de día. Daba un rodeo por el camino largo e iba a parar a la calle y la casa diminuta de la tercera hermana y el tercer cuñado. Esa era la última de mis referencias personales porque, a partir de ahí, estaban el puñado de callecitas residenciales que conducían a la mía y a la puerta de mi casa. En ese instante me encontraba a punto de entrar en la zona de los diez minutos, cuyo carácter perturbador se había visto perturbado hacía poco por una bomba que había explotado en mitad de la zona. A raíz de eso, una de las tres iglesias ya no existía.

Al principio, la explosión había desconcertado a todo el mundo. ¿De qué servía eso? De nada. Todas las partes se preguntaban qué sentido tenía colocar una bomba en un lugar muerto, gris y espeluznante cuando todo el mundo lo consideraba muerto, gris y espeluznante y a nadie le importaría si un día saltase por los aires. Los medios apuntaban la posibilidad de una

explosión accidental, una explosión prematura, tal vez una bomba de los renegantes del Estado en tránsito hacia el cuartel vecino o una bomba de los defensores del Estado destinada a uno de los bares segregados de la religión opuesta que había cerca del cuartel, pero en la otra dirección.

En cualquier caso, la bomba no había producido víctimas, aparte de la frágil iglesia vacía que llevaba décadas en tal mal estado que la onda expansiva la había derribado. Se había hundido, pero las otras dos, aún inestables y al borde de la desgracia, permanecieron en pie. Las tiendas fantasma quedaron intactas, con la puerta abierta, el escaparate de una pieza, todo como siempre. La señal de la parada de autobús seguía de pie y huérfana de pasajeros, y la verdad es que el lugar no parecía más muerto que antes de que estallase la bomba. Tras un examen oficial, una investigación de la policía científica y de que los expertos escribieran sus informes y ambos bandos se lo recriminasen unos a otros, salió a la luz que la bomba no era de los renegantes ni de los defensores. Era una bomba vieja, histórica, una antigüedad griega y romana, una enorme bomba nazi. Entonces, no pasa nada, pensó todo el mundo. No han sido ellos. No hemos sido nosotros. Dejaron de echarse la culpa unos a otros y se acabaron las recriminaciones.

«¿Cuál es el origen de la escalofriante naturaleza de la zona de los diez minutos?», le pregunté un día a mi ma. «Qué preguntas tan peculiares, hija», respondió mi ma. «No tan peculiares como las que plantean las hermanas pequeñas —repuse—, y tú las contestas como si fueran normales». Me refería a la última que le habían hecho, esa misma mañana durante el desayuno: «Mami, ¿es posible que si eres chica y excesivamente deportiva y esa cosa que se llama menstruación se te quedase dentro porque eres excesivamente deportiva —las hermanas pequeñas acababan de descubrir la menstruación en un libro, no por experiencia personal— y luego tú dejases de ser excesivamente deportiva y te volviera la menstruación, es posible que eso signifique que tendrás un tiempo extra de menstruación para compensar el tiempo que no la has tenido y deberías haberla tenido, pero no podías porque el deporte impedía la producción de la hormona que estimula el crecimiento de los folículos y le impedía a la hormona luteinizante que le ordenase a los estrógenos que estimularan el revestimiento uterino en espera de que un óvulo sea fecundado y que la consiguiente falta de esas hormonas y del estrógeno evitase que el óvulo que se ha de fecundar madurase, o si el óvulo madura pero no es fecundado y por consiguiente el cuerpo lúteo se degenera y se produce una la pérdida del endometrio, mami, o se pararía la menstruación en el momento programado biológicamente sin tener en cuenta los meses o los

años de excesiva deportividad en los que no te venía la regla?». Ma admitió que sí, que lo hacía, que respondía a las preguntas de las hermanas pequeñas como si fuesen preguntas normales, pero que las hermanas pequeñas eran las hermanas pequeñas, cosa que hasta sus maestros decían, e implicaba que sus indagaciones y su adquisición de conocimientos siempre eran inapropiadas y extrañas, pero que en mi caso, y dado que mis procesos mentales eran distintos de los de las pequeñas, esperaba que yo ya hubiera superado esa fase. Entonces contestó que no lo sabía, que la zona de los diez minutos siempre había sido un lugar extraño, gris e inquietante y que, incluso en la época de su madre, en la época de su abuela, en el *antebellum*, si lo hubo, ya era un lugar extraño, gris e inquietante que tal vez intentase sobreponerse a un acontecimiento oscuro y maligno, pero que en lugar de superarlo había sucumbido, había caído vencido, había acabado deseándolo y hasta regodeándose en ello hasta que su carácter se había deteriorado de tal modo que sentía gran necesidad de esa maldad y había arrastrado a otros lugares vecinos a la perdición; aunque, quién sabía, y aquí se encogió de hombros, porque a lo mejor allí no había pasado nada malo. «Hay sitios que están atrapados, que se engañan a sí mismos —dijo mi ma—. Como algunas personas. Como tu pa», y ese era el típico momento en el que yo me arrepentía de haber abierto la boca. Cualquier cosa que fuese de algún modo oscura, que tendiese a las sombras, todo lo que tuviera que ver con lo que ella llamaba «las psicologías», no fallaba: siempre la llevaba a un mismo tema, el de su marido y, en particular, el demérito de su marido, que era mi pa. «Ni siquiera entonces —dijo, pensando en antaño, en su época, la época de los dos — comprendía a tu padre. Al fin y al cabo, hija, ¿qué motivos tenía él para ponerse tan psicológico?».

Se refería a las depresiones, porque mi padre las tenía: depresiones enormes, gigantescas, turbulentas, descomunales, infecciosas, de nube negra como el carbón, cuervo, azabache, de ataúd sobre ataúd, catacumba sobre catacumba, esqueleto sobre esqueleto y de huesos arrastrándose por la tierra hacia la tumba. Mi ma no tenía depresiones, tampoco toleraba las depresiones y, como tanta gente que ni las tenía ni las toleraba, quería sacudir a los que las sufrían hasta que se dejasen de tonterías. Claro que entonces no se llamaban depresiones. Eran humores. La gente estaba de un humor de perros o de mil demonios. Algunos a los que les cogían esos humores se quedaban en la cama, decía ella, con caras largas, exudando una atmósfera de monotonía repetitiva y prorrogada, de tragedia, de aflicción, e influenciaban al resto con su cara larga, su invariabilidad y su monotonía extendida tanto si abrían la

boca como si no. Decía que solo hacía falta mirarlos. De hecho, nada más tenías que entrar por la puerta y ya notabas que de arriba, de su dormitorio, el de los dos, venía la exudación de esa atmósfera adictiva y deprimida. Y si las personas a las que le cogían esos humores era del tipo que conseguían levantarse de la cama, según ella, eso no les impedía impregnar el ambiente. Iban por ahí con caras largas y su tono invariable, con los hombros hundidos por la calle, arrastrándose por ahí, de un lado a otro de la ciudad con su ademán gris y epidémico con el que infectaban a todos, porque, como se levantaban de la cama, su efecto tenía una escala mucho mayor y más envolvente. «De lo que tendría que darse cuenta esa gente que tiene tan mal humor y cuestiones tan serias —decía mi ma, y no solo una vez, sino casi todas las veces que se mencionaba a mi padre en alguna conversación— es que la vida es dura para todos. No es dura solo para ellos, así que ¿por qué deberían tener trato preferencial? Hay que aguantarse, seguir adelante, tranquilizarse y ganarse el respeto. Hay gente, hija —dijo ella—, gente con muchas más razones para ponerse psicológico, con más motivos para sufrir que esos que se sirven el sufrimiento como si fuera gratis, y a ellos no los ves dejándose llevar por la oscuridad ni quejándose. Lo que hacen estas personas de verdad es echarle valor, seguir adelante y negarse a sucumbir».

Mi madre se arrancaba con su hay que seguir adelante y con su jerarquía del sufrimiento: los que tenían permitido sufrir; los que tenían permitido sufrir, pero ofendían abusando del sufrimiento que les correspondía; y los que, como mi pa, eran aprovechados, sin derecho al sufrimiento que le robaban a otro. «Tu pa —me dijo—. Tu pa. ¿Sabes que hasta su hermana me contó que cuando hacían sonar las sirenas, él se quedaba en la cama con todo en llamas y no iba al refugio con los demás? Y eso que era joven; dieciséis o diecisiete años tendría. Yo tenía doce y era más sensata que él. Una locura. Quería que las bombas le cayeran encima. De locos». La primera vez que lo oí, porque esa no era la primera, antes de empezar a tener mis propias depresiones, también me había parecido una locura. Y ahora ella hablaba de la gran guerra, la mundial, la segunda, la que (pregúntaselo si quieres a cualquier adolescente) no tenía nada que ver con la humanidad actual ni con la vida en la sociedad moderna, la guerra a la que nadie de mi edad prestaba atención, cosa que no era de extrañar, porque a duras penas éramos capaces de prestar atención a la guerra más local y cercana en la que estábamos sumidos. «Después de la guerra —dijo ma—, incluso después de casarnos y durante años hasta que murió, sobre todo cuando empezó el periodo de sufrimiento, no hacía más que enterrar la cabeza en toda esa negrura». Se

refería a los periódicos, los volúmenes, los diarios, la colección y recopilación de todo lo que tenía que ver con los problemas políticos, además de las reuniones con amigos que eran de la misma ideología, tan taciturnos y obsesivos como él y sobre cuyas cabezas colgaban los mismos acantilados, riscos, cuervos y esqueletos. Compartían las fichas, sus archivos categorizados, las actualizaciones sobre las tragedias de los problemas políticos, hasta tal punto que parecía que hacerlo fuese su trabajo cuando no lo era, y, naturalmente, al cabo de un tiempo mi pa no pudo seguir con ello. Hasta nosotros, sus hijos, nos dábamos cuenta de que ese hiperensismamiento, esa exactitud, esa obsesión acabaría derrumbándose tarde o temprano. En efecto, pasaba; y él se derrumbaba también, caía de cabeza desde los álbumes de recortes y sus libros de registro, desde los cuadernos de notas preceptivas, y se hundía en un estado de desaliento en el que solo servía para estar en la cama o en el hospital o leyendo cómics y la sección de deportes o viendo programas sobre el Holocausto. Y también programas sobre desastres naturales, como los de David Attenborough que hablan de insectos que se comen a otros insectos y de la vida salvaje feroz que ataca a la vida salvaje más amable. Jamás veía programas sobre el brezo o sobre cómo hacer que las mariposas mantuvieran su semblante feliz y despreocupado. Esos no le atraían, no le interesaban y, tal como mi ma decía, no tenían «permiso para alegrarlo». En casa todos sabíamos que el Holocausto, las guerras del mundo, los animales que se comían a otros animales y toda esa anestesia que englobaba también nuestros problemas políticos, siempre y cuando él pudiera enfrentarse a ellos, tampoco lo alegraban. Sin embargo, era evidente que cumplían alguna función, que servían para decir «¡Mira! ¡Fíjate! ¿De qué sirve? No sirve de nada», y así él, desde la desesperación, confirmaba e incluso se consolaba pensando que tal como estaban las cosas, tal como siempre habían estado, no podía contar con triunfos ni victorias porque las victorias eran caprichos de la imaginación y los triunfos, un sueño, un esfuerzo, y el esfuerzo renovado, una pérdida de tiempo. «Yo sabía que tu pa estaba bien cuando él cantaba y sabía que estaba mal cuando se pasaba el día en la cama y la noche sin dormir, sin abrir las cortinas, rellenando grietas, tapando la luz de la noche y la luz natural del día. Su melancolía, hija. No era natural. Si lo fuera, ¿no crees que le habría hecho sentirse bien? ¿No crees que le habría sentado bien? ¿Qué motivos, dime, qué motivos tenía él para estar siempre en ese lugar oscuro y siniestro?».

Para mi pa y para la gente como él, a diferencia de los que eran como mi ma, no se trataba de «tengo que alegrarme por el Holocausto» ni de «tengo un

absceso en la nariz, pero al de más abajo le falta la nariz, así que debo alegrarme de que a él le falte la nariz mientras que a mí no y él debe alegrarse por el Holocausto». Mi padre nunca pensaba: «Debo arrodillarme y dar las gracias por que en el mundo otros sufren mucho más que yo». Y yo tampoco entendía que él no tuviera la razón, porque todo el mundo sabía que el mundo no funcionaba así. De ser así, todos, con la única excepción de la persona designada como persona más desgraciada del mundo, seríamos felices; y la mayoría de las personas que yo conocía no eran felices. Además, en el mundo diario, en nuestro pequeño mundo de humanos, no íbamos por ahí fijándonos solo en las cosas buenas ni evitando lo relativo en favor de lo eterno. Lo relativo, el plano temporal en el que la susceptibilidad varía, donde nadie tiene la misma historia personal a pesar de compartir una historia común, donde lo que para uno es un desencadenante al otro le pasa inadvertido, era el plano donde se producían tanto la vivencia de la vida como la reacción mental imperfecta a esa vivencia. Mi ma y los de su calaña, los que no toleraban la depresión y se afanaban en arrodillarse ante las tragedias para dar gracias a que por la gracia de Dios fueran otros los pobres desgraciados que habían sido seleccionados para sufrir horribles destinos y no ellos, esos tampoco estaban tranquilos. En cuanto a esos pocos, a las escasas personas que sí parecían estar tranquilas o que, como mínimo, emanaban buena voluntad y confianza en la gente y en la vida a pesar de no estar del todo tranquilas, tanto a mi ma y los de su calaña como a mi pa y los de la suya, a casi todo el mundo que yo conocía y a mí misma nos costaba lidiar con ese tipo de personas.

La primera vez que me fijé en la cuestión de los resplandecientes, en esa clase tan rara de personas desconcertantes y radiantes, fue con la película *La ventana indiscreta*. La vi con doce años y me perturbó por lo que yo pensé que quería decir la película. Un perrito muere estrangulado, alguien le ha partido el cuello; y ese no es el mensaje, pero para mí lo era, porque la dueña, desolada y conmovida, grita desde la ventana de su apartamento: «¿Quién ha sido? ¿Quién ha matado a mi perro? Nunca pensé que alguien sería tan ruin como para matar a un pobre e indefenso perrito. No creo que haya nadie en este barrio que tenga afecto por alguien. Lo mataron porque era cariñoso. Solo porque era cariñoso», y fue ese «porque era cariñoso» lo que me dio escalofríos. Pensé de inmediato: «¡Dios mío, es verdad! ¡Por eso lo han matado! ¡Porque era cariñoso!». Resulta que no lo habían matado por eso, pero antes de descubrir la verdadera razón, para mí tuvo sentido, en el mundo que yo habitaba tenía sentido que pasase algo así. Lo habían matado porque el perrito les tenía aprecio, porque no podían soportar ese cariño, no podían con

la sinceridad, la honestidad, la disposición, con una indefensión, un afecto y una pureza que eran tan puros y afectuosos que el perrito y sus cualidades debían desaparecer. No podían soportarlo. Tenían que matarlo. Era posible que ellos mismos lo viesen como un acto en defensa propia. Y ese era el problema que planteaba la gente resplandeciente. Imagina un grupo de personas que no brillan, una comunidad entera quizá, una nación, o tal vez un pequeño Estado inmerso desde hace mucho tiempo en los planos físicos y energéticos de la energía mental más oscura, condicionados mediante años de sufrimiento personal y comunitario, de historia personal y comunitaria, a una sobrecarga de pesadumbre y pena y miedo y rabia; pues bien, esas personas no eran capaces, de buenas a primeras, de abrirse a una persona resplandeciente como un botón lustroso que entrase en su entorno y los iluminase con su resplandor. En lo que respecta al entorno, este también tendría sus objeciones que respaldarían el pesimismo de su gente, que es lo que pasaba donde yo vivía: un lugar que siempre parecía sumido en la oscuridad. Era como si las luces estuvieran apagadas a todas horas, aunque ya hubiera anochecido y fuese el momento de encender las luces, pero nadie lo hacía ni se daba cuenta de que estaban apagadas. Además, todo eso parecía lo normal y quería decir que parte de la normalidad era un esfuerzo constante y no reconocido por ver bien. Siendo niña, yo sabía (quizá precisamente porque era niña) que no se trataba de algo físico, que esa especie de cortina negra, esa luz distorsionada tenía que ver con los problemas políticos, con el sufrimiento infligido, el conflicto, la pérdida de la esperanza y la ausencia de confianza y con una incapacidad mental que nadie parecía capaz o dispuesto a superar. El entorno físico del momento, en complot con o como resultado de la oscuridad humana que de él se emanaba, no incentivaba la entrada de luz. Más bien el lugar quedaba empapado de una historia larga y melancólica, hasta el punto de que cualquier persona verdaderamente resplandeciente que invadiese esa oscuridad corría el riesgo de no sobrevivir a ella, de que su resplandor acabase sometido y, en algunos casos, si la concepción general era que esa persona era demasiado brillante y demasiado luminosa hasta el punto de ser intolerante, se daba la situación de que esa persona debía perder la vida física. Para los que vivían en la oscuridad y llevaban tanto tiempo en sintonía con la seguridad que esta les proporcionaba, tampoco era coser y cantar. ¿Qué pasa si aceptamos los focos de luz, su claridad, su brillo, si nos permitimos disfrutar de la luz, dejar de temerla, si nos acostumbramos a ella y empezamos a creer en ella, a esperarla, si descubrimos su importancia? ¿Qué pasa si nos da esperanzas y decidimos renunciar a nuestro legado antiguo e,

infundidos por ella, nos dejamos arrastrar y nosotros mismos empezamos a irradiarla? ¿Qué pasa si conseguimos eso, si nos educamos para hacerlo y entonces, de repente, la luz se apaga o nos la arrebatan? Por este motivo no había muchas personas resplandecientes en entornos que consistían de manera predominante en miedo y en penas. En el entorno que era el mío existían unos pocos. Estaba la profesora de francés del centro. Luego, tal vez, y si no fuera por su necesidad de acumular cosas, el medio novio. Sin embargo, la única de mi vecindario que era considerada de forma unánime una de las pocas personas resplandecientes era la hermana de la envenenadora del distrito y chica de las pastillas. La hermana tenía mi edad, es decir, era menor que la chica de las pastillas, y no todo el mundo le tenía antipatía. De hecho, parte del problema era que no nos desagradaba, pero era difícil lidiar con la amenaza que ella suponía al ir por ahí defendiéndose en la vida. Era traslúcida, inmune a nuestra oscuridad mientras caminaba en ella rodeada de su luz. Lo extraño es que ella se comportaba con total normalidad. Nosotros no veíamos esperanza en lo que ella era y representaba, a pesar de ser nuestra vecina y haber conseguido sobreponerse al temperamento dominante y la corriente de pensamiento de la zona. Podríamos haber pensado: «Si esta persona puede, si puede ir por ahí con rayos de sol bañándola por dentro y por fuera, a lo mejor nosotros...». Pero no. Era más fácil no oponer resistencia a nuestro menguado nivel de aculturación y considerar a la hermana de la chica de las pastillas como a su hermana: una de las personas inaceptables del distrito, digna de absoluto ostracismo.

Así que resplandeciente era malo y demasiado triste era malo y demasiado contento también, y había que ir por ahí sin ser nada y sin pensar, al menos no al nivel más superficial, motivo por el cual todo el mundo ponía sus pensamientos a buen recaudo en los recovecos de su mente. En cuanto a mi pa y mi ma, mi pa se pasaba de cara larga y mi madre exageraba su discurso de que había que salir adelante, pero entonces mi padre tenía crisis periódicas y había que ingresarlo, y mi madre se olvidaba de salir adelante y volvía a enfadarse con él por dejarla sola con nosotros en este lugar. Yo, como las pequeñas de casa, tardé años en saber que mi pa iba al hospital y que se trataba de un hospital psiquiátrico. Pensábamos, porque era lo que nos decían, que cuando desaparecía estaba haciendo turnos muy largos, trabajando muchos días, semanas interminables en alguna ciudad o país lejanos, o bien que había ido a algún especialista de muy lejos por los dolores de espalda. Pero se trataba de psiquiátricos y de crisis emocionales, y eso implicaba encubrimiento, que a su vez implicaba vergüenza, y en su caso más porque

era un hombre. Los hombres y los hospitales psiquiátricos casaban aún menos que las mujeres y los psiquiátricos. En el caso de los hombres, era el equivalente de un incumplimiento de sus deberes como hombre, lo que ascendía a un fracaso a la hora de salvar la dignidad. Al principio, yo no lo entendía. Tampoco sabía que por culpa de la presión emocional, de la presión social y por vergüenza, mi madre presentaba su versión de la enfermedad de mi pa a las vecinas, que ya tenían sus propias ideas. «Trabajo lejano en tierras lejanas, ¡y un cuerno!», decían, y mi madre lo sabía y por eso se enfadaba aún más con mi padre, incluso después de muerto. Muchas veces parecía que no solo no lo quería, sino que lo odiaba. «¡Una historia muy triste! —exclamaba entre aspavientos—. ¿Qué historia triste, eh? Si no le pasa nada, que lo tiene todo en la cabeza. No tiene nada». Y fingía, aunque en vano, que no le importaba. Yo odiaba que lo hiciese, que hablase mal de él, sobre todo delante de nosotros, porque no debía denigrarlo delante de sus hijos. Pero ella seguía, porque cuando se ponía, se obsesionaba con las obsesiones de mi pa hasta el punto en el que, preparada, lista y muy muy enfadada, no le quedaba más remedio que llegar hasta el final porque no podía parar. El alcance de esa rabia me desconcertaba, las quejas y las culpas y los sermones. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que había muchas cosas que ella no le perdonaba, y no solo que no se pusiera contento.

Así era ella: arrastraba ese rencor a cualquier conexión por débil que fuese, incluyendo la zona de los diez minutos. Según mi ma, esa zona tenía las mismas esperanzas de mejorar que mi padre. «Está demasiado atrapada —me dijo—, se resiste demasiado, es demasiado taciturna. No tiene ni ton ni son, hija. Es imaginaria, ese es su origen; o sea, que no tiene origen». «Ya veo», contesté, aunque tratándose del misterio y de la impronta de la zona de los diez minutos, yo no veía nada. Y en ese momento yo la estaba atravesando, pensando en principio en el cielo y en nuestra profesora, en lo que había dicho sobre la luz y la oscuridad y en nuestra respuesta automática: «¡Oscuridad! ¡Preferimos la oscuridad, por favor!». En cuanto a la bomba nazi, ya habían retirado casi todos los escombros. El suelo estaba irregular porque aún no lo habían aplanado, pero el lugar donde se había alzado la iglesia no esperaba convertirse en un aparcamiento, a diferencia del resto de los lugares que habían saltado por los aires y que acababan siendo aparcamientos. La desolación histórica e inexplicable de la zona de los diez minutos arruinaba el deseo que cualquiera pudiera tener de aparcar allí.

Quedaba algún cascote pequeño que había que esquivar o saltar, que es lo que yo hacía en ese momento mientras me dirigía a mi siguiente punto de

referencia. Miré hacia allá, hacia el cementerio, y me di cuenta de que dentro había árboles, algo en lo que nunca había reparado y que me trajo a la memoria que un rato antes el cielo se había puesto verde. «Si el cielo puede ser verde —pensé— o verde a ratos, ¿no significa eso que a veces el suelo también podría ser azul?». Eso me hizo mirar al suelo y entonces vi que allí había algo. Tirada a un lado, entre los restos de escombros, había una cabeza pequeña, cubierta de pelo apelmazado, de gato decapitado. La cara estaba vuelta hacia el suelo, y el suelo consistía en cemento que había estallado. Al principio me pareció una pelotita, un juguete, un monedero para niños que fingía ser uno de verdad, con orejas de gato y pelaje y bigotes. Pero era un gato, una cabeza de gato, uno que había vivido hasta el momento de la explosión. Entonces caí en que al final esa bomba de antaño sí había matado algo.

Los gatos no son tan entregados como los perros. Les damos igual, no se puede contar con ellos para apuntalar el ego humano. Van por su cuenta, se ocupan de lo suyo, no son serviles ni se disculpan por ello. Nadie ha visto a un gato pedir perdón y, si lo hiciese, sería más que obvio que no era una disculpa sincera. En cuanto a gatos muertos, es decir, a matar gatos de manera deliberada y porque sí, de esos he visto unos cuantos. Durante mi niñez era cuando los veía más a menudo, en la época en que eran una plaga, elementos subversivos, brujas, la mano izquierda, la mala suerte, lo femenino; aunque nadie atacaba lo femenino abiertamente, salvo en caso de ebriedad por borrachera, por si resultaba en violencia contra alguna mujer desafortunada a la que culparían en nombre de la causa. Los hombres y los niños mataban a los gatos o, como mínimo, en su defecto, los pateaban o les catapultaban piedras al pasar. Era una de esas cosas que pasaban, y cuando te encontrabas con un gato muerto, ni lo mencionabas. En lo que a mí respecta, yo no mataba gatos ni quería estar presente cuando lo hacían los demás. Sin embargo, estaba tan condicionada por la época, tenía el asco tan interiorizado que me daba más miedo cruzarme con uno vivo que verlo muerto. Habría temido tocarlo, habría chillado como una tonta de haberlo tocado. Así pues, hace años, muchos gatos muertos. Sin embargo, los perros eran abundantes y no les pasaba nada. Los perros eran robustos, leales, feudales, reforzaban la visión que tenía el hombre de sí mismo y necesitaban obedecer servilmente. Así que eran aceptables. Motivo de orgullo. Los considerábamos feroces y protectores, y todo el mundo tenía uno, pero eso no los salvó, porque una noche los mataron a todos excepto a dos. Hubo un día en que los mataron, a los perros muertos, a todos a la vez, y este gran canicidio, que contrastaba con

el felinicidio trivial y diario, también tuvo lugar en mi infancia, tuvo lugar de manera macabra y espectacular cuando la soldadesca de la otra orilla les rebanó el pescuezo a los perros del distrito durante la noche. Dejaron los cadáveres en una pila gigantesca que ubicaron con estrategia a la salida de uno de los callejones, los mismos donde solían acumularse las cajas de leche llenas de cócteles molotov para los siguientes disturbios del distrito, que normalmente sucedían a lo largo de ese mismo día. Todo el mundo sabía que habían sido los soldados, que había sido una declaración con la que pretendían darnos una lección a nosotros, a los nativos, anunciar que podían lidiar con nuestros perros, anular a los perros que ladraban y gruñían y avisaban a los renegantes de su presencia. Sin embargo, nuestros perros no eran solo para eso.

Que ladrasen y gruñesen y alertasen nos beneficiaba a todos, no solo a los renegantes. Nuestros perros alertaban a todos, en especial a los niños y a los hombres (jóvenes, viejos, renegantes o no renegantes), porque ellos lo tenían peor; alertaban de la presencia de esos soldados, que llegaban en grandes cantidades y coches y vehículos blindados de donde saltaban para patrullar nuestras calles mirándolo todo con intensa sospecha. Todo el mundo agradecía el sistema de preaviso de los perros por los momentos de margen que ofrecía, porque así acostumbraba a ser más fácil quitarse de en medio. No era agradable salir por la puerta de casa, que te parasen en la calle y, en situación de desventaja numérica y a punta de pistola, te obligasen a responder preguntas, a colocarte de cara a la pared con las piernas abiertas, que te registrasen contra ese muro (junto a los callejones, a la entrada) y tener que aguantar en esa postura todo el tiempo que les pareciera apropiado a los soldados; tampoco era de nuestro agrado que esos hombres adultos con armas de fuego te mirasen con superioridad en caso de que tú, la esposa, la hermana, la madre, la hija, salieras a la puerta para ser testigo de lo que le ocurría a tu hijo, a tu hermano, a tu marido o a tu padre. Era aún menos de nuestro agrado cuando quedaba claro que tu hijo o tu hermano o tu marido o tu padre permanecerían de cara a la pared mientras tú estuvieras allí tomando nota de lo que ocurría. En ese caso, ¿continúas? ¿Te mantienes firme? ¿Eres testigo aun si con ello le causas más sufrimiento y le prolongas la humillación a tu hijo o a tu hermano o a tu marido o a tu padre, o vuelves a casa y dejas a tu hijo o a tu hermano o a tu marido o a tu padre abandonado con esa gente? Y si no era eso, tampoco ninguna mujer que saliera de casa podía considerar aceptable el efecto goteo de los comentarios sexuales que le hacían, que esos seres indecentes quisieran provocarla con la vulgaridad de sus observaciones.

«Qué cara de zorra», decían. «Ese coño», decían. «Tú vales para puta». Y «Qué le haríamos a tu cara si...» o cualquier cosa por el estilo, con las armas listas y las emociones apenas contenidas (o incluso sin contener) a punto de estallar. Como es natural (o quizá no natural pero sí comprensible), no sería indecoroso por parte de la chica o mujer objeto de esas palabras pensar: «Si un francotirador renegante te arranca la cabeza de un tiro desde una ventana, soldado, tu defunción no solo no me disgustaría, sino que me atrevería a decir que sería un acontecimiento agradable, encantador, un alivio kármico». Y eso era odio. Un odio intenso, el gran odio de los setenta. Hay que dejar de lado la incompetencia engañosa y engorrosa de los problemas políticos y cualquier racionalización o conclusión inteligente sobre los problemas políticos para ser capaces de calibrar de manera adecuada el peso de este odio. Tal como dijo alguien en televisión de forma muy sucinta, una persona muy sencilla del otro lado de la carretera que quería matar a todos los de mi religión de mi zona (es decir, a todos los de mi barrio) como represalia porque un renegante del Estado de mi zona había cruzado la carretera de segregación y había puesto una bomba que había matado a muchas personas de su religión en su zona: «Me asombran los sentimientos que albergáis». Tenía razón. Es asombroso, aunque al final no seas tú la que tire del gatillo.

Y por eso hacían falta perros. Eran importantes, un ejercicio de malabares, una interfase, un amortiguador que protegía de choques mortales instantáneos cara a cara entre emociones repugnantes y emociones de odio hacia uno mismo, de esas que estallan en cuestión de segundos entre individuos, entre clanes, entre naciones, entre sexos, y hacen un daño general irreparable. Para detener eso, para evitarlo, para apartar esos malos recuerdos, ese dolor, historia y deterioro de la personalidad, oyes los ladridos, el inicio de esos ladridos salvajes y tribales, y sabes que debes quedarte en casa un cuarto de hora, más o menos, y dejar que la soldadesca pase de largo. De ese modo no entras en contacto, no has de sentir impotencia, injusticia o, peor aún, comprender cómo un ser humano normal y corriente y muy agradable como tú llega a querer matar o sentir alivio matando. Y si ya estás en la calle, que es el campo de batalla que es la calle, cuando oyes ese ladrido repentino, escuchas y determinas por la procedencia hacia qué lado se dirigen los soldados y, si van hacia ti, te metes sin más complicación por un callejón que te lleve a una calle menos expuesta. Pero al matar a los perros eliminaron al intermediario, y hasta que en nuestra zona nacieran más perros que pudiéramos criar y adiestrar en cuestiones partisanas, al parecer habíamos vuelto a los días del odio ancestral en primer plano y cara a cara. Pero

primero, la mañana después de la noche del sacrificio de los perros, al enfrentarnos a la realidad de esa enormidad de cadáveres, hubo una respuesta local igual de cara a cara.

Más que nada, hubo silencio. Al menos al principio, y un perro que al inicio consideramos el único superviviente del distrito miraba junto a todos nosotros y gemía de vez en cuando con la cola bien metida entre las piernas. En cuanto a mí, que tenía nueve años, me parecía que había tantos perros muertos que el distrito no habría sido capaz de contener semejante exceso, que los soldados debían de haber traído más de fuera, pero cuando los vecinos se pusieron a identificarlos y a reclamarlos, los reclamaron todos sin dejar ni uno. A mis ojos de niña, y también a los del tercer hermano, que estaba a mi lado, nos pareció que, en aquel amontonamiento de perros muertos, a los cadáveres les faltaban las cabezas. Creíamos que los habían decapitado. «¡Mami, las cabezas! ¡Se han llevado las cabezas! —gritamos—. ¿Dónde está Lassie, mami? ¿Dónde está papá? ¿Han encontrado a Lassie los hermanos? ¿Dónde está papá? ¿Dónde está Lassie?», y ambos tiramos del abrigo de mi madre y el tercer hermano se echó a llorar. Como él lloraba, lloré yo, y entre los dos hicimos llorar a todos los demás niños. El único superviviente empezó a aullar. Ese día éramos muchos, muchos niños que nos apiñamos junto a nuestros adultos. Así que al principio hubo silencio, después nuestros lloros, y el ruido de nuestros lloros galvanizó a los adultos, que olvidaron la sorpresa y se pusieron manos a la obra. Se ocuparon de la masacre, y los hombres (jóvenes, viejos, renegantes o no renegantes) se adentraron en el mar de pelaje viscoso. Desenmarañaron la masa empapada y pantanosa para diferenciar un cadáver de otro y fueron pasándolos en cadena hasta quienquiera que hubiese aparecido a reclamarlos y esperase para llevárselos a casa en carritos, carricoches, carretillas, carros de supermercado o, como en la mayoría de los casos, envuelto entre sus brazos como algo que antes tenía vida. En cuanto a mi pa, recuerdo la urgencia con la que el tercer hermano y yo preguntábamos por él y reclamábamos su presencia, que fuese hombre entre hombres haciendo cosas normales de hombre, como había conseguido años después buscando la cabeza del hermano de fulano de tal con los demás. Sin embargo, quizá el día de los perros fuese un mal día, una de sus jornadas de cama, hospital, Holocausto o vieja revista amarillenta de boxeo. Fuera cual fuese el tipo de día, mi pa no estaba allí. Pero los hermanos sí y, junto a los demás, excavaban la pila y parecía que quisieran atravesar la tierra. Estaban en el suelo, hundidos y no paraban de escarbar. Los imaginé con palas y en mi cabeza cavaban con esas palas y el suelo se empapaba mientras los hermanos

y los hombres estaban cubiertos hasta la cintura. Coágulos, matas de pelo, chorros, todo cada vez más rojo, más marrón, más oscuro, más pegajoso, y se volvía negro a medida que iban sacando perros. Me acuerdo de la imagen de los hermanos, de todos nuestros perros, nosotros, la gente que nos rodeaba. Sin embargo, no recuerdo ni pizca de olor a muerte. En un momento dado, el tercer hermano gritó: «¡Se mueven! ¡MAMÁ! ¡LOS PERROS SE MUEVEN!», y yo miré y vi movimientos leves, arriba y abajo. También recuerdo a nuestra madre que, convertida en piedra, no respondía cuando le tirábamos del abrigo y preguntábamos: «LASSIE, MAMÁ. ¿DÓNDE ESTÁ PAPÁ, MAMI? ¡LOS PERROS SE MUEVEN, MAMI!». Al cabo de un rato alguien, la segunda hermana, nos lo explicó. Nos dijo que aún tenían las cabezas puestas, pero que las tenían para atrás; más tarde me di cuenta de que eso significaba que les habían abierto la garganta casi hasta el hueso y por eso nos parecía que les faltaba la cabeza. La explicación nos lo hizo más fácil, que las cabezas siguieran ahí en lugar de faltarles, que los soldados no se las hubieran llevado para hacer bromas con ellas, patearlas ni prolongar su ignominia; aunque puede que el alivio fuese simplemente por tener una respuesta. Aun así, seguimos llorando como muchos otros niños, sobre todo cuando sacaban a según qué perros o cuando el nivel de pánico aumentaba en espera de un perro concreto. También había momentos de esperanza, de creer que quizá no estuvieran muertos, porque era cierto que se movían. «No se mueven», decían los adultos, y, al final, nuestra esperanza desesperada fue demasiado y les mandaron a las hermanas mayores que nos llevaran a los pequeños a casa.

La primera y la segunda hermana nos llevaron al tercer hermano y a mí a casa, y en esa época nosotros dos éramos los pequeños. Ambos seguimos mirando atrás, nos volvíamos a echar un último y largo vistazo con la cabeza llena de nuestra Lassie mientras nos sacaban del callejón donde todavía estaban nuestros hermanos y el resto de los hombres. Eran nuestros perros, perros callejeros; es decir, que todos los días lo dejabas suelto para que viviera aventuras igual que dejabas salir a tus hijos a vivir aventuras. Por la noche, los perros y los niños volvían a casa, solo que esa noche los niños regresaron y los perros no. Así que a mi hermano y a mí nos sacaron del callejón y nos llevaron de allí arropados por los brazos de nuestras hermanas. Continuamos echando la vista atrás casi hasta llegar a casa, donde recobramos la esperanza. Aunque habían muerto todos los perros menos uno y aunque ella había estado fuera toda la noche como los perros muertos, tal vez Lassie hubiera vuelto y estuviera en casa. Aceleramos y entramos corriendo, y allí estaba Lassie. Se había tumbado delante de la chimenea y al vernos levantó la

cabeza y nos gruñó. ¿Qué era eso de abrir puertas? ¿Qué era eso de dejar entrar la corriente y molestarla? Lassie no era de pedigrí, como tampoco lo era ninguno de los demás perros. No tenía título ni certificado, no le gustaba jugar, no tenía vocación, no era de los que ayudan a los que están en peligro o salvan a niños a punto de ahogarse. Lassie no era amiga de los niños, de los jóvenes de la familia, pero para nosotros verla y oírla hizo que fuera el día más feliz de nuestra vida, saber que tenía garganta con la que gruñir y ser antipática. No nos abalanzamos sobre ella porque no le habría gustado. Pero hasta que reapareció, fue una mañana horrible. Después de eso, olvidé. Me olvidé de los perros, de su muerte, de la pena del distrito, de la conmoción, de la victoria indiscutible de los soldados. Pero esa noche, después de cenar, aún con nueve años, salí a mis aventuras más recientes y pasé por ese mismo callejón, que a esa hora estaba lleno como siempre de cócteles molotov para los siguientes disturbios del distrito. No quedaba ni rastro de los perros muertos, aunque se notaba un tufillo a ese desinfectante tan potente, Jeyes Fluid. De eso sí me acordaba después, porque hasta entonces siempre me había encantado ese olor del hogar.

Así que los soldados mataron a los perros, y los vecinos mataban a los gatos, y ahora los gatos también morían por culpa de la Luftwaffe. Miré la cabecita que descansaba entre el detritus y sentí una sacudida como no recordaba haber sentido jamás, aunque tampoco comprendía por qué en ese caso reaccionaba de aquella manera. Mi forma de lidiar con ello fue apartar la mirada y pasar de largo con decisión, pero la imagen se quedó conmigo. Me acompañó hasta que de pronto me detuve y di media vuelta. Deshice el camino y, cuando volvía a estar donde la cabeza, la miré con más atención y vi que estaba mojada, algo negra, negra de la sangre y más húmeda alrededor del cuello, o donde había estado el cuello. Me acuclillé y moví la cabeza con un pedazo de cascote. Con la cara vuelta hacia arriba, vi que todavía era reconocible, que parecía un gato, aunque tenía los ojos más grandes, o las cuencas, porque le faltaba un ojo. La cuenca vacía era enorme y dentro de la cabeza había actividad. «Insectos», pensé, y como prueba de ello vi bultos, protuberancias en la nariz, en las orejas y en la boca; el ojo que le quedaba también tenía un bulto. Se veía algún gusano que se movía despacio, pero, aparte de un toque dulzón y como de levadura, no olía mucho. En cuanto al resto del cuerpo, eché un vistazo a mi alrededor, pero no lo vi. De todos modos, de momento tenía suficiente con la cabeza. Y enseguida fue demasiado. Me levanté y me marché porque la clase de francés me había gustado. La había disfrutado como siempre la disfrutaba: la excentricidad de

la profesora, cuando nos hablaba de «el susurro de una brisa suave», de «vivir el momento», «dejar atrás lo que crees que debería pasar y centrarte en lo que podría pasar». También estaba su «cambiad una cosa, clase, solo una cosa, y os aseguro que todo lo demás también cambiará», y lo de decirnos eso a nosotros, a personas que no solo no éramos de metáforas, sino que tampoco admitíamos lo que era evidente. Sin embargo, a mí me había parecido valioso. Ella me parecía valiosa y no quería perder esa sensación. Pero me dio la impresión de que con esa cabeza en el suelo (y antes de eso, la furgoneta, la zona de los diez minutos, la bomba de cuando la guerra que había sacado el tema de mi pa muerto con sus depresiones y mi ma atacándolo por sus depresiones), poco a poco reaparecía ese «¿De qué sirve? ¿No sirve de nada que sirva de algo?». «Hay que intentarlo y repetir el intento —había dicho la profesora—. Así es como se hace». Pero ¿y si se equivocaba al hablar de intentos y de repetir el intento, y de pasar al siguiente capítulo? ¿Y si el capítulo siguiente era igual que el actual, tal como había sido el anterior? ¿Qué pasaba si todos los capítulos eran iguales o si con el tiempo se ponían peor? Mientras pensaba, había regresado físicamente al gato, había deshecho el camino otra vez como si no tuviera elección. «No seas tonta —me dije—. ¿Qué piensas hacer? ¿Quedarte aquí plantada mirándolo para siempre?». Me respondí que lo recogería. Lo llevaré a un jardín donde haya verde. Eso me sorprendió. Me pasmó. Me asombré a mí misma pensando en setos, arbustos, la raíz de un árbol. Podía taparla, no dejarla en aquel lugar horrible y expuesto. «Pero ¿por qué? —protesté—. Tardarías menos de un minuto en salir de aquí. Ya podrías haber llegado al cementerio, tu segundo punto de referencia. Después va el cuartel de la policía, el olor reconfortante a canela de la casa donde hacen pan y luego... ¡Claro! —me interrumpí—. ¡El sitio de siempre!».

Ya había sacado los pañuelos, pañuelos de verdad, de tela, no de papel, y hasta hacía muy poco solo había usado los de hombre, pañuelos grandes de lino blanco, porque aunque los de mujer eran muy bonitos, no daban de sí para sonarse la nariz. Sin embargo, me hice a ellos cuando las hermanas pequeñas me regalaron un juego en una caja por Navidad. Desde entonces siempre llevaba encima uno de mujer por motivos culturales y estéticos y uno de hombre por razones prácticas, y esa tarde mi intención era darles a ambos un uso práctico y simbólico. Primero desplegué el pañuelo pequeño, delicado y femenino en el suelo, y con el grande, sencillo y masculino, fui moviendo la cabeza hasta que la coloqué encima. Notaba los colmillos del gato a través de la tela y la piel de la cabeza empezó a resbalar. Se le cayó un poco de pelo y

sentí pánico porque pensé que el cráneo quedaría desnudo. Pero, de pronto: misión cumplida, y con la cabeza en el centro del de mujer, la envolví en algodón bordado. Después coloqué el pañuelo de señora que contenía la cabeza encima del pañuelo desplegado de señor y también lo envolví. «Estás loca —continué—. Piensas subir la calle con una cabeza en la mano cuando sabes de sobra que da igual lo vacío que parezca un lugar: siempre hay al menos una persona mirando. Eso quiere decir más rumores, más invenciones, más cuentos sobre el agravamiento de tu comportamiento». Aunque en ese momento me daba igual. Además, no podía evitarlo. Y pensaba que solo me costaría un momento, porque enseguida encontraría el lugar adecuado, un rincón íntimo, tranquilo, junto a la tapia del fondo quizá, donde había las tumbas más viejas y el suelo estaba removido y lleno de matojos y hierbajos sin cortar por los que los enterradores no movían el culo. Había atado las esquinas del pañuelo grande y estaba decidida a colmar mis intenciones cuando me levanté y estuve a punto de chocar con el lechero. Había sido tan silencioso, y yo estaba tan absorta, que no había notado su presencia. Estaba a unos centímetros de mí, y yo de él, y solo los pañuelos y su contenido oscuro y muerto me hacían de amortiguador.

Lo primero que sucedió fue que me vinieron esos pinchazos y escalofríos, ese revoloteo, ese correteo, ese temblor interno que me iba del final de la columna hasta las piernas. Dentro de mí se paró todo por instinto. Paró, sin más. Todo el mecanismo. No me moví y él no se movió. Estábamos plantados y ninguno se movía ni hablaba, hasta que él habló y dijo: «Estabas en la clase de griego, ¿no?», y eso fue lo único, lo único en lo que se equivocó el lechero al hacer mi perfil. No es que no hubiera pensado en hacer griego, o mejor dicho, Cultura Clásica Griega y Romana en lugar de francés en las clases para adultos. Esos pueblos antiguos me atraían: emociones desatadas, personajes sin escrúpulos, mitología, ceremonias y mucha confabulación y purgas macabras, paranoicas y estrafalarias. Después estaban los dioses caprichosos y las maldiciones que el vulgo suplicaba a los dioses para sus enemigos, que resultaban ser sus propios vecinos. Era muy Alicia en el País de las Maravillas, igual que esos césares impúdicos que se casaban con manzanos y convertían a sus caballos en cónsules. Había algo interesante, algo psicológico, algo anormal que una persona normal de las que solo tenían aberraciones aceptables era capaz de comprender. Por eso llegué a leer el folleto con detenimiento para ver si podía matricularme en ese curso, pero Cultura Clásica Griega y Romana era los martes por la tarde y los martes por la tarde era cuando quedaba con el medio novio, así que francés, que era los

miércoles, fue mi elección final. O sea, que el lechero se había equivocado y no lo corregí porque me dio esperanza pensar que, a pesar de saberlo todo, no lo sabía todo. Sin embargo, no fue verdadera esperanza, tal como vi al llegar a casa y deconstruir la situación. Sí, me había leído el pensamiento en cuanto al curso, pero eran los pensamientos más superficiales, los del mantillo, es decir, los menos importantes, los que no eran secretos ni necesitaban encriptación por ser vulnerables. Cualquier hijo de vecino que lo hubiera estimado oportuno habría podido colarse ahí con facilidad, total facilidad. De todos modos, me había leído el pensamiento sin estar cerca de mí cuando yo lo había pensado. Y eso me pareció inquietante, además de indicar una investigación meticulosa por parte de un hombre que cosechaba, catalogaba y archivaba hasta el último dato, aunque en esta ocasión hubiera errado el resultado.

Como en los dos encuentros anteriores, es decir, las dos ocasiones anteriores en las que él había orquestado el encuentro, se dedicó sobre todo a hacer preguntas, pero sin parecer ansioso por obtener alguna respuesta. Más que nada porque no eran preguntas de verdad. No eran peticiones sinceras de información o de confirmación de sus hipótesis. Eran afirmaciones, comentarios retóricos para demostrar su poder, insinuaciones, advertencias, todo para que yo me diese cuenta de que lo suyo era saber las cosas por adelantado, aunque le añadía un «¿no?», «¿verdad?» o «¿a que sí?» a todo para disimular. Así que hizo el comentario sobre el griego y justo entonces pensé en la furgoneta, la furgoneta blanca pequeña, y en que el del callejón debía de ser él. ¿Me seguía? ¿Había estado sentado en la furgoneta durante toda la clase de francés, vigilándome, vigilándolos a los demás y tomando nota de nuestra ansiedad mientras experimentábamos la puesta de sol? De nuevo, hablaba como si me conociese, como si ya nos hubieran presentado como está mandado y con anterioridad. Como en la carretera de los parques y los embalses, miraba de soslayo en lugar de a la cara; era como si mirase a mi lado. Y entonces me hizo otra pregunta, esta sobre el medio novio, a quien no había mencionado hasta ese momento.

Lo hizo como si ya fuera hora, que ya era hora, ¿verdad?, de charlar sobre esa llamada especie de novio. Dijo: «Ese tipo con el que quedas de vez en cuando, el joven», y pronunció «joven» como si el medio novio fuese demasiado pequeño, como si no fuera dos años mayor que yo. «Bailas con el joven en los bares de fuera de tu zona y de dentro de la suya, ¿no? Y en los pocos que hay en el centro y los de cerca de la universidad. Vas a tomar algo con el joven, ¿a que sí?». Enumeró bares específicos, sitios concretos, días,

horas, y también me dijo que se había dado cuenta de que entre semana ya no siempre cogía el autobús para ir al centro. No se refería al autobús de las mañanas que yo tomaba antes y del que me había hablado la vez anterior, sino al nuevo que, a fin de escapar de él, cogía dando un buen rodeo. Era porque algunas mañanas, dijo, el tipo joven me llevaba al trabajo porque había pasado la noche en su casa. Así que sabía cuál era la casa del medio novio, en qué distrito vivía, cómo se llamaba, quiénes eran sus amigos, dónde trabajaba, que antes trabajaba en la fábrica de coches que tuvo que cerrar y de donde habían despedido a toda la plantilla. Sabía también que dormía en la misma cama que el medio novio y eso me molestó, porque me sentí como si me hubieran calado, por las connotaciones que podían tener y que él le daba a esas palabras. «Pero no es tu pareja, ¿no? —dijo—, no salís de verdad, no hay nada fijo ni establecido, no va a ninguna parte, ¿o qué?», cosa que me pilló a contrapié, porque si esperaba algo del lechero en ese tercer encuentro era que me recriminase que continuara corriendo cuando, según él, no solo debería moderar el ritmo a base de caminar en lugar de correr, sino que tampoco debería caminar porque (¿no me lo había dicho la vez anterior?) andaba demasiado y era decepcionante que siguiera haciendo ambas cosas. Para colmo, salía a correr con el tercer cuñado por la carretera de los parques y los embalses. Sin embargo, no mencionó al tercer cuñado ni mi uso continuado de las piernas ni la carretera de los parques y los embalses. El nuevo tema de conversación me despistó del todo.

Mencionó muy de pasada que el tipo joven todavía trabajaba con coches, ¿verdad? Y luego la ubicación exacta del lugar donde trabajaba el medio novio. Habló también del Blower Bentley, seguido del sobrealimentador. De la bandera de la otra orilla, que es cuando la rápida ondulación que tenía en la parte trasera de las piernas adquirió un ritmo permanente y desagradable. Estaba al tanto de los hábitos del medio novio, de todos sus movimientos, igual que estaba al tanto de mis hábitos y de mis movimientos. Entonces dijo que al tipo joven le gustaban las puestas de sol y lo dijo como si no tuviera sentido que alguien, en concreto un varón, se percatara del atardecer, como si en todos los años que llevaba investigando, siguiendo y haciendo que asesinaran a gente, jamás hubiera topado con alguien tan raro, tan raro de verdad, como para tomarse la molestia de coger el coche e ir a ver la puesta de sol, cosa que, con la salvedad de la investigación, los seguimientos y lo de hacer que asesinasen a personas, era justo mi punto de vista sobre el asunto del medio novio y las puestas de sol. «Sobre gustos...», dijo, y lo dijo en voz baja, más para sí mismo, como si le proporcionase divertimento. Luego siguió

con el sobrealimentador o, mejor dicho, con el rumor que circulaba por el barrio del medio novio sobre él y el sobrealimentador, y la tendencia (tendencia desleal) que suponía tener en su casa un artículo de la otra orilla por antonomasia, con esa cosa roja, blanca y azul.

Mi reacción no fue típica de mí. «No se llevó la pieza con la bandera —le dije—. No había bandera. Es un rumor que han esparcido los chismosos de la zona». A continuación, me contradije a mí misma al añadir que: «La pieza de la bandera se la quedó un tipo de la otra orilla que trabaja donde mi novio», y eso supuso tres novedades. La primera, que yo había mentido y me había inventado que alguien de la otra religión del trabajo del medio novio se había quedado la pieza con la bandera. En realidad, no sabía si en el taller había alguien de la religión contraria. La segunda, que había convertido al medio novio en mi novio y era la primera vez que lo hacía. Había sido un gesto protector para evitar que el lechero descubriese cualquier grieta en ese «medio» y la aprovecharse para colarse entre él y yo, y la tercera fue que esa contestación repentina, eso de cotorrear y no callar la boca y de decir mentiras para defender y proteger al medio novio de este lechero siniestro y omnisciente, contrastaba con mi costumbre de no abrir la boca casi nunca para defenderme ni protegerme a mí. No entendía qué pasaba, qué hacía, pero me percaté del parecido entre eso y gritarle a mi hermana mayor por la ventana cuando se presentó injustamente a regañarme porque su marido la había mandado injustamente a regañarme. Entonces, igual que ahora, había sentido que perdía el paso. Había tropezado, resbalado, cuando mi procedimiento habitual era alejarme de los rumores, de los que tenían la lengua muy larga, de la multiplicación de los peces y de los panes. La fuerza de esa odiosa mentalidad de grupo bastaba para engañar o influenciar a una persona. Casi no sabía lo que hacía, por qué hablaba, por qué ofrecía explicaciones y excusas en nombre del medio novio, y era la primera vez desde el encuentro inicial, cuando yo iba leyendo *Ivanhoe* y él detuvo el coche a mi lado, que me dirigía a ese hombre. No obstante, seguí con mi historia, que parecía auténtica, y reiteré lo del tipo de la otra acera con mucha normalidad para que sonase a verdad. Pero entonces caí en que quizá no debería haberme inventado al tipo del otro lado de la carretera y que quizá debería haber seguido con la verdad, con que no había pieza con la bandera. Sin embargo, todos los de este lado de la carretera, los de nuestro lado, los de nuestra religión, sabíamos que quedarse con una pieza de algo que provenía de un objeto sospechoso de ser un objeto patriótico de la otra orilla podía significar, tal como había sugerido el vecino celoso, que, aunque no llevase la

bandera, el medio novio debería haberse abstenido por instinto de participar en una rifa para ganar cualquier pieza de semejante coche. Aparte de eso, estaba la cuestión de la rifa, de ganar algo, de que en la zona pareciese que de repente alguien había recibido una cantidad generosa y creciente de dinero, tanto en metálico como en posesiones materiales, que no se podía justificar con normalidad. Si eso pasaba, corría el rumor de que la persona era confidente. «Diles que has heredado un dinero —les decían los agentes del Estado a los informadores—. Diles a los chicos del barrio, a los renegantes, que el dinero, que esta propina irrisoria que te damos a cambio de información, lo has ganado en una rifa o en el bingo y nosotros nos encargaremos de que lo ganes de verdad en una rifa o en el bingo». Y por increíble que parezca, los confidentes iban y lo decían: «Me ha tocado en una rifa», decían, y combinaban sus palabras con gestos extravagantes pensados para comunicar que ni que decir tiene que no eran informadores y que nadie debía suponer que lo eran. Es que parecía que no aprendían, pese a la cantidad de cadáveres de confidentes que se amontonaban en los callejones, que con eso no engañaban a nadie y mucho menos a los renegantes. «Me ha tocado la lotería —seguían diciendo—. ¡Ha salido en el periódico y todo!», añadían, queriendo decir que si salía impreso en todo el país que el dinero lo habían ganado, eso era prueba de que no eran informadores, de verdad de la buena. Sin embargo, se referían a los periódicos malos, los periódicos de allá. En mi comunidad y en la del medio novio, había más probabilidades de que esa declaración en esas publicaciones condenase y sellase el destino de una persona que las que había de que la excusase y salvase su destino. Pero por mucho que esos periódicos fuesen sospechosos de ser cómplices del Estado, los confidentes no se apartaban del guion que les habían dado. Claro que el medio novio había ganado la pieza en una rifa, un sorteo espontáneo que habían hecho en el trabajo. ¿Qué clase de confidente de poca monta exigiría y conseguiría un sobrealimentador de un Blower Bentley a cambio de lo que seguramente resultaría ser información de escasa calidad sobre los renegantes de la zona? Aun así, complejo. Muy complejo. Y ya era la segunda vez en ese encuentro que veía por mí misma lo fácil que era caer en una trampa. Uno puede rumorear, seguir en un rumor, quedarse atrapada y no conseguir salir del rumor, que es el motivo por el cual seguí en mis trece. Había empezado una mentira: que el medio novio había ganado una pieza neutra de un coche neutro, cuando es posible que no tuviera ni un pelo de neutralidad. Y enfrentándome a una inteligencia tan fría y afilada como imaginaba que era la del lechero, no podía echarme atrás y ofrecerle una historia más sencilla,

ofrecerle la verdad, porque haciéndolo solo conseguiría complicarle las cosas al medio novio y que el lechero se diese cuenta de que le había mentado desde el principio.

«Esto es una locura, estás mal de la cabeza —me dije—. ¿Qué piensas decirle ahora y qué pasa si esto de la bandera acaba en un tribunal clandestino? ¿Postularás que el tipo del otro lado de la carretera, llamémoslo Ivor, de quien hemos de suponer, más por su religión que por ser ficticio, que no querrá presentarse en la comandancia enemiga de los renegantes, pero sí estaría dispuesto a escribir una nota a favor de su compañero de trabajo? ¿Afirmará Ivor en su notita que era él el propietario de la pieza con la bandera e incluirá quizá una Polaroid en la que sale con la bandera en cuestión y otros elementos en segundo plano que atestigüen su condición de persona del otro lado de la carretera, como por ejemplo más banderas? Seguro que funciona». Esa parte profética aunque sarcástica de mí me recordó lo impetuoso que podía ser el medio novio y lo grave que debía de ser su caso de fiebre automovilística y de acumulación compulsiva para transgredir los imperativos de nuestros códigos políticos, sociales y religiosos. Para los chicos no es igual que para las chicas. La lista de lo que está permitido y lo que no era más rígida en su caso, más complicada, y había muchas de esas cosas masculinas de las que yo no estaba muy enterada. Cosas como la cerveza tipo *ale* o tipo *lager* y ciertos licores; no sabía mucho de deportes porque los odiaba y odiaba la cerveza en general y los licores, así que no prestaba atención a la urgencia de los motivos políticos y religiosos que llevaban a los jóvenes autóctonos a elegir de un modo u otro en esos temas. Tampoco es que supiera mucho de coches, cuáles eran aceptables en la otra orilla o cuáles eran un no rotundo. En cuanto al Blower Bentley, hasta yo había empezado a pensar que ese vehículo sugería algún tipo de emblema definitorio de la nación y, sin embargo, me preguntaba si no sería posible —igual que se lo había preguntado el vecino diplomático y amable unos días antes— que cumpliera los requisitos necesarios para ser una excepción. Pero el rumor airado que circulaba por la zona del medio novio parecía indicar que no. Así que nada de piezas neutrales. Todas las piezas implicaban traición. ¿Qué pasaría si Ivor fuese un intolerante y se negase a escribir la nota?

«Un coche bomba explota hacia arriba y hacia los lados».

Era el lechero y sus palabras me sobresaltaron. «Fue un dispositivo, ¿verdad? Lo llaman “dispositivo” porque queda mejor. Iba metido en el tubo de escape de un coche que estaba allí para la revisión, ¿no? Debo decir que, trabajando donde trabajaba, me sorprende que el ex de tu hermana no se diese

cuenta de algo tan obvio y que vería cualquier mecánico». Eso me hizo pensar: no, no fue así, se equivoca. El ex muerto de la hermana, el que la engañó y después murió cuando sus compañeros sectarios de la religión contraria le colocaron una bomba debajo del coche en el aparcamiento de la fábrica, era fontanero, no mecánico de coches. El mecánico era el medio novio. Y luego pensé: ¿qué hace hablando de mi hermana y de su ex? Me parecía que, aunque se hubiera equivocado con lo del curso de cultura clásica, era imposible que alguien como él no supiera cosas que ni siquiera eran un secreto. Naturalmente, no lo ignoraba. No había confundido fontaneros con mecánicos. Pero mi capacidad de deducción aún no se había coscado de la manera en que le gustaba insinuar las cosas. Siguió hablando y soltando pistas, me dio más tiempo, una oportunidad generosa. Pasó del ex muerto de mi hermana y de la bomba de los defensores a «Está arreglando un coche hecho polvo en casa, ¿no?» como si nada. Se refería al medio novio. Luego siguió con el marido muerto, que no llegó a ser marido más que en el corazón viudo y apenado de su exnovia. Entonces meneó la cabeza con lástima por los dos, por mi hermana y su amante muerto. «El sitio, la hora y la religión que no tocaban», dijo, y también que esperaba que la primera hermana se recuperase y no llorase la pérdida del mecánico para siempre. «Una gran mujer, todavía es una gran mujer. Muy agradecida», y todo eso sin mencionar siquiera al hombre con el que sí se había casado, al verdadero marido, al primer cuñado. Llegado ese punto, yo estaba muy confundida. «¿Es la hermana? —pensé—. ¿Lo he entendido todo mal desde el principio y le interesa mi primera hermana en lugar de interesarle yo? Pero ¿por qué habla de su exnovio? Y ¿por qué de la bomba que lo mató? Y ¿por qué del medio novio?». Mientras tanto, durante el desconcierto, la vibración desagradable, la acumulación de ondas biológicas sobre ondas molestas proseguía con el ataque a las piernas y la parte baja de la columna.

A raíz de las insinuaciones de aquel lechero, me di cuenta de que mis miedos empezaban a ir más allá de temer que los indignados de su zona le desearan algún daño al medio novio por haber descuidado su historia, por olvidarse de la comunidad, por llevar a casa emblemas indignantes que allí nadie quería y apilarlos hasta arriba del todo de su casa junto con las piezas de coches acumulados en armarios y por todas partes. Mis miedos también iban más allá de una venganza personal porque sus compañeros de trabajo de la religión que fuese le tuvieran envidia y le desearan lo peor por haber ganado una pieza de un coche de fama mundial que ellos mismos habían querido ganar. Oyendo hablar al lechero, me preocupó que el medio novio pudiera

correr un riesgo aún más inminente. Trabajaba con coches, muchos coches, y era muy probable que hasta el punto de ser despreocupado, de subirse a ellos y hacer girar la llave en el contacto como si tal cosa. En cuanto a las religiones en su lugar de trabajo, yo nunca le había preguntado al medio novio sobre el tema. Era posible que trabajase en un ambiente mixto y, en ese caso, podía ser un ambiente mixto decente o, con mayor probabilidad, uno de esos ambientes más tensos, resentidos y encarnizados. No lo sabía. Él tampoco sabía eso de mí, no me lo había preguntado. Yo trabajaba con alguna chica de la religión contraria, pero nunca habría sentido la necesidad de descubrir si lo era o no, sobre todo porque estas cosas acaban saliendo solas. A veces era gradual, con el paso del tiempo la gente se iba conociendo de forma natural; pero lo más habitual era que sucediera rápido, como, por ejemplo, al oír los nombres de los padres, abuelos, tíos y hermanos de cada una. Entre el medio novio y yo esa conversación no había surgido, aunque era evidente que no le teníamos cariño al ejército del otro país, ni a la policía de aquí, ni al Estado que nos gobernaba aquí, ni al que gobernaba allá, ni a los paramilitares defensores del Estado del otro lado de la carretera ni a cualquiera de cualquier religión que se empeñase en averiguar las creencias de otra persona. Como era de esperar, viviendo aquí era inevitable tener una opinión. Habría sido imposible en esa época, en aquellos tiempos de gente extremista y horrible, y en esas calles, que eran el campo de batalla que eran las calles, habría sido imposible vivir aquí y no tener una opinión al respecto. Yo pasaba gran parte del tiempo en el siglo XIX dándole la espalda a todo eso, incluso en el siglo XVIII y, a veces, en los siglos XVII y XVI, y aun así no podía evitar tener opiniones. Hasta el tercer cuñado, pese a su obsesión con el ejercicio y de quien en mi distrito todo el mundo habría jurado que no tenía un parecer, resultó tener un parecer muy definido. No había manera de evitar los puntos de vista y, cómo no, el problema era que esos puntos de vista de las distintas zonas, el de una zona y el de la otra, no eran diferentes y ya está. Es que cada parecer era muy intolerante con el otro, hasta el punto de que cada cierto tiempo no aguantaban más y estallaban en contiendas muy volátiles. Y esa también era la razón por la que, si no querías verte arrastrado por esas erupciones, a pesar de tener unas creencias que no podías evitar tener, debías ejercitar tus modales y tu educación para superar o, como mínimo, nivelar la violencia, el odio y los reproches, porque ¿cómo ibas a vivir si no? No era esquizofrenia. Era vivir de otra manera. Era la normalidad, que trataba de existir sepultada bajo los traumas y la oscuridad. Respetar las formalidades en lugar de fomentar las antipatías era crucial para la coexistencia y un ejemplo

era la clase de francés, una clase mixta donde podías criticar a Francia o, más concretamente, a los escritores metafóricos franceses, pero donde no se permitía en absoluto, por respeto a la decencia y al decoro, que se le exigiese a alguien declararse de un bando u otro, o referirse a su punto de vista o al tuyo. En cuanto a los renegantes, a mi opinión y la del medio novio sobre los renegantes, de ellos tampoco hablábamos. En mi caso, era porque en aquella época había dos cosas que me ocupaban la mente. Una era el medio novio y la segunda, nuestra relación de ni sí ni no. Y ahora también estaba el lechero, así que eran tres, no dos, las cosas. Si la complejidad de los renegantes conseguía colarse en mi vida y obligarme a tener una opinión cabal (es decir, contradictoria) sobre ellos, eso sumaría ya cuatro cosas. Luego, los problemas políticos, porque no podía tener a los renegantes en la cabeza sin la razón por la que ellos existían, y eso haría cinco. Cinco cosas. Eso es lo que pasa cuando se abren las puertas de par en par a las contrariedades internas. Así, con tanto elemento irreconciliable, era imposible ser responsable de una misma, no solo con corrección política, sino con sensatez. De ahí la dicotomía, la cauterización, los *jamais vu*, la mente en blanco, leer andando e incluso que me plantease renunciar al código actual en favor de la seguridad del pergamino y los papiros de otros siglos. De otro modo, si las fuerzas y los sentimientos irrumpiesen sin mediación en mi consciencia, no habría sabido qué hacer. Me daba cuenta de que los renegantes eran necesarios por cómo surgieron, cómo parecía que habían tenido que surgir, teniendo en cuenta los desequilibrios defendidos y legalizados. Luego estaba ese no escuchar, esa tozudez inflexible, un atrincheramiento característico de esos tiempos turbulentos. Era inevitable que las fallas se agrietasen, igual que los renegantes eran inevitables. En cuanto a los asesinatos, eran como siempre; es decir, que no se complicaban, no porque fueran insignificantes, sino porque eran enormes y tan numerosos que enseguida no hubo tiempo para ellos. Sin embargo, de cuando en cuando sucedía algo tan incivilizado e inaceptable que todo el mundo, los de este lado de la carretera, los del otro lado, los de la otra orilla y los de más allá de la frontera, no podíamos evitar quedarnos parados. Una atrocidad renunciante te hacía bullir la cabeza con frases como: «Ay, Dios, ay, Dios. ¿Cómo puedo yo tener una opinión que haya ayudado a esta acción?», y ese sería el caso hasta que te olvidases del tema, que era cuando los del otro bando hacían una de sus cosas horribles. Vueltas y más vueltas. Venganza y contravenganza. Era unirse a movimientos pacifistas, demostrar tu compromiso con el diálogo intercomunitario, con las marchas inclusivas, con la buena y verdadera ciudadanía, hasta que sospechabas que en los

movimientos pacifistas, la buena voluntad y la buena ciudadanía se infiltraba una facción o la otra. Así que dejabas el movimiento, perdías la esperanza, abandonabas las posibles soluciones y volvías al punto de vista que siempre te había resultado familiar, fiable, inevitable. Por lo tanto, en esa época era imposible no cerrarte porque por todas partes había cerrazón: en nuestra comunidad, en la suya, cerrazón en el Gobierno de aquí, en el de allí, en los periódicos y la radio y la televisión, porque no había información disponible que al menos uno de los bandos no considerase una distorsión de la realidad. En el fondo, aunque la gente hablaba de normalidad, no había normalidad, porque la propia moderación estaba fuera de control. Daba igual las reservas que tuvieras entonces sobre métodos y moral y sobre los distintos grupos que operaban o que llevaban operando desde el principio; daba igual también que para nosotros, en nuestra comunidad, en nuestro lado de la carretera, el Gobierno de aquí era el enemigo y la policía era el enemigo, y el Gobierno de allí era el enemigo y los soldados de allí eran el enemigo, y los soldados de aquí eran el enemigo y los paramilitares defensores del otro lado de la carretera eran el enemigo y, por extensión y gracias a la sospecha y la historia y la paranoia, los hospitales, el servicio de suministro eléctrico, el suministro de gas, el suministro de agua, las escuelas, los del teléfono y cualquiera que llevase uniforme o ropa que pudiera confundirse fácilmente con un uniforme eran el enemigo, y a nosotros nuestros enemigos nos veían como el enemigo; en esa época oscura, en los tiempos más extremos, de no haber tenido a los renegantes como amortiguador clandestino entre nosotros y este enemigo múltiple, ¿a quién demonios habríamos tenido?

Claro que eso no se decía. Y por eso, con dieciocho años de edad, yo no hablaba de renegantes, era reacia a reflexionar sobre ellos y bajaba la persiana ante la mera mención del tema. Quería permanecer tan cuerda como yo creía que estaba. Era el mismo motivo por el cual el medio novio no hablaba de los renegantes, al menos cuando estaba conmigo, y tal vez también la razón por la que le gustaban los coches tanto como a otros les volvía locos la música. No significa que no fuésemos conscientes, solo que no sabíamos cómo no ser partidistas. Así que había circunstancias que permitían el respeto por los renegantes, al menos los de la vieja escuela, los de los principios y los motivos para resistirse y seguir peleando hasta que los matasen o encarcelasen a casi todos, pero esas circunstancias arrastraban sobre todo, en palabras de mi madre, a «gamberros, gente de mundo, arribistas y personas con sus propias intenciones». Por eso, contrólate, compra libros viejos, lee libros viejos, estudia con seriedad los pergaminos y las tablillas de arcilla. Esa era

yo a la edad de dieciocho años. Igual que el medio novio. Y no hablábamos del tema, no pensábamos en ello y, aun así, absorbíamos igual que los demás el goteo diario y su efecto en las calles. Y ahora resultaba que, con la ayuda del lechero, mis fantasías temerosas y mi disposición hacia la catástrofe predecían la muerte violenta del medio novio. Claro está que no era una predicción, porque el lechero me lo había dejado bastante claro con su propia fraseología: muerte por coche bomba, aunque quizá el coche bomba no fuese la metodología planeada, sino un ejemplo utilizado a fin de causar una imagen y un efecto concretos. No se trataba de que sus compañeros de trabajo del otro bando, si es que los había, fuesen a matar al medio novio por sectarismo. No. Se trataba de que, del mismo modo que cuando el lechero había ido a correr por la carretera de los parques y los embalses eso tenía que ver conmigo y no con el hecho de correr, el medio novio moriría con la excusa general de los problemas políticos cuando, en realidad, lo mataría el lechero por celos sexuales encubiertos. Eso era lo que parecía estar dejando claro el lechero en el subsuelo de nuestra conversación. En consecuencia, con todo eso en la cabeza (con tanto pensamiento de confusión y alarma en lugar de mis pensamientos sanos y salvos sobre literatura del siglo XIX), no supe cómo reaccionar. Sabía cómo no reaccionar, que era enfrentarme a él, hacer preguntas, pedir aclaraciones. Eso no habría estado nada bien. Era consciente de que él sabía que yo me había dado cuenta de lo que estaba diciéndome y de que mi condicionamiento social me obligaba a fingir que no me lo había dicho, aunque no era solo condicionamiento social, sino un problema de nervios. A nivel público y de calle, se suponía que yo no debía saber que aquel hombre era un renegante, cosa que era cierta, porque saberlo no lo sabía. Aceptaba que lo era porque, entre todo lo inmencionable que aquí se acababa mencionando igualmente sin que por eso perdiese la pátina de ser algo que no se decía, existía un «dar las cosas por sentado» generalizado que en este caso, el caso de si el lechero ese era renegante o no, la opinión inmencionable en radio macuto era: «No seas tonta, claro que lo es». Se suponía que yo debía aceptarlo, igual que debía aceptar que ciertos elementos de la zona también lo eran. Sin embargo, teniendo en cuenta que desde hacía poco había otro asunto inmencionable, que era que yo tenía un romance con el lechero, a pesar de que yo sabía a ciencia cierta, aunque fuese la única, que no había romance con el lechero, ¿era posible del mismo modo que el hombre no fuese un paramilitar? Podía tratarse de un oportunista, de un fantasioso, uno de esos Walter Mitty que sin ser nada ni nadie se las apañan para labrarse una fama mítica basada en las ideas equivocadas que los demás tienen de él;

en este caso, que era un oficial de inteligencia de alto rango en las filas de los renegantes. ¿Era posible que el lechero hubiese empezado siendo uno de esos simpatizantes de sofá, uno de esos que con su ardor y fanatismo a veces se volvían majaras y empezaban a creerse renegantes y luego a sugerir que eran renegantes y, por último, a presumir de ser renegantes? Eso pasaba. Sucedió con regularidad. Le había ocurrido a fulano de tal, el chico que me amenazaría tras la muerte del lechero al arrinconarme en los lavabos del bar más popular del distrito. No cabe duda de que en ese momento estaba en pleno ramalazo de creerse que era un renegante del Estado de primera.

* * *

Fulano de tal no estaría de acuerdo con esta valoración, pero yo la considero justa y acertada. Cuando teníamos diecisiete años, y después de que se dirigiese a mí por primera vez con la idea de intentar algo conmigo, que es cuando yo lo rechacé porque no me atraía, me dio la sensación de que fulano de tal era de talante acosador y rencoroso. «Te seguiré», me dijo y continuó diciendo en cuanto cayó en la cuenta de que estaba rechazándolo en lugar de aceptarlo como él suponía que lo aceptaría. Y, a pesar de que yo me había esforzado por rechazarlo con respeto, no funcionó, porque «Estará a tu lado, fulano de tal siempre a tu lado. Tú lo has empezado. Tú le hiciste mirarte. Tú le hiciste pensar... Tú sugeriste... No sabes de qué es capaz y, cuando menos te lo esperes, cuando creas que ya no está ahí, cuando pienses que se ha ido, se las pagarás. Se las pagarás por..., por...». ¿Ves a lo que me refiero? Comportamiento de acosador. Y además se refería a sí mismo usando la tercera persona, cuando no mucho antes había sido una primera del singular como todos los demás. La otra cuestión en lo tocante a fulano de tal es que decía cosas que no eran verdad. No me refiero a que le saliesen mentiras fruto de los nervios, la vulnerabilidad o el pánico, como las cosas que yo me había inventado sobre la marcha y le había contado al lechero sobre el medio novio, sobre Ivor, el sobrealimentador y la bandera de la otra orilla. Me refiero a que fulano de tal estaba tan metido en sus invenciones que diría que él mismo estaba convencido de todo. Las mentiras empezaron a lo James Bond, si bien te puedes imaginar que aquí nadie, a este lado de la carretera, en esta orilla, nadie tenía en cuenta a James Bond. Él era otra de esas cosas mal vistas, aunque no tan mal visto como ver las noticias sobre los problemas políticos contadas por su cadena, una cadena que considerábamos manipuladora, ni como leer los periódicos que no tocaba (de nuevo, los de la otra orilla) ni como prestar atención al himno que ponían en la tele a última hora. Es que

James Bond era otra de las cosas que no contaban con aprobación porque, igual que el sobrealimentador, era otro elemento patriótico por antonomasia y definitorio de la otra orilla, y si eras de esta orilla y de este lado de la carretera y veías películas de James Bond, hacías lo posible para que no se enterara nadie y bajabas el volumen todo lo que podías. Si alguien te pillaba, tenías que soltar: «¡Vaya porquería! ¡Qué poco realista! ¡Eso es imposible!», refiriéndote a lo poco plausible que era que James Bond estuviese de esmoquin dentro de un ataúd fingiendo estar muerto en el crematorio y, al cabo de un momento, escapara de la caja, derrotara a villanos en nombre de su país, fuese a un montón de fiestas y se acostara con las mujeres más hermosas del mundo. «No es plausible —dirías—. ¡Es que se creen americanos y no lo son! Vaya, vaya...». Así podías excusar un comportamiento susceptible de ser entendido como un lapso en el apoyo y la lealtad a una lucha de ochocientos años y una alianza con los de la calaña de Oliver Cromwell, Isabel I, la invasión de 1172 y Enrique VIII. Eso era James Bond en general, en el sentido diario, político e histórico de lo no permitido. Sin embargo, contar mentiras a lo James Bond era algo un poco distinto. Implicaba usar esa imagen de tío genial y patriótico, el bueno, el héroe, el inconformista invencible y sexi que derrotaba a los malos por la gloria de su país, solo que, en este caso, en nuestra cultura, a este lado de la carretera, había que cambiar quién era quién y de qué bando.

En nuestro distrito dábamos por sentado que los renegantes del Estado eran los buenos, los héroes, los hombres de honor, guerreros intrépidos y legendarios que arriesgaban la vida en inferioridad numérica y defendían nuestros derechos en una guerrilla con la suerte en su contra. Así los veía, si no todo, casi todo el mundo en el distrito, al menos al principio, antes de que los idealistas acabasen muertos y la gente empezara a tener reservas respecto de los nuevos, los renegantes que tendían al estilo gánster. Con ese cambio de paradigma en el personal llegó el dilema moral para los no renegantes de nuestro lado de la carretera y para las personas que no atendían mucho a la política. Una vez más, el dilema consistía en esas contradicciones internas, la ambigüedad moral, la dificultad de penetrar la verdad por completo. Estaban los hijos de vecino de este mundo que intentaban vivir como civiles con toda la normalidad que los problemas políticos les permitían y que se inquietaban cada vez más porque dudaban de la corrección moral de los medios que empleaban los guardianes de nuestro honor para luchar por la causa. Y no era solo por las muertes y muertes que iban acumulándose, sino también por las heridas, los daños causados y olvidados, el sufrimiento personal y privado que

surgía de cada operación con éxito de los renegantes. A medida que el poder y el supuesto poder de los renegantes crecía, crecía también el desasosiego de los mismos hijos de vecino, aunque los del bando, los de allí, los del otro lado de la carretera y la otra orilla también estuvieran empleándose a fondo en su propia versión de la destrucción. Otro asunto era la cuestión cotidiana de sacar los trapos sucios en público y de que los renegantes del distrito impusieran sus reglas, sus preceptos, sus ordenanzas y los consiguientes castigos para cualquier supuesta violación. Había palizas, escarnio público, gente emplumada con brea, personas desaparecidas, con los ojos morados, magulladas de pies a cabeza o caminando por ahí con algún dedo de menos cuando el día anterior no cabía duda de que los tenían todos bien puestos. También había juicios improvisados que se celebraban en los barracones prefabricados del distrito, además de en otros edificios en desuso y en casas muy afines a los renegantes. Había innumerables métodos para que los renegantes recaudasen fondos para la causa. Sobre todo, había paranoia en la organización: investigaban, interrogaban y (casi siempre) despachaban a los informadores o a los sospechosos de serlo, pero cuando este malestar empezó a calar entre los hijos de vecino, los renegantes ya se habían constituido como guerreros nobles e icónicos a ojos de casi toda la comunidad. Sin embargo, para las grupis de estos paramilitares, que sin duda eran chicas y mujeres incapaces de comprender a nivel mental o emocional el concepto de conflicto moral, los hombres que estaban entre los renegantes no solo eran especímenes maravillosos de dureza, virilidad y atracción sin tacha, sino que las que conseguían relacionarse con ellos podían perseguir sus propios fines sociales y arribistas. Por ese motivo, esta porción de la demografía femenina se encontraba siempre en las inmediaciones de los renegantes: frecuentaban sus lugares favoritos, habitaban sus círculos, se colaban en los huecos de su vida y, si alguna vez se las veía del brazo de cualquier varón fuera o dentro de la zona, podías jugarte el honor de tus dos abuelas a que el hombre al que dedicaban tan generosa adoración solo podía ser un renegante del Estado. A las propias grupis no les interesaba tanto que los hombres lucharan por la causa como que fuesen individuos que ejercían mucho poder e influencia en su zona. No tenían que ser paramilitares y ni siquiera hacía falta que fuesen ilegales; cualquiera les valía. Pero daba la casualidad de que, en aquellos tiempos, en cada uno de esos enclaves totalitarios, más que nadie eran los hombres paramilitares los que mandaban y tenían la última palabra. Sin embargo, era de esperar que no fuesen aceptados a nivel intercomunitario como las estrellas del *rock*, del cine y del deporte (y ahora también la pareja

campeona de bailes de salón), si bien en sus respectivas zonas, y en cuestión de celebridad local, los paramilitares estaban al mismo nivel que los famosos que se aceptaban a ambos lados de la división. En lo que a las grupis respectaba en ese momento, ellos eran los James Bond, aunque no el Bond que estaba al servicio del otro país. Bond, el ser sobrehumano irresistible e irrefrenable que nadaba a contracorriente, sobre todo cuanto más alto estuviera el individuo en la escala de renegantes preparados para morir por la causa. En cuanto a la causa, a todo ese «nuestro lado de la carretera» y «nuestra orilla» y «su bandera no nos representa», en cuestiones personales y primitivas, en lo tocante a impulsos y motivaciones, nada de eso importaba a las grupis. Aunque la cuestión no era solo las cosas bonitas de la vida. No se trataba solo de ropa bonita, joyas bonitas, compras, buenas cenas, buenas fiestas o fajos de billetes escondidos en cajas fuertes secretas que implicasen diversión y una vida feliz y plena. A menudo, al menos antes, en la época de los renegantes dedicados, intratables y crueles de la vieja escuela, no quedaba dinero para el engrandecimiento personal porque las cantidades obtenidas (por métodos ilegales, muy ilegales y de una ilegalidad espectacular) había que emplearlas en la causa. Así que, en cuestión de ganancia personal, esta no existía, y el renegante de la vieja escuela tampoco parecía interesado en algo así. En ese caso, el verdadero logro para las grupis era obtener el estimado puesto de la mujer de ese hombre. Él tenía que ser el líder, el número uno, lo que la convertía a ella en la primera dama. Si el puesto de primera dama estaba ocupado debido a que una grupi más carismática se había adelantado, el puesto de dama de compañía de la primera dama, que también prometía conexiones, aunque menos poderosas, implicaba no renunciar a las posibilidades de éxito. Si el Hombre de Hombres, el Guerrero entre Guerreros, estaba casado y suponiendo que la esposa no tuviese su propia influencia (que no fuese, por ejemplo, una renegante dispuesta a matar a cualquier mujer que le hiciera un pase a su marido), no pasaba nada: las grupis no tenían reparos en ser la otra, la amante, porque eso les garantizaba estatus y una porción de gloria y de prestigio. Esos «rebeldes vertiginosos, impresionantes, fantásticos y excitantes», como los había llamado mi madre cuando vino a acusarme de ser la grupi de un paramilitar, eran los hombres que estas mujeres ambiciosas querían utilizar para conseguir su propia causa.

Y por eso ella seguía viniendo a verme. Mi madre. Para reprenderme. Para sermonearme. Para ordenarme que dejase de ser una de esas mujeres, aunque no lo era. Había corrido la voz después de solo dos encuentros con el lechero de que yo iba directa al territorio grupi, que me aproximaba, que estaba

llamando a la puerta para que me admitiesen en los aposentos de la casa del poder, colocada hasta las cejas, según decían, de ambiciones, sueños y aspiraciones. Mi ma siguió advirtiéndome, reiterando que debía despertar, darme cuenta de que esos hombres no eran estrellas de cine, que eso no era la ficción ni la plantilla de una gran pasión de las que yo perseguía como una tonta en esos viejos libros de cuentos que iba por ahí leyendo mientras andaba. Según me dijo, era tan ingenua que había desaprovechado mi materia prima creativa para inventarme un amante a base de masculinidad indómita. «Pero lo que los libros no cuentan, hija —me dijo—, es que tú no lo ves a él, sino a quien tú quieres que sea e imaginas que es». No obstante, añadió que no estaba chapada a la antigua, que no era una ignorante y no había olvidado la juventud, y por eso aún podía reconocer el atractivo de la excitación extraordinaria, vertiginosa y embriagadora. Pero en la realidad, me dijo, yo no solo intentaba conseguir amor a zarpazos con tan poca elegancia y saber estar que producía espanto, sino que corría el riesgo de caer en esa amplia categoría femenina de cómplice de asesinato. «Al fin y al cabo —me dijo— esos aventureros oscuros, los pioneros, los salvadores, los forajidos y demonios, como quiera que los llame cada uno, son sociópatas y puede que hasta psicópatas. Y aunque no lo fueran —añadió—, el hecho de que su individualismo guerrero y su mentalidad monotemática los haga magníficos candidatos para lo que hacen dentro de su movimiento, esa forma de pensar y ese individualismo los incapacita para hacer cualquier otra cosa en el mundo». Nada de trabajos con horario de oficina, dijo. Nada de relaciones personales. Nada de cumplir con la familia o las obligaciones familiares. Nada de una esperanza de vida normal. «Así que no hay que mezclarse con ellos, hija. En cualquier caso, una chica decente, una chica normal, una chica con la moral intacta y sensible a lo que es civilizado y respetuoso saldría de allí como alma que lleva el diablo o ni siquiera se habría acercado». Otra de las cosas que me dijo es que ni siquiera me había metido en ese asunto como estaba mandado. Eso quería decir que volvíamos al tema del matrimonio, a los votos nupciales. Al parecer, ni siquiera cuando intentaba alejarme de esos peligrosos revolucionarios sobrenaturales era mi ma capaz de dejar de ver el lado matrimonial de las cosas. Se refería a que no había entrado de la forma decente, a que no era la esposa, a que si de veras sentía la necesidad de aferrarme a un renegante, ¿no podía haberme casado con él oficialmente? De ese modo, me aceptarían. «Aunque sabe Dios —dijo— que ser la esposa tampoco puede ser fácil. Tanta visita a la cárcel. Tanta visita a la tumba. Que te espíe la policía enemiga, los soldados, el resto de las mujeres de los

renegantes y los camaradas del marido. Toda la comunidad estaría en ello, la verdad —dijo—. Para asegurarse de que es fiel. Para asegurarse de que no se toma libertades, que no insulta al marido con su conducta, sino que se comporta como es debido. Así que no, no puede ser una vida fácil. Debe de ser agotadora, dañina, muy solitaria. Pero al menos está ahí, hija. Casada. En el registro. Con la reputación intacta y sabiendo que ella y los niños estarán en buenas manos cuando él acabe muerto o en prisión». Por el contrario, según mi madre, al escoger el camino de la que se sube al carro sin formalizar nada, yo había estropeado la educación que ella me había dado como mujer respetable que algún día algún hombre querría. Me había degradado, me dijo, y había estropeado mis perspectivas de futuro hasta el punto de ser un producto tan dañado que ni siquiera podría subir en la jerarquía de las grupis. «Ahí sí que la has liado buena. Cuando llegas a eso, has caído en la ruina, has estropeado las oportunidades, las posibilidades. Y ¿para qué? —preguntó, y negó con la cabeza—. A esas mujeres del campo de batalla no las legitiman, hija mía», me advirtió.

Acabó la homilía como de costumbre: «Acuérdate de lo que te digo. Te crees que puedes nadar y guardar la ropa, que esto es lo que te da vida, que la vida normal es aburrida, que los demás te aburrirán; pero tarde o temprano te cortarás con el filo de la verdad, niña. Lo quieras o no. No hay nada de malo en ser normal y corriente, en casarse con un hombre normal, cumplir con los deberes cotidianos de la vida. Pero veo que tú estás obnubilada con su ostentación, que te ciegan los ornamentos, el dinero, la subcultura, que te hayan aceptado; te ciega tu propia juventud e inmadurez. Acabará mal —me advirtió—. Te convertirás en un cascarón vacío, sin voluntad, sin control, sin fuerza ni espíritu que te den vida. Te perderás, te perderás a ti misma y caerás en desgracia. En cuanto a eso tan vago que hacía, lo que hace, todo eso se te olvidará: “¿Qué era? ¿Qué era esa cosa tan vaga, esa vaguedad con la que llena su estilo de vida paramilitar?”. No te acordarás, lo recordarás mal adrede, y es extraño que no haya caído hasta ahora, pero cuanto más te veo como adulta con tu atracción por las sombras, más me recuerdas a tu padre y a sus humores y psicologías, y su no creer en nada».

Ya está. Me había quedado claro. Yo ya no era una infame solterona que se negaba a casarse, sino que no cabía duda alguna de que ahora era una mujer fácil sin dificultad ni complicación alguna, pero sus palabras, su desdén y sus insultos no venían de la materia prima creativa desaprovechada de su hija, sino de su propia materia prima creativa desaprovechada. Además, ella misma me había transmitido el último rumor sobre el lechero y yo, al mismo

tiempo que se las apañaba para perpetuarlo. Igual que el lechero, igual que todos los demás, ella sabía todas las respuestas y por eso no hacía preguntas ni le interesaba lo que yo pudiera contestar. De todos modos, yo ya no pensaba decir nada más ni estaba ansiosa por contarle que seguía sin ser del lechero. Con el escozor del insulto de la última vez que me había llamado mentirosa aún muy presente, y con ella aún agraviada por mi silencio, mi ma soltaría lo suyo y yo me negaría a admitir el impacto de sus palabras. Pero lo cierto es que lo tenían, igual que las diferencias que había empezado a percibir en la actitud de la gente del distrito. No solo la actitud de los cuajaenredos de la zona que se ocupaban de sus chismes, los promovían y los actualizaban. Es que las grupis de los paramilitares locales empezaban a prestarme atención. Ellas fueron las siguientes en venir a verme.

Pasó una tarde, cuando se me acercaron seis en los baños del bar más popular del distrito. Me rodearon y me miraron a la cara a través del espejo. Una me ofreció un chicle. Otra me preguntó si quería probarme su pintalabios. Otra me pasó su Estée Lauder. Y fueron amables, o fingieron serlo, y yo acepté su amistad o su proposición de amistad de pega con la única intención de ganar tiempo porque tenía miedo.

«Lo mío siempre han sido los tipos duros», me dijo la que tenía aspecto de ser la más mayor, la que me había dado su perfume. Estaba a mi lado, delante del lavamanos, y le hablaba a mi reflejo hasta que se volvió hacia sí misma. Se miró el canalillo. Parecía satisfecha. Se lo ajustó. Se lo reajustó. Se mostró más satisfecha. «Un hombre peligroso —dijo—. Masculino. Mucho. Tiene que serlo. Me encanta». Mientras le invitaba a mi reflejo a concurrir, intervino otra. «Pero esa búsqueda de lo extremo, el viaje solo de ida, sin cambiar de opinión, sin la posibilidad de echarte atrás... Te hablo de la vida y la muerte y el heroísmo —dijo—. No lo olvides». «Siempre es cuestión de suerte —ofreció una tercera—. Tiene que ser así, porque da igual las veces que lo ensayen y que repasen los puntos, todo el mundo sabe que cualquiera puede tener un mal día y que ese mal día sea el último. De todos modos...», y dejó la frase colgando. «Los hombres normales —dijo otra distinta— no pueden hacer eso. Ni siquiera los renegantes normales». «Sí, y siempre tienes un poco de miedo, ¿verdad? —oí que decía alguien al fondo—. Estás nerviosa por si son las últimas horas que pasas con él, porque si una misión sale mal: “¡bum!”, “¡pum!”, “¡mala suerte!”. O sea, lo hieren, se muere o se enfrenta a una condena de por vida. Es como si tuvieras que formarte para ello, mantener la motivación», que es cuando aprendí lo que significaba la motivación en el vocabulario de las grupis paramilitares. «Que sepa lo mucho

que significa para ti —dijeron—. Ponte guapa. Sé elegante. Siempre con vestido; pantalones no. Y tacones, claro, con joyas. Nunca lo decepciones. Nunca vayas al bar sin que te lleve él. Nunca salgas a la pista de baile con otro hombre ni acabes con otro tipo al borde del tonto. Jamás pienses en otra relación, ni siquiera una medio relación. Hónralo. Haz que esté orgulloso de ti. No llames la atención. No cuentes nada ni hagas preguntas. Aprécialo», me dijeron, y continuaron dándome instrucciones, porque entonces me di cuenta de que se trataba de eso, de enseñarme. Esas mujeres, en ese baño, estaban haciéndome entrega del *pack* de bienvenida para parásitos.

Antes de ser capaz de formular una respuesta o de saber siquiera cómo formularla, volvieron al riesgo, a la atracción, a los motivos por los que todo valía la pena. «Ese subidón —decían—. Las deferencias, el séquito. Toda esa presencia masculina elemental, fantástica y llena de confianza. Es una fuerza natural. Es que ellos toman el control, lo mantienen y hacen lo que quieren con todo el mundo». Escuchándolas, aprendí no solo que el hombre medio era incapaz de ser renegante, sino que la mujer media tampoco tenía lo necesario para ser la mujer de un renegante. «No lo soportarían —dijeron—. Desean el estilo de vida, pero están demasiado reprimidas para ello, tienen demasiado miedo. Demasiado. La mujer corriente —decían—, la mujer normal, agradable y aburrida no puede con eso». «El amor que da esa clase de mujer es aburrido —continuaron—. No se la juega, el riesgo la aterra, llena su vida con tareas pusilánimes y hombres mundanos en lugar de hombres de gran calibre, de riesgo, hombres de los que dominan a los tumultuosos y a los impredecibles. Estas mujeres viven a salvo en una burbuja de seguridad, la burbuja decente de la vida cotidiana. Pero ¿quién quiere una burbuja aletargada cuando puedes vivir con la excitación del poder, el estímulo del control e incluso de la crueldad? Todo ese avance gradual, imperceptible y astuto. Me encanta esa alarma erótica repentina —dijeron—, ¿a ti no?».

Mi madre se equivocaba, se equivocaba estrepitosamente, porque escuchando a esas mujeres, a esas mujeres raras y presumidas, me quedó claro que todos los avisos que me había hecho sobre cómo hacían la vista gorda, sobre su vaguedad y sobre cómo su consciencia bloqueaba los actos oscuros que cometían sus amantes parecían ser precisamente los requisitos para atraer a esas mujeres. No era cuestión de no saber enfrentarse a la realidad. Más bien, diría yo, se trataba de sacar la lupa y echarle un buen vistazo. Y en cuanto a esa mujer de la que tanto se hablaba, la que malinterpreta a los chicos malos, la que confunde a los chicos malos con los buenos y se propone domar y transformar a un hombre incomprendido que en

realidad no buscaba provocar ese caos, era evidente que ellas no eran esa clase de mujer. Esas eran mujeres que adoraban el ruido de cristales rotos.

Entonces pronunciaron mi nombre, mi nombre de pila, y con eso cruzaron la interfaz, prescindieron de ella. Y ahí estaba yo, en medio, una más, a pesar de no haber abierto la boca. No es así como lo vería cualquiera que entrase en el baño y nos encontrase allí, eso es evidente. Lo cierto es que entraban chicas y nos encontraban allí; nos miraban, pero apartaban la vista de inmediato. Es lo que solía hacer yo, la persona que normalmente era yo en los casos en los que topaba con esas grupis o con otras cualesquiera en ese bar o en otro, en esos mismos baños o en cualquier otra parte del distrito. Las miraba, apartaba la vista y me volvía, porque me parecía que esa clase de mujeres estaban muy locas. Es que las consideraba ajenas, criaturas de otro planeta que operaban de maneras que no acababa de entender. No solo no eran yo, sino que yo había decidido que estaban muy por debajo de mí. No era la única que opinaba así: si no hubieran sido los ligues de los grandes héroes paramilitares del distrito, las habrían marginado mucho tiempo atrás, relegadas al estatus de los inaceptables del distrito. Pájaros de mal agüero. Poseedoras de malas pasiones, sobre todo pasiones sexuales instigadas por estar drogadas hasta las cejas. No me cabía duda de que su estilo de vida no podía más que resultarme aborrecible. Sin embargo, con dieciocho años no estaba dispuesta a admitir que, en cuestión de sexo, no entendía prácticamente nada. Estas mujeres, con su apariencia, sus palabras, la manera en que movían el cuerpo y cómo les gustaba que las mirasen contoneando y dominando esos cuerpos, amenazaban con presentarme el sexo como algo sin estructurar, algo incontrolable, pero ¿no podía yo pasar de los dieciocho antes de que la confusión del vasto subtexto y las contrariedades del sexo se abalanzasen sobre mí para arrebatarme las certezas? ¿No podía quedarme en el «no es nada nuevo, lo hago con el medio novio, así que ya sé todo lo que hay que saber», a pesar de que mi experiencia limitada y ordenada con el medio novio implicaba que apenas sabía nada del tema? Sin duda alguna, con dieciocho años debería haber tenido un poco más de tiempo del que tuve para pensar.

No estaba preparada para eso, para admitir que tal vez estuviera en un umbral, a punto de darme cuenta de que, igual que con los problemas políticos y con la relación con el medio novio, me enfrentaba a la incertidumbre de la vida. Mientras las mujeres continuaban hablando sobre su comportamiento, su carnalidad, sobre que el dolor las excitaba y por eso se enseñaban a sí mismas a no resistirse para ir siempre por ahí sintiendo placer y que el dolor constante se convirtiera en placer, sobre estar atrapadas, en

trance, incapaces de actuar por voluntad propia, con el corazón acelerado, decían, la piel de gallina, en estado de excitación permanente, llegó un momento en el que mi control central no pudo más y, del mismo modo como hacía con el tercer cuñado siempre que me abrumaba con sus charlas sobre ejercicio físico, cerré todas las compuertas para no dejarlas entrar. Al final dejaron el embeleso y pasaron a «tienes un pelo precioso», cosa que me sobresaltó porque era mentira, porque no lo tengo precioso. En absoluto. Pero lo repitieron y añadieron que tenía la melena como la de Virginia Mayo o incluso como la de Kim Novak. La evidente falsedad de lo que decían no las disuadía. Siguieron con: «Te pareces a Joan Bennet en esa película, *La mujer del cuadro*», que tampoco era verdad. Pero ellas siguieron halagándome, incluyéndome en el grupo para caerme bien. Así supe que a sus ojos yo ya debía de ser de él. Y si todavía no lo era, la información privilegiada o su barómetro o su instinto sensible a estas cosas les indicó que no tardaría en ser suya. Me habían rodeado y me instruían no como rivales, sino como confidentes, seguidoras, porque querían averiguar dónde encajaban en mi jerarquía. De ahí que me asegurasen una y otra vez que era la viva imagen de la estrella del cine negro que cada una pensaba que yo preferiría ser.

Y ahora con mis pómulos. Igualitos que los de Ida Lupino. Gloria Grahame y yo, increíbles. Y Veronica Lake y yo. Y Jane Greer y yo. Y Elizabeth Scott y yo. Y Ann Todd y yo, y Gene Tierney y Jean Simmons y Alida Valli; y esas mujeres, como crías, disfrazadas de estrellas del cine, de *femme fatale*, me invitaban a jugar con ellas. «Deberíamos sentarnos juntas — me dijeron—. Tú ven y siéntate con nosotras. Cuando te apetezca, deja a esas amigas con las que sales a beber y ven a sentarte con nosotras». Entonces se marcharon, aunque no sin: «Toma. Pero no hasta que estés dentro». Era una pastilla. Una brillante de color negro. Rechoncha. Diminuta, con un punto blanco aún más pequeño en el centro. Me la dieron y yo alargué la mano y la recibí como si hubiera estado esperando. Más que nada, es como si hubiera encajado en la persona que, según todo el mundo, se suponía que yo era.

Al parecer, antes de la tarde en que tuvo lugar la sesión de fomento del espíritu de grupo de las grupis en los baños del bar más popular del distrito y antes de darse cuenta de cuál era el renegante acosador con poder que me tenía entre ceja y ceja, fulano de tal, a su vez aprendiz de acosador, debió de oír que yo aspiraba a entrar en el círculo de grupis paramilitares y decidió probar suerte con su plan de avance romántico. El nuevo plan formaba parte del segundo intento de venir a por mí después de que yo lo hubiera rechazado la primera vez. Decidió darlo todo en el cortejo con la esperanza de que

cuando me revelase su verdadera personalidad (teniendo en cuenta que yo era muy ambiciosa a la hora de enamorarme y no me valía cualquier renegante, sino que tenía que ser el renegante máximo y preeminente), yo pensaría: «¡Jesús! ¡Uno de esos tipos! Sí, por favor, me lo pido». Hasta ese momento, a fulano de tal se lo conocía en la zona por ser un ferviente simpatizante de los renegantes y no cabe duda de que provenía de una familia arraigada en el movimiento. Sin embargo, después de ser de los rabiosos durante un tiempo, había acabado en la otra categoría, la categoría de creerse él mismo renegante, lo que quería decir, o quería decir él con el segundo intento, que yo había cometido un error al rechazarlo la primera vez. Me dijo que, aunque la vez anterior había respondido a mi rechazo con palabras de acosador, no hablaba en serio con eso de «ya verás, asquerosa de mierda, te voy a matar». Me dijo que esperaba que no me lo hubiera tomado a mal, sino que me hubiera dado cuenta, hubiera aceptado sus palabras como una expresión de su deseo natural por conseguir mi compañía. Tras pensarlo, me explicó, había decidido que era el momento de confiarme la información más secreta de su vida. Entonces es cuando me contó que era renegante del Estado, un verdadero patriota, uno de esos héroes dispuestos a renunciar a su vida con humildad, a sacrificarlo todo por el movimiento, por la causa, por el país. Era evidente que estaba convencido de que esta vez su discurso tendría un efecto muy diferente, es decir: favorable, ventajoso, sobre todo teniendo en cuenta que dos de mis hermanos habían sido renegantes. Sin embargo, a diferencia de lo que se decía por ahí y de todos esos rumores de los que no se podía hablar, que incluían saber quién era renegante en tu zona y quién no, yo no había sabido que dos de mis hermanos lo eran hasta que, en el funeral de uno de ellos, el ataúd apareció cubierto con la bandera del otro lado de la frontera y el cortejo fúnebre no se dirigió a la parte donde enterraban a la gente común del sitio de siempre, sino adonde enterraban a los renegantes, donde de repente, de la nada, salieron tres hombres vestidos de uniforme y dispararon unas salvas sobre la tumba. Eso fue una sorpresa; para mí, quiero decir. Y más tarde tuve otra al preguntar a los demás por ese aspecto de mis hermanos. Es cuando descubrí que mi madre y todos mis hermanos y hermanas, incluyendo a las pequeñas, sabían que el segundo y el cuarto eran renegantes, aunque nadie tuvo comprensión ni paciencia por que yo no fuera partícipe de ese dato; no era de extrañar, decían, teniendo en cuenta mi ofuscación voluntaria de la realidad con eso de leer mientras andaba. En cuanto al secreto que me reveló fulano de tal, me dio vergüenza. Estaba claro como el agua que no era renegante y que con esos aires que se daba no engañaba a nadie más que a sí

mismo. Pero él siguió. Un minuto era paramilitar y, al cabo de un momento, ya era uno de los principales consejeros al que escuchaban los paramilitares más distinguidos. Es decir, que yo tenía el deber de apreciar el atractivo de su posición de héroe y saltar a sus brazos antes de que fuese demasiado tarde. Me dijo, o más bien alardeó, ya que daba por sentado que yo coincidía con él, que consideraba imperativo mantener la calma, mantener la fe, pasara lo que pasase durante una operación. «Podemos tener un mal día y que ese mal día sea el último. Al fin y al cabo, los hombres normales no pueden, ni siquiera los renegantes normales lo consiguen siempre. Te inquietas un poco, te pones nervioso —y entonces dijo mi nombre, el de pila—, porque justo antes —siguió— nos da la sensación de que son las últimas horas que vivimos y que hay tres opciones: vivimos, morimos, nos hieren, fracasamos, el Estado nos detiene», que eran cinco opciones. Decidí no interrumpirlo para señalar el error, porque eso lo animaría a seguir. «Cuando nos jugamos la vida, no damos nada por sentado —dijo, y repitió mi nombre de pila—. Durante tres o cuatro horas somos tremendamente conscientes de que vamos a estar al límite hasta que se acabe. Si al final, cuando todo ha terminado, hemos cumplido la misión, entonces te das cuenta de lo bella que es la vida». El alarde de modestia siguió con cosas como «motivación psicológica», «nervios de acero», «aguante sobrehumano», «el sacrificio singular de una vida doméstica normal». Despojado de contexto, o incluso en su contexto, aquello no era más que otra de las comeduras de tarro que últimamente me habían hecho varias personas de la zona. «Como ya sabes, para fulano de tal —dijo, y continuó refiriéndose a sí mismo usando la tercera persona del singular— y para su familia, aunque puede que también para la tuya, la vida militar es tan necesaria como comer, respirar y dormir. Pero no puedes cuestionarlos», y al decirlo levantó la mano como para impedirme que lo cuestionase y me miró con una expresión significativa que debía enfatizar el vínculo que nos unía, como si estuviéramos ambos en la misma lucha, como si acabase de hacerme un favor al revelarme su posición dentro del mundo paramilitar renegante. Solo que no era así. No me impresionaba, ni me caía mejor por eso ni era, de hecho, renegante. Y aunque lo hubiera sido, si con todo lo que había dicho hubiese conseguido epatarme a nivel romántico y sentimental, no dejaba de ser fulano de tal con sus habituales mentiras a lo James Bond.

Es cierto que tenía contactos renegantes. Su padre, su hermana mayor y su hermano mayor habían sido renegantes hasta sus respectivas muertes. Pero uno no puede llevarse el mérito (al menos no para siempre ni en un bastión incondicional de paramilitares anti-Estado) por lo que hizo tu pa o tu hermana

o tu hermano si tú mismo no ayudas a la causa con alguna acción. Puede que te den algo de margen durante un tiempo, que te presten atención y que te extiendan algo de su respeto por el vínculo de sangre. En particular, puede que a los visitantes de la zona, a los que llegan en busca de la historia, que a ese tipo de personas les impresiones y te valoren, porque ¿qué saben ellos? Sin embargo, los lugareños sí saben, y lo que pasa con estos simpatizantes febriles y dementes que acaban creyéndose paramilitares cuando no lo son es que se distancian de todo el mundo con esas fanfarronerías con las que pretenden promocionarse. Esa era la verdad sobre fulano de tal y a él no se le ocurría (porque podías comprar un pasamontañas en cualquier parte) que él era ni más ni menos que un libro abierto. Se decía que estaba haciendo tanto ruido vendiendo su rollo de superhéroe libertador que los propios renegantes pensaban decirle algo. Pero él vino a hablar conmigo sin hacer caso de mi rechazo inicial y empezó con esta nueva táctica. Me dijo que era consciente de que alguien como yo comprendía, debido a mis credenciales de sangre renegante, que cualquier día él tendría que salir huyendo como había hecho mi cuarto hermano. Eso me fastidió. Al principio fui educada y me pregunté cuánto tiempo tenía que dejar pasar antes de poder decirle que tenía que irme. Es que esta gente se piensa que eres idiota y que eres incapaz de discernir que te consideran idiota. Además, no te ven como persona, sino como una doña nadie, alguien sin valor cuyo único objetivo es reflejarles su propia gloria. Sus halagos y su atención dan escalofríos. Te hacen revolverte, son inapropiados, calculados, rapaces, sobre todo cuando poco después, o poco antes como en mi caso, se convierten en insultos, amenazas de violencia, amenazas de muerte y distintas variaciones del discurso del acosador. En su escasez de inteligencia se piensan que te ven venir, cuando eres tú la que los ve venir a ellos, y la cuestión es si eres amable o los apartas de tu camino con un manotazo cruel. En ese caso, fui amable porque en la familia de fulano de tal había habido más muertes, las dos últimas apenas unos meses antes. Las más recientes los habían llevado casi a la cabeza de la lista de nuestra zona de familias con más muertes violentas en su seno, solo que mi amiga de toda la vida desde primaria venía de una en la que todos los integrantes, excepto ella, habían muerto por culpa de los problemas. Aun así, pobre fulano de tal. Era evidente que la muerte de sus parientes lo había afectado, que lo había desquiciado, que esas muertes debían tener al menos parte de responsabilidad de que él hubiera perdido el contacto con la realidad de forma tan espectacular. Primero su padre, después la hermana mayor, seguida del hermano mayor, todos muertos durante los diez años previos mientras

llevaban a cabo distintas actividades renegantes. Luego había sido el favorito de la familia, el segundo varón, que había muerto aquel día cruzando la carretera. Dos meses después de la muerte del favorito, llegó el día en el que el cuarto chico murió distraído aún por la guerra nuclear. Pastillas, bebida, una bolsa en la cabeza y una nota que los dejó a todos atónitos: «Es por Rusia y por América que lo hago». Después de eso, de una familia original de padre y madre y doce hijos, solo quedaban fulano de tal, la madre debilitada psicológicamente, las seis hermanas y el niño de tres años. Aunque no era culpa mía. Como tampoco lo era que no me atrajese. No puedes salir con alguien solo porque te sabe mal que en su familia hayan tenido una larga racha de muertes, y mucho menos puedes si desde el principio, si desde la primera vez que lo ves y antes de que tenga lugar cualquier interacción entre ambos, descubres algo que te repugna. De buenas a primeras, me había sentido mal por lo de la repugnancia, pero con las amenazas de muerte por haberlo rechazado se me pasó. Después del segundo rechazo, me reafirmé en mi decisión de no sentirme mal por él cuando me habló de «nuestra afinidad», fruto de «nuestra renegancia», y mencionó nuestra relación sin que esta existiese, y entonces me di cuenta de que trataba mis desaires como si no lo fueran, como si de hecho contasen como primeras citas. En cuanto a sus modales de acosador y a lo seguro que estaba de nuestra relación y del futuro de nuestra unión, yo jamás habría imaginado que los perturbados, ilusos, obsesivos y amenazadores del mundo pudieran recuperarse al instante de ser perturbados, ilusos, obsesivos y amenazadores y dar marcha atrás como si se acabase el mundo hasta plantarse en la adulación y la oscuridad. Eso es lo que le ocurrió al fulano de tal cuando le llegó la noticia de que el lechero tenía intereses particulares invertidos en mí, un individuo que hasta fulano de tal comprendía que tenía una capacidad de amenazar y acosar mucho mayor que la suya.

Ahora que fulano de tal había cesado las hostilidades románticas, me encontraba delante del lechero con pensamientos que rayaban en el pánico y con la cabeza de un gato muerto en la mano, cosa que no me ayudaba a tranquilizarme. Durante toda la conversación yo no había mencionado la cabeza ni la había mirado. Él tampoco parecía fijarse en ella, pero yo sabía que era muy consciente de lo que era. Seguramente había reparado en el detalle de cuando la recogía, que me había visto ir y venir, todo lo que había vacilado un rato antes. También estaba segura de que me había observado mientras la hacía rodar hasta los pañuelos y la levantaba, y puede que hasta me hubiera leído la mente y supiera que quería llevarla al sitio de siempre.

Pero yo no decía nada del tema y él tampoco decía nada, como si no guardase relación alguna con estar plantado a las diez menos cuarto de una noche de verano en un lugar donde nunca había nadie, junto a una adolescente que sujetaba una cabeza en la mano, mientras charlaba con ella sobre quitarle la vida al novio con el que tenía una medio relación. No es de extrañar, teniendo en cuenta el efecto que su aparición y sus palabras tenían en mí, que por un espacio muy corto de tiempo me olvidase de la cabeza. Pero solo fue un momento, porque ella misma me lo recordó. Justo cuando el lechero abría la boca de nuevo para decir algo que yo sabía que me inquietaría, mis manos ahuecadas, que hasta entonces apretujaban los pañuelos entre las palmas, empezaron a dar tirones a la tela. Con uno de los dedos topé con un colmillo largo y, en mi confusión, pensé que el colmillo se había movido solo y me había pinchado. En ese momento, se me movió la columna de nuevo. Y fue de la misma manera antinatural que un rato antes en clase. Después de eso llegó el temblor de piernas, los calambres en los isquiotibiales, ese miedo neuronal que hacía ondas y me permeaba la parte trasera de las piernas. Mi mente hizo una asociación libre con los gusanos, los bultos de alrededor de la nariz, la oreja, el ojo, y él empezó a hablar de nuevo. Había aparcado el tema de asesinar al medio novio, cosa que tampoco había dicho con todas las palabras, porque solo lo había sugerido. Mucho mayor que yo, más seguro que yo y sin malgastar energía, a pesar de esa indiferencia de aspecto lánguido, el hombre volvió a ofrecerse a llevarme en sus coches.

Una vez más, como en el segundo encuentro, me dijo que no le hacía gracia, que estaba preocupado, que andar por allí, por el centro o por cualquier lugar fuera de mi zona, no podía traer nada bueno, que no era seguro para mí. Añadió que esperaba que no se me hubiera olvidado que para él no suponía ningún problema proporcionarme transporte: él u otra persona si él estaba ocupado. Dijo que hablaría con otros para que me ayudasen en las ocasiones en las que él no estuviera disponible. Y entonces me habló de nuevo sobre mi trabajo. Que no me preocupase, dijo. Que él se encargaría de que llegase allí sana y salva y al final del día alguien me recogería. Me ahorraría los secuestros de los autobuses, el engorro de que los vehículos de transporte público siempre quedasen atravesados en todos los disturbios y los tiroteos, y también me ahorraría el resto de las molestias que producía el transporte público. Una vez más, se trataba de una sugerencia, y él continuaba con amabilidad y servilidad, era él quien me hacía un favor, el que me ayudaba a base de quitarme los paseos, de quitarme los entrenos, de quitarme al medio novio. No era evidente que estuviera infringiendo nada, así que tal

vez yo hubiera vuelto a equivocarme y él no infringiese nada. Sin embargo, mientras me hablaba, a pesar de mi confusión, supe que jamás debía subirme a uno de sus coches y que esa era una conclusión crucial. Fue como si lo viese todo a escala microscópica y solo distinguiera ese último umbral, como si hacerlo, traspasarlo, subirme a su vehículo señalase el final de algo, además del comienzo de algo más. Mientras tanto, seguía ahí plantada, en el territorio de las cosas fingidas y las cosas sin enunciar de forma clara, y en esa zona por donde las personas no solo debían apresurarse, sino que deberían plantearse no pisar jamás. No obstante, allí estaba yo, en esa zona. Y él también estaba allí, y para entonces estaba tan nerviosa que había alcanzado ese estado de agitación emocional que casi podía causar fracturas psíquicas y en el que de pronto yo podía soltar un «¡No!» o «¡Vete a tomar por el culo!» o echarme a gritar o soltar la cabeza o vete a saber el qué. Lanzársela a él. Pero lo que sucedió fue que aparecieron más hombres.

No es que aparecieran, porque resulta que ya estaban esperando allí. Me sorprendió, porque la reputación del lugar (como lugar de magia negra, de historias de brujería, historias de hechicería, rumores sobre el hombre del saco, sobre sacrificios humanos y cuentos espeluznantes sobre crucifijos al revés, detrás de los cuales se pensaba que, al menos atendiendo a los problemas del presente, podía estar el ejército estatal con las operaciones encubiertas y el engaño al que sometían al público en general) significaba que la mayoría atravesaban la zona de los diez minutos a toda prisa porque necesitaban ir de un lado a otro; de lo contrario, tendían a no acercarse. Que yo estuviera allí hablando con un hombre siniestro mientras sostenía la cabeza de un gato al que habían matado los nazis con una bomba era prueba de que la zona de los diez minutos no estaba hecha para cosas normales. Sin embargo, allí estaban ellos y eran cuatro. Me dio la sensación de que salían de un escondite o, al menos, de haber estado medio escondidos. El primero había salido del hueco del escaparate de una tienda que estaba cerrada por la hora que era y no porque estuviera en un lugar escalofriante donde no debería haber tiendas abiertas. Apareció de entre las sombras y nos echó un vistazo breve antes de apartar la mirada. Después, se quedó de pie sin hacernos caso. ¿Qué motivos tenía para estar allí? Otros dos aparecieron de las ruinas de cada una de las iglesias de un poco más arriba y también nos miraron un momento. Los tres esperaron de pie, expectantes. Se habían colocado en puntos equidistantes y al otro extremo estábamos el lechero y yo. Al principio me temí que fueran agentes de paisano a punto de hacerle una emboscada y pegarle un tiro al lechero, y eso quería decir que seguramente me pegarían

otro a mí por ser su compinche. Aunque de pronto percibí que, además de la triangulación mental que existía entre ellos, había una conexión que llegaba hasta nuestra posición. Es que iban juntos, el lechero y los otros tres. Llegado ese punto, un cuarto hombre pasó por mi lado y yo me sobresalté porque no lo había visto ni oído acercarse. Me pasó a unos centímetros de distancia, sin mirarme ni reaccionar a la presencia de ninguno de los dos. Entonces di otro respingo, porque al volver a mirar al lechero, vi que él también se había ido.

Me había dejado sola, y no sé por qué motivo eso me asombraba tanto, teniendo en cuenta que, hasta el momento, la presencia de aquel hombre no tenía nada que me tranquilizase. La cuestión era que su inmediatez y sus *ex abrupto* me cogían por sorpresa cada vez. Automáticamente miré hacia atrás, hacia el centro, hacia la dirección que había tomado el cuarto hombre, para ver si alcanzaba a ver al lechero acompañándolo. Era imposible que hubiese ido hacia el otro lado porque lo habría visto yendo hacia los otros. En ese momento esos tres pasaron por mi lado y, aunque lo hizo cada uno por su cuenta, seguí con la sensación de que todo estaba coordinado y formaba parte de un plan. Iban juntos. Los cuatro iban juntos. Y no me cabía la menor duda de que los cinco se reunirían en el mismo punto al cabo de muy poco.

«Estás loca».

Una vez más, era yo hablando conmigo misma después de que el lechero me dejase allí. Él y los demás, con el cuento de que no iban juntos, se habían ido cada uno por su lado, pero todos hacia el centro. Me había quedado sola, así que eché a andar en dirección contraria para salir de la zona de los diez minutos mientras pensaba en amenazas tácitas si corría, amenazas tácitas si caminaba, pero pensaba sobre todo en la amenaza tácita de asesinato por coche bomba. Además, tenía la cabeza de un gato muerto en la mano. Como era poco antes de las diez y apenas quedaba luz del día, llevarla al sitio de siempre ya no era una opción. En la oscuridad, las cosas parecían distintas; y aunque con la última luz me habría bastado para ver y llegar hasta la parte del fondo y sortear las hierbas y las lápidas antiguas, y además me bastaría para encontrar un lugar de reposo para la cabeza tal como había querido hacer desde el principio, ahora sentía, aunque el lechero ya me había encontrado y transmitido sus últimos deseos y órdenes, que aún podía hacer otra aparición desde detrás de alguna lápida de Drácula y poner en práctica la siguiente fase del plan. Porque para entonces yo ya sabía que tenía un plan relacionado conmigo, unos fines que suponía factibles. Por lo tanto, no podía ir al cementerio. Aun así, quería llevar la cabeza a alguna parte. Follaje espeso era lo que pedía la ocasión. Una extensión de hierba como la que había, cómo no,

junto a la carretera de los parques y los embalses. Pero igual que en la zona de los diez minutos, de noche no se debía pasear por la carretera de los parques y los embalses. Y ¿por qué transportar una cabeza desde un lugar tétrico para dejarla en otro igual de tétrico? Además, si consiguiera armarme de valor para entrar en uno de los parques a enterrarla debajo de un arbusto o esconderla entre los matorrales, los espías del Estado que estaban en los arbustos y los matorrales, sobre todo ahora que estaban convencidos de mi vínculo con el lechero, la desenterrarían de inmediato para ver qué era. Así que ese parque no. Había otros. Los matorrales de hierbas que rodeaban a las iglesias que permanecían en pie contaban como follaje, pero eran deprimentes. Además, era dentro de la zona de los diez minutos. Había jardines privados; los de otra gente, porque nosotros no teníamos. ¿Qué tal si escogía uno descuidado de camino a casa, me colaba y la dejaba allí? El desarrollo del plan se había vuelto demasiado complicado y fastidioso, es decir, que me daban ganas de abandonar, y esa no era ni mucho menos la actitud correcta. Sin embargo, la actitud había ido disipándose poco a poco incluso antes de la aparición del lechero. Desde el momento en que me había separado de la profesora y de mis compañeros en el centro y había echado a caminar en dirección a mi barrio, había empezado a notar que esa opresión, ese «da igual, no sirve de nada, ¿de qué sirve?» tan insidioso se me echaba encima o me crecía de dentro, y entonces, mientras vacilaba y me desanimaba y me regañaba a mí misma con cosas como «estás loca y por culpa de tu locura eres cada vez más débil», y también me planteaba dejar la cabeza, posarla en algún lado, donde fuera, en el siguiente tramo de pavimento de hormigón y dejarla allí, me di cuenta de que había salido de la zona de los diez minutos y había llegado hasta el sitio de siempre. Así que estaba frente a la verja vieja y herrumbrosa del cementerio, y de pronto oí un vehículo a mi espalda. Al instante, tuve otro ataque de temblores. «Ay, no. ¡Es él! Sigue andando. No lo mires ni le hables».

Justo pasaba la entrada de largo cuando el vehículo se puso a mi altura. «¡Oye, hola! ¿Estás bien?». Me detuve porque no era el lechero. Era otra persona. Era el lechero de verdad, porque había uno de verdad que vivía en nuestra zona, cogía pedidos, tenía una furgoneta de reparto y le llevaba la leche a casa a la gente del distrito. También era el hombre que no quería a nadie, uno de los inaceptables oficiales del distrito. Vivía a la vuelta de la esquina de mi casa y lo habían declarado inaceptable porque un día regresó del país de la otra orilla donde su hermano había estado muriéndose y se dio cuenta de que en su casa había algo raro. Vivía solo y había salido a la parte

de atrás a por una palada de carbón cuando vio que alguien había cavado en el jardín. Así que él también cavó para averiguar el motivo. Al cabo de un rato, salió a la calle muy sucio y con los brazos cargados de rifles. Los rifles estaban envueltos en plástico y él cargó con ellos hasta la mitad de la calle y los tiró a la calzada. Mientras lo hacía, gritaba: «¿Qué tal si os los enterráis en vuestros jardines?». Luego volvió a su casa y salió con más. La cosa continuó, porque después de los rifles encontró las pistolas, armas inutilizadas, montañas de munición y más reservas envueltas en trapos y en plástico. Lo tiró todo al suelo y, hecho una auténtica furia, siguió gritando hasta que reparó en un grupo de niños que habían estado jugando (hasta que él les había alterado el paisaje) donde ahora estaban las armas. Al principio se habían echado a un lado y habían observado los acontecimientos desde allí. Cuando los vio, el hombre que no quería a nadie dejó de chillar. Y enseguida siguió chillando, pero les chilló a ellos. «¡Fuera de aquí! —les dijo—. ¡He dicho que largo!», y fue tan explosivo que los niños, que se habían convertido en su objetivo, salieron corriendo. Sin embargo, hubo un puñado que se quedaron clavados al suelo y se echaron a llorar. El hombre que no quería a nadie les gritó a los vecinos que habían salido a ver qué era ese escándalo. Les dijo que salieran a por los críos y exigió saber si alguno de sus buenos vecinos estaba al tanto de lo que habían hecho los renegantes del Estado en su casa durante su ausencia. Así que se peleó con todos, el hombre que no quería a nadie, el lechero de verdad. Incluso con los niños. Pero para que quede clara la distinción: lo consideraron un inaceptable porque tiró las armas en mitad de la calle, cuando todo el mundo sabía que si encontrabas armas en tu casa porque habían entrado allí y las habían enterrado, se suponía que tenías que aceptarlo y aguantarte; y lo llamaron el hombre que no quería a nadie porque en una ocasión, sin remordimientos ni disculpas, hizo llorar a unos niños.

Así que los renegantes no le tenían aprecio porque les había desenterrado el arsenal; no le tenían aprecio porque había expresado disconformidad con sus normas locales; tampoco le tenían aprecio porque no se había atendido a sus fastidiosos tribunales ni a la justicia severa que repartían cuando nosotros, los habitantes, no obedecíamos las normas, y siempre que protestaba por la desaparición de presuntos informadores, los renegantes tampoco le tenían aprecio. Otra particularidad era que los residentes de la zona no le reconocían el mérito cuando había que reconocérselo. Era cuando ayudaba a gente, cosa que hacía a menudo, por mucho que su reputación de persona que no quería a nadie dijera lo contrario. La incapacidad de la comunidad para reconocer sus buenas obras se debía a que su fama de antipático estaba tan arraigada en la

conciencia del distrito que habría hecho falta una erupción enorme de esfuerzo para hacerles sustituir esa habladuría por la verdad. Y dado que aquí nadie estaba predispuesto a corregir la menor confusión, semejante esfuerzo mental para acabar siendo conscientes de la verdad en lo tocante al lechero de verdad no tenía visos de darse entonces ni en un futuro próximo. Sin embargo, él ayudaba a la gente. Ayudó a la madre del chico nuclear, que también era madre de esa fantasía de renegante, fulano de tal. El día que el chico nuclear se había suicidado, el lechero de verdad salió por la tarde a buscarla, igual que otros de la zona. Ella había desaparecido en cuanto se había enterado de la última muerte de la familia y se rumoreaba que, como el hijo, había ido a suicidarse; pero el lechero de verdad la encontró merodeando por las calles de otro distrito, distraída, desaliñada y sin saber quién era nadie ni ella misma. A pesar de que la llevó a casa y le consiguió la ayuda de las mujeres devotas del distrito, que también eran nuestros médicos, se mantuvo la decisión de que el lechero de verdad no era más que la persona más horrible que uno podía conocer. Yo no lo consideraba horrible ni muy enfadado, ni siquiera muy inaceptable, teniendo en cuenta al resto de los inaceptables de la zona. Teníamos a la chica de las pastillas, a su desconcertante hermana resplandeciente, al pobre chico nuclear cuando aún estaba vivo, y luego estaban las que sermoneaban con mano dura: las mujeres de los asuntos. A mí me parecía que todos estaban mucho más al margen de lo que podía estar aquel hombre. Es posible que yo lo viera así porque el lechero de verdad y mi madre eran amigos desde la escuela, y eso significaba que acostumbraba a venir a casa para verla y ponerse al día. También la asistía con leche gratis y productos lácteos superenriquecidos, pan y provisiones enlatadas. Nos ayudaba con el bricolaje, nos hacía de fontanero, de pintor, de carpintero y hasta insistió en relevar a las hermanas pequeñas como electricista. Así que, a pesar de su talante misántropo o de su reputación como tal, poseía la característica de preocuparse mucho por los demás. Y ahora ese hombre, el lechero de verdad, el hombre inaceptable que no quería a nadie, había aparecido donde el cementerio a ayudarme.

Lo primero que ocurrió fue que me vinieron los temblores, aunque se acabaron en el instante en que me di cuenta de que no era el lechero, sino el otro lechero. Iba en la camioneta, una de reparto de leche de verdad, el único vehículo en el que lo había visto. Me volví hacia él justo cuando ponía el freno de mano. Abrió la puerta, se bajó de un salto y se acercó a mí. A continuación, estaba a mi lado y no era la primera vez que me hablaba, pero sí la primera vez que me decía algo más que las cuatro palabras de cortesía.

Normalmente era hola, adiós o dile a tu madre que he preguntado por ella. La verdad es que, salvo por mi ma, el lechero de verdad y yo no nos movíamos en los mismos círculos y, en aquella época, aparte de vivir en la misma casa, tampoco se puede decir de mí que frecuentase los círculos de mi madre, pero siendo ellos amigos era lógico que de vez en cuando me topara con él. Solía ser en la calle o delante de casa o en el recibidor, cuando mi ma hacía el pan bueno de cebada o un bizcocho de los suyos para compartir con un té. A veces la veía a ella en la camioneta, cuando la traía a casa desde misa o del bingo o de hacer los recados; saltaba de la camioneta y se reía como una adolescente. Esas eran las ocasiones en las que nos veíamos y nos saludábamos con un hola o con un gesto de la cabeza, y ahora me había vuelto a preguntar si estaba bien. Si había pasado algo, si podía ayudarme en algo. Contesté que sí con la cabeza, aunque no tenía ni idea de a cuál de las preguntas. La verdad es que me costaba racionalizar lo que sentía o cómo responder en sociedad a cualquier pregunta. Al parecer, acababa de topar con cuatro renegantes (porque lo más probable era que los que estaban escondidos fuesen renegantes) de camino a hacer algo que posiblemente más tarde saldría en los titulares de las noticias. Luego estaba el lechero, que no debía de ser del tipo Walter Mitty, sino, como todos decían, otro renegante. Por último, el lechero de verdad, amigo de mi madre y uno de los personajes designados como inaceptables excéntricos. Estábamos en la acera junto a la camioneta, al lado del cementerio, y me di cuenta de que se había fijado en el hatillo de pañuelos que sujetaba. Entonces apartó la vista y me miró a la cara.

Dije, porque me salió así: «Tengo que ir a alguna parte a dejar esto o a enterrarlo. Es una cabeza de gato». «Bien», contestó él, como si yo le hubiera dicho que era una manzana, y por eso me cayó bien. No le expliqué de dónde la había sacado ni la conexión con la segunda guerra mundial ni con la zona de los diez minutos. «Ya me la quedo yo —dijo—. ¿Te la cojo?». Y yo se la di como si nada, sin dudarle, sin más. Después le dije: «Pero no la tire. No me la coge para tirarla, ¿verdad? No espere a que me haya ido y la tire a la basura o por ahí. Si no quiere hacerlo, si no quiere enterrarlo bien, pues ya lo hago yo. Pero, por favor, no haga como que sí». Era una parrafada larga para ser yo, pero cierta, porque no estaba excusándome ni pidiendo permiso ni aprobación. Más tarde me sorprendió a mí misma lo directa que había sido hablando con un hombre, con un mayor, con alguien conocido por ser tan fiero y enfadadizo. Sin embargo, era consciente de que mis emociones habían alcanzado un punto crítico por lo sucedido entre el lechero y yo, y porque llevaba demasiado tiempo sosteniendo la cabeza entre las manos. El hombre

tenía algo que me facilitaba hablar con él, y contestó del mismo modo: «No hago como que sí ni la voy a tirar», me aseguró. «Quiero ponerla en algún lugar verde —repuse—. Quiero llevarla al mejor sitio». «Vale. Mira, yo tengo césped. Detrás de casa tengo un jardín pequeño. ¿Qué te parece si me la llevo allí, hago un agujero y la entierro? ¿Te parece bien?». Asentí con la cabeza y le di las gracias. Después de eso, se subió a la camioneta, estiró el brazo y levantó una bolsa de lona verde donde había unos bolos. Los vació en el hueco hondo que había entre los asientos, metió la cabeza, que todavía estaba envuelta en los pañuelos, y cerró la bolsa con los cordones. Volvió adonde yo estaba y me dijo: «No te preocupes, déjame a mí. Pero sube, que es tarde y voy a llevarte a casa». Me parecía, cosa que también me gustó, que todo el diálogo tenía esa actitud de «vamos a ver cómo lo resolvemos», la misma actitud del medio novio y también de la profesora, no la actitud prevalente de «¿qué más da? Si no sirve de nada y no vamos a conseguir nada, ¿no?», y eso me sorprendió. El lechero de verdad, solemne, austero; y, sin embargo, estaba dedicándome su tiempo, dándome esperanza, escuchándome y tomándome en serio. Lo había entendido todo, sabía lo que quería decir y por eso no me hizo ni una sola de esas preguntas enervantes y agotadoras. Sí, una sorpresa, pero él era una sorpresa y yo me sorprendí de ser capaz de traspasarle mi carga, montarme en la camioneta sin preocuparme de nada y saber que podía fiarme de su honestidad y de que haría lo que tenía que hacer. Dejó la cabeza en la camioneta y justo entonces se oyó el clic de la cámara, una de sus cámaras, y el sonido había llegado desde el primer piso de un edificio que se suponía que estaba vacío justo al otro lado de la calle y, una vez más, como aquella vez con el lechero en la carretera de los parques y los embalses, no dije nada. En cambio, el lechero de verdad dijo: «Maldí... —Pero entonces se dio cuenta—. No puedes ir a ninguna parte sin que estén dale que te pego —añadió—. Pues que piensen lo que quieran». Su actitud me sorprendió de nuevo y, aunque no me lo esperaba, me animó. Si él podía hablar de una de las cosas inmencionables y reconocer que no podía hacer nada al respecto, quizá quería decir que cualquiera, que yo, incluso con mi impotencia, podía adoptar la misma actitud y reconocerlo y aceptarlo con indiferencia.

Íbamos en la camioneta con la bolsa que contenía los pañuelos que a su vez contenían la cabeza colocada encima de los bolos, en el compartimento hondo que había entre los asientos. Entonces me enteré de la última muerte sucedida en nuestra zona, que había sucedido esa misma tarde. Una vez más, en la familia de fulano de tal: el crío, el más pequeño, se había caído por la ventana de la habitación de atrás. El lechero de verdad me contó que al

principio parecía que había saltado, que es lo que se decía en radio macuto, que el niño había saltado, pero no se había muerto adrede. Era porque se creía Superman, decían en el vecindario. O Batman. O Spider-Man. O uno de esos héroes. Siempre iba por ahí con esa funda de almohada roja sujeta a la espalda con imperdibles, gritando «¡plum!», «¡paf!», «¡bang!», «¡bum!», «¡toma!», «¡scroing!» y «¡argh!». Sin embargo, no habían demostrado, según me dijo el lechero de verdad, que las cosas realmente hubieran ocurrido así. Era lo que se rumoreaba, porque esas eran las cosas que se inventaba la gente porque aquí uno no podía morir sin más, no podía morir normal, ya no; nada de causas naturales o en un accidente como caerse de la ventana, sobre todo con tanta muerte violenta que había en el distrito. Tenía que ser algo político, me dijo. Tenía que ser por la frontera, es decir, comprensible. En su defecto, tenía que ser algo extraordinario, dramático, algo sorprendente, como creerte un superhéroe y morirte sin querer al saltar por la ventana. La gente esperaba eso, dijo. Así que un enano de tres años que no sabía nada de la gravedad ni que estaba solo en la habitación de atrás (porque su madre estaba en la habitación de al lado, pero sin salir de allí porque se había refugiado a pasar el duelo en la cama con la cabeza en otra parte) había cometido un error letal, pero un error que ya no era razón suficiente para morir en esta zona. Aquí, me dijo el lechero de verdad, había que vivir y morir de forma extrema. Al niño lo había encontrado una de sus hermanas en la parte de atrás, a media mañana. No llevaba ninguna funda de almohada sujeta a la espalda. Ese día se la habían quitado para lavarla.

Escuché mientras el lechero de verdad me decía todo eso y también que mi madre no estaba en casa, que la había dejado un rato antes en casa de fulano de tal, que las otras vecinas, las mujeres devotas con sus brebajes y sus primeros auxilios y mejunjes secretos, también estaban allí intentando consolar a la pobre madre del niño. Él mismo venía del depósito y después iba a la casa. Habló más de la tragedia y de la tragedia en general, del desperdicio, de la falta de visión, de prevención, de las implicaciones que derivaban de la pobreza y de estos problemas políticos tan tozudos y enraizados. Continuó con la mención del abandono y la desventaja y la antipatía y la pérdida de buenas oportunidades y, durante un rato, se quedó enfrascado en sus pensamientos. Cuando volvió, no sé si fue una asociación de ideas, pero había cambiado de tema a las hermanas pequeñas, a mí y a mi madre.

«Tus hermanas pequeñas —me dijo—. Qué niñas más inteligentes, qué curiosidad tan maravillosa tienen, qué pasión y valentía y compromiso.

Además, se comportan como sabiendo que tienen derechos; ya sabes, aquí eso es raro. Aquí lo más normal es que te acaben sofocando el interés y la iniciativa, que se te conviertan en desánimo, o que se retuerzan y acaben canalizándose hacia algo más oscuro. Pero es que a su edad son niñas un poco salvajes y sin cortapisas. Según cuando, son como demonios —continuó— y estoy seguro de que deben de darle muchos disgustos a tu madre». Me dijo que era probable que fueran cada vez más de esa manera, a medida que pasaran los años y su sed de conocimiento y de aventuras intelectuales creciese. Siguió pensando y después continuó: «Es que creo que a lo mejor ella, tu querida madre, no lo entiende; puede que no se dé cuenta de lo singulares que son, de que tienen algo, llamémoslo genio. Y no entiendo por qué sus maestros no se coscan. ¿Se habrán fijado en eso? ¿Le han dicho algo a tu madre?». Pensé un momento y respondí: «No lo sé». Entonces él me preguntó por las notas y yo repetí: «No lo sé». De hecho, a partir de ahí contesté lo mismo a todas las preguntas que me planteó sobre las hermanas pequeñas. Pero es cierto, no lo sabía, ¿cómo iba a saberlo cuando no eran más que las hermanas pequeñas? Iban al colegio. Leían libros. Hacían debates y foros y compendios y simposios y comparaciones y cotejos e intercambios de ideas y lo que ellas llamaban actividades extracurriculares, pero yo no sabía qué temas trataban. Tenía la vaga idea de que los maestros habían participado en informes sobre su inteligencia, talento y precocidad. Le enviaban cartas y expedientes a mi ma. Yo nunca los leía porque, como ya he dicho antes, ¿por qué iba a meterme en conversaciones escolares relacionadas con las hermanas pequeñas? Tengo dieciocho años y soy su hermana, no su madre ni su padre ni su tutor legal, así que involucrarme en todo eso sería similar a hablar sobre puestas de sol y temperaturas y dentaduras postizas y dolores varios y «¿qué vas a cenar hoy?» y todas esas cosas que la gente mayor solía decir. ¿Por qué motivo iba yo a hacerlo? Sin embargo, creo que algunos de los maestros habían ido a hablar con mi ma. También la habían hecho ir al colegio, ahora que lo pienso, porque la habían invitado a unas reuniones especiales para ver cómo desarrollaban el esto o lo otro de las hermanas. Recuerdo que hablaron de no sé qué pedagógico. O de pedagogía. Cosas así. Vinieron a casa, los maestros con gente de pedagogía, debatieron algunos temas, y no tengo claro que mi ma entendiese todo lo que le decían los expertos, aunque sé que quería que las hermanas pequeñas le interpretasen la carta que le enviaron unos días más tarde desde esa academia para niños superdotados, solo que todavía no se la había enseñado. En cuanto a las notas trimestrales, no estoy segura de que mi ma las mirase o las tuviera en cuenta, o si las hermanas pequeñas les

prestaban atención. Aquí los certificados y los informes escolares no significaban gran cosa. «No quiero criticar a tu madre con esto —decía el lechero de verdad—, porque es una gran mujer, sigue siéndolo, es encantadora y sé que lo ha pasado muy mal por culpa de la muerte de tu padre y de tu segundo hermano y lo de tu segunda hermana. Bueno, tú ya sabes lo que pasó con ella. Luego está lo de tu otro hermano, el cuarto que... Bueno, eso también lo sabes. Creo que voy a preguntarle por el tema, porque me parece que tienen mucho potencial y que lo justo sería canalizarlo, dirigirlas con firmeza antes de que ocurra otro desastre horrible, otra pérdida, una tragedia más. Hay que evitar semejante malgasto de energía y de empeño. Necesitan que las guíen, que alguien se dé cuenta y se ocupe de ellas. De lo contrario, la cosa podría torcerse». Y yo dije que sí, porque quería participar en la conversación, pero de pronto me vino algo a la mente y caí en lo que quizá quería decir con eso de «torcerse». Hablaba de que el potencial y la ingenuidad se torciesen, de que la falta de experiencia se emplease con fines equivocados, fines peligrosos, lo que yo interpreté (cómo no, si no había nada más) como un mal final por culpa de los problemas políticos. Y a pesar de que las hermanas pequeñas no habían mostrado un interés desmedido por el tema, es decir, no más interés del que mostraban en los puntos de articulación fonológica, la egiptología del imperio antiguo, los detalles de la técnica de canto, el estado del universo antes de que quedase reducido al orden, la apoteosis de Heracles o cualquier otro índice o apéndice o notas al margen o en la parte trasera de los libros y todo eso, hubo un día en el que las hermanas mayores y yo entramos en casa y encontramos a las hermanas pequeñas leyendo la prensa del otro lado. Era la prensa seria lo que leían, los periódicos de hojas grandes, aunque también tenían alguno sensacionalista de allí. No sabíamos de dónde los habían sacado, pero los tenían y en ese momento estaban desplegados y a la vista en el suelo. Antes de eso, las hermanas pequeñas no habían leído ninguno de esos periódicos ni habían visto las noticias sobre política en la televisión, al menos no con avidez. Estaban en su fase de Juana de Arco. Durante esa fase hacían saber que no le tenían cariño al país de la otra orilla, aunque no por el habitual legado histórico y el poder de la historia que se había construido y pasado de padres a hijos de manera que complicaba y retorció todo lo que había ocurrido entre ese país y este, sino porque ellas demostraban un apoyo muy natural a los franceses. No obstante, a raíz de la traición que había sufrido Juana de Arco, le habían dado la espalda un tiempo a los franceses, y el delfín, que nunca había sido uno de sus favoritos, llegó a tener tan mala fama entre las hermanas pequeñas que si

alguien de la zona hubiera querido decir algo bueno de él, más le habría valido no hacerlo al alcance de sus oídos. Tal era la aversión por los franceses que cualquier antipatía inmemorial entre el país de la otra orilla y este apenas tenía peso. Pero ese día mis hermanas mayores y yo entramos en casa y, en lugar de encontrarlas sumidas en Juana, las encontramos rodeadas de esos periódicos. «¡Hermanas pequeñas! —exclamamos—. ¿De dónde los habéis sacado? ¿Qué está pasando aquí?». «Callad, hermanas mayores —respondieron ellas—. Estamos ocupadas. Intentamos comprender su punto de vista». Dicho eso, continuaron enfrascadas en la prensa seria y sensacionalista mientras nosotras, las hermanas mayores, las contemplábamos sin dar crédito. Nos miramos: la tercera hermana, la segunda, la primera y yo. ¡Intentaban comprender su punto de vista! ¿Cuál sería el próximo enigma que soltasen? En cuanto al comentario en sí, era de los que en nuestra zona arruinaría a cualquiera al instante. ¿Acaso «CUIDADO CON LOS CONFIDENTES» no significaba nada para esas tres pequeñas? Como éramos más sabias, intentamos señalárselo, explicar que solo por tener parafernalia no permitida se exponían a que las acusasen de traición. Pero no nos hicieron caso, casi ni nos escucharon, ya se habían olvidado de nosotras de tan concentradas que estaban en los periódicos de allí. Nos quedó claro a las mayores que no les preocupaban en absoluto los motivos que pudieran atribuirles los vecinos que pasaran por allí por casualidad y mirasen por la ventana. La tercera hermana se apresuró a correr las cortinas, pero eso molestó a las pequeñas y una de ellas se levantó y encendió la luz del salón. Otra hizo lo mismo con las dos lámparas antiguas de cristal favoritas de mi madre y la tercera sacó sus tres linternas. Pero ¿de dónde habían sacado los periódicos? ¿Las había visto alguien de la zona cuando se los procuraban? Y así fue como ese día las mayores especulamos sobre si los paramilitares considerarían que a la edad de seis, siete y ocho años eran demasiado pequeñas para castigarlas como hacían con los sospechosos de ser confidentes, o si los renegantes las regañarían y les ordenarían dejar esas publicaciones y volver a *El cerdito Bamber* como los demás niños. ¿Era esto a lo que se refería el lechero de verdad cuando hablaba de ingenuidad, de entusiasmo mal aplicado, de subvertir el deseo constante de aventura? No me atreví a preguntárselo. En lugar de eso, como él se había quedado callado otra vez, le conté lo de que los maestros habían tomado cartas en el asunto y que se había hablado sobre establecimientos excepcionales de aprendizaje, y me alivió pensar que después de que él me ayudase con el gato, yo había contribuido a tranquilizarlo a él. Solo que no se había quedado tranquilo. Expresó de nuevo su preocupación por las hermanas

pequeñas y por que mi ma tuviera que arreglárselas sin ayuda, que es cuando caí en que a lo mejor no estaba rumiando en voz alta, sino insinuando cosas que yo debía comprender. ¿Afirmaba que la orientación y dirección de las hermanas pequeñas debería depender de mí, su hermana, además de depender de mi madre? ¿Tenía que involucrarme como mi madre, ser responsable de su educación y crianza y y tomar parte en ella? Eso me provocó consternación. Si tenía que cosupervisar a las hermanas pequeñas, estaba claro que no podría mudarme con el medio novio. En ese momento me sorprendió que, aunque él me lo había pedido y yo había dicho que no, yo aún le diera vueltas a cómo sería irme a vivir con el medio novio. Una esperanza que yo no sabía que albergaba se veía amenazada porque debía ser aprendiz de madre con mi madre. Mientras tanto, el lechero de verdad había cambiado de tema. El del lechero y yo. No fue un «¿Tienes un lío con ese hombre de doscientos años?» rotundo, pero me dio a entender que estaba al corriente de que tal vez una persona de intenciones paramilitares estuviera inmiscuyéndose en mi vida, alguien que tenía mucho poder e influencia en la zona. Me preguntó que, si ese fuera el caso, si me sentiría con fuerzas para levantarme y no callarme. Mientras hablaba, noté que me ponía tensa, a pesar de que hasta un momento antes había ido relajándome en presencia del lechero de verdad o, por lo menos, no había estado tan nerviosa. Los temblores habían parado. Ya no tenía movimientos antinaturales. Pero todo regresó, junto con mi confusión, que es cuando me di cuenta de que él también estaba confuso. Se disculpó por entrometerse en territorio que no era asunto suyo. Y luego sacó a colación a las mujeres de los asuntos que vivían en nuestra zona y dijo que al parecer ellas sabían una barbaridad sobre historia de género y de política sexual. «Lamento admitir —dijo— que yo no entiendo ni pizca de estos temas tan actuales sobre mujeres. Pero, teniendo en cuenta que ellas saben tanto y que está dentro de lo que ellas tratan, me preguntaba si, en caso de sentirte insegura a la hora de comentar el tema en general con alguien de la zona, te gustaría más ir a charlar con ellas».

¿Ir a charlar con ellas? ¿Es que acaso estaba loco además de ciego y sordo a todo lo que se decía de esas mujeres en nuestra zona? Mirar a una de ellas en la calle y que ella me mirase a mí sería cometer un suicidio social. Así que no, gracias. No me entusiasmaba la idea de charlar con ellas ni entonces ni nunca. Esas mujeres constituían el naciente grupo feminista de nuestra zona y, justo por haberlo constituido, estaban firmemente asentadas en la categoría de los más más inaceptables. La palabra *feminista* era inaceptable. La palabra *mujer* a duras penas escapaba a la categoría. Si las juntabas o intentabas

suavizarlo en vano con otra palabra, una palabra general, una que disimulase un poco, como «asunto», liabas una buena. De las mujeres de los asuntos en nuestro distrito se decían cosas horribles, no solo a su espalda, sino también a la cara.

Empezó con un cartel en una ventana; lo había colgado el ama de casa que vivía allí, una mujer que parecía tradicional y normal hasta que había colocado ese pedazo de papel. Tenía marido e hijos, y se decía que en su familia no había habido muertes violentas que pudieran explicar el subsiguiente comportamiento impropio, pero ella había colgado el cartel y el cartel distaba mucho de las habituales proclamas que por aquel entonces se veían en las ventanas de ciertas casas de nuestra zona. Los de siempre decían cosas como: «PROHIBIDO PASAR SO PENA DE MUERTE. ÚNICO AVISO», y lo firmaban: «RENEGANTES DEL DISTRITO», como advertencia a nosotros, los habitantes revoltosos, niños incluidos, a los que se nos podría ocurrir entrar en casa de alguna persona vulnerable para jugar un poco, para hacer una sesión adolescente de estar tirado y bebiendo, para echar un vistazo y explorar o incluso para ocupar la casa sin hacer ni caso del miserable alcohólico acabado que vivía allí y era dueño de la casa. Nuestros renegantes dejaban claro que si persistíamos en nuestro comportamiento injusto, inconsiderado y despiadado hacia los más frágiles del distrito, eso tendría repercusiones que lamentaríamos. En cambio, el cartel del ama de casa decía: «ATENCIÓN, MUJERES DEL DISTRITO: ¡¡NOTICIAS FABULOSAS!!», seguido de información sobre un grupo internacional de mujeres que habían traído al mundo hacía poco. La idea era crear delegaciones en todos los países del mundo y que no quedase ningún lugar, ciudad ni pueblo ni aldea ni pedanía ni distrito ni choza ni residencia aislada excluido de los objetivos ni ninguna mujer de cualquier color, credo, preferencia sexual, minusvalía, enfermedad mental o mujer causante de antipatía general, es decir, de ningún tipo de diversidad, fuera de la iniciativa, y por increíble que pareciese, en el centro de nuestra ciudad apareció una representación de ese grupo internacional de mujeres. La primera reunión mensual fue recibida por los medios con críticas feroces antes y después de que se celebrase, informes que se basaban sobre todo en el atrevimiento que suponía que aquel grupo hubiera tenido la valentía de existir. Las críticas eran malas, muy malas, del estilo de los comentarios de «depravación, decadencia, desmoralización, diseminación del pesimismo, atrocidad contra el decoro» que habían dirigido al barrio chino cuando se inauguró. Sin embargo, el azote de los medios no consiguió evitar que al menos algunas mujeres de algunas zonas se acercaran al centro para ver de

qué iba eso de la delegación de los asuntos internacionales de las mujeres. Las participantes no solo eran de las dos religiones enfrentadas, sino también de unas cuantas de las religiones menos conocidas, menos frecuentadas o incluso ignoradas por completo. Una mujer de nuestro distrito fue y lo hizo por iniciativa propia. No pidió permiso, no buscó aprobación, no le preguntó a nadie su opinión ni pidió que la acompañaran para ofrecer protección ni apoyo moral. Se puso un chal, cogió el monedero, la llave y salió de casa, sin más. Resulta que esta mujer era el ama de casa que después colgó el cartel. «Y lo colgó —decían las vecinas— que no había pasado ni un segundo en casa después de la reunión». Mientras tanto, en cooperación con la delegación del centro, que a su vez colaboraba con el movimiento internacional de mujeres de la sede central mundial, la mujer pretendía montar una sororidad subdelegada en nuestro distrito, igual que otras mujeres de otros distritos intentaban hacer en los suyos. Eso es lo que hizo. Con el cartel de la ventana, y de manera atrevida y moderna, invitaba a todas las mujeres de la zona a dejar salir a los niños por la tarde para que hicieran sus aventuras como de costumbre y a que, libres de esa carga, se dirigieran un miércoles por la tarde a su casa a oír una charla. El póster prometía que se asombrarían con los temas de importancia femenina que se habían tratado en la reunión de la delegación del centro; también que si les interesaba airear opiniones o cualquier cosa que pudiera clasificarse en general como un asunto de mujeres, todos los meses eso se transmitiría a la siguiente reunión del centro y de forma trimestral a la siguiente reunión internacional. Por confuso que resultase, el cartel no mencionaba el tema de la frontera ni de nuestros problemas políticos. Los hombres y las mujeres del distrito estaban estupefactos. «¿De qué va esto? ¿Qué puede querer para poner algo así en la ventana?». Chismorrearon sobre ella y su cartel, y solo paraban si era para volver a los temas normales, como quién podía ser confidente, quién había sido el último en practicar sexo adúltero y qué país podía ganar *Miss Mundo* la próxima vez que lo pusieran en la tele. Así que se habló del cartel hasta la saciedad, pero luego los vecinos dejaron el tema porque la mayoría de los de por aquí opinaban que el asunto no llegaría a nada, que la gente le tendría lástima a la mujer o que, si persistía, la considerarían otra candidata a inaceptable. En el peor de los casos, los renegantes del Estado se la llevarían por ser la persona más reciente en demostrar una actitud sospechosa, cosa que sería más o menos cierta. En realidad, lo que pasó fue que la primera semana dos mujeres de la zona se presentaron en casa de la mujer y así fueron tres para el miércoles inaugural de la reunión de los asuntos de mujeres. La

semana siguiente se añadieron otras cuatro. Después de eso no apareció ninguna más, pero en total eran siete mujeres que se reunían todos los miércoles por la tarde y cada dos semanas las acompañaba una coordinadora muy informada del grupo del centro de la ciudad. La coordinadora daba discursos motivacionales, hablaba de expandirse e introdujo el comentario histórico y contemporáneo de los asuntos de las mujeres, todo eso, según decía, para ayudar a que las mujeres de todo el mundo salieran de la oscuridad y volvieran al redil. Una vez al mes, el grupo iba al centro, a la reunión conjunta de todas las subdelegaciones de todos los distritos de esta orilla y de este lado de la frontera que habían conseguido establecerse. Como era de esperar, para entonces en nuestra zona ya habían empezado a circular las habituales historias paranoicas.

Uno de los rumores que corría sobre nuestro grupo de mujeres subdelegadas giraba en torno al lugar de reunión, porque, después de los primeros tres miércoles, el marido de la primera mujer no quiso que siguieran comportándose con feminismo en la casa donde él vivía con su esposa porque, por muy amable que fuese y muy conciliador que quisiera ser, lo sentía mucho, pero tenía que cuidar su reputación. Eso no disuadió a las mujeres, que se dispusieron a arreglar la caseta que tenía la primera mujer en el jardín para que fuese un lugar acogedor y agradable para las reuniones. Antes habían acudido a la capilla para ver si les dejaban uno de los barracones prefabricados del descampado. Eran de la parroquia y muchas veces permitían que varias organizaciones (más que nada los renegantes) los usasen para sus asuntos, como reuniones para la defensa de la zona, reuniones para el fomento de la causa y reuniones de los tribunales clandestinos, pero la parroquia se negó a prestarles o alquilarles uno porque para entonces la opinión sobre aquellas mujeres se había transformado. Ya no se las veía como algo inofensivo o infantil, como objetos de mofa que jugaban a hacer reuniones sobre temas de mayores, ya que de pronto buscaban un local de verdad en el que hacer sus reuniones. La cuestión de cuál era exactamente la razón por la que querían hacerlo cobró vida. «Si les dan un barracón —decía la zona—, allí dentro podrían hacer cualquier cosa. Podrían organizar actos subversivos. Podrían mantener relaciones homosexuales. Podrían practicar y someterse a abortos», y el resultado fue que la parroquia dijo que no. Afirmaron que de acuerdo con esto y en contravención de eso y basándose en aquello de más allá, concederles la petición sería un acto tan escandaloso y falto de principios por parte de la parroquia como lo era que ellas se hubieran atrevido a hacerla. Así que les prohibieron el uso de los barracones debido a la deshonra y a la

atrocidad, pero eso no las hizo desistir, sino que se pusieron de inmediato a pintar y decorar la caseta. Colocaron estanterías, cortinas, llevaron lámparas de aceite, un hornillo de parafina, tazas de colores, una caja de té, una lata para galletas, alfombras mullidas y cálidas y flores y cojines. De las paredes colgaron pósteres de mujeres de los asuntos de todo el mundo que eran ejemplares; los habían obtenido de la delegación de la ciudad, que los había obtenido de la sede internacional de las mujeres. Pero primero, nuestras siete mujeres consiguieron que el marido de la primera mujer entrase en la caseta a ocuparse de las arañas y de los insectos, a lo que él, con la condición de que no dijeran ni palabra sobre su intervención en el asunto, había accedido a hacer en mitad de la noche.

La segunda historia que circuló sobre las insurrectas homosexuales abortadoras y aborteras fue que la octava, la que no era de nuestro distrito, sino una facilitadora muy informada y sabia de la delegación de la ciudad que las visitaba cada dos semanas para levantarles el ánimo, alentarlas con su entusiasmo y traer montones de panfletos sobre abundantes asuntos de mujeres, era de la religión del otro bando, además del país de ahí enfrente. Lo habitual era que eso no supusiera un problema y que no pasase absolutamente nada, teniendo en cuenta, en primer lugar, que era una mujer y en consecuencia tenía menos importancia como posible amenaza para la actividad paramilitar del distrito de la que habría tenido la visita de un varón. En segundo lugar, la habían invitado siete mujeres de la zona y normalmente esas serían suficientes referencias y recomendaciones. Sin embargo, debido a que esas mujeres en concreto no tenían mucho de normal, una invitación de ellas no tenía el mismo peso que la de cualquier otra persona. Eso quería decir que la octava mujer dejó de tener permiso para entrar, al menos hasta que la sometiesen a una investigación rigurosa. Al fin y al cabo, ¿no era posible, como advertía radio macuto, que no fuese una mujer de los asuntos, una señora que luchase por la liberación de la mujer, sino una huidiza *agente provocatrice* del Estado? Cómo no, mediante una leve exageración y con la escalada habitual de los rumores, la mujer se convirtió en una espía. A ojos de la comunidad, y sobre todo a ojos de los paramilitares, la octava mujer era una enemiga dispuesta a tenderles una trampa a nuestras siete mujeres cándidas y majaretas para convertirlas en informadoras. Así que un miércoles por la noche, los renegantes irrumpieron en la caseta para llevársela. Entraron con máscaras de Halloween, pasamontañas y pistolas, aunque había alguno tan seguro de su poder como para negarse a cubrirse la cara, pero allí dentro no encontraron más que a las siete mujeres en chal y zapatillas, tomando té y

bollos y debatiendo con seriedad colorida las repercusiones de la masacre de niños y mujeres a manos de la caballería voluntaria en la batalla de Peterloo del siglo XIX. De las paredes de la caseta colgaban impresionantes imágenes a tamaño real de mujeres inspiradoras, prototípicas, mujeres maravilla de ayer y de hoy que eclipsaron e incluso aturdieron a los renegantes durante unos instantes: las Pankhurst, Millicent Fawcett, Emily Davison, Ida Bell Wells, Florence Nightingale, Eleanor Roosevelt, Harriet Tubman, Mariana Pineda, Marie Curie, Lucy Stone, Dolly Parton y otras similares, pero la octava mujer no estaba, porque las otras siete, que estaban muy pendientes de radio macuto, habían avisado a su hermana del peligro inminente y le habían dejado más que claro que no debía acudir. A pesar de todo, al recuperarse del impacto que les había producido en el cerebro la sensación falsa de la presencia de esas enormes mujeres adicionales venidas de siglos atrás a acompañar a nuestras siete, los renegantes tardaron un segundo en poner la diminuta caseta patas arriba buscando a la octava. Después advirtieron a las mujeres de los asuntos que no volvieran a invitarla, porque la matarían por agente espía y a ellas les impondrían un castigo severo por cómplices del Estado. No obstante, respondiendo a una actitud floreciente que comprendía un talante de seguridad y de sentirse con derechos, a las mujeres de los asuntos les pasó algo dentro y, contra todo pronóstico, declararon que no pensaban hacerlo. Lo que querían decir era que no pensaban dejarse mandar y que, a pesar de que era muy probable que la octava mujer no regresase jamás porque los renegantes lo habían estropeado todo, si ella decidiese volver, no solo no la rechazarían, sino que la respaldarían firmemente y los renegantes ya podían pudrirse. Cada parte dijo lo suyo y los renegantes hicieron más amenazas, a las que siguieron las declamaciones sobre pedagogía y sobre los males del patriarcado por parte de las mujeres de los asuntos. Al final, «por encima de nuestros cadáveres», dijeron las siete en un gesto fatalista como si quisieran cavar su propia tumba, lo que acabó sirviendo a los intereses de los renegantes. A diferencia de las mujeres tradicionales de la zona, que de vez en cuando se unían de manera instintiva y se alzaban para poner fin a algún problema político o del distrito que se hubiera salido de madre, estas siete mujeres, por muy atrevidas que hubiesen sido en ese momento de inspiración en el que habían hecho frente a los renegantes, no constituían la misma masa crítica y robusta que ellas ni podían constituirla. Así que dijeron: «Por encima de nuestros cadáveres», y los renegantes contestaron: «De acuerdo. Por encima de vuestros cadáveres», y si no hubiese sido por que las mujeres tradicionales, mi ma incluida, se enteraron del asunto y tomaron cartas en él,

nuestra subdelegación del movimiento internacional de mujeres habría tocado a su fin a causa de la muerte repentina y violenta de todas sus miembros. Pero resultó que las mujeres normales del distrito se enteraron, se unieron una vez más y se lanzaron a la acción. Y lo hicieron a pesar de las reservas que tenían, no solo por tener que lidiar con algo que, en su propia acumulación, constituía la tenaz máquina de matar de los renegantes, sino por la tercera historia que circulaba por ahí sobre las tediosas mujeres de los asuntos, una que tuvo un impacto adverso y exasperante sobre las mujeres tradicionales.

Las mujeres siempre levantaban los toques de queda. Me refiero a las tradicionales, porque hasta entonces no había existido esa cosa tan moderna de las mujeres de la sororidad. Y el levantamiento del toque solía ser porque a las mujeres tradicionales se les había acabado la paciencia. Esa paciencia se veía sometida a demasiadas pruebas y demasiados excesos, y la consiguiente reacción se dirigía a cualquier grupo de hombres de cualquier religión y orilla que impusieran normas, se excedieran en su imposición de normas y, además, esperasen que los demás (es decir, las mujeres) les consintieran la ridiculez y la tontería que en sus cabezas habían imaginado que pasaba por lógica. O sea, se trataba de la mentalidad de la caja de juguetes: los trenes de juguete del desván, los soldaditos de juguete en el campo de batalla y, en el caso del Estado y del ejército, el juguete preferido que sacaban de la caja de vez en cuando eran los toques de queda en los que la única norma era que si lo incumplías y salías de casa sin un permiso después de las dieciocho horas y a veces incluso después de las dieciséis, sin sentir ni padecer, sin respeto por nadie, te disparaban en el acto. Lidiar con la marca de paramilitares presentes en tu distrito y con sus reglas peliagudas y expresiones pedantes ya era difícil, así que si también había que aguantar al otro bando con sus ridículas idas y venidas, no era de extrañar que en esas circunstancias la tolerancia de las mujeres tradicionales acabase tendiendo a cero, porque era imposible que fuera de otro modo. Así que se hartaban, porque la vida seguía, había niños a los que alimentar, pañales que cambiar, tareas de la casa, la compra, problemas políticos, y todo eso había que manejarlo, esquivarlo o amoldarse a ello de la mejor manera posible. Así que la paciencia se acababa a una y, a pesar de que la policía y el ejército estudiaban las tácticas y mimaban los ajustes del plan antes de salir a la calle con rifles y megáfonos para asegurarse de que nadie incumplía el toque de queda, cientos de mujeres se quitaban el delantal, se ponían el abrigo, el chal, la bufanda y, con radio macuto lista y preparada, salían por la puerta adrede y sin permiso, después de las dieciocho horas y a veces incluso después de las dieciséis, a ocupar las aceras, a llenar

las calles hasta el último centímetro cuadrado de territorio prohibido en la queda y a esparcirse por todas partes. Y no iban solas. Con ellas salían hijos, bebés berreando y un surtido de mascotas compuesto por perros, conejos, hámsteres y tortugas. Empujaban carricoches, cargaban con banderines y pancartas y gritaban: «¡SE HA ACABADO EL TOQUE DE QUEDA! ¡QUE SALGA TODO EL MUNDO! ¡SE HA ACABADO EL TOQUE DE QUEDA!», con lo que invitaban a todos los habitantes que no habían salido ya a hacerlo para que todo el mundo participase en el desafío al Estado, y las veces que las mujeres tradicionales lo habían hecho hasta la fecha, las veces que habían reclamado cordura, la policía y el ejército se habían dado cuenta de que el toque de queda en cuestión se había acabado delante de sus narices. De otro modo, barrer a tiros a todo un distrito de mujeres, niños, carricoches y pececitos, atravesarlos con la espada, por muchas ganas que tuvieran, no quedaría bien; quedaría muy grave, muy sexista y muy desequilibrado no solo a ojos rabiosos del bando crítico de los medios nacionales, sino a ojos de los medios internacionales. Así pues, con el toque de queda anulado, el ejército y el Estado volvían a abrir la caja de juguetes para ver qué encontraban dentro, y las mujeres tradicionales, al acabar con la cuota obligatoria de enarbolamiento de pancartas, piquetes, protestas y entrevistas, regresaban a casa a toda prisa y vaciaban las calles en cuestión de segundos para poner la cena en la mesa.

Ese era el procedimiento habitual para levantar los toques de queda. Sin embargo, en cuanto al más reciente que había habido que interrumpir, los acontecimientos no habían sucedido como acostumbraban. Porque nuestras siete mujeres de los asuntos decidieron involucrarse. Como era habitual, y después de tantos días de toque de queda, las mujeres se habían cansado. Salieron de casa y se acumularon para contradecir los «VOLVED A CASA. NO ES UN JUEGO. ÚLTIMO AVISO: OBEDECED EL TOQUE DE LAS DIECISÉIS HORAS. SI NO DESPEJÁIS LA CALLE EN». Sin embargo, esa vez las mujeres de los asuntos estaban entre las normales, y al principio estas últimas no pensaron nada. Al fin y al cabo, todo el mundo era bienvenido a la hora de hacer frente al Estado. Sin embargo, justo cuando ya se habían ocupado una vez más del toque de queda y estaban a punto de correr a casa para ponerse a pelar patatas, las mujeres tradicionales se exasperaron porque las de los asuntos usurparon la finalidad del levantamiento del toque de queda, aunque más tarde afirmaron que no había sido culpa suya. Dijeron que era cosa de los medios, y era cierto que las habían descubierto por las pancartas que llevaban entre el resto de las mujeres y sus pancartas. A pesar de que eran solo siete mujeres de los asuntos en comparación con varios cientos de mujeres tradicionales, las

cámaras de todo el mundo se fijaron en ellas de inmediato. No se trataba precisamente de que las tradicionales buscasen la fama y ser célebres, no es que quisieran salir en la televisión y en todos los periódicos del mundo. Es que no querían que las identificasen con una protesta que nada tenía que ver con levantar el toque de queda y sobre todo con los asuntos de los que esas mujeres hablaban sin parar y de manera incesante. Las mujeres normales llevaban un tiempo esperando a, e incluso temiéndose, que en cuanto empezasen, las de los asuntos aprovecharían la oportunidad para calentarles la cabeza de manera amplia y enciclopédica sobre las injusticias y las transgresiones que se cometían contra las mujeres, no solo en el presente, sino a través de los siglos, y que lo harían con terminología como «terminología», «los estudios dicen que», «incorpora la antipatía sistémica, transhistórica, institucionalizada y legalizada por» y demás frases que en esa época esas mujeres parecían soltar a diestro y siniestro. También sacarían a relucir las injusticias, pensaban las mujeres tradicionales, las más importantes y famosas, las internacionales: la quema de brujas, el vendaje de los pies, el ritual del satí, los crímenes de honor, la circuncisión femenina, las violaciones, el matrimonio infantil, las lapidaciones, el infanticidio femenino, las prácticas ginecológicas, la mortalidad materna, la esclavitud doméstica, el tratamiento como objeto, como ganado de cría, como posesiones, las niñas que desaparecían, las niñas que se vendían y la retahíla de socializaciones y escándalos culturales, tribales y religiosos del mundo, además de los avisos que se daban a lo largo de la historia del patriarcado sobre lo que no era común que una mujer hiciera, pensara o dijese. Pero no. Eso no pasó, que en mitad de una revuelta contra un toque de queda ya habría sido un problema. Nuestras mujeres de los asuntos prefirieron mencionar cosas caseras, personales y comunes, como cuando vas andando por la calle y un tipo te pega, un tipo cualquiera, justo cuando pasas por delante, por nada en concreto, solo porque está de mal humor y le ha apetecido darte o porque un soldado de la otra orilla se lo ha hecho pasar mal a él y ahora te toca a ti pasarlo mal y por eso de pega. O que te toquen el culo cuando pasas. O que al pasar te hagan un comentario masculino en voz alta sobre tus características físicas. O que te magreen y lo hagan pasar por una pelea de bolas de nieve entre amigos. O que en verano el verano te acompleje porque si no llevas mucha ropa por el calor, si llevas un vestido corto, se te echan encima con el acoso callejero veraniego. Luego estaba la menstruación y la idea de que era una afrenta al hecho de ser persona. Y el embarazo, que no se podía evitar, pero también era una ofensa al hecho de ser persona. Después hablaron

también de la violencia física de siempre, como si no fuera violencia normal, y de que cuando te arrancaban la blusa en una pelea o si te arrancaban el sujetador en una pelea o si te magreaban en una pelea, esa violencia no era tan física como sexual, aunque tuvieras que fingir que el sujetador y el pecho eran algo secundario a la violencia física y no el objetivo concreto y disimulado de la violencia física, lo que lo convertía en violencia sexual desde el principio. «Esa clase de cosas —se quejaban las mujeres tradicionales—. Y todo dicho con ese lenguaje de la terminología. Total, para que se rieran de ellas, porque todo el mundo se reía: los cámaras, los reporteros y hasta los del toque de queda. No me extraña, con esa manía que tienen de sacar los trapos sucios». Pero, en general, lo que fastidiaba a las mujeres tradicionales era que cualquiera que estuviese viéndolas desde cualquier parte del mundo pensaría que ellas, las tradicionales y sensatas, también eran mujeres de los asuntos. Así que, como las mujeres de los asuntos se habían apropiado del levantamiento, las relaciones se habían enfriado, y así era como estaba la situación cuando les dijeron «por encima de nuestros cadáveres» a los renegantes. Las mujeres tradicionales estaban tan molestas con ellas como cuando un idiota se ofrece a ayudarte a fregar y luego rompe todos los platos, pero aun así no podían dejar que los renegantes actuaran con su habitual actitud letal.

Por eso fueron a verlos, a ver a los renegantes. «No seáis ridículos —les dijeron—. No podéis matarlas. Son unas bobas. Intelectualmente bobas. ¡Academia! Para eso sirven, nada más». Añadieron que deshacerse de las mujeres de los asuntos, por muy pesadas que fuesen, sería equivalente a comportarse de forma injusta, inconsiderada y despiadada con los más frágiles del distrito y que si lo hicieran, sería uno de esos acontecimientos trascendentales que les traerían consecuencias lamentables para su reputación en los libros de historia. Las tradicionales les dijeron a los renegantes que podían dejar a las de los asuntos en sus manos, que ellas se ocuparían de la cuestión y de ir al centro a hablar con la octava. Todo eso lo hablaron con gran diplomacia, como si no les presentasen una directriz a los renegantes, sino que les pidieran un favor, ayuda urgente; y a pesar de que los renegantes sabían distinguir entre una directriz y una petición de ayuda, el hecho de que su supervivencia como guerrilla armada en un entorno anti-Estado muy unido dependía del apoyo local de ese entorno significaba que estaban muy dispuestos a llevar a cabo una política de riesgos calculados con cordialidad. Dando la impresión de reflexionar en voz alta, contestaron que tanto si esas mujeres eran bobas como si no, y sin pretender favorecer a unas o a otras,

ellos no pensaban permitir que el movimiento y sus miembros se pusieran en riesgo, y que no habría disculpas para las siete si la octava se atrevía a pisar la zona. Al final, después de mucho toma y daca, y por mucho que las siete continuasen sermoneando sobre lo dispuestas que estaban a defender a la octava a muerte, cosa que los renegantes fingieron no oír y que hizo que las tradicionales les advirtieran a las de los asuntos que se callasen y pararan de hablar, las tradicionales y los renegantes llegaron a un acuerdo. Entonces tres de nuestras tradicionales fueron al centro a visitar a la octava en la subdivisión y le explicaron la situación: «No sabemos con qué les has lavado el cerebro a nuestras mujeres —le dijeron—. No sabemos si eres Mata Hari. Nos da igual lo que te pase. Pero no queremos tener que estar siempre dejando las cosas de casa y las tareas diarias para evitar que a esas tontas se las lleven los paramilitares. Va en serio: no te acerques a nuestra zona». La octava mujer accedió y así se acabó la posibilidad de que una mujer de los asuntos con opiniones y formas de ver la vida muy amplias viniera de fuera a nuestro enclave totalitario, y estas tres historias (el comportamiento en la caseta, que se relacionasen con una agente del Estado y que hubieran hecho enfadar no solo a nuestras tradicionales, sino también a los renegantes) eran el motivo por el que yo ni me acercaba a las mujeres de los asuntos. Era demasiado arriesgado y ellas desafiaban el *statu quo* mientras yo intentaba no aparecer siquiera en el radar de ese *statu quo*. Además, las vigilaban de cerca por si había más señales de deterioro. Aunque hasta cierto punto yo podía estar de acuerdo con algunos de sus asuntos, no pensaba ni mucho menos tratar con ellas. Por eso permanecí callada en la camioneta del lechero de verdad y escuché con educación hasta que él acabó lo que tenía que decir.

Hablaba con facilidad, aunque al final se le acabó el tema, supongo que porque lo que defendían esas mujeres lo tenía perplejo. Después de eso, el trayecto continuó en silencio, aunque ya estábamos lejos de la zona de los diez minutos y del sitio de siempre. También habíamos alcanzado y dejado atrás el resto de mis puntos de referencia: el cuartel de la policía, la casa donde hacían pan, la casa de las religiosas, la carretera de los parques y los embalses, las carreteras de segregación y la calle donde estaba la casita de la tercera hermana y el tercer cuñado. Enseguida llegamos a mi casa y se detuvo delante de la puerta. «Entra, anda —me dijo el lechero de verdad—. Está más oscuro que de costumbre, es una noche densa y oscura, pero no te preocupes. Yo me ocupo de lo que hemos hablado —me aseguró, y señaló la cabeza del gato—. Dile a tu ma, si ya se ha marchado cuando yo llegue a casa de esa pobre mujer, que mañana vendré a verla». Contesté que sí con la cabeza y

estaba a punto de preguntarle si de verdad de la buena iba a enterrar la cabeza en vez de fingir que lo haría, pero me di cuenta de que no hacía falta. «Gracias», farfullé, y me di cuenta de lo cansada que estaba, de pronto estaba agotada, como borracha. Tan exhausta estaba que casi no había sido capaz de darle las gracias. Quería decírselo otra vez, decirlo bien, o sea, gracias por lo del gato, por traerme a casa, por ser amigo de mi madre, por ser una persona siempre presente. Pero no lo hice. Me bajé de la camioneta mientras él esperaba con el motor en marcha. Con el cielo negro como el azabache, saqué la llave y, por primera vez en mucho tiempo, la metí en la cerradura con facilidad, sin temblar.

4

El tercer encuentro con el lechero no fue el fin del lechero. Hubo más encuentros reales, además de los inventados por la comunidad. En los de verdad, como cuando nos vimos en la zona de los diez minutos, el lechero no fingía haberse cruzado conmigo por casualidad. No había falsa sorpresa ni «¿qué haces por aquí?». Era más bien «aquí estás», además de otras expresiones conocidas, todas pronunciadas como si nada, como si aquel fuera el sitio donde habíamos quedado. Los encuentros ocurrían en todas partes. Si iba a hacer la compra, él estaba allí. Si iba al centro, él estaba allí. Si salía del trabajo, él estaba allí. Si visitaba la biblioteca, él estaba allí. Y cuando iba a cualquier parte y al salir él no estaba, yo me sentía como si estuviera igualmente. De vez en cuando, reconocía a uno de los ojeadores del distrito y pensaba: «A ese niño lo han enviado a echarme un ojo». Claro que es posible que no fuese así. Lo más probable era que el crío estuviera haciendo la vigilancia habitual de las fuerzas del Estado para la insurgencia militar, o puede que ese día tuviera fiesta y en ese momento no vigilase a nadie. La cuestión es que yo sospechaba de casi todo y casi todos, y eso era prueba de hasta qué punto el lechero había calado en mi vida. Se había infiltrado en mi psique y estaba claro que los tres primeros encuentros no habían sido tan casuales como yo me empeñaba en creer. Ahora aparecía, me paraba, me interceptaba o me alcanzaba por la calle, todo como si fuera lo más normal. Me resultaba injusto. Durante los lapsos de memoria, anhelaba hacer las cosas normales que se hacían con chicos, soñaba despierta con lo agradable que sería si el medio novio y yo pudiéramos quedar con normalidad al salir del trabajo tal como veía que hacían las parejas normales al final del día. El novio formal salía del trabajo e iba paseando hasta el ayuntamiento a esperar a su novia formal. Ella también acababa la jornada y se dirigía hacia allí con todo el derecho del mundo y con la misma normalidad para encontrarse con él. Muchas parejas lo hacían. Las veía cuando volvía a casa a pie y sabía que era

una de las rutinas de las parejas formales. Se reunían de manera informal, cómoda y cotidiana y hacían algo informal, cómodo y cotidiano. A lo mejor iban a un *fish and chips* y, mientras cenaban, charlaban sobre cómo les había ido la jornada y se ponían al día. Aunque esa cotidianidad parecía simple, yo sabía que en realidad era algo enorme que demostraba que en las parejas formales no había nada a medias. Pero nuestro caso no era así. Mi horario y el del medio novio no permitían esa clase de intimidad. Si bien lo que lo impedía en realidad era tener una medio relación. Y ahora, con la escalada de encuentros indeseados y del mismo modo que me había leído la mente con las clases de cultura clásica, el lechero estaba en sintonía con mis sueños y deseos secretos. Solo que él era el hombre equivocado. Además, que diese por sentado que había algo era sin mi consentimiento. Aun así, él continuaba apareciendo sin que yo pudiera esquivarlo. A veces lo veía, o creía verlo, cuando estaba en los bares y en los clubes del centro con el medio novio. Esos bares y clubes eran locales inciertos, locales arriesgados, escasos a raíz de los problemas políticos. En teoría, eran lugares adonde podía ir cualquiera, es decir, que eran lugares mixtos pensados para todas las religiones. Había un puñado de religiones, aparte de las dos que estaban en conflicto, pero en comparación con esas dos enfrentadas, las demás, fueran las que fuesen, no contaban. Además, aquellos entornos de socialización del centro los frecuentaban brigadas de agentes encubiertos del Estado de los que espiaban, se infiltraban, llevaban armas ocultas y hacían sesiones de fotografía, lo que significa que a esos bares y clubes podías ir a tomar una, digamos, o tal vez dos, pero no era el típico sitio en el que te convenía emborracharte. Por eso la mayoría de los lugareños, que eran gente normal, como el medio novio y yo, personas que no tenían ninguna actividad política, iban allí a primera hora, a tomar una o tal vez dos y maravillarse de la estupidez de los turistas antes de ir a establecimientos más aceptables de cualquier otra zona de las prohibidas a los no incondicionales. En nuestro caso, íbamos siempre a la suya y no a la mía, por el peligro de que hubiera una intervención materna con sus preguntas de evaluación y planes de matrimonio. Sin embargo, las últimas veces que habíamos ido a los bares y clubes del centro, yo no paraba de mirar a mi alrededor, nerviosa por si el lechero estaba allí con nosotros. Pensaba que quizá nos vigilaba, que nos espiaba, que tal vez nos hiciera fotos en secreto, pero me preocupaba sobre todo porque me había dejado clara su postura respecto a que yo saliese con el medio novio. Y aun así, allí estaba yo, saliendo con el medio novio, lo que tampoco quería decir que hubiese desestimado la amenaza de bomba.

El medio novio y yo nos habíamos peleado por culpa de eso, porque el lechero seguía presionando a base de señalar el asunto, de hacer amenazas veladas, de contar el paso del tiempo y comunicar su deseo, que era básicamente: «Deja de salir con el tipo o te enteras». Lo que hacía era mencionar al medio novio y, a continuación, hablar de coches y de la hermana mayor cuyo marido (el que llevaba en el corazón pero con quien no se había casado, no el chismoso adicto al sexo con el que se casó por culpa de la pérdida, el dolor y la desesperación) había muerto a causa de una bomba de los defensores del Estado. «Un coche bomba, ¿verdad?», recalcaba. Así que mencionaba al medio novio. Luego los coches. Luego la hermana. Y el difunto amante. Y coches bomba. Entonces volvía al medio novio hasta que me traía a la memoria a fulano de tal y su incesante discurso de acosador. Al final conseguía meter al medio novio, las bombas y al muerto que había sido novio de mi hermana en una sola frase, de manera que era imposible no pillar la indirecta. Yo lo pillaba. Captaba la alusión, detectaba el rodeo y lo siguiente fue que me peleé con el medio novio. En el momento, debido a cómo tenía la cabeza, me pareció que la discusión era culpa del medio novio. Tampoco era porque yo ya no hablase, porque ahí estaba yo, hablando. Por desgracia, debido al estado de imprecisión de nuestra relación, debido a que él vivía al otro lado de la ciudad y no habría oído los rumores que decían que yo era el objetivo romántico del tal lechero, debido a que yo estaba confundida y las tácticas del lechero me debilitaban cada vez más y debido a que tenía dieciocho años y nadie me había enseñado a expresar mis ideas, necesidades y emociones de manera sana, mis explicaciones eran incoherentes y nada de lo que intentaba decir parecía salirme bien. Además, me resultaba inconcebible que el lechero pudiera matar al medio novio de verdad. Sin embargo, hasta yo sabía que la gente con causas ideológicas no siempre actuaba en nombre de la causa. Los prejuicios personales existían, las irregularidades singulares, las interpretaciones subjetivas. Había gente que estaba loca. No se trataba de que yo pensase que el lechero no era capaz de poner una bomba en un coche, porque estaba bastante segura de que sabía cómo hacerlo. Es que todavía me costaba creer que hubiera algún hombre capaz de codiciarme hasta ese punto. Desde que se había metido en el papel de prepararme, de crearme confusión y empujarme hacia el precipicio desde donde, derrotada, yo me rendiría y me subiría a sus vehículos de forma voluntaria y como su mujer, yo ya no estaba segura de qué era plausible, qué era una exageración ni qué era la realidad, una ilusión o mera paranoia. Tampoco se me habría ocurrido que fomentar la impotencia y el desposeimiento mental podían formar parte del mundo de

estímulos de aquel hombre. Pero ocurría. Los coches bomba eran reales. La hermana mayor era prueba de ello. No fue al funeral de su amado porque al estar casada con otro, se suponía que ya no debía estar enamorada de él. Así que el día del funeral del hombre del que estaba enamorada, se quedó en casa, en casa de mi madre, no en la suya, con el rostro ceniciento, los ojos enormes y la mano sobre los labios en un gesto de incredulidad. Miraba el reloj, lo miraba sin más y no quería que nadie se le acercase; no lloraba, pero con la peor de las voces nos decía: «Fuera. Largo. Fuera» cada vez que cualquiera de nosotras se acercaba, incluso a mi madre. Por eso yo temía por el medio novio, y él se quedaba ahí plantado y no se lo tomaba en serio. Le pregunté si era necesario que fuese en coche y él me miró y dijo: «Soy mecánico; y aunque no lo fuese, medio novia, no tengo que ir en coche, pero quiero hacerlo». «¿Y si pasan... cosas?», le preguntaba yo. «¿Cosas? —respondía él — ¿Qué cosas?». «Cosas. Ya sabes. Pegadas a..., pegadas...», «¿Pegadas a qué?», «A la parte de abajo», «¿De qué hablas, medio novia?», y esperó. «¿Y si pasa... —empecé de nuevo—, una bomba?».

El medio novio, que había comprendido o creía haber comprendido, me dijo que sí, que a veces había bombas, claro que sí, pero que yo debía de saber que no era algo constante, que los coches bomba, en proporción a la cantidad de población, casi nunca pasaban. «Aquí casi nadie sale volando por los aires con una bomba en el coche —dijo—. Aquí casi nadie sale volando por los aires. Además, medio novia, no puedes dejar de vivir tu vida solo porque puede que un día te mate alguien». Tal como lo dijo, parecía fácil, y eso significaba que no había captado los detalles de la situación. Yo no sabía cuándo los captaría, porque, además de la intromisión del lechero en mi vida, había que tener en cuenta las intromisiones de la comunidad. El escándalo del lío con el lechero se había extendido con furia y rapidez, hasta el punto de que iba camino de convertirse en un superventas, y a causa de eso y de todas esas transgresiones agravantes, yo me sentía cada vez más circunscrita a una situación de incoherencia y debilidad. Entonces el medio novio preguntó que quién iba a querer matarlo a él si ni siquiera trabajaba en una zona de defensores. Ni mixta, para el caso. «Mira, mi amor —me dijo—. Esto lo piensas por lo que le pasó al exnovio de tu pobre hermana. No quiere decir que le vaya a suceder a todos los novios. Así que imagínate a los medio novios», bromeó. Una vez más, parecía fácil, como si algo así, como si semejante final distase mucho de su visión del mundo. Entonces intentó tocarme, pero yo me aparté y me alejé de él. Antes de lo del lechero, que el medio novio me tocara, sus dedos, sus manos, era lo mejor, el *summum* de lo

agradable. Pero ahora, desde lo del lechero, cada vez que una parte del medio novio se me acercaba, me provocaba una ola creciente de revulsión y la sensación de que estaba a punto de vomitar. Me repugnaba; mi propio medio novio me repugnaba y, aunque yo no quería que pasase y hacía lo posible por no darme cuenta de que me repugnaba, lo culpaba a él de la sensación y de que yo no fuese capaz de razonar y dejar de sentirlo. Así que le apartaba la mano, los dedos, lo apartaba a él, me ponía tensa, me dolía el estómago. Sabía que era por el lechero, pero al mismo tiempo no alcanzaba a entender cómo podía ser por el lechero. En el poco tiempo que había pasado desde que se había fijado en mí y había empezado a destruirme, solo me había mirado la primera vez desde el coche y tampoco había dicho nada lascivo ni provocador ni burlón. Sobre todo, no me había puesto ni un dedo encima. Ni un dedo. Ni una vez.

En cuanto a la comunidad, y al lío que yo tenía con el lechero según la comunidad, la relación se había afianzado y así estaba la cosa, fuera ese el caso o no. Corrió el rumor de que tenía citas habituales con él, *rendez-vous*, encuentros íntimos a lo punto punto punto en diversos lugares punto punto punto de la ciudad. Frecuentábamos en particular nuestros dos lugares románticos favoritos, que eran la carretera de los parques y los embalses y la zona de los diez minutos, aunque también se decía que nos gustaba pasar el rato a solas (con la compañía, se supone, de todos los que nos espiaban) entre la hierba alta que crecía sobre las tumbas más antiguas de la parte vieja del sitio de siempre. Con toda mi confianza y mi arrogancia, yo me subía a sus coches cantones, se decía, porque, en efecto, me había visto mucha gente. «La va a buscar para sus citas —comentaban—, para los encuentros amorosos, sus escapadas de amor, y van a esos sitios». «Cuando no van a esos lugares —se rumoreaba también—, fomentan su cercanía ilícita en los bares y clubes arriesgados del centro». «Pero él ya está casado, no sé si lo sabías», susurraban. «Ya la está cubriendo», musitaban otros. «Bueno, es que es él —decían—. Y en cuanto a ella, ¿acaso no tiene preferencia por las medio relaciones en lugar de las relaciones de pareja rectitudinarias y de grandes principios?». Todo eso traducido quería decir que no tardaría en sacarme de casa de mi madre y meterme en algún apartamento, cómo no, del barrio chino, destinado a tener *cinc à septs* con él. «Hazme caso de lo que te digo», recomendaba la gente, y todo eso tenía sentido en el contexto de un distrito totalitario, demasiado reservado, enrevesadamente retorcido, hipercotilla y puritano pero indecente. Pero fuera de ese contexto, separado de esa picazón, de los cuchicheos, del pasarse notas a escondidas y del interés malsano en

cuestiones sexuales que existía hasta el punto de que la porquería sexual era absolutamente el mejor cotilleo cuando uno quería descansar de los cotilleos políticos, habría sido muy difícil determinar de qué manera la gente de la zona conseguía información tan detallada sobre mí y sobre él. Sus creaciones imaginarias gravitaban hasta mis oídos calumnia tras calumnia. Luego estaban esas otras ocasiones en las que intentaban establecer una línea de comunicación más directa, como cuando me perseguían por la calle para destruirme a preguntas, cara a cara.

Yo ya desconfiaba de las preguntas mucho antes de lo del lechero y yo. Cuando me preguntaban algo, pensaba: «¿Quién es esta persona? ¿Qué hay detrás de la pregunta? ¿Por qué disimulan con subterfugios pensando que así me engañan? ¿Por qué insinúan cosas y hacen comentarios con segundas, de manera supuestamente disimulada, cuando yo sé que lo que intentan al poner a prueba mis ideas, opiniones y preferencias es provocar una respuesta que han decidido de antemano para dejarme en evidencia con malas artes?». Yo me había dado cuenta (y ya me había percatado de eso en primaria) de que a menudo se podía saber si alguien tramaba algo incluso cuando esa persona pensaba que disimulaba bien que tramaba algo. No era que los delatase solo algún aspecto interno o verbal de sí mismos, sino que su verdadera naturaleza se revelaba mediante la atmósfera contaminada y desequilibrada de la que escogían rodearse. Ese campo de energía los acompañaba cuando se acercaban a mí, y tan pronto como los divisaba, me daban escalofríos y se me erizaba el vello de la nuca. Era el contraste entre eso, indicadores muy potentes pero invisibles, y los modales supuestamente inocuos y parentéticos que mis vecinos creían presentarme lo que mejor me revelaba que, por el motivo que fuera, no venían desde la verdad. Ni que decir tiene que yo no tenía por qué saber el motivo por el cual me ocultaban algo. Con ciertos individuos cabía la posibilidad de que no se tratase de burlarse de mí, de provocarme una emoción inmoderada ni de hacerme decir algo que fuese en mi detrimento. Podía tratarse de alguna preocupación personal que tenían la necesidad humana y vulnerable de no compartir, aun necesitando aclaración o información por parte de otra persona. No obstante, con los cuajaenredos y los correveidiles (y sobre todo con nuestros cuajaenredos y supercorreveidiles), la cosa siempre iba de escudriñar, sonsacar, escuchar para conseguir ventaja, siempre iba del compromiso con que aquí la opinión pública se dedicase de lleno a la conjetura, no solo fuera, sino también en el frente interno.

Emprendían la ofensiva y se dirigían a mí con preguntas, solo que no eran preguntas directas como «y esto ¿por qué?» o «¿qué pasa con esto?». Más bien era «no sé quién ha dicho que» y «se ha dicho que» o «hemos oído que la amiga de la hija del hermano del primo de nuestro tío, que ya no vive por aquí, ha dicho que». Algunos hasta mencionaban la palabra rumor, «corre el rumor de que», antes de personificar ese chisme, como si no fueran ellos los que inauguraban o perpetuaban el Rumor con mayúscula. Con esas consultas que parecían inocentes, aunque otras veces eran afirmaciones que dejaban colgando en el aire, abrían la boca y esperaban incitarme (por miedo, por estar conmocionada o por defenderme) a abrir la mía y ofrecerles una respuesta jugosa y fácil de desarrollar y ampliar. Sin embargo, antes del primer «no sé quién ha dicho que», yo ya me había percatado de sus intenciones encubiertas sin necesidad de delatar que los había pillado. Pero yo solo sabía contraatacar con más fingimiento. Lo que hacía era reaccionar de la forma más rápida y normal posible: fingía no conocer sus intenciones y respondía con un «no lo sé» continuo a todas las preguntas exploratorias que me lanzaban. Desplegaba mi «no lo sé» como si fuera el mejor jugador de mi defensa verbal y estaba dispuesta a seguir diciéndolo, porque otra cosa que había aprendido antes de acabar primaria era que me convenía mucho no abrir la boca en interés de la verdad, excepto ante unas pocas personas de confianza, unas pocas que a medida que avanzaba el tiempo en primaria se habían convertido en poquísimas y, una vez en secundaria, entre los once y los dieciséis años, mis poquísimas personas de confianza se habían reducido, de manera que con dieciocho años (durante la época del lechero y yo y de los chismes sobre el lechero y yo) la cosa había alcanzado el punto en el que en la lista de poquísimas personas de confianza solo quedaba una en la que yo tuviera fe en todo el mundo. Sospechaba que si seguía abreviando y cauterizando, si continuaba desconfiando y apartándome de manera sistemática de la sociedad, era más que probable que a la edad de veinte años hubiera llegado a la fase de no abrir la boca para nadie ni en ningún lugar.

Así que «no lo sé» era la defensa de tres sílabas con la que respondía a las preguntas. Al usarla me negaba con éxito a que me sonsacasen, me provocasen o me ofendiesen lo suficiente como para revelarles información. En lugar de eso, minimalizaba, retenía, subvertía el pensamiento, abandonaba toda interacción de más, lo que significaba que ellos no conseguían contenido público, contenido simbólico, con cuerpo, con sangre, con pasión momentánea, ningún giro argumental, matices tristes, matices de rabia, matices de pánico ni ubicación de nada. Yo, nada más; y atenuada. Yo,

despojada. Yo, sin añadidos. Es decir, que cuando acababan con las provocaciones indirectas y sus significados inquisitivos e implícitos, no me habían sacado nada, y yo sentía que reaccionar con esa esterilidad era lícito porque para entonces ya tenía claro que en la vida había personas que no merecían la verdad. No eran lo suficientemente buenas para conseguirla. No eran lo suficientemente respetables para obtenerla. Así pues, mentir u omitir estaba bien. Estaba bien. Es lo que yo pensaba. Hasta que llegaron las complicaciones. Era consciente de que, al pronunciar mis «no lo sé», no me atrevía a mostrarles que no era tan ignorante como ellos pensaban de su habla en código, de sus señales oculares, de su intento de calumniarme. También sabía que tenía que proferir mis tres sílabas de la forma menos beligerante posible, al tiempo que disimulaba un mantenimiento crucial pero no reconocido de las distancias. De lo contrario, desafiar a estas personas en ese momento y lugar habría sido el equivalente de abandonarme a mí misma a la acción de las masas o a cualquier otra aversión intensa, y no me sentía con fuerzas para enfrentarme a eso y a sus repercusiones. Así que no revelar que los tenía calados o que mis «no lo sé» en realidad querían decir «¡Largo! ¡A casa! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí!» implicaba un proceso delicado y continuado, y por eso tuve que recurrir a una maniobra de refuerzo. Era una de mis tácticas del repertorio no verbal y yo la empleaba y siempre surtía efecto. Sin embargo, la táctica no quedó en eso. Al principio me salió rodada y demostró proporcionar una ayuda de valor incalculable. Después, de forma inesperada y sin el menor aviso, empezó a adueñarse de los acontecimientos, a invalidar los «no lo sé» que conformaban la primera iniciativa y a poner en marcha estrategias alternativas que, tal como me di cuenta con cierta demora, eran de menor envergadura que mis vecinos cuajaenredos y su efecto iba principalmente en mi contra. Es decir, me atacaba a mí misma y lo hacía con mi cara, con la expresión de mi rostro, una que yo había planeado como temporal, provisional, de la que estaba segura y convencida de que no podía ser nada más que provisional. Había dado por sentado que el aspecto de mi cara, el que yo le daba, cómo yo me presentaba de puertas afuera, dependía de mí, que estaba bajo mi control, del yo de lo más profundo de la sala del consejo. Creía que mi yo real estaba ahí dentro, al mando, oculto a los demás, pero dirigiéndolo todo desde la maleza. Pensaba también que había escogido a un subordinado para que me ayudase, no para que se rebelase, le diera la vuelta a la situación y me anulase. Pero eso es lo que sucedió, y empezó por mi cara.

Me atasqué. Con mi interpretación cuidada del «no lo sé», combinada con un rostro terminal (vacío de todo, sin nada detrás, una nada bien apañada), estaba segura de que desconcertaría a los chismosos, que los confundiría, los pillaría a contrapié y así, frustrados y cansados, acabarían dando la persecución por acabada y todo el mundo se rendiría y se marcharía a casa. Tenía la esperanza de que la mera nulidad que les presentaba les hiciese dudar de sus invenciones y de sus convicciones, incluso sospechar de que un renegante, sobre todo ese Hombre de Hombres en concreto, el Guerrero entre los Guerreros, nuestra suma celebridad y héroe de la comunidad, pudiera haber llegado a sentir lujuria por una persona tan inerte e insulsa como yo. No era que yo pensase que fueran a considerarme estúpida y quedarse ahí, sino que pensaba que irían más lejos y llegarían a la conclusión de que yo no debía de entender el lenguaje a nivel permanente basal y como código social. Que no captaba lo que me preguntaban porque todo el tema de la comunicación emocional y psicológica debía de ser una cosa que me faltaba. Creía que me considerarían un caso de libro, una especie de tabla de logaritmos, correcta pero no del todo. Eso es lo que yo esperaba que pensasen; esperaba que mi disimulo y el uso de mi cara surtirían efecto y que me libraría, que estaría a salvo, si no del lechero, al menos de ellos. No obstante, resultó que tanto el lechero como los rumores sobre el lechero y yo implicaban aprender rápido y sobre la marcha. Eso no lo había incluido en mis planes. No había tenido tiempo para urdir complots y, en cualquier caso, mi mente no funcionaba bien con tramas, planes de acción, pronósticos de unir los puntos. Para reaccionar, yo me guiaba por el instinto, confiaba en los quiebros espontáneos, en una sensibilidad especial para detectar lo que había, en lugar de reaccionar con precisión fría y militar preparada de antemano. En cambio, me di cuenta, con algo de retraso, de que eso debía de ser como con los confidentes. Al principio, caen en las redes de sus contactos policiales y, al asumir la subsiguiente postura pretendida de «no soy confidente, así que ni pienses que soy confidente porque no lo soy», caían en las de los renegantes. Yo también empezaba a perder mi capacidad de razonar, mi habilidad para detectar conexiones obvias y para retener hasta la noción más elemental de cómo sobrevivir en este lugar. Ni que decir tiene que ahora sé que daba igual lo que hiciese o hubiera podido hacer entonces, porque esos correveidiles no habrían parado, jamás habrían cesado ni se habrían marchado, no hasta que él me hubiera dejado en paz después de conseguirme y hartarse de mí. De todos modos, yo decía mis tres palabras y mostraba mi despersonalización y así conseguía confundirlos. En consecuencia, al intentar que mis reacciones

tuvieran sentido, descuidaron sus métodos, se dejaron llevar por la impaciencia y dejaron entrever sus verdaderas intenciones. No se les ocurría que mi agilidad y mi capacidad para el engaño podrían haber excedido su agilidad y su capacidad para el engaño. La gente alcanza niveles extraordinarios de chapucería cuando están convencidos de algo de antemano. En ese sentido, que yo no revelase que tenía cierta carga emocional o intelectual no significa que yo pensase que no la tenía. Claro que me sabía sensible. Claro que era consciente de que estaba rabiosa. Claro que sabía que estaba asustada, que no dudaba de que mi cuerpo rebosaba reacciones naturales. Al principio, sentía esas reacciones y ellas me confirmaban que estaba viva, que estaba ahí, dentro de mi cuerpo, experimentando esa turbulencia bajo la superficie. La cuestión es que, antes de comprender lo que ocurría, la idea de presentar una fachada plana dejó de ser una farsa y fue haciéndose cada vez más real con el paso del tiempo. Al principio noté un entumecimiento emocional. Luego, mi cabeza, que al principio me tranquilizaba con «Excelente. Buen trabajo. Estoy engañándolos con éxito y no saben quién soy ni qué pienso ni qué siento», empezó a dudar de que yo estuviera ahí. «Espera un momento —decía—, ¿qué hay de nuestra reacción? Antes reaccionábamos en privado, pero ahora no hay nada. ¿Dónde está la reacción?». Y así es como mis sentimientos dejaron de expresarse. Después dejaron de existir. Y esa insensibilidad que había salido de la nada se había desarrollado hasta el punto de que, además de la gente de la zona que me consideraba inaccesible, yo misma acabé sintiéndome inaccesible. Al parecer, mi mundo interior había desaparecido.

A nivel físico también se volvió cansino, toda esa desconfianza y estira y afloja, disparos de francotiradores, contradisparos de antifrancotiradores, los quiebros y los giros en los que tanto yo como mi comunidad parecíamos ir a la deriva hacia un enfrentamiento final. Igual que hacía con el lechero, cuando al final del día llegaba a casa y miraba debajo de la cama y detrás de la puerta, dentro del armario y demás sitios para asegurarme de que no estaba dentro ni detrás ni debajo y comprobaba incluso las cortinas para ver que estuviesen bien corridas y que él no se hubiera escondido a este lado del cristal ni a ese lado del cristal, me di cuenta de que había llegado al punto en el que también me aseguraba de que la comunidad no se hubiera escondido en esos rincones. La cantidad extraordinaria de energía que empleaba en esas personas, es decir, en intentar evitarlas, significaba que yo misma acababa atrayéndolas, aunque entonces yo todavía no entendía cómo funcionaba la energía fijada. Me pasó factura; toda esa oscuridad y ese jugar a juegos unos con otros traía

consigo el concomitante de que, si bien la chicha de mi engaño era mantenerme al margen a base de no participar con ellos, ahí estaba yo, haciendo causa común con ellos. Me di cuenta demasiado tarde de que había sido parte activa, un elemento contribuyente, un componente principal de mi propia perdición desde el principio.

En cuanto a los chismosos y su reacción a mi reacción, sabía que los había confundido tal como pretendía confundirlos, aunque mi intención no fuese confundirme a mí misma también. No obstante, resultó que esa confusión los molestaba y se quejaron de que mi conducta era impropia, de que se resistía al tratamiento normal, de que iba en contra del bienestar común, de que mi inexpresividad casi se salía de lo común, de que casi no tenía vida, de que era casi estéril, casi contraria al sentido común, de que ni era ni podía ser, decían, normal que alguien de esta tierra estuviera así de manera ininterrumpida. En cuanto a su uso del casi (que mi inexpresividad casi se salía de lo común, que casi no tenía vida, etcétera), es evidente que era lo que yo buscaba. Aunque había dicho que era imperativo presentar una fachada inexpresiva y vacía, me refería a casi inexpresiva y casi vacía. El motivo era que la precisión y los métodos pulcros podían funcionar a la perfección y ofrecer cierta satisfacción banal sobre el papel, pero en la vida real no servían, y con ello no engañabas a nadie ni un segundo. Una planificación tan meticulosa olía a premeditación a la legua y, en esta comunidad, la premeditación clara, sobre todo si intentabas embaucar a la comunidad, no sentaba bien. A menos que trataras con gente inmensamente estúpida, que no era mi caso, lo mejor era despeñar las cosas, arrugarlas, dejar manchas de té, colocar una huella de barro parcial pero pequeña no justo en el centro de la cuestión, sino un poco más allá, que, con suerte, sugiere cosas, pero es secundaria. Y esa parte funcionó. Pero decían que era rúcana con mi expresión facial, expresión en singular, como si solo tuviera una. Casi sin expresión es lo que también decían. Casi árida, casi solitaria, casi desprogramada, y yo me alegré de que no dijese que era inescrutable. Porque aquí la inescrutabilidad, igual que la premeditación evidente y el pensamiento superficial del mantillo, no funcionaba. Al principio decían que no sabían si yo demostraba una antipatía mariantonietesca a base de ir de estirada y crearme mejor que ellos. Luego decidieron que no, que debía de ser alguna excentricidad propia de mi carácter, que seguramente tenía que ver con todos esos libros antiguos que leía mientras iba por ahí caminando. Decían que, en general, eso de que yo no fuese ni una cosa ni otra les agotaba los recursos, aunque no les impidió seguir sacando conclusiones. Un poco inquietante, un poco espeluznante,

decidieron, y añadieron que, aunque no se habían dado cuenta antes, mi actitud abierta pero cerrada les recordaba a la zona de los diez minutos. Era como si allí no hubiera nada cuando sí había cosas y, a la vez, como si hubiera algo aunque no hubiera nada. Era un Estado atravesado, decían, transverso, no social, aunque lo mitigaban con: «Pero a lo mejor es solo una parte de ella». Y como no creían que yo tuviera más facetas que esa, volvían al principio; a que yo solo tenía una cara.

En cuanto a lo que me drenaba la comunidad y hasta qué punto los agotaba yo a ellos (las conclusiones que me perturbaban, lo que les molestaba mi cara y lo que nos incordiaba a todos mi entumecimiento), podía dar las gracias por no tener que soltar mis «no lo sé» ni mostrar mi cara casi vacía ni exponer mi estado de cerrazón muy a menudo. Y eso era porque la mayor parte de los cotilleos sobre el lechero y yo se contaban a mis espaldas. Pero ¿tan mal estaba la situación? ¿Era absolutamente cierto que en esa época no hubiera nadie a quien yo pudiera recurrir y que me escuchase y me ofreciese consuelo, apoyo y auspicios? ¿Era yo tan terca y atravesada y tan zona de los diez minutos como decían mis reprendedores? Si lo pienso, y sin contar a la única persona de confianza que me quedaba de la escuela, yo también creo que sí. Mi desconfianza había alcanzado niveles descomunales, hasta el punto de que no veía que seguramente existían personas que podrían haberme ayudado, que podrían haberme dado apoyo y consuelo, que podría haber hecho amigos o formar parte de una red de apoyo, y perdí la oportunidad por no tener fe en ellos ni creer que yo lo mereciese. Sin embargo, en aquella época, teniendo en cuenta que mi intención era no perder la calma y la compostura en un lugar en el que todo el mundo intentaba a su manera no perder la calma ni la compostura, me habría sido imposible divisar ni comprender cualquier concepto de ayuda o consuelo. Hubo personas que siguieron dirigiéndose a mí y algunas puede que fuesen de fiar, puede que tuvieran buena ayuda que ofrecer. Pero yo continuaba sin decir ni pío, aunque no siempre fuese por mi miedo y cabezonería habituales. Es que todavía no tenía la certeza de que hubiera algo que contar.

Así eran las cosas. Costaba definir ese acoso, esa depredación, porque era gradual. Un poco aquí, un poco allá, puede, puede que no, quién sabe, yo no. Insinuaciones constantes, simbolismo, representaciones, metáforas. Tal vez él quería decir lo que yo creía que quería decir, pero del mismo modo podría no estar diciendo nada. Cada uno por separado, o al describir los incidentes de uno en uno (sobre todo cuando estaba en mitad de cada uno de ellos), una vez comunicados, tal vez no pareciesen gran cosa. Si yo dijera: «Se ofreció a

llevarme en coche cuando yo iba por la carretera de segregación leyendo *Ivanhoe*», me habrían dicho: «¿Qué hacías caminando por esa carretera tan peligrosa y por qué ibas leyendo *Ivanhoe*?». Si dijera: «Estaba corriendo por la carretera de los parques y los embalses y él apareció corriendo por la carretera de los parques y los embalses», la respuesta sería: «¿Qué hacías corriendo en un lugar tan peligroso y cuestionable y por qué se te había ocurrido salir a correr?». Si dijera: «Tenía la furgoneta blanca aparcada en un callejón delante del instituto donde yo estaba mirando el cielo con mis compañeros de francés y sometiéndome a la puesta de sol», habría sido: «¿Abandonaste la seguridad de tu zona insular para ir a una zona mixta del centro de la ciudad a estudiar idiomas extranjeros y contemplar la vida como si fuera una representación figurada?». Si dijera: «Me expresó sus condolencias por que hubieran asesinado al amado de mi hermana, al tiempo que vinculaba a mi casi medio novio a un coche bomba recurrente», me habrían dicho: «¿Cómo es posible que no te hayas casado y, para empezar, por qué tienes medio novios?». Aparte del chismorreo (y aunque este no hubiera existido), estaba convencida desde el principio de que no me habrían escuchado ni creído. Si hubiese acudido a las autoridades para denunciar oficialmente que me acosaba, que me amenazaba, que hacía preparativos que me concernían y si hubiera esperado rectificaciones por parte de las autoridades en el sentido de qué pensaban hacer al respecto, nuestros renegantes habrían contestado... Pues no sé qué habrían contestado, porque él también era renegante, así que ¿por qué motivo se me habría ocurrido acudir a ellos? Desde el punto de vista práctico, ¿de qué manera podía recurrir a ellos? Aunque vivía en una zona controlada por los paramilitares y patrullada por los paramilitares, no sabía cómo dirigirme a esos tipos. Tendría que haberle consultado el procedimiento correcto a una comunidad que, a su vez, también me acosaba y a la que también quería denunciar. En cuanto a la policía de verdad, la policía del pequeño Estado, ir a ellos no merecía consideración siquiera porque, en primer lugar, eran el enemigo y, en segundo lugar, de todas las cosas que pedían a gritos que te matasen por confidente en una zona prohibida controlada por los renegantes, dirigirse a un cuerpo que se consideraba de parcialidad extrema para quejarte de un renegante de tu zona sería, sin duda, uno de los primeros elementos de esa lista. Ni que decir tiene que, según la policía, nuestra comunidad estaba fuera de control. Nosotros éramos el enemigo, los terroristas, los terroristas civiles, gente que nos relacionábamos con terroristas o, como mínimo, personas sospechosas de ser terroristas cuyo presunto terrorismo no se había probado. Siendo ese el caso,

y dado que ambas partes lo entendían así, la única circunstancia en la que se llamaba a la policía en mi zona era si tu intención era dispararles, cosa que ellos ya sabían y por eso ni se acercaban a la zona.

Todo acabaría siendo culpa mía por mi falta de fe en mi propia convicción y en lo que me decían mis sentimientos. ¿Él hacía algo de verdad? ¿Pasaba alguna cosa? Si yo misma no lo sabía, ¿cómo iba a explicárselo a los demás y convencerlos? Yo presentía que alguien percibiría esa duda (de mí misma, de la situación) y eso provocaría comentarios sobre mi credibilidad. Aunque me hubiesen escuchado, la gente de por aquí no estaba acostumbrada a palabras como *persecución* y *acoso*, es decir, no en cuestión de persecución sexual y acoso sexual. Sería como hablar de coches que circulaban muy despacio junto a la acera, como en las películas americanas: demasiado foráneo, no la clase de cosas que ocurrían aquí. Si alguien contemplase esa posibilidad, ni siquiera así podemos suponer que nuestra sociedad fuese a tomarse el asunto en serio. Estaría a la altura de cruzar la calle sin mirar o incluso menos, dado que era un asunto de mujeres que, además, tenía lugar durante un tiempo tan repleto de problemas políticos que hasta una persona demente y diminuta (nuestra extraordinaria y exitosa envenenadora del distrito) podía ir por ahí envenenando a gente con libertad todas las semanas sin que se hablase lo más mínimo de ella. Así que ese fenómeno hollywoodiense de la depredación sexual habría quedado eclipsado por el principal tema de conversación del lugar.

No obstante, siguieron viniendo. La hermana mayor siguió viniendo con el refrán de «si continúas relacionándote con esta persona» o «no te haces favores», pero topaba con mi determinación fría de no defender mi caso ni intentar apaciguarla de ningún modo. Para entonces la hostilidad se había acrecentado de tal modo que ni podíamos ni queríamos escucharnos. Luego estaba su marido en segundo plano, el lobo siempre horizontal con un aire en el hocico, las orejas cada vez más grandes y cada vez más puntiagudas, además patilargo de patas delanteras y traseras cada vez más peludas, y el morro y los dientes, las zarpas negras, largas, lanudas y esa lengua que la incitaba a seguir, matándose a esfuerzos para que ella no me dejase en paz, para que siguiera viniendo de visita a insistir en que le confiara secretos. Sin embargo, todo el mundo tenía claro que la primera hermana estaba demasiado metida en la cuestión del amante muerto y apenas mantenía la compostura. Además, yo había oído que el primer cuñado tenía nuevas preocupaciones sexuales propias y que la cosa llegaba al punto en el que él mismo levantaba bastantes rumores y se buscaba problemas. También estaba mi madre, que

continuaba bombardeándome con que no me casaría nunca, con que los avergonzaba al convertirme en una grupi paramilitar, con que eso era llamar a fuerzas muy oscuras y revoltosas, dar mal ejemplo a las hermanas pequeñas, y también mentaba a Dios y a la luz y la oscuridad y lo satánico y lo infernal. «Es como estar hipnotizada —decía— o como deben de sentirse esas personas vampirizadas de las películas de miedo. No ven el terror, hija. Solo desde fuera se ve el terror. Porque ellos son cautivos, están en trance, nada más ven la atracción». Las relaciones en el trabajo tampoco eran como antes. Estaba distraída, me quedaba adormilada en el puesto porque de noche me despertaba con un sobresalto y no volvía a dormirme. En parte, era porque sentía el impulso de levantarme y registrar el dormitorio para asegurarme de que la comunidad no se hubiera colado desde la última vez que había mirado antes de irme a dormir. También me despertaba de golpe porque soñaba que me había convertido en Reeve, el misántropo asqueroso del Prólogo General de los *Cuentos de Canterbury*. La casa también me jugaba malas pasadas. Golpeteos, ruidos, movimientos, agitación del aire, desplazamiento de objetos. La casa daba golpes, se retorcía y causaba discordancia, todo para regañarme, para avisarme, para llamar la atención sobre la amenaza que yo ya sabía que me rodeaba. Y siempre ocurría en mi dormitorio, en mitad de la noche. Las cosas repiqueteaban, como un cuadro en la pared, o se oían martillazos en el suelo justo debajo de mí. Puede que la puerta temblase. Una vez, los espíritus de la casa me retiraron el edredón y me lanzaron los pies y las piernas hacia el otro lado de la cama con tal fuerza que casi me caigo al suelo. Mi madre gritó desde su cuarto: «Por el amor de Dios, hijas más pequeñas, me gustaría leer un rato antes de dormirme. ¿A qué viene tanto ruido?», y las hermanas pequeñas respondieron desde el suyo: «¡No somos nosotras, mami! Estamos durmiendo. Es la hermana mediana». «¡No soy yo! —grité—. Es la casa. Los espíritus de la casa. Yo también estoy durmiendo». Suponía que la casa me decía que debía hacer algo y que ese algo tenía que ver con el lechero, pero, aparte de eso, yo no sabía qué esperaba que hiciese. No obstante, le había dado por despertarme y luego yo no volvía a pegar ojo, así que la correspondiente falta de sueño por la noche me producía una somnolencia y una pesadez abrumadoras durante el día, en el trabajo. Llegó al punto en el que mi supervisora me llamó a su despacho dos veces para hablar conmigo. Para entonces, la clase de francés había perdido chispa, o yo había perdido el entusiasmo por la chispa que tenía. Era menos emocionante y más «¿De qué sirve? ¡De nada!», y yo me cansaba, cada semana me costaba más esfuerzo ir hasta el centro. Luego empezaron a dolerme las piernas, así que

poco a poco dejé de salir a correr con el tercer cuñado. Primero me saltaba alguna sesión, hasta que fui cancelando más y más entrenos a medida que el dolor no remitía y me invadía una falta de coordinación. Al final, ya no era capaz de relajarme y dejarme llevar por el ritmo, no respiraba bien, mientras que antes el acto de correr me hacía correr el aire por dentro, me mantenía en contacto, me llenaba. Algo que yo había dado por sentado había cambiado, y dejé de correr. Estaba dejando hasta de andar. Tenía el equilibrio raro. Estaba torcida, me había entrado una cojera en la postura que se había adueñado de mí. En aquel momento me dije que era yo la que dejaba de correr, yo la que no estaba andando tanto, que nadie me obligaba. Entonces dejé de quedar uno de los días con el medio novio, el día intermitente, y me dije que era decisión mía, que nadie me obligaba, que ese día no era importante porque tampoco nos veíamos todos los jueves. Era el día que menos me dedicaba a mi medio relación y me recordé que, al fin y al cabo, solo era una medio relación. Aun así, restando el jueves, el lechero continuó presionando con los coches bomba. Estaba introduciendo un nuevo peligro: la posibilidad de que al medio novio pudieran matarlo los renegantes de su zona o cualquier otra persona del distrito por traidor e informador. «Ridículo, por supuesto», pero añadió que aquí la gente también moría de ridiculez. Con esto, el lechero se presentó como salvador y antídoto. Insinuó que solo él tenía el poder de anular todos los peligros a los que se enfrentaba el medio novio. Por otro lado estaba lo de llevarme a sitios, el ofrecimiento que me había hecho y seguía haciendo de llevarme a sitios. Y no era solo él. Para entonces había más en la zona; su gente, sus compinches, los servidores de la convicción que tenían que cumplir con sus deseos, y todos paraban con su coche y se ofrecían a llevarme al centro o de regreso del centro sin mencionar que los mandaba el lechero. Sin embargo, era evidente, por la sobrecarga de ofrecimientos, que actuaban bajo instrucciones. Me suplicaban, me decían que les haría un gran favor si consintiera en subir al coche.

Mientras tanto, la tensión no paraba de aumentar entre el medio novio y yo. Aparte de mi «¿No vas a dejar de conducir?» y de su «Claro que no, lo que me pides es inaceptable; no seas absurda», nos peleábamos por otras cosas. Si una bomba no hacía volar su coche por los aires, los renegantes se lo llevarían por confidente por culpa de la pieza con la bandera. Y si no era eso, los de su zona que no eran renegantes pero sí eran fanáticos de la causa se le echarían encima en masa y se lo cargarían por la misma bandera imaginaria. En cuanto al rumor del sobrealimentador y lo antipatriótico que era que el medio novio lo tuviera en casa aun si no llevaba la bandera, según él ese era

el motivo de que el Estado le hiciese un seguimiento experto y minucioso en forma de sesión fotográfica. Le oí mencionárselo al chef, decirle que creía, a raíz de lo de las fotos, que llamaba la atención incluso fuera de su zona. «Al parecer —bromeó—, todo eso de las banderas, los emblemas, la traición y los sobrealimentadores me convierte en candidato a ser confidente del Estado». Luego se contradijo diciendo que no sería inapropiado que los de las fotos no fuesen los del pequeño Estado, sino los paramilitares renegantes de la zona. «A lo mejor me vigilan —siguió bromeando— para ver si ya me he vuelto confidente». Aparte estaban los fotógrafos aficionados, los documentalistas de a pie, los cronistas de tiempos turbulentos que buscaban la postal. Dijo que esos tenían buen ojo para las oportunidades, para buscarse fama y fortuna en el futuro, y que aparecían por todas partes y se aventuraban con sus cámaras y sus magnetófonos a captar y salvaguardar, según decían, testimonios históricos, políticos y sociales para la posteridad. «Nunca se sabe —decían— qué parafernalia de estas tristezas será la más buscada en años venideros». Yo sabía, claro, aunque el medio novio a lo mejor no, que cabía la posibilidad de que no solo lo retratase el Estado por confidente en potencia y los renegantes por posible confidente y los espabilados por ser alguien que algún día podría ser famoso por haber sido asesinado por confidente, sino que también podía ser que el Estado lo retratase por partida doble por relacionarse con alguien que se relacionaba con un hombre que estaba en lo más alto de su lista. En cuanto al efecto del rumor floreciente en torno a si el sobrealimentador llevaba la bandera o no, los vecinos y conocidos del medio novio siguieron alejándose poco a poco. Por mucho que adorasen el sobrealimentador y que durante ese corto periodo de felicidad se hubieran emocionado y apasionado con él, había otras cosas, comentarios como «el novio de los soldados», «amante de las insignias», «amante del país de la otra orilla» y «justicia callejera», que tenían un impacto emocional aún más fuerte. La vida es corta, a veces increíblemente corta, ¿por qué ibas a arriesgarte a que te acusaran de conspiración, de complicidad, de conducta impropia de un habitante de la zona? Por eso consideraron que lo mejor era cortar lazos con el medio novio, hasta los más tenues, aunque ni que decir tiene que sus mejores amigos seguían ahí. Igual que el otro amigo, el que se suponía que trabajaba con él y vivía al otro lado de la carretera, es decir, el compañero de trabajo que era de la otra religión. Se decía que esta persona, Ivor, se había mostrado dispuesto a asegurar que el medio novio no tenía la pieza de la bandera porque él mismo la tenía y que, después, para ayudar a su compañero de trabajo, se había ofrecido a enviar una Polaroid de sí mismo en su zona de defensores con la

pieza de la bandera en la mano, para que el medio novio pudiera defenderse en un juicio clandestino en caso de que acabase acusado de traición por parte de los renegantes de su zona. Ivor decía que, si bien a los renegantes podían darles por el culo por ser enemigos de todo lo que él apoyaba, estaría encantado, según se había oído por ahí, de proporcionar testimonio fotográfico en nombre de su compañero de trabajo para ayudarlo a salir del brete en el que estaba. Cuando me enteré del rumor sobre la existencia de Ivor y me di cuenta del fallo que había cometido al inventármelo como protección improvisada contra el lechero, me consternó la facilidad con la que se podía arrancar una idea descarriada del mantillo superficial, incluso una idea que no has expresado, y que esta se abriese paso. Y ahí estaba: en el exterior, con vida propia, y yo no podía más que esperar que, aunque en la actualidad Ivor formaba parte del día a día y, por desgracia, iban añadiéndole detalles, tarde o temprano el rumor quedase en agua de borrajas y lo olvidasen, que desapareciera como si jamás hubiera existido. En cualquier caso, por muy buenas intenciones que le vieran y aunque prometiese enviar cien Polaroids y doscientas declaraciones escritas para apoyar al medio novio, en el distrito del medio novio nadie habría creído a Ivor por un motivo muy sencillo, y es que no era uno de ellos. Aunque hubiese existido y pasáramos por alto que era muy poco probable que estuviera dispuesto a aplacar opiniones antiinsignias contra una bandera que en su comunidad tenían en gran estima, como testigo de buena fe habría valido nada y menos. En su momento, se observó que Ivor no envió ninguna foto, el negativo de ninguna foto y ni una sola palabra testimonial. En lugar de eso, y a pesar de todas sus promesas, no hizo nada, lo que sirvió para reforzar la opinión comunitaria de que, al fin y al cabo, el traicionero medio novio tenía la pieza de la bandera.

Tal como decía: complicado. Todo esto se tradujo en un grave giro a peor para los dos, para mí y para el medio novio, en el sentido de que el rumor que corría en mi zona sobre el lechero y yo me afectaba, y el rumor de su zona sobre la bandera y él lo afectaba a él. En conjunto, los rumores y sus respectivos efectos sobre cada uno de nosotros habían empezado a agriarnos la medio relación. Con tanto estrés nos peleábamos a menudo y nos comunicábamos menos que la cantidad habitual de confianzas que tendíamos a no comunicarnos antes. Yo veía claro que, aparte de que yo no le hubiera contado lo del lechero y lo de las historias que circulaban en mi comunidad sobre el lechero y yo, quizá el medio novio también había levantado un muro defensivo de silencio, fruto de su terquedad contra mí y contra todo el mundo, para escudarse y mantenerse a salvo.

Entonces las riñas y las peleas empezaron en serio, y la tensión entre ambos aumentaba a medida que pasaban los días. Al margen de seguir con lo de «¿No vas a dejar de conducir?» y de estar cada vez más convencida de que podía llegar la situación en la que yo tendría que obedecer al lechero y cortar con el medio novio, no había sido capaz de encontrarle ninguna otra solución al problema. Mientras tanto, el medio novio estaba alterado y, aunque sorprenda, no era tanto por lo de la bandera o porque a raíz de lo de la bandera le pudiesen pedir que rindiera cuentas con su propia vida por ser confidente. Lo que realmente lo tenía alterado era que los renegantes de su zona habían llamado a su puerta para pedirle tajada. Tenía que ver con el sobrealimentador, porque hacía tanto que era tema de cotilleos que el último rumor en circulación decía que se quedaba la bandera, pero iba a vender el sobrealimentador por una suma de dinero enorme. Así que lo visitaron los renegantes locales y pidieron una parte; claro que cuando digo «pidieron», que se lo pidieron, que se preguntaban si era posible que compartiera con ellos parte del dinero, me refiero a que se lo exigieron. Si has vivido en una zona controlada por los renegantes habrás oído algo así como: «Debemos requisar su esto y lo otro por el bien de la causa y la defensa de la zona». Eso se aplicaba a todo: la casa, el coche, a dar por sentado que recibirían un porcentaje de cualquier descuento que te hicieran en cualquier artículo, ganancia del bingo, bonificación de Navidad y casi hasta lo que te habías ahorrado en el bollo de pasas que estaba de oferta en la panadería y con el descuento de un tubo de Smarties en la tienda de la esquina. Por supuesto, todas las partes y porcentajes de partes que estuvieras obligado a entregar eran por el bien de la causa y la defensa de la zona. Los chavales de por allí, los renegantes del distrito que querían su parte, iban a buscar su parte, se pasaban por tu casa a cualquier hora a pedir su parte, eran algo real y actual, y por eso el medio novio se temía que aparecieran por allí, se temía que le pidieran un porcentaje de lo que ellos creían que había vendido, aunque él no pensaba venderlo en la vida porque él era quien era y la pieza era un sobrealimentador de un Blower Bentley, pero si algún día pensaba en venderlo o si ya lo había vendido, le dijeron (y se lo dijeron cuatro tipos con máscaras de Halloween, tres con pasamontañas, todos con pistolas, a la puerta de su casa a las siete de la tarde), no debía olvidarse de ellos ni de la necesidad de recaudar fondos para la defensa de la zona y el fomento de la causa. Añadieron que si se diera el caso de que en alguna parte de esa catástrofe que llamaba casa se encontrara todo el tinglado de un vehículo de carreras Blower Bentley entero, tendrían que requisárselo y, justo en ese

momento, callaron un momento y lo miraron desde el otro lado de las máscaras, que es cuando supo, según me dijo, que solo era cuestión de tiempo que cambiasen de opinión y decidieran que por qué quedarse con una parte cuando podían quedárselo todo. Se marcharon, me contó, pero antes de eso había aparecido un tipo en mitad de la conversación que no era renegante. No llevaba pistola ni máscara, sino traje y corbata: un foráneo. Al parecer, el día anterior había pedido permiso a los renegantes para entrar en el distrito. Así que apareció allí, se disculpó de inmediato por la intromisión y, plantado entre los lugareños con máscaras y pistolas, y con el medio novio en el umbral de su casa, se presentó diciendo que era relaciones públicas de la Comisión de Arte de la ciudad y añadió que se preguntaba si le permitiría colgar una placa en la fachada de la casa del medio novio. Le mostró la placa y esta anunciaba con letra dorada y arremolinada que la pareja internacional había vivido en esa residencia desde mil novecientos y algo hasta mil novecientos y algo más, cuando se habían marchado para convertirse en las estrellas internacionales del baile más famosas y espectaculares del mundo. «Colgar la placa normalizaría un poco la zona —explicó—, porque así demostramos que en esta esquinita del mundo no todo es tan negro y que hay más cosas aparte de la guerra; que no todo es pegar tiros y poner bombas, sino que también nos gusta el arte y la gente famosa y el glamur». No entró en detalles sobre quién pensaba él que acudiría a ese particular baluarte paramilitar a maravillarse ante la placa y hablar sobre arte y gente famosa, y eso es porque no acudiría nadie. En realidad, las únicas personas que lo verían serían las patrullas blindadas y armadas hasta los dientes de la policía del pequeño Estado y los militares de la otra orilla que irrumpían como de costumbre y lo dejaban todo patas arriba buscando renegantes, gente que no estaría precisamente para fijarse en placas ni absorber esa clase de cultura, aunque también la verían los lugareños, a quienes no descubrirían nada nuevo porque ya sabían que la pareja internacional había vivido allí. El medio novio contestó que no quería que colgasen la placa, y los renegantes le dijeron al tipo del arte que aunque se hubiera disculpado por la intromisión, eso no quería decir que no estuviera entrometiéndose. Añadieron que alguien que se hacía llamar tipo del arte, que al fin y al cabo no era más que una especie de funcionario del Gobierno, por mucho permiso que tuviera para entrar en la zona, bien podía ser un espía del Estado. Entonces el hombre respondió: «De acuerdo, no hace falta que la colguemos». Dicho eso y sin perder la sonrisa, se puso la placa debajo del brazo, intentó darle su tarjeta al medio novio, que la rechazó, y se marchó. Pero volverían a por él, según dijo el medio novio,

que no había tardado ni un segundo en retomar su convencimiento de que los renegantes estaban empeñados en echarle el guante a su glorioso sobrealimentador de un Blower Bentley, la cosa que había ganado sin trampa ni cartón y a la que tenía afecto. Así que eso agravaba la tensión entre nosotros dos, porque yo no podía evitar asombrarme ante su pérdida de sabiduría elemental, en el sentido de que si los renegantes querían el sobrealimentador o una tajada del sobrealimentador, esa debería haber sido la menor de sus preocupaciones. Teniendo en cuenta que en esos momentos se formulaban varias acusaciones de traición en su contra, era más fácil de concebir que se presentaran en su casa con sus máscaras y sus pistolas, y puede que también con un surtido de herramientas y palas de enterrador, no para llevarse el sobrealimentador, sino para llevárselo a él. Al fin y al cabo, se habían perdido muchas vidas por traiciones mucho menos evidentes que enarbolar banderas que aquí no se consideraban propias y aptas, aunque no las enarbolaras. Por eso le dije: «Dáselo, medio novio, que ya debes de saber, porque es imposible no saberlo, que si lo quieren, no tienes manera de impedirles que se lo queden», cosa que le molestó. Pero yo tenía claro, aun si él no lo veía, que lo que estaba en juego era un tema más importante, que era su vida. Parecía que se hubiese olvidado de su propia vida por culpa de tanta cabezonería y enamoramiento con los coches y de su incapacidad de establecer prioridades con sensatez y aceptar que a veces hay que ceder, hay que soltar, puede que hasta tengas que perder la dignidad y, en comparación con otras, hay cosas que no merecen la pena que las defiendas. Sin embargo, él no lo veía así y se convirtió en una de nuestras disputas, hasta que un día nos peleamos por el sobrealimentador del salón. Había adoptado la costumbre de mover el cacharro por la casa de la manera más furtiva y obsesiva, puede que cada quince minutos o media hora. Tenía la esperanza de que con tanta pieza tirada por ahí, tanto acumular sobre lo acumulado, los renegantes se quedarían perplejos, luego hastiados, después impotentes como niños y, por último, se darían por vencidos en lugar de seguir buscando y, una vez más, esto me asombraba. Me parecía una prueba más del deterioro de su mente, de cómo estaba perdiendo el sentido común si no era capaz de ver que los renegantes no pondrían en marcha su propia búsqueda del sobrealimentador, sino que le apuntarían con una pistola y le exigirían que lo sacase de inmediato de su escondrijo. Eso también se lo dije, y él se enfadó aún más, así que el sobrealimentador estaba en tránsito perpetuo, a la fuga, y en ese momento lo rescató de debajo de los tablones del fondo del pasillo, donde hacía poco que había cavado un agujero para esconderlo, aunque la noche

anterior y hasta la hora del desayuno de ese mismo día lo había tenido detrás de una pared falsa de la cocina que había construido unos días antes. Mientras acababa de perfeccionar una guarida engañosa con un doble panel que había concebido para construir en uno de los cuartos de arriba y que estaba diseñando, lo dejaría dentro de otra pieza de coche que había vaciado para que pareciese un artículo más de su acumulación obsesiva automovilística, pero me di cuenta de que ya estaba mirando dónde ocultar el cacharro después de la estancia que había planeado en la guarida secreta de doble panel. En el ínterin, ahí estaba, metida dentro de un enorme artilugio en forma de cubo con otras piezas variadas y una toalla, un estropajo de fregar platos y algunas prendas de ropa suyas colocadas con arte, es decir, para disimular, por encima. El conjunto estaba colocado sobre la mesita que había entre nosotros dos, junto con la nueva tensión constante que nos acompañaba. Entonces lo acusé una vez más de conducir coches. Apenas había empezado a hablar cuando él me interrumpió para acusarme por primera vez de avergonzarme de él porque, en lugar de dejarlo venir a buscarme a la puerta de casa, siempre quería quedar con él lejos, en esas carreteras aisladas de segregación. Contraataqué con que le gustaba cocinar, le achaqué la compra de ingredientes con el chef, que realmente le gustaba cocinar. Entonces él reforzó las pruebas según las cuales yo me avergonzaba de él con una enumeración de las ocasiones recientes en las que me había apartado cuando él iba a tocarme y añadió que los jueves ya no me quedaba en su casa y que además estaba distante los martes y las noches de los viernes hasta el sábado, y todo el sábado hasta el domingo y, por supuesto, tenía razón, porque se trataba de la creciente repulsión que le trasladaba a él, aunque yo sabía que en realidad pertenecía al lechero. Al principio me quedé boquiabierta y eso le dio tiempo para colar nuevos cargos, como el estado de entumecimiento tan poco atractivo que había observado que se hacía conmigo y que pensaba que empezaba a invadirme y poseerme, que era como si yo hubiera dejado de ser una persona viviente para convertirme en una de esas muñecas articuladas de madera que los artistas utilizan para..., que fue cuando tuve que hacerle callar porque no podía soportar que acabase de hablar de mi estado de insensibilidad creciente para seguir con mi cara. Así se habían vuelto el estrés y las tensiones, la acumulación de inclemencia entre ambos. También había otras tensiones cuando íbamos en sus coches. Yo insistía una vez más en por qué tenía que conducir y él contestaba que me llevaba a casa, que iba a llevarme hasta la misma puerta de casa. Entonces yo pensaba: «Está convirtiéndose en el lechero, está dándome órdenes, se cree que puede controlarme», o pensaba:

«Lo que dice es que se ha cansado de mí y me lleva a casa porque no quiere verme más». «¡Para el coche! —declaraba yo—. ¡Para el coche inmediatamente en esta carretera desierta de segregación!», pero él no quería detenerse. Decía que no quería que saliera del coche y yo decía que me iba andando y él que no vayas andando, cosa que delataba de nuevo que intentaba dejarme coja, podarme, lisiarme, igual que el lechero. A continuación había un buen rato de «¿qué te pasa?», «tienes dificultades», «¿tienes dificultades?», «¿qué te pasa?». Luego venía lo de «te llevo», «no quiero que me lleves», «te llevo», «no quiero que me lleves», que me parecía una treta ya no para deshacerse de mí, sino una treta con la que pretendía superar la amnesia para hacer avanzar nuestra medio relación, si bien no hacia una relación verdadera, íntima y de amor, sino hacia una de esas relaciones de acoso, posesión y control, y que lo intentaba a base de un trato abusivo que ni duda cabe de que no era la manera en que una persona que busca una relación de pareja respetuosa debería intentarlo. Mientras tanto, él decía que empeñarme en salir del coche en mitad de aquel lugar peligroso era una treta, una manipulación cruel para atormentarlo y hacerle chantaje emocional para hacer avanzar nuestra medio relación de manera oscura e indigna. «Deshonesta», recalcaba; y también recalcaba que hasta ese momento había pensado que yo no sería capaz de semejante conducta, y entonces yo me veía obligada a llamarlo «medio novio desde hace casi un año» en lugar de «medio novio», que era más íntimo, y sentía que tenía motivos para distanciarme de él, aunque él debía de pensar lo mismo porque él también se refería a mí con un «medio novia de momento desde hace casi un año» aún más formal que significaba que, si seguíamos así, pronto nos dirigiríamos el uno al otro empleando formas de trato oficiales e impersonales que habrían sido más propias de los tiempos antes de que nos conociésemos. Así estaban las cosas y la tensión entre ambos aumentaba a medida que a él lo alteraban en su zona y a mí me destrozaban en la mía. Yo me equivocaba con las cosas, lo entendía todo al revés y lo culpaba a él de cosas que no eran reprochables y que, aunque lo fuesen, él no las había hecho; y creo que él experimentaba lo mismo, viendo cuál era su conducta y sus palabras y su estado de ánimo en lo relativo a mí. Entre tanto, en un segundo plano estaba el lechero, calzado entre ambos; como estaba calzado entre ambos que el medio novio pudiera morir a manos del lechero. Aún más atrás estaba la imagen de mi hermana, la primera, la mayor, la hermana de luto perpetuo, sentada en nuestra casa en mitad de aquel silencio horrible, con esa expresión en la cara, el día del funeral de su examado.

A raíz de estos encuentros de más (reales e inventados) y porque yo continuaba sin revelar nada, a pesar de que me pasaba el día obligada a esquivar y apartar moscones, la amiga de siempre de la escuela mandó el recado de que quería quedar conmigo para hablar. Como rehuía hablar por teléfono, envió un mensaje con uno de los ojeadores, los secretísimos telegramas vivientes de la zona, para acordarlo. Le dije al chico que le dijera que la vería esa noche a las siete en el salón del bar más popular del distrito. Yo quería mucho a la amiga de siempre; al menos la quería antes, o seguía queriendo lo que conocía de ella. Lo que pasa es que ya casi ni la conocía, casi nunca nos veíamos. Una de sus peculiaridades era que toda su familia había muerto a causa de los problemas políticos. Ella era la única que quedaba y, aunque iba a casarse pronto, vivía sola en la casa de la familia muerta. En cuanto a nuestra amistad, ella era la única persona con la que podía hablar, la única persona a quien era capaz de escuchar, ella era el total de la última y única persona de confianza que me quedaba en el mundo y que no me sorbía la vida. Como el tercer cuñado, no contaba chismes. En el tema político, mantenía los ojos y los oídos abiertos. Eso era algo de lo que me acusaba de no hacer nunca y de forma deliberada, cosa que yo no podía negar porque era cierto. Me respaldaba a mí misma recordándole cuánto odiaba el siglo xx y añadía que las habladurías incesantes (y llenas de odio) del distrito eran más que suficiente. Pero la amiga de siempre no funcionaba así. Para ella todo tenía un significado. Todo se podía usar o aprovechar, guardarlo para utilizarlo en alguna ocasión futura y oportuna. Diría que su adquisición de información, su silencio, su acaparamiento (no solo de la realidad fáctica, sino de la realidad anecdótica y especulativa) eran cuestionables, además de siniestros, por no decir un poco alarmantes. Ella respondía con un mira quién habla. Me lo dijo esa misma noche cuando nos vimos en el salón de arriba del bar más popular del distrito. Por si no lo sabía, me dijo, yo misma era bastante cuestionable, siniestra y alarmante. Creí que se refería a que no mantenía los oídos abiertos, a que no recopilaba información ni divulgaba los comentarios locales, y también a la cabezonería que había tenido toda la vida a la hora de no contarle a esos cabrones metomentodo lo que no les incumbía. «¿Por qué debería? —pregunté—. No tiene nada que ver con ellos y tampoco he hecho nada». «Mucha gente no ha hecho nada —respondió la amiga de siempre—. Y siguen sin hacerlo, y no harán nada para siempre, dentro de sus ataúdes en el sitio de siempre». «Pero yo solo me meto en lo mío —dije—, hago mis cosas, voy por la calle, andando sin más y...». «Sí, eso también», me interrumpió ella. Le pregunté que a qué se refería y respondió que enseguida

llegábamos a eso. Primero tenía que exponer otro tema. Antes de ese tema había otro, que era que desde que habíamos acabado la secundaria, la amiga de siempre y yo no nos veíamos a menudo. Las veces que nos veíamos, los encuentros iban haciéndose más y más solemnes y cada vez menos alegres. No recuerdo la última vez que tuvimos un encuentro feliz. Incluso el día de su boda, que se celebró cuatro meses después de quedar en el salón del bar, había la misma falta de alegría. De hecho, la sensación de que todos los presentes asistían a un funeral conjunto en vez de a un casamiento era tan fuerte que tuve que marcharme pronto del convite y tumbarme en la cama, a plena luz del día, con ropa de celebración pero deprimida. Otro tema antes del tema era que teníamos un acuerdo tácito según el cual yo no le preguntaba a qué se dedicaba y, a cambio, ella no me lo contaba. Manteníamos el acuerdo que teníamos desde que ella había empezado su actividad, y eso había sido unos cuatro años antes.

Así pues, nos encontramos en el salón de arriba, pedimos algo de beber y nos sentamos al fondo, y al cabo de un rato sin decir nada, cosa que no era inusual al principio cuando la amiga de siempre y yo nos veíamos, ella me dijo: «Conociéndote, supongo que no has hecho nada; pero, a juzgar por los rumores, parece que lo has hecho todo. No me eches los perros, amiga de siempre, pero cuéntame de qué va eso tuyo con Milkman».

Me di cuenta de que lo había llamado Milkman, con eme mayúscula, el apellido que significaba «lechero». Para todos los demás era el lechero, aunque solo los más pequeños de la zona se creían que fuese lechero, y tampoco eso había durado mucho. Si ella lo llamaba Milkman, resolví que debía ser porque se llamaba Milkman. Ella sabría más del tema que cualquier neófito de fuera y por eso, por su información privilegiada y por nuestra amistad, fue un alivio contarle, aunque no supe cuán grande sería el alivio hasta que abrí la boca y me salió todo. Sabía que ella me creería porque me conocía, porque yo la conocía, o al menos antes la conocía, así que no me hacía falta ponerme nerviosa ni decidir si podía confiar en ella o no. Tampoco tendría que esforzarme por convencerla. Así que lo hice. Le conté lo de sus apariciones fugaces y sus pronunciamientos discretos, que conocía mis paraderos y sabía todo lo que había que saber sobre mi vida. Le conté que me decía qué hacer, pero de manera solapada. Luego estaban sus retiradas prontas, tan sorprendentes como las llegadas, y la sensación abrumadora de estar cayendo en una trampa. Me seguía el rastro, me seguía la pista, conocía mis hábitos, mis movimientos y las costumbres de todas las personas a las que yo veía. Es que tenía un plan, le dije, pero no tenía prisa, iba a su ritmo,

aunque tuviera la intención clara de ponerlo en práctica algún día. Le hablé incluso de que no me había tocado, a pesar de que siempre me parecía que me tocase y de que todo el tiempo se me erizaba el vello de la nuca (espera, anticipación, temor). Le hablé de los coches cantones y de la furgoneta, aunque sabía que la amiga de siempre ya estaría al tanto, y del instinto que me avisaba de que jamás debía dejarme abatir lo suficiente como para subirme a uno de ellos. Entonces le hablé de las fuerzas del Estado y de que me vigilaban porque lo vigilaban a él. Me habían hecho fotos, le conté, no solo cuando estaba con él, sino cuando iba sola o cuando estaba con cualquier otra persona: gente con quien coincidía o gente con quien había quedado. Las cámaras ocultas hacían clic, le dije, cuando estaba con personas sin vínculos que, así, quedaban implicadas, sin importar que no pasara ni hubiera pasado ni fuese a pasar nada. Mencioné la emergencia de las lameculos, las lamebotas, dado que esas personas habían empezado a aparecer y a fingir que les caía bien, cuando ni que decir tenía que no era cierto. Me sorprendí a mí misma porque mencioné incluso al lascivo del primer cuñado. Hacia el final aparecieron ma y sus santidades y las religiosas a las que tenía rezando por mí, y los cuajaenredos huidizos que cambiaban las cosas que oían y que se inventaban cosas cuando no oían nada. Por último, acabé con un posible coche bomba en el futuro que tal vez mataría al medio novio con el que tenía una medio relación. Y eso fue todo. Lo había contado. Paré de hablar, bebí un gran sorbo y me recosté en el banco de cojines de terciopelo con la sensación de estar más ligera. Se lo había contado todo a la persona adecuada. Definitivamente, la amiga de siempre era la persona adecuada, y el hecho de que me hubiera salido de forma tan orgánica y plausible, aunque no cronológica, parecía demostrarlo aún más.

Me escuchó, y me sentí respetada, me gustó que atendiera, que me entendiera, que no me interrumpiera ni me cortase como pasaba con otra gente peor avenida. Durante un buen rato la amiga de siempre no dijo nada, y a mí no me importó que no dijera nada. De hecho, lo agradecí. Parecía una señal de que estaba digiriendo la información, dejando que le hablase a su ritmo, para certificar en su debido momento la respuesta justa y adecuada. Así que ella mantuvo el silencio y se quedó quieta mirando al frente, y entonces caí en la cuenta de que eso de apartar la vista y clavarla en la distancia, cosa que hacía a menudo cuando nos veíamos, era idéntico al gesto de Milkman. Aparte de la primera vez, cuando se había inclinado y me había mirado desde el coche, él no había vuelto a mirarme de frente ni una sola vez. ¿Qué era eso? ¿Una pose de demostración de perfil que les enseñaban en el curso de

protocolo paramilitar? Mientras reflexionaba sobre eso, la amiga de siempre habló. Sin volverse hacia mí, dijo: «Entiendo que no quieras hablar. Tiene sentido, ¿cómo no lo va a tener? Sobre todo ahora que en esta comunidad te consideran una inaceptable».

Eso no me lo esperaba y de inmediato pensé que no la había oído bien. «¿Qué has dicho?», pregunté, y ella lo repitió, me dio la noticia, porque para mí era noticia, de que, junto con la envenenadora del distrito, la hermana de la envenenadora, el chico que se mató por el conflicto ruso-americano, las mujeres de los asuntos y el lechero de verdad, también conocido como el hombre que no quería a nadie, yo era una de esas personas inmoderadas, socialmente proscritas e inaceptables. Me erguí, me enderecé de golpe y creo que hasta se me abrió la boca. Al menos durante un instante, por el periodo más breve de las últimas semanas, Milkman se me fue de la cabeza. «No puede ser», contesté, pero la amiga de siempre suspiró y entonces se volvió hacia mí. «Tú te lo has buscado, amiga de siempre. Te informé y te informé. Es decir, hace una eternidad, desde primaria, que te aviso de que te deshagas de esa costumbre en la que persistes y a la que ahora sospecho que ya eres adicta. Eso de leer en público mientras andas por ahí». «Pero...», repuse. «No es natural», dijo ella. «Pero...», respondí yo. «Comportamiento inquietante», dijo ella. «Pero... —respondí yo—. Pero... Creía que te referías al tráfico, por si cruzaba la calle cuando pasaban coches». «No era por el tráfico —dijo ella—. Más por el estigma que por el tráfico. Pero ya es tarde. Ahora la comunidad ha anunciado su diagnóstico».

A nadie, y mucho menos a una adolescente, le gusta descubrir que la han señalado y etiquetado de bicho raro. ¡Yo! ¡En el mismo saco que nuestra envenenadora, la chica de las pastillas! Era un escándalo y no tenía un pelo de justo. Al parecer, una vez más, todo el mundo, salvo el medio novio y (aunque me costase reconocerlo). Milkman, denunciaba mi costumbre inofensiva de leer mientras andaba. A lo largo de los últimos meses, desde que había empezado lo de Milkman, había aprendido hasta qué punto yo afectaba a la gente sin ni siquiera darme cuenta de que les era visible. «Es extraño, perverso, de una obstinación exagerada —continuó la amiga de siempre—. Amiga, no es como si se tratase de alguien que le echa un vistazo al periódico mientras camina para ponerse al día de los últimos titulares o algo así. Es por cómo lo haces: lees libros, libros enteros; escribes notas, consultas las notas a pie de página, subrayas fragmentos como si estuvieras sentada a una mesa o algo, en un estudio íntimo o algo, con las cortinas corridas, la lámpara encendida y un té delante mientras escribes ensayos,

discursos, lucubraciones. Es perturbador. Es una desviación. Es de ilusión óptica. No tiene espíritu cívico. Cero instinto de supervivencia. Llama la atención y, teniendo los enemigos a las puertas, estando la comunidad bajo asedio, ahora que todos debemos unirnos, ¿por qué iba a querer alguien llamar la atención en un sitio como este?». «Espera un momento —pedí—. ¿Qué me dices? ¿Que él puede ir con Semtex por ahí, pero yo no puedo leer *Jayne Eyre* en público?». «No he dicho que no sea en público, solo que no lo hagas cuando vas andando. No les gusta», añadió al final, refiriéndose a la comunidad; y entonces retomó esa mirada perdida al frente tan suya y dijo que no estaba dispuesta a entrar en anfibologías, en ambigüedades, en el viejo discurso vacío de la otra orilla, pero que si yo me molestaba en ver las cosas en el entorno que les correspondía, que el Semtex tuviera precedencia en la lista de cosas normales respecto a leer andando, «que nadie más que tú piensa que es normal», podía interpretarse como algo comprensible. «El Semtex no es inusual —dijo—. No es que sea inesperado. Nadie es incapaz de asimilar el concepto o de entenderlo, aunque la mayoría de la gente no vaya por ahí con Semtex encima, no lo haya visto, no sepa qué aspecto tiene ni quiera tener nada que ver con ello. Es algo que encaja mejor de lo que encaja tu costumbre peligrosa de leer andando. Se trata de ser precavido, y tu comportamiento no demuestra precaución. Así que, visto desde ese punto de vista, desde un entorno contextualizado, pues sí —concluyó—, él puede y tú no puedes».

Yo era consciente de que sus palabras, en una de esas dimensiones filosóficas y medievales en plan «relativo versus absoluto», tenían cierto componente de realidad. Aun así, no me gustaba la insinuación de que yo había contraído un caso incurable de inaceptabilidad. «Que leer andando sea una actividad tan minoritaria —dije— no significa que esté mal. ¿Qué pasa si una persona está cuerda, amiga de siempre, pero la comparamos con todo un telón de fondo o una raza entera, digamos, de gente que ha perdido la cordura? La conciencia masiva seguramente pensaría que esa persona estaba loca, pero ¿lo estaría?». «Sí —respondió la amiga—, si se empecina en su versión de la vida ante la acumulación de variables de un mundo opuesto. Pero ese no es tu caso —continuó—, porque hay algo más». Supuse (¿por qué no?) que debía de ser algo más sobre Milkman, pero la amiga dijo que no quería ser dura conmigo, que no quería ponerme en un apuro ni avergonzarme. «Pero ¿qué haces, amiga de siempre —preguntó—, qué se te pasa por la mente para ir por ahí con cabezas de gato?». Entonces salió a la luz que yo iba por ahí con animales muertos. ¿Por cuestiones ceremoniales o de magia negra, quizá?, me dijo la amiga de siempre que se preguntaba la

comunidad. Tal vez era para invocar un ritual con personas muy cercanas en lugar de acudir a las devotas con sus campanas y pájaros y pronósticos y augurios. O ¿acaso estaba embarazada? ¿Me había dejado embarazada Milkman? Sí, ¡eso debía de ser!, decían. «Milkman la ha dejado embarazada y por culpa de las hormonas...». «¡Cabezas de gato no! —exclamé—. ¡Cabeza! ¡Solo una cabeza! ¡Solo una vez!». La amiga se mordió el labio. «¿Crees que ir por ahí leyendo con la lamparita encendida mientras hay disturbios y tiroteos, pero con un único animal muerto en los bolsillos en lugar de incontables animales no inclinará la balanza? La cuestión es, amiga, ¿qué haces tú con una cabeza de gato?». Respiré hondo, porque ¿cómo se lo explicaba? ¿Cómo podía empezar diciendo que solo había sido una vez, y solo un momento, y que aun así me habían espiado? Ya no sabía hablar y me di cuenta de que incluso con ella, con la amiga de siempre, con la que había sido mi hermana de pensamiento, iban a sorberme la vida. Tenía que persuadir y probar mi credibilidad ante una persona a quien siempre le había contado todo, alguien que tenía validez en mi corazón, a pesar de que, a medida que avanzaba el tiempo, había visto que el tráfico ya no circulaba en ambas direcciones, que en ese momento, y sin que yo supiera la razón (¿por nuestro acuerdo tácito, quizá? ¿Por mi propio bien, quizá?), ella apenas me devolvía confianzas. Supuse que podía contarle que creía que debía de haber sido esa bomba de la zona de los diez minutos; que había sido el Semtex o lo que habría sido Semtex de no haber sido una bomba de la antigüedad la culpable; que había sido quienquiera que plantase la bomba o soltase la bomba desde el bombardero y que yo quería llevar al gato al cementerio y sacarlo de ente los cascotes de hormigón reventado para ofrecerle un lugar verde. No lo dije, porque no había manera de explicarlo que no me hiciera quedar como una loca. Además, la franqueza natural y sin ensayar que había existido entre la amiga de siempre y yo desde primaria parecía haber tocado a su fin. Ya no quería contárselo, porque me veía a mí misma en ese instante tal como ella me veía, tal como todos me veían. Además, no sabía por qué la había cogido. De pronto, y de forma muy repentina, me puse triste. No es que yo cortase lazos y fuese la primera en alejarme de la amiga de siempre, sino que la amiga de siempre ya se había alejado. Parte de la confianza había desaparecido, aunque el cariño permaneciera, pero el cariño era otra de esas cosas impermanentes. Así que, dejando eso de lado, rehuendo eso porque la gente era así, las relaciones eran así y siempre había que esperarlo, y dejando también de lado el asunto del gato, dije: «¿Podemos volver al tema principal?».

La amiga de siempre se mostró sorprendida, algo que no ocurría a menudo. «Este es el tema principal», dijo ella, cosa que a su vez me sorprendió a mí. «Creía que el tema principal era Milkman», dije. «No —respondió ella—, ¿por qué iba a serlo? Él era el tema antes del tema. Lo de leer andando y tu tozudez inaccesible que lo acompaña, además de los peligros inherentes a la actividad, son el motivo por el que estamos aquí esta noche. Pero ¿sabes qué? —Y aquí hizo una pausa en la que me dio la sensación de que había tenido una revelación contemplativa y trascendental que acabara de iluminarla—. Menos mal que ha sido así. Me refiero a que a lo mejor, aunque sea a través de uno de esos momentos tan impopulares del estilo no hay mal que por bien no venga y de aprender del sufrimiento, a lo mejor no te ha venido mal esta depredación por parte de Milkman. Que tú no quisieras estar presente y que la circunstancia de Milkman te haya obligado a estar presente ha sido uno de esos golpes de realidad que te da la vida para redondearte, para reforzarte, para hacerte pasar a la siguiente fase de la vida. Y que yo sepa, amiga, lo único que te ha hecho ese servicio en la vida es que apareciese Milkman en tu horizonte, como está ahora». Al oír eso pensé que si no sería desgraciada la cabrona y lo dije, y ella contestó que no, que no nos metiéramos en lo personal, aunque ¿qué había hecho ella sino meterse en lo personal? Me dijo que no perdiésemos de vista el tema principal. El tema era lo siguiente: que yo desconcertaba a la comunidad leyendo mientras andaba; que había personas que no eran susceptibles de explicación y que eso no les impedía a los demás explicarlos igualmente; que nadie debería pasearse por un escenario político con la cabeza desconectada; que no era normal lo nerviosa que me ponía con las preguntas de carácter social, con las indagaciones normales e incluso con las peticiones de información inofensivas, y aunque yo protesté y dije que aceptaba las preguntas, ella negó con la cabeza y dijo que yo solo hacía honor a preguntas literarias y, aun así, solo del siglo XIX o anteriores. El tema también era, dijo, que me negaba a abandonar mi entumecimiento facial y corporal, a pesar de que todo el mundo sabía que aquí el entumecimiento no servía de protección. Luego venía lo de la chica que anda... «¿La chica que anda?». «Sí, eres la chica que anda. A veces, la chica que lee y otras eres la chica pálida, adamantina e inflexible que va por ahí con su pensamiento arraigado y enjaulado». Entonces me dijo que sería directa conmigo, como si hasta entonces no lo hubiera sido. «No es que tengas que ofrecerles pasajes autobiográficos —dijo—, pero haces lo de leer andando y tienes el rostro casi vacío y no les das nada, que es demasiado poco, y por eso no ceden y se van a por el siguiente. Acabarán desmontándote

el chiringuito, amiga —dijo—, si no dejas de ser arrogante, porque ellos piensan que eres arrogante y que crees que te lo puedes permitir porque te acuestas con...». «¡Acostarme no!». «Porque consideran que te acuestas con Milkman y en el movimiento ese hombre tiene mucho peso y, por supuesto, nadie se meterá contigo mientras él esté de tu parte. Pero debes saber —concluyó—, hasta tú debes de darte cuenta de que, desde su punto de vista, has caído en la categoría difícil». Se refería a la categoría de los confidentes y demás, pero no a que yo fuera confidente. Era ese territorio heterogéneo en el que, como a los confidentes, no te aceptan, no te admiran, no te respetan desde un bando ni desde el otro, no te respeta nadie, ni siquiera tú misma. Al parecer, en mi caso, había entrado en la categoría no solo porque me negaba a contarles mi vida a los demás o por mi entumecimiento o porque desconfiase de las preguntas. Lo que también me tenían en cuenta era que no me veían como la novia buena, la de cuando él no tiene otros compromisos. Pero él sí tenía compromisos. Uno de ellos era su esposa. Por lo tanto, yo era la trepa, la concubina, la arribista, la fresca. Como con los confidentes, cuando ya no te necesitan, cuando te han desbancado, cuando has cumplido tu propósito o te han derrocado antes de tener la oportunidad de cumplirlo, los demás, que a veces sufren las consecuencias de su propia presunción, tienden a querer vengarse. Esa era la categoría difícil. Compuesta por datos complejos, cualquier otro asunto, incluso contradicciones, todo reducido por conveniencia a una categoría multifunción. Pero se equivocaba. Yo no había caído en la categoría difícil: me habían empujado.

«Vale, dejaré de hacerlo», dije, y con eso me refería a leer andando. Había vuelto de un salto a leer andando para esquivar la tozudez. Si tenía que dejar algo, prefería que fuese eso. «Esa es la actitud —me instó la amiga—. Usa la mollera, no seas tan terca, trabaja el carácter, no seas tan estirada y ofréceles migajas de amiga. Cualquier cosa sin importancia que los satisfaga, en lugar de azuzarlos con tu silencio. Y si también dejas eso incomprensible de leer mientras andas, eso también debería mejorar la situación». Asentí, pero dije que lo de leer andando no sería además de, sino en lugar de. Necesitaba mi silencio, mi incomodación para protegerme de los zarpazos y de la molestia de las preguntas. A diferencia de la amiga, yo mantenía la opinión de que intentar aplacarlos con información para ganármelos no traería el beneficio de su desistimiento, sino que los alentaría y los animaría aún más. Además, no quería. Seguía sin querer. Era mi único poder en un mundo desempoderador. «Entonces, más te vale ir con cuidado», dijo la amiga, que era lo que decían todos. La gente siempre decía que más te valía ir con cuidado. Pero cuando

las cosas no están en tu mano, cuando nunca lo han estado, cuando las posibilidades juegan en tu contra, ¿cómo puede una persona (la personita que está aquí abajo, en la tierra) ir con cuidado? Así que dije lo de los libros y lo de andar a modo de transigencia, que en comparación me parecía fácil. Ni siquiera lo lamentaba, porque ya no disfrutaba de ello como antes. La experiencia relajante de salir de casa y sacar el libro del bolsillo, de zambullirme en el párrafo siguiente en el punto donde acababa de dejarlo había cambiado desde el acoso, desde que corrían los rumores, incluso desde que las fuerzas del Estado habían empezado a sospechar y me paraban en la calle para quitarme *Vida y aventuras de Martin Chuzzlewit* de las manos por motivos de seguridad del Estado. Luego estaba lo de que me vigilasen mientras leía, que informasen de mis lecturas, de que me fotografiase al menos una persona con un libro o sin él. ¿Cómo podía una lectora concentrarse en una novela y disfrutarla de forma continua si tenía que lidiar con todo eso?

En cuanto a las fuerzas del Estado, la amiga me dijo que no me preocupase por las cámaras, los clics, el almacenamiento de datos, que era muy probable que incluso antes de Milkman ya me hubieran abierto un expediente. «Toda la comunidad es sospechosa —explicó—. Todo el mundo tiene su expediente. Todas las casas, las idas y venidas, las conexiones se comprueban constantemente y se vigilan. Tú eres la única que no parece haberse dado cuenta. Con tanto seguimiento —continuó—, con los infiltrados, las intercepciones, las líneas pinchadas, tanto dibujar distribución de habitaciones, posiciones de muebles, ubicación de ornamentos, papel de la pared, listas de vigilancia y perfiles geográficos, cortar transmisiones y transmitir transmisiones, y “Madre Oca” y leer el futuro en las hojas del té, por no hablar de los helicópteros que sobrevuelan un paisaje existencial amargo, cínico y alienado, no me extraña que todo el mundo tenga su propio expediente. Si en una zona controlada por los renegantes hubiera alguien sin expediente, sería garantía de que con esa persona pasaba algo sospechoso. Fotografían hasta las sombras —me dijo—. Aquí se puede identificar a personas y distinguir las a partir de siluetas y de sombras». «Qué propio de la zona», comenté impresionada. Entonces la amiga me dijo que incluso pre-Milkman ya debía de tener una carpeta con mi nombre, por mis otras conexiones. Estaba a punto de preguntarle cuáles eran esas otras conexiones cuando ella me interrumpió. «Dios, no me lo puedo creer. ¡Qué cabeza! ¡Qué memoria! Hay que ver con todas esas separaciones mentales y escisiones de la conciencia... ¡Me refiero a mí! ¡A tu relación conmigo! ¡A tus hermanos!

¡Tu segundo hermano! ¡El cuarto!». Negó varias veces con la cabeza. «Ay, amiga, las cosas de las que te das cuenta y de las que no... Menuda la desconexión entre tu cerebro y lo que hay ahí fuera. Estos patinazos mentales no son normales. Es anormal: reconoces, no reconoces, primero recuerdas y luego no, te niegas a admitir lo evidente... Pero tú lo incentivas, incentivas los tics del cerebro, el desorden de la memoria, y también esto último de la policía, todo son ejemplos perfectos de lo que te estoy diciendo». Entonces hizo una pausa para volverse hacia mí y mirarme directamente a la cara, cosa que me dolió y me dio pánico, como si en cualquier momento fuese a arrojarme a una dimensión a la que yo no quería ir. «No me extraña —dijo— que estén vigilándote y parándote más de la cuenta». «Más de la cuenta no —protesté—. Me paran y me vigilan cuando antes no lo hacían, porque Milk...». «No —me interrumpió ella—, te paran porque llamas la atención con tu lectura inaceptable mientras...». «No —dije—. Si eso fuera verdad, ¿por qué no me paraban antes de lo de Milk...?». «¡Sí que te paraban! Te paran. ¡Paran a todo el mundo! —exclamó, y su tono se volvió resignado en lugar de admonitorio—. Creo que ahora mismo hemos entrado en otro de tus brotes de *jamais vu*». «¿Qué quieres decir con mis “*jamais vu*”? —pregunté—. ¿Qué quieres decir con “otro de tus brotes de *jamais vu*”? ¿Quieres decir que tengo *jamais vu* y que los tengo a menudo?», que es cuando salió a la luz que, del mismo modo que borraba de la memoria los intentos periódicos de establecer una relación como es debido con el medio novio y cada vez pensaba que era la primera que intentaba avanzar en nuestro grado de intimidad, según la amiga, con ese tema también experimentaba la ilusión de que las fuerzas del Estado no me habían parado nunca, cuando era evidente que me paraban, según afirmaba ella, todo el tiempo. Al principio era rutinario, explicó, altos breves, lo habitual que le hacen a todo el mundo que entra y sale de zonas renegantes. Sin embargo, ahora, debido no a Milkman, sino a mi estado creciente de inaceptabilidad, me daban el alto no las veces normales, sino muchas más. Acabó esa charla sobre vigilancia y mis desapariciones a otras dimensiones diciendo que, igual que con las cámaras, no debería preocuparme demasiado por el matiz oficial que le diesen a mi comportamiento. Teniendo en cuenta que estaba en la lista de inaceptables, que era conocida por leer andando como si estuviera sentada; que, según la comunidad, era propensa a leer de atrás adelante y empezaba por la última página para retroceder hasta la primera y así prevenir las sorpresas narrativas porque no me gustaban las sorpresas; dado que metía marcapáginas entre las páginas, decían, o que doblaba las páginas incorrectamente, no donde lo había

dejado, sino en otras para despistar con astucia y engañar al público por motivos personales, enrevesados y paranoides; dado que tenía la costumbre habitual de ir contando coches y farolas y marcando puntos de referencia mientras fingía dar indicaciones a personas invisibles sin dejar de leer andando; teniendo en cuenta que no me gustaba que hubiera fotos de caras en los libros ni en las portadas de los discos ni colgando enmarcadas en la pared porque me imaginaba que me espiaban, y, por último, teniendo en cuenta que llevaba animales muertos en los bolsillos, «¿qué más te da un romance con un pez gordo de los paramilitares —me preguntó— y, total, a quién le importa un comino entre todas esas otras locuras?».

Después de eso, sucedió la parte más amable de la velada, la noticia feliz para acabar bien el noticiario. Ambas habíamos cogido los vasos, habíamos bebido un trago y nos habíamos vuelto a recostar, y la amiga me dijo, como si viniera a cuento, que era el primer cuñado el que había empezado los rumores. «Pero no te preocupes por él. Ahora mismo están intercediendo y muy pronto recibirá un baño de realidad». Como era de esperar, el baño de realidad del primer cuñado tenía su origen en su última obsesión sexual. La más reciente lo tenía haciendo visitas a las monjas (las mujeres propiamente santas de la comunidad) para hacerles preguntas masturbatorias disimuladas como consultas inocentes sobre arte. «Mencionó esa escultura —dijo la amiga—; ya sabes cuál, la de la monja, Teresa de Ávila, la que tenía sus propias sesiones privadas de levitación». Sabía a cuál se refería. Con doce años, estaba hojeando un libro en el aula de arte del colegio y al pasar la página vi una fotografía de la estatua, grité y me levanté de un brinco en cuanto me di cuenta de lo que estaba viendo. Había sido inesperado. Repentino. Ese día tuve una revelación sin presentimiento alguno. Esa ropa abullonada, ropa de monja, en su cuerpo, ella metida dentro, sofocándose, el tejido fuera de ella, vivo, puede que del revés, tragándose. Los pliegues, los bucles, las espirales, los volúmenes, las capas móviles y vivas me asustaron, claro está. La imagen me repugnó, pero me mantuvo ahí. En ese momento, cuando me recuperé de la repulsión y volví a mirarla por segunda, tercera, cuarta y quinta vez, y solo a la quinta vez me percaté del ángel con aquella especie de palo, pensé que quizá habría sido mejor, menos terrorífica, si no hubiera llevado la ropa puesta. Pero ¿y si no la llevara y en ese estado de contorsión (brazos desnudos, piernas desnudas, piel desnuda por todas partes) y con esa cara, con el aspecto que tenía, impotente, abandonada, disfrutando (o lo contrario), y desnuda y rezando, aunque aquello no parecía rezar a menos que...?, Dios mío, ¿así se rezaba? Pensándolo mejor, mi yo de doce años decidió que quizá

era mejor, por desconcertantes y voraces que pareciesen las vestiduras, que las llevara puestas.

«Hermanas», había empezado diciendo el primer cuñado, que había acudido al convento con la intención de enseñarles su propia foto de la estatua, sacada de una revista. Al parecer, era tal su amor por el arte que la llevaba encima desde hacía tiempo. «Quería preguntarles por esta emotiva imagen de una estatua piadosa. ¿Qué opinan del éxtasis, de la representación meditativa, mística, voluptuosa, gimoteante (gemidos suaves, según parece), pero también excesivamente intrusiva, estremecedoramente orgiástica de la situación? ¿No se trata acaso —y aquí puso cara pensativa y dijo lo siguiente como un supuesto comentario artístico y de ningún modo sexualmente perverso— de que esta mujer, en perfecta unión con Dios, esta monja como son ustedes, estaba excitada por el arrobamiento y dándose placer mediante la metáfora de la levitación? En cuanto al serafín que empuja y empuja y, dada su propia experiencia...».

Hasta allí consiguió llegar.

Es evidente que lo pillaron de inmediato, me contó la amiga, porque las monjas no eran estúpidas ni ignorantes sobre arte y además estaban al tanto de su reputado gusto por los guiño-guiño-codazo y su dislocación y obsesión sexuales. Habían rezado por él. De hecho, el primer cuñado había alcanzado casi el número uno en la cúspide de la larga lista de nombres de los que necesitábamos con urgencia que rezaran por nosotros. Pero, en ese momento, lo echaron. Ya no era cuestión de civilización y mucho menos de pedirle con educación y calma que se marchase, de ser amables con él debido a que era un alma espiritual en el camino de la vida, igual que ellas mismas eran almas espirituales en el camino de la vida. No. Lo echaron; o mejor dicho, sor María Pía, la monja grande, lo echó de allí después de que el resto de las monjas le hubieran dado cada una su bofetada. Después de eso, la madre superiora fue a ver a las santidades, a nuestras mujeres devotas que en nuestra zona eran las intermediarias entre las religiosas y los renegantes del Estado. Cuando las devotas se enteraron de semejante indecencia, fueron a ver a los renegantes. Entonces se decidió, dijo la amiga, que por primera vez lo mejor sería poner a raya el comportamiento del primer cuñado.

«El hombre es inexpugnable», dijo la amiga. «Lo es —contesté—. Justo lo que yo pensaba. Solo que ahora parece que no lo es. ¿Qué le pasará? ¿Qué le van a hacer?», pero no lo preguntaba preocupada por él. Era por la primera hermana, su esposa, mi hermana, aunque cuando la tercera se enteró, dijo que se alegraba muchísimo de que le diesen su merecido, y que no se alegraba en

el sentido compasivo de que Dios se apiade de su alma. Porque el cuñado estaba tan sumido en su tormento salvaje, en su lucha por la sensación, en su falta de pensamiento modesto, en su insaciable adicción según la cual tenía que acercarse a todo lo que fuera femenino y apropiarse de ello, que no era capaz de dominarse. Eso nos incluía a nosotras, sus cuñadas, empezando desde los doce años, y a cualquier otra mujer de la zona, incluso a las monjas, como habíamos comprobado. Todo tenía que ver con el campo sexual; el hombre no sabía cómo participar en ningún otro campo. Por eso la tercera hermana y yo habíamos intentado hablar con las niñas. Sin embargo, las hermanas pequeñas nos dijeron que no les hacía falta que las avisáramos de que estuvieran alertas a la cualidad febril, resuelta y glotona del primer cuñado. El hecho de que tenía alguna neurosis obsesiva y enferma, según ellas, saltaba a la vista. «Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotras? —añadieron—. ¿Por qué venís a nosotras, por qué nos decís esto, por qué nos prevenís contra el tercer cuñado?». «Por si intenta algo». «Si intenta ¿el qué?», preguntaron. «Si os habla, aunque parezca de forma inocente, sobre el tema, digamos, de la Revolución francesa...». «¿Qué aspecto de la Revolución francesa?». «Cualquiera —contestó la tercera hermana—. O si intenta abrir un debate sobre esa teoría científica marginal que os gusta a las tres, la de la multiturbulencia hidrotermal...». «La estás resumiendo de forma incorrecta, tercera hermana», repusieron las pequeñas. «Lo que la tercera hermana quiere decir —interrumpí yo— es que si se alía con Demóstenes en su desaprobación de Alcibíades o si aparece de pronto e intenta exponer la tesis de que Francis Bacon era en realidad William Shakespeare, que significa...». «¡Ya sabemos lo que significa exponer una tesis!». «Lo que la hermana mediana dice —continuó la tercera hermana— es que si hace una exposición sumaria sobre la firma normal de Guy Fawkes antes de que lo torturasen y la firma de la confesión de Guy Fawkes después de que lo torturasen, que significa...». «¡Ya sabemos lo que es una exposición sumaria!». «Mirad, hermanas pequeñas, la cuestión es —dije— que si intenta engañaros con cualquier excusa: ciencia, arte, literatura, lingüística, antropología social, matemáticas, política, química, el tracto intestinal, eufemismos poco habituales, la contabilidad de partida doble, las tres divisiones de la psique, el alfabeto hebreo, el nihilismo ruso, el ganado asiático, la porcelana china del siglo XII, la unidad japonesa de...». «No te entendemos —gritaron las hermanas pequeñas—. ¿Qué tiene de malo hablar de todo eso?». «Tiene de malo que no debéis dejaros engañar —intervino la tercera hermana—. Nada de eso será lo importante, no será lo que de veras le

interesa». «Pero ¿qué será lo importante? ¿Qué será lo que le interesa? ¿Qué queréis decir las dos?». La tercera hermana y yo nos dimos cuenta de que, lejos de estar protegiendo y tranquilizando a las niñas, las habíamos alarmado y asustado. Entonces la tercera hermana dijo: «Será algún tema abusivo, sexualmente intrusivo, algo incómodo y asqueroso, siempre algo verbal, pero, pensándolo bien, dejémoslo estar. Vosotras tres sois demasiado pequeñas para saber de eso».

«Van a juzgarlo», dijo la amiga, y se refería a uno de los juicios clandestinos, porque esos juicios existían. «Es el primer aviso», dijo. «No debería ser el primero —contesté—. Empezó conmigo cuando yo tenía doce años». «Puede que le den una paliza directamente —continuó ella—, que se salten el aviso, por la conversación indecente con las monjas». «A las mujeres de los asuntos no les hará gracia», dije yo, y la amiga de siempre frunció el ceño. Al principio pensé que era por el comentario sobre la jerarquía femenina de que las mujeres de Dios que tenían visiones envueltas en ropa abullonada deberían tener prioridad sobre otras mujeres, porque ¿quién iba después? ¿Esposas? ¿Madres? ¿Vírgenes? Sin embargo, el ceño fruncido no era porque las mujeres de los asuntos insistieran en que todo fuera justo, lo que quería decir que no fuera patriarcal, sino porque yo había hecho referencia a su actividad, cuando teníamos un acuerdo tácito por el cual yo jamás debía hacer eso. Sin embargo, había empezado ella. Que nos reuniésemos en el salón era cosa de ella y su actividad. Enviar al emisario, al niño vigilante, a acordar la hora y el lugar era cosa de ella y su actividad. «Has empezado tú», le dije. «No me quedaba más remedio —contestó ella—. Es por tu deterioro mental y porque me ha parecido que, después de ser tan dura con lo de tus defectos, te hacía falta animarte un poco. Por eso te he contado lo de tu cuñado. Pero tienes razón: dejémoslo y a partir de ahora no volvamos a hablar de temas políticos».

Después de eso, la reunión en el salón terminó, y después de esa vi a la amiga de siempre de primaria tres veces más. Una fue el día de su boda en el campo, cuatro meses después, donde yo era la única, con la salvedad del cura que la ofició, que no llevaba gafas de sol. Hasta el novio y la amiga de siempre, con su vestido blanco y sencillo, llevaban cada uno un par. Luego la vi un año después del casamiento, en el funeral de su marido. Tres meses después de ese día, fui a su funeral, en el que la enterraron con su marido. Fue en el sector de renegantes del cementerio, justo por encima de la zona de los diez minutos, también conocido como el cementerio de ninguna ciudad, el

cementerio de ningún tiempo, el cementerio concurrido o, simplemente, el sitio de siempre.

La chica que en realidad era una mujer que iba por ahí metiéndole veneno a la gente en la bebida me envenenó sin que yo supiera que lo había hecho, ni siquiera cuando me desperté con un dolor de estómago increíble dos horas después de acostarme. Al principio pensé que eran los temblores, el hormigueo, la sensación horrible que me abordaba desde Milkman. Pero no. La chica de las pastillas me había metido algo en la bebida. Había sido en el club cuando estaba con la amiga de siempre a punto de terminar la conversación que yo creía que sería sobre Milkman y resultó ser sobre mi condición de inaceptable. La amiga había ido al baño y en cuanto me quedé sola en la mesa, esa chica que en realidad era una mujer se acercó con sigilo. De inmediato, me acusó de crímenes contra la humanidad y de ser egoísta, también me envenenó y consiguió todo eso antes de que me diese tiempo a mandarla a tomar por el culo. «Debería darte vergüenza», me dijo, pero no se refería a mi idilio amoroso con Milkman, que es de lo que yo pensaba que hablaba porque es de lo que hablaba todo el mundo, a pesar de que seguía sin ser asunto suyo. En realidad se refería a que yo había conspirado con Milkman para matarla en alguna otra vida. Aparte de la suya, al parecer también era responsable de las muertes de otras veintitrés mujeres, «algunas de las cuales sin duda tomaban hierbas —dijo—, inocente medicina blanca, pero otras no tomaban nada», y debí de cometer los crímenes cuando todos, los veintiséis, estábamos en otra vida. Hablaba de una encarnación pasada, en algún momento del siglo XVII; citó fechas y épocas y dijo que él había sido médico, pero de esos que en realidad eran curanderos. Entonces mostró su repugnancia por que me hubiera convertido en la mascota de semejante brujo, por que me hubiera aliado con un hombre tan falso. Me advirtió que no valía la pena negar que sabía que era un impostor: yo lo había incitado, había hecho magia negra para él, había descuartizado animales muertos por él, había sido cómplice de los asesinatos de las veintitrés mujeres y del suyo que él había

cometido en nuestra aldea pintoresca. «Morimos todas, hermana. Por tu culpa», me dijo. Según ella, y por ese motivo, yo me merecía lo que iba a pasarme. En ese momento conseguí desembarazarme del efecto hipnótico que tenían sus fragmentaciones y le dije: «No me jodas, vete a tomar por el culo». Cuando la amiga de siempre regresó, me preguntó qué había pasado y yo negué con la cabeza y contesté: «Nada, la chica de las pastillas». La amiga de siempre me advirtió que anduviera con cuidado con ella, porque «esa pobre chica que en realidad es una mujer está cada vez peor».

Y esa era la cuestión. Nuestra inaceptable más infame era una chica que en realidad era una mujer, una chica menuda, flaca y nervuda que rayaba los treinta y le echaba veneno a la gente en la bebida. Durante mucho tiempo, nadie fue capaz de sacarle ninguna explicación al respecto. Las conjeturas sobre el tema se basaban en el embellecimiento que había hecho la comunidad a partir de la información inexistente que ella ofrecía, y la mayoría había decidido que hacía lo que hacía a raíz de alguna afección feminista. No se extendían en cuanto a la afección, pero teniendo en cuenta, se decía, que habían visto a las mujeres de los asuntos del distrito (otra agrupación de inaceptables) hablando con la chica de las pastillas y que quizá estuvieran preparándola o lavándole el cerebro con su movimiento, eso quería decir que asuntos obvios como los de las feministas militantes podían ser el único motivo por el cual ella no dejase de intentar matarnos a todos. En aquel momento las mujeres de los asuntos negaron la acusación y dijeron que eso era una mala interpretación de sus objetivos y que, además, la comunidad no tenía prueba alguna en la que respaldarse. Añadieron que la chica de las pastillas ya envenenaba a gente mucho antes de que decidieran hablar con ella y que, en cualquier caso, solo se habían dirigido a la chica para tratar de comprender e intervenir. Así pues, dijeron, era imposible calibrar más que de manera irresponsable e improvisada lo que esa persona menuda pretendía con los envenenamientos. En consecuencia, la gente siguió haciendo interpretaciones, y las versiones y las contiendas sobre las interpretaciones continuaron. Los envenenamientos también, y donde más ocurría, y donde era crucial estar alerta a su aparición, era en el baile de los viernes en el bar más popular del distrito.

Si estabas en la pista de baile con tu novio o con tus amigas y habías dejado las bebidas sin supervisión en la mesa, era especialmente crucial estar atentos a si ella decidía entrar. Sin embargo, para que ella apareciese en escena, había otros dos grupos que siempre debían aparecer antes. Los renegantes del Estado llegaban con su ropa negra, los pasamontañas y las

pistolas para llevar a cabo una inspección buscando a gente indeseable y menores que estuvieran bebiendo alcohol. Siempre había muchos indeseables y menores bebiendo alcohol, pero ni una sola vez echaban a nadie ni lo obligaban a marcharse. Era una farsa. Todo el mundo sabía que era una farsa, una demostración de fuerza, una de esas representaciones con código de vestimenta que había que poner en escena todas las semanas. Irrumpían en el local con aire resuelto, echaban un vistazo, dejaban ver las herramientas, acababan la inspección, se marchaban y, momentos después, aparecía otro grupo y se oficiaba otra farsa. Eran los soldados extranjeros, el ejército de ocupación del país de la otra orilla. Ellos también iban equipados con su uniforme militar, cascos y armas de fuego a la caza de renegantes, los mismos con los que no se habían cruzado por los pelos. Solo de vez en cuando se nos ocurría pensar en el baño de sangre que tendría lugar si esos dos grupos entrasen a la vez. Sin embargo, ni una vez en todos los años de viernes por la noche se produjo el encuentro. Comentábamos que costaba imaginar que no ocurriese, por lo tanto debía de estar produciéndose algún tipo de sincronía inconsciente, una especie de conexión accidental entre ambos grupos. «Es viernes por la noche —podría sugerirle un subliminal a otro subliminal—, ¿qué tal si simplificamos las cosas? ¿Qué te parece si tú vas primero y cuando te marches vamos nosotros? La semana que viene entramos nosotros primero y cuando nos vayamos, entráis vosotros». Eso debía de ser lo que pasaba, porque era inconcebible que no se encontraran por los pelos no solo una ni dos veces, sino más bien doscientas. Así que los respectivos ejércitos entraban al bar, hacían lo suyo, escrutaban, fanfarroneaban, demostraban su poder, mientras todos los demás, o sea nosotros (los jóvenes de la pista de baile, los jóvenes sentados a las mesas, los jóvenes de la barra, los que se besaban y acaramelaban entre las sombras) pasábamos de ellos. Pero en cuanto entraba la chica de las pastillas, bueno, eso era otro asunto.

«¡Ya está aquí!».

«¡Deprisa!».

«¡Todos a sus puestos! ¡Cuidado! ¡Atentos! ¡La chica de las pastillas! ¡Es la chica de las pastillas!».

Es lo que decía entre dientes hasta la última persona que estuviera en el bar. En ese momento se desataba un pánico etílico y quienquiera que esa semana hubiese salido elegido como vigía de cada grupo y mesa se apresuraba a la respectiva desde la pista de baile, el baño, la barra, el abrazo a oscuras en un rincón: desde donde quiera que él o ella estuviese. El objetivo era proteger las bebidas, pero aun así los demás estábamos tensos, muy

pendientes de su presencia. Nos dábamos codazos, nos volvíamos hacia uno y otro lado, seguíamos su trayectoria por el bar y le prestábamos toda nuestra atención mientras ella merodeaba y se movía con furtividad como un fantasma o una pesadilla terrorífica. Lo lógico sería que, dada nuestra hipervigilancia, nosotros, la mayoría, estaríamos en situación de ventaja para frustrar los planes de la chica de las pastillas y proteger nuestra salud. En cambio, a la hora de la verdad, la combatiente solitaria se nos llevaba de calle todas las veces. Nadie sabía cómo lo hacía, pero encontraba la manera de meter las sustancias sin importar quién estuviera en la mesa. La persona designada, tal como podía atestiguar todo el mundo, habría acudido sin dilación y habría reunido las bebidas a conciencia para no jugársela. No se fingía cortesía a la hora de echarla con urgencia. «¡Fuera, coño!», le gritaban, y después decían que con esto del veneno siempre era mejor ser directo. «¡Que te vayas, joder!», le chillaban. «¡A tomar por el culo!», sin consideración por el decoro. «¡Fuera, joder!», con grosería extrema. Pero si habían tenido que soltarle tantas palabrotas a la excepcional envenenadora del distrito con récord de éxitos de todos los tiempos y ella aún no se había marchado, lo más probable era que, antes de que amaneciese tras una larga noche, esa persona y al menos una más del grupo estarían dobladas de dolor, revolviéndose, convulsionando, contorsionándose, hasta arriba de toda clase de sustancias purgantes, llorando y suplicando de agotamiento que se los llevara la muerte y se acabase todo.

Consiguió caerle mal a todos por igual, pero a pesar del desagrado general, el distrito se tomaba lo de la chica de las pastillas con mucha calma. Aunque era una calma tensa, paranoica, envenenada, porque la gente podía ponerse furiosa y querer matarla. Aun así, nunca se le ocurrió a nadie que deberían prohibirle la entrada en el bar más popular del distrito. Y tampoco que deberían ingresarla, encarcelarla, que su familia no debería dejarle salir o, por lo menos, que deberían turnarse para acompañarla cada vez que saliese, que los demás no deberíamos someternos a la ordalía del veneno todos los viernes por la noche. Aunque era un peligro, en aquellos tiempos distintos en los que había una conciencia distinta y un enfoque distinto de la vida y de la muerte y de las costumbres, la tolerábamos como se tolera el tiempo, como teníamos que tolerar los actos de Dios y la entrada de los ejércitos de los viernes por la noche. Al parecer, todo lo más que podíamos hacer como comunidad era declararla inaceptable. Así que siempre volvían a dejarla entrar y siempre acudía y continuaba con los envenenamientos. Pero entonces

su trayectoria cambió y empezó a envenenar otros días de la semana, aparte del viernes, y a ponerse verbosa con los motivos.

Me contó la amiga de siempre que hacía poco había envenenado a su propia hermana, aunque de momento la familia lo mantenía en secreto y no hablaba del tema. Había acusado a su hermana de ser un aspecto inaceptable de sí misma. Yo dije: «Esto se está complicando. ¿Quieres decir...?». «Eso es —contestó la amiga de siempre—. Un aspecto separado y usurpador de sí misma». Al parecer, no había suficiente espacio en el distrito para sus facetas opuestas y, por cuestión de supervivencia y dado que una de las partes era una envenenadora, la otra parte, la que no era envenenadora y era su hermana, tenía que desaparecer. Entonces la amiga de siempre me dio la razón en que, desde que la chica de las pastillas había empezado a dar explicaciones, la capacidad comunitaria para encontrarle explicación se había complicado, pero también dijo que si parase de ir por ahí con un libro delante de la cara y me fijaba bien en la realidad, quizá me daría cuenta de hasta qué punto le costaba a la comunidad mantenerse en pie en ese momento. Por supuesto, aquí todo el mundo tiraba para adelante. Se daba un movimiento infalible y constante de gente hacia delante, y esa traslación frontal sucedía prácticamente todo el tiempo. La conciencia de raza de la comunidad era capaz de asimilar con facilidad las arenas movedizas de las dislocaciones aceptables, pero cuando se trataba de inaceptables como la chica de las pastillas (o yo misma, aunque aún me resistía), estos dictaban sus propias leyes. A menudo se decía que los inaceptables desobedecían la tradición, que no tiraban adelante de forma racional como hacían los demás, sino que sin aprobación ni previo aviso tiraban en diagonal o hacia un lado o en circunvolución hacia una posición inverosímil. Eso es lo que hizo la chica de las pastillas al pensar que su hermana era la oposición de sí misma.

La amiga me explicó que a la hermana envenenada, la más joven y resplandeciente, la había envenenado hasta el hospital y, a decir verdad, mucho más allá. La había envenenado hasta el punto de que tenía casi todo el cuerpo bajo tierra. Claro que no había ido al hospital, porque, igual que con lo de llamar a la policía (o sea, lo de no llamar), tratar con las autoridades médicas aquí también podía considerarse una imprudencia. La comunidad había decretado que unas autoridades siempre arrastraban a otras autoridades, y si te habían disparado, envenenado o acuchillado o lastimado de algún modo del que no querías hablar, el hospital se lo notificaría a la policía sin tener en cuenta tus deseos y esta acudiría desde el cuartel en un momento. A continuación, tal como advertía la comunidad, lo que sucedía era que las

fuerzas del Estado enemigo descubrían de qué lado de la valla procedías, te ponían en un compromiso y te presentaban dos opciones. Las opciones eran: o bien en tu distrito se insinuaba que te habías convertido en confidente mediante un proceso imaginario, o bien te obligaban a ser confidente de verdad y a informar sobre los renegantes del Estado de tu distrito. En ambos casos, tarde o temprano y por cortesía de los renegantes, tu cadáver sería el más reciente en aparecer en uno de los callejones con el billete de diez libras obligatorio en la mano y las balas en la cabeza. Así que no. De acuerdo con las normas comunitarias, mejor que no te complicases con el hospital. Y ¿por qué hacerlo si había quirófanos en casas francas, servicio de urgencias en salitas de estar, boticas caseras y más que suficientes farmacias en las casetas de toda la zona?

En cuanto a la hermana de la chica de las pastillas, un pie y medio en la tumba, ella hacía lo que podía y su familia y vecinos también hacían lo que podían. Varias purgas fuertes después, todo el mundo intentó decir que estaba bien. Sin embargo, aunque se recuperaba, quedó claro que la salud y la vista de la joven ya no eran ni muchísimo menos lo que solían ser, así que de nuevo intervino la justicia de la comunidad a través de los renegantes. La familia, en conflicto debido a su vínculo de sangre con la víctima y con la perpetradora, le suplicó a los renegantes que demorasen el castigo y le dieran a la chica de las pastillas otra oportunidad de redimirse. Los renegantes ya habían prometido la vez anterior que si la chica de las pastillas no ponía fin a su comportamiento antisocial, ellos lo harían por ella. Así que, en ese momento, visto que la acusada había hecho caso omiso de sus advertencias, los renegantes dijeron que había llegado el momento de cumplir su promesa. La amiga de siempre me dijo entonces que los renegantes no actuaron de inmediato, sino que continuaron deliberando a causa de las súplicas de la familia. Después los llamaron y los preavisaron. «De acuerdo —dijeron—. Una oportunidad más, pero solo una».

Vaciamos los vasos, salimos del bar y yo me fui a casa, me metí en la cama, me dormí y seguí durmiendo hasta que me despertó algo invisible que se coló en mi cuarto como un susurro, me trepó por la ropa de cama, me entró por la boca abierta y se me deslizó por la garganta. Me desperté con un sobresalto y grité: «¡Ha entrado! ¡Se me ha metido dentro! ¡Se me ha metido mientras dormía!», pero antes de despertarme del todo y de darme cuenta de lo que decía, me atenazó un ardor en las entrañas. Noté un sabor fuerte y desagradable en la boca, que al principio me pareció un empaste haciendo de las suyas. Luego pensé, ¡eso no es un diente! Es Milkman otra vez y así es

cómo me afecta ahora su deseo. De pronto me deshice en calambres que me sacaban el aire de dentro, que me exprimían el aire mientras mis músculos enloquecían y me volvían rígida. Entonces me caí de la cama, rígida como estaba, y el interior se me volvió de piedra. Me arrastré fuera del dormitorio apoyándome sobre las rodillas y los antebrazos y me di de cabeza contra la puerta porque tenía el torso tan tieso que no podía levantarla. No sabía qué significaba chocar con la cabeza, qué significaba la puerta, tampoco sabía adónde iba, solo que tenía que salir y conseguir ayuda.

En el descansillo, me entraron dolores nuevos que eran como relámpagos zigzagueantes. Por su culpa, tuve que dejar de arrastrarme en un punto entre mi dormitorio y el baño; mientras tanto, oía ruidos extraños que yo pensaba que eran voces de la radio ralentizadas. Más tarde me enteré de que eran mis quejidos y «¡A que no lo adivinas! ¡Nos despertaron a todos!», gritaron mis hermanas pequeñas. Hablaban con entusiasmo, cuatro días después del envenenamiento, cuando ya me recuperaba en la cama, convaleciente. Me relataron cómo eran los quejidos, me hicieron una demostración selecta y me describieron los acontecimientos de aquella noche y añadieron que estaba blanca, «Pero no ese blanco horrible que sueles tener». «Era más bien color leche», dijo la más mayor de las hermanas pequeñas. «Como una botella de leche», dijo la mediana de las pequeñas. «Como leche blanca pintada aún más blanca —sugirió la más pequeña de las pequeñas— para que brille en la oscuridad». Entonces estalló una discusión entre las tres sobre si lo de brillar en la oscuridad era cierto o inventado. También se pelearon por decidir cuándo se había materializado la palidez extrema. ¿Había sido antes de que nuestra madre y las vecinas me purgasen o después de que nuestra madre y las vecinas me purgasen? Porque sí, mi ma y las vecinas me habían purgado, y mi ma había sido la primera en llegar al descansillo y rodearme con los brazos y, por culpa de lo que me pasaba dentro, yo no la había oído acercarse. Pero noté sus brazos fuertes, noté su aliento cálido y supe en ese momento que tener a mi madre cerca era bueno, más bueno que Dios. Mientras me aferraba al dobladillo de su camisón y me arrastraba por el camisón y me acurrucaba en el vientre del camisón, supe que estaría a salvo, que ya no estaba sola.

Claro que, al mismo tiempo que me salvaba, mi ma me cantó las cuarenta. Junto con el veloz examen físico y la ronda rápida de preguntas (¿me había cortado?, ¿me habían dado un navajazo?, ¿qué había comido?, ¿qué había bebido?, ¿me había dado alguien fuera de lo común algo fuera de lo común?, ¿me había peleado con alguien?, ¿me habían pegado una patada en la

cabeza?, ¿eran de confianza las amigas en las que yo confiaba?, ¿con qué me habían envenenado?) también iba el primer comentario sentencioso. «Bueno, pues ¿qué esperabas, niña? Si vas por ahí robándoles el marido a las demás... ¿Cómo no van a intentar matarte esas mujeres? Con tanto conocimiento del mundo que se supone que tienes, ¿cómo no sabes eso?». Yo no sabía qué quería decir mi ma con lo de conocimiento del mundo. Mi conocimiento del mundo consistía en joder, me cago en la hostia, la virgen santa, que no se prestaba a muchos detalles, sino que los detalles eran las propias palabras. Sin embargo, mi ma no había acabado con lo del marido y la mujer. Continuó con más «qué te esperabas», solo que esta vez con variaciones sobre mi costumbre de tener algún lío de vez en cuando con muchos maridos, a veces con todos los maridos, otras con un marido nada más, con Milkman. «Qué necia, ay, ¡qué imprudente! ¡Qué temeraria! —gritaba—. ¡Tú, una adolescente, y él tiene más del doble de tu edad!». Aquí hizo una pausa para levantarme, sujetarme con el cuerpo y llevarme al cuarto de baño. Después continuó con las acusaciones y las conclusiones apresuradas y añadió con aire funesto: «Aun así, cuando esto acabe, quiero que me hagas una lista de los nombres de todas las esposas». Durante todo eso, yo seguía hecha un ovillo, incapaz de estirarme, incapaz de ponerme de pie, y las oleadas de dolor me subían desde abajo y me atravesaban en zigzag. Así que me levantó hecha una bola, me mandó pasarle un brazo alrededor del cuello mientras con el otro yo me agarraba como podía al pasamanos y me instó a que le revelara cuál era el veneno: «Pero ¿qué te han dado? ¿Sabes qué te han dado?», y yo al final conseguí decir: «Esposas no, ma. Maridos no. Lío con Milkman no. Nada de veneno». Entonces, sin escucharme porque se le había metido otra cosa en la cabeza, se quedó de piedra.

«¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¿Tienen razón? ¿Tiene razón todo el mundo? ¿Te ha fecundado ese renegante, ese espabilado de lo más alto de la lista de buscados, el falso lechero?». «¿Qué?», pregunté, porque la palabra que había usado era singular y, durante unos instantes, yo no tenía ni idea de a qué se refería. «¿Te ha infundido? —se explayó—. Engendrar. Procrear. Fertilizar, vejar, deshonar, espolvorear, provocar remordimientos, deseos de que no hubiera pasado... Santo Dios, niña, ¿tengo que decírtelo más claro?». Pues ¿por qué no lo decía más claro? ¿Por qué no decía «embarazada»? Así era mi ma. Como si yo no tuviera suficiente en el plato sin tener que hacer un descanso del envenenamiento (que aún no sabía que era un envenenamiento) para andarme con acertijos y expresiones figuradas. No se quedó en el tema de los embarazos difíciles, porque mi ma podía provocarse una historia de

terror tras otra. De ahí pasó a los abortos, y tuve que adivinar qué era eso de lo que hablaba a partir de «vermífugo, menta poleo, podófilo, expulsión prematura, fracaso en el intento de cobrar vida», aunque despejó toda duda con: «Bueno, hija, no puedes decepcionarme más de lo que ya lo has hecho, así que dime: ¿qué has conseguido y cuál de esas meretrices te lo ha proporcionado?».

Eso me cogía de nuevas. No sabía que hubiera prostitutas en la zona, que los renegantes las permitieran o fuesen incapaces de prohibirlas. También era típica de mi ma, la fuente del conocimiento, la forma en que siempre me revelaba detalles sorprendentes sobre el lado oscuro, al tiempo que me acusaba de conocerlos de antemano. Una vez más, demostraba no tener fe en mí, no creía que yo pudiera ser sincera, que fuese cierto que yo tuviera suficiente cabeza para no liarme con un hombre como Milkman, nada de lo cual me inspiraba a inspirarle confianza, porque ¿qué motivos tenía? La última vez que lo había intentado, ella me había llamado mentirosa y había exigido que le dijera la verdad, a pesar de que era justo lo que hacía. Ella no quería la verdad. Lo único que quería era la confirmación de los rumores. En ese caso, ¿de qué servía pactar la atribución, hacerla ver que los espasmos, la rigidez, la incapacidad de estirarme, la incapacidad de ponerme de pie no eran por culpa de un veneno ni de ninguna otra imaginación suya, sino una versión intensificada de lo habitual? Estaba enferma porque Milkman me acosaba, Milkman me seguía, Milkman lo sabía todo de mí, se tomaba su tiempo, se cernía sobre mí, y por lo pernicioso del secretismo, la vigilancia y el parlerismo de este lugar. Así que mi ma y yo, como siempre, teníamos objetivos cruzados, pero lo intenté, porque en ese momento, que era un momento de soledad, deseé más que nunca que me creyese, que me percibiera como debía. «Esposas no, ma —dije—. Ni maridos ni feto ni prostitutas ni veneno ni suicidio», y añadí lo último para ahorrarle tener que hacerlo ella. «Pues entonces, ¿qué pasa?», preguntó, y en mitad del dolor, en pleno envenenamiento, sentí un alivio glorioso que me recorría, un solaz que me invadía solo porque ella había dejado de regañarme para plantearse si estaba contando la verdad. Sería fácil quererla. A veces me daba cuenta de lo fácil que sería quererla. Pero enseguida se acabó y ella dejó de dudar, de insistir, de levantarme y de lanzar acusaciones falsas y llamó a las hermanas pequeñas. En ese momento, las tres habían salido de la cama y estaban detrás de nosotras en camisón.

Las mandó ayudarnos y, por supuesto, las hermanas pequeñas estuvieron encantadas de hacerlo. Adoraban el drama de cualquier tipo mientras fuera

puro y ellas pudieran formar parte o, al menos, ser testigos. Se apresuraron y me agarraron exactamente por donde les dijo mi ma y, entre las cuatro, me llevaron por el resto del descansillo, me ayudaron a bajar el escalón del descansillo y me metieron en el baño, donde las hermanas pequeñas me soltaron. Pensaban que tenían que soltarme, así que me caí al suelo con mi ma. La caída fue dura y dolorosa, y al principio grité. Pero enseguida me di cuenta de que el suelo era algo bueno. Era frío, suave, bienvenido, pero duró poco, porque mi cuerpo se impuso de nuevo. Se colocó sobre los antebrazos y las rodillas en preparación para alguna inminencia. Mientras tanto, mi ma daba instrucciones a las hermanas pequeñas para que fuesen a su cuarto a buscar las llaves de la botica de atrás y se las llevaran de inmediato. Se marcharon como si fueran una sola persona, que es como las hermanas pequeñas lo hacían todo, y mi ma se volvió hacia mí, me apretó el vientre y me ordenó ¡piensa!, ¡piensa! Si no era desasosiego ni una purga vermífuga ni poleo, ¿podía ser algo que hubiera comido? ¿Alguna bebida? ¿Alguien merodeando por ahí que no debería haber estado merodeando por ahí?, pero yo ya no podía contestar. Aún contraída, aún en esa postura extraña, me lancé rígida hacia el baño, hacia el suelo, hacia la taza del váter y al suelo. Tenía algo muy grande dentro, pero mi cuerpo no tenía esperanzas de sacarlo.

Llegaron las hermanas con el tintineo de llaves y mi ma se levantó de un brinco y les gritó: «Enseguida vuelvo». Les dijo que no me dejaran sola y no me quitaran ojo, que se asegurasen de que no me tumbaba boca arriba ni me dormía y que la avisaran si me ponía azul o si pasaba algo que no fuera vomitar. Salió corriendo, las hermanas me rodearon y noté su empeño más que el calor de sus cuerpos. Es que no les veía el cuerpo porque tenía la frente pegada al suelo frío durante otro episodio de alivio. Sabía que era solo un respiro y que debía disfrutar de ese placer sencillo antes de otro arranque de tirarme por ahí. De inmediato, las hermanas pequeñas se pusieron a graznar. Me sacudieron. Me dieron toques. «¡Para! ¡No duermas! ¡Ha dicho mamá que no puedes!».

Mi ma regresó con un brebaje monstruoso de medio litro que tenía muy mala pinta y olía fatal. También aparecieron algunas vecinas, que traían damajuanas, campanas de cristal, tarros verdes, marrones y amarillos con advertencias, bálsamos, pociones, viales, hierbas, polvos, balanzas, morteros, farmacopeas enormes y sus propias destilaciones, secreto de la familia. Habían salido de la nada, que era lo habitual con las vecinas en los casos de «no ir al hospital». Como mi ma, estaban preparadas y se habían remangado las mangas del camión. Primero se celebró una conferencia en el baño en la

que las mujeres me rodearon y hablaron desde uno y otro lado. Lo oí casi todo, pero las hermanas pequeñas me rellenaron los huecos más adelante. Debatían qué medidas tomar y las más puristas decían que inducir el vómito sin haber determinado con qué trataban no era buena praxis. Otras decían que me mirasen, que era evidente que ese no era el momento de jugar a precisiones y a hacer de dios, que cualquier chapuza improvisada ya estaría del todo bien. «Hablando de “del todo” —dijo una de las vecinas—, esto es del todo parecido a lo de esa pobre chica a la que la envenenó su hermana». «¿Qué pobre chica?», preguntó mi ma, y, según las hermanas pequeñas, todas bajaron la voz.

«Fue el otro día —empezó a contar la vecina—, y tenéis que mantener el secreto, vecinas, las que no lo sabíais, porque aún no se ha filtrado propiamente a la comunidad; pero esa chiquita que en realidad es una mujer tuvo otra de sus multiplicaciones. Ha envenenado a su hermana, la resplandeciente. Algunas estuvimos en la purga y, creedme lo que os digo, tenía muy mala pinta». Las vecinas asintieron con la cabeza porque, al parecer, la mayoría había estado en la purga. Pero mi ma no. Y las hermanas pequeñas tampoco, y el impacto de la noticia las afectó mucho. Sobre todo a las hermanas pequeñas. Por mucho que apreciasen las situaciones dramáticas, apreciaban más aún a la hermana de la chica de las pastillas. Aunque se habían emocionado con que las dejasen estar levantadas para asistir al equivalente adulto de un festín aventurero nocturno a lo Enid Blyton, la noticia de su envenenamiento cayó como una maldición sobre la aventura y ellas no fueron las únicas en vivirlo así. A pesar de su resplandor, de su talante amigable, de su buena fe general y esa candidez que casi pedía problemas, la hermana de la chica de las pastillas le caía bien a todo el mundo, incluyendo a todas las presentes en este baño. Así pues, esa noche, en el cuarto de baño, las hermanas pequeñas se preocuparon al oír la noticia, y mi ma también parecía consternada. Las cuatro estaban afectadas. De hecho, lo estaban todas las mujeres. Hicieron una pausa eterna para digerir la gravedad de lo que le había pasado a esa joven resplandeciente y, en la eternidad de ese ínterin, se les olvidó que otra joven, quizá no tan resplandeciente, se moría a sus pies.

Entonces otra vecina dijo: «Todo eso es digno de mención, pero en realidad esta situación no es comparable». Mientras hablaba, todo el mundo me prestó atención a mí, que estaba en el suelo. «Me parece a mí que la otra estaba mucho peor», y las vecinas que habían estado en la purga anterior concurren que mi estado no era tan malo como el estado de la otra pobre.

Pero por culpa de su equivocación (que mi estado solo podía deberse a una venganza por parte de la esposa de Milkman), no se dieron cuenta de la importancia de sus propias palabras. Ma tampoco y, por increíble que parezca, en ese momento ni siquiera yo me di cuenta. Ni cuando estaba en el suelo y me vino a la cabeza la hermana de la chica de las pastillas fui capaz de ver el rastro de migas de pan. Naturalmente, lo había lamentado mucho por ella cuando la amiga de siempre me había contado lo que le había hecho la loca de su hermana, pero lo lamenté como cuando te acabas de enterar de que una persona ha sufrido una experiencia terrible y lo sientes por ella, sin pensar ni un instante que tú misma estás a punto de padecer exactamente la misma experiencia en tus carnes. Había sido anecdótico, una lástima muy poco sentida por mi parte, una despreocupación que no era malintencionada, pero tampoco era una emoción de auténtica comprensión o compasión sentida. En cuanto a mi opinión sobre mi enfermedad, habría sido ridículo plantearme que el dolor de barriga era por un veneno cuando era por los nervios (los peores nervios que había tenido desde que apareciese Milkman), y entonces mi madre hizo lo impensable: mentó el hospital y afirmó que no estaba dispuesta a dejar morir a su hija solo porque la convención social dictase que no debía llamar a una ambulancia. Sus palabras cayeron como una bomba. Las vecinas ahogaron un grito. «¡Basta! ¡Basta de eso!», y le suplicaron que no siguiese.

«¿Te has vuelto loca, querida vecina? —exclamaron—. Piénsalo bien. No puedes llevarla al hospital. Aparte de la costumbre del distrito de no ir por si hay algo malo que requiera un informe policial, también puede ser que la reputación de tu hija la preceda, cosa que pasará seguro si la llevas. Si esa conjura de malhechores que se llaman policías se enteran de que tienen a la querida de tú ya sabes quién en el hospital, se pensarán que les ha caído en las manos el cebo perfecto para pescar a uno de los renegantes más indecentes». «¿Por qué iban a perder esa oportunidad? —continuó otra vecina—. Tu hija es joven y fácil de manipular y de intimidar. La asustarán, le ofrecerán algo, la involucrarán, retorcerán las cosas y, maldito sea el corazón de esos perros callejeros, pero tú ya sabes que no colaborar no la salvará, porque aquí basta con la mera insinuación de que eres confidente».

«Luego estás tú —la conminó otra—, una pobre viuda con la casa llena de niñas, el marido muerto, un hijo muerto, otro huído, otro errante y otro más que entra y sale de la zona a escondidas como si tramase algo. Luego, la pena atroz de tu hija mayor; la segunda, desterrada por los renegantes; la tercera hija, que es perfectamente perfecta menos por su lenguaje, oficialmente el más grosero de la zona. Y ahora esta hija, a la que podrían juzgar por traición.

Piensa en las pequeñas —señalaron a las pequeñas, que estaban de pie a su lado, absorbiendo hasta la última palabra—. No —y negaron con la cabeza—, al hospital no. Esta tendrá que recuperarse sola. Y se recuperará —insistieron—. Por eso no te preocupes, vecina». Le dieron unas palmaditas a mi madre y la abrazaron. «No olvides —concluyeron— que no es que no sepamos lo que hay que hacer. Aquí todas, incluida tú misma, hemos pasado por estas improvisaciones, estos rudimentos, estos preceptos caseros muchas muchas veces».

Yo estaba de acuerdo con las vecinas, aunque no porque mi reputación me precediera, ya que el único motivo de que semejante cosa me precediese era que ellas se la habían inventado y la habían puesto ahí. Lo de querida de tú ya sabes quién habría sonado a tontería si no fuese porque el propio Milkman se había empeñado en hacerme ocupar el cargo. Además, en un distrito que vivía a base de sospechas, suposiciones e imprecisiones, donde todo era tan ilógico que se hacía imposible contar bien una historia, o dejar de contarla quedándote callada, una no podía decir nada ni no decirlo sin que se convirtiera en el evangelio. Dado que la comunidad se creía ese evangelio, ¿qué probabilidades había de que el Estado, que se enfrentaba al desdén y la inflexibilidad de un área prohibida, no se aferrase a esas sandeces y las fotografiase, las archivase, las sacara de contexto y también se las creyera? En cuanto a pasar información, la policía podía pararte cualquier día. Todo el mundo sabía que podían detenerte en cualquier momento e intentar reclutarte, sin importar si habías pedido una ambulancia o no. Llamar a la ambulancia no debería ser el problema, pero lo era porque en esa época se había decidido que las cosas eran así. En cualquier caso, yo no quería ambulancias ni hospitales. Tampoco los necesitaba, porque ¿cuántas veces tenía que repetir que no era veneno? En cambio, las vecinas no pensaban lo mismo. Propusieron una purga, dijeron que si sacaba las tripas al suelo, eso sería actuar con prudencia. «Al fin y al cabo —continuaron—, parece que su propio cuerpo intenta desalojar algo, y solo haría falta echarle una mano». Así pues, purga y tripas fuera se ha dicho.

Interfirieron con el estado de mis entrañas y con mi siguiente episodio de revolverme por el suelo, y fuera cual fuese la dosis enorme de purgante que me metieron, hizo algo que me hizo vomitar. A lo largo de la noche me obligaron a ingerirlo todo y sacarlo todo, y entre medias fui de tabla de planchar a muñeca de trapo al menos diecisiete veces. Al principio intentaba contarlas para distraer la mente, para fingir que era un ejercicio de aislamiento mental. Contaba en voz alta, me dijeron las hermanas pequeñas, pero al

parecer más adelante perdí la cuenta o empecé a farfullar los números. Recuerdo sentir que se me desgarraban la garganta y el abdomen, y al principio pensé, ilusa de mí, que todo lo que podía pasar era un vómito desagradable pero normal. Que durante la sesión de vómitos echaría la última comida y lo único que quedaría después sería bilis. No. Primero, el contenido del estómago. Luego, muchos episodios de horrible contenido intestinal marrón. A continuación, cuando ya no podía más con el contenido marrón, entonces salía la bilis. Después de eso, había más. Las arcadas. Un montón de arcadas. Con todas esas fases en contra de la fuerza de la gravedad, cada vez tenía más ganas de cerrar los ojos y cada vez lo pedía con más insistencia. Casi no era capaz de mantenerlos abiertos. «Tengo que dormir —pensaba—. Tengo que tumbarme. Morirme pronto. ¿Por qué no me dejan morirme ya?». Me parecía que las mujeres, con sus purgas y sus rezos intermitentes, eran la verdadera causa de que estuviera muriéndome en el cuarto de baño, no el veneno. No había descanso. Se habían dividido en dos grupos: unas se ocupaban de la purga y otras, de las oraciones. Luego se cambiaban y solo tras mucho agotamiento y prolongación empezó la parte más agradable de la velada. Eran respiros breves que fueron haciéndose cada vez más largos y ocurrían después de cada administración de las purgadoras, seguido de cuando mi cuerpo sacaba el veneno de dentro. Entonces, cuando se retiraban para reunirse y decidir el paso siguiente, yo podía quedarme en el suelo, aliviada, sin que me molestasen, sola. Contemplaba el suelo, el polvillo que se había acumulado, algún pelo suelto, las motas de mi última emesis, y consideraba que lo único real en el mundo eran las condiciones básicas que proporcionaba el suelo, el polvo y demás, y que ellas, solo ellas, podían sustentarme para siempre. Sin embargo, a veces cambiaba de opinión y el costado de la bañera o la taza del váter o la pared amable del cuarto de baño donde me ponía de vez en cuando tenían la misma capacidad de sustentarme para siempre.

La primera vez que me desperté era de día y yo estaba en la cama conjugando mentalmente el verbo francés *être*. Estaba repasando de cabeza las personas, los tiempos y los casos. La segunda vez que me desperté, seguía en la cama y pensé que si ese es el efecto más reciente de su acecho sexual, no sé cómo lograré escapar de él. La tercera vez que me desperté fue tras un sueño sobre Proust, o una pesadilla sobre Proust, en la que él resultaba ser un reprobable escritor contemporáneo de los setenta que se hacía pasar por un escritor del cambio de siglo, motivo por el cual en el sueño creo que yo misma lo llevaba a los tribunales. Entonces me dormí y la última vez que

desperté (porque seguí durmiéndome y despertándome muchas veces antes de despertar de verdad) supe que había salido adelante y que me recuperaría. La razón por la que lo supe es Fray Bentos. Estaba en plena fantasía mental y complicada sobre un *steak and kidney pie* de esa marca. Había sacado la lata del armario, retirado la tapa y metido la empanada en el horno. Entonces saqué un plato, un cuchillo, un tenedor y me preparé un té. Aunque estaba en la cama imaginando cosas, el aroma de la comida me hacía la boca agua. Gracias a Dios, al cabo de un segundo ya estaba listo. Lo saqué del horno, medio desmayada de la emoción, y cuando estaba a punto de hincarle el diente, la puerta de mi habitación se abrió de golpe. Eran las tres hermanas, que irrumpieron en el cuarto, una vez más, como si fueran una.

«¡Está despierta!», chillaron, y me lo chillaron a la cara, además de entre ellas. Enseguida me informaron de que mi ma había salido y de que estaban al mando. Detallaron lo que no podía hacer, que era caerme de la cama, intentar levantarme de la cama, comer o beber, y tampoco podía irme de picos pardos. Entonces fue cuando me contaron lo enferma que había estado y me hicieron una demostración de mis quejidos. Luego pasaron al estado de la palidez enfermiza y blanca de mi piel, que es cuando las interrumpí para decir que me moría de hambre y aparté la ropa de cama para levantarme. Eso produjo un gran cacareo. «¡No puedes! —gritaron—. ¡Lo ha dicho mami!». Y yo contesté: «Vale, pues ¿qué hay para comer? Id a ver y traedme algo». Pero me hicieron recostarme y me taparon con la manta. Para distraerme, me dijeron que me contarían una historia emocionante sobre los renegantes: esa mañana, mientras yo dormía, los paramilitares renegantes del Estado del distrito habían venido a casa.

Las hermanas pequeñas habían oído la puerta y acompañaron a mi ma a abrir. Había unos hombres esperando fuera. En voz baja dijeron que había sucedido algo en la zona y que querían hablar conmigo de ello. Mi ma contestó: «Pues no podéis. Está enferma en la cama, durmiendo y practicando el idioma francés mientras se recupera. Pero ¿qué ha pasado? Decidme qué ha pasado». Los hombres la mandaron echar a las crías a la salita de atrás, así que mi ma les dijo a las hermanas pequeñas que fueran allí, cerraran la puerta y que no podían formar parte de la conversación. Las acompañó un poco por el pasillo, para que se marchasen. Luego las hermanas pequeñas salieron a hurtadillas al salón de delante y pegaron las orejas a la ventana, que tenía las cortinas corridas. Sin embargo, los renegantes seguían hablando en voz baja.

«¿Y qué si estaba en el bar a la misma hora? —oyeron que los interrumpía mi madre—. Va mucha gente. Es un bar —dijo—. Es el bar más popular de la

zona. Eso no significa que mi hija tenga que saber esas cosas solo porque estaba allí». Entonces les explicó que llevaba cuatro días en cama por culpa de un envenenamiento, que se lo podían preguntar a las mujeres de la purga, y los renegantes contestaron que de momento se iban, pero que hablarían con las mujeres y volverían si su testimonio era insatisfactorio. Así que se marcharon y mi madre se fue a casa de la vecina para enterarse de qué iba la cosa. «Ahora que ya te hemos animado —dijeron las hermanas pequeñas, aunque desde mi ansiedad yo no veía cómo ellas discernían eso—, ahora te toca a ti leernos en voz alta, hermana mediana». Y sacaron unos libros de cuentos que yo no había visto que tenían en las manos. Se trataba de: *El exorcista*, que habían sacado de la pila de libros que tenía mi madre junto a la cama; *La trágica historia del doctor Fausto*, sacada de vete a saber dónde, y la adaptación para niños de *¿Os llamáis democracia?*, cuyo primer párrafo decía: «¿Qué pequeño Estado podía hasta hace cinco años registrar hogares sin orden judicial, arrestar sin orden judicial, encarcelar sin acusación formal, encarcelar sin celebrar un juicio, castigar con latigazos, denegar visitas en prisión y prohibir la investigación de muertes en la cárcel después de haber arrestado sin orden judicial y encarcelado sin cargos y sin juicio?». «Un poco raro, hermanitas», pensé. Demasiado Shakespeare. El lechero de verdad tenía razón: debía hablar con mi madre del tema. Mientras tanto, ellas habían dejado los libros sobre el edredón, encima de mí. A continuación, se metieron en mi cama individual y se taparon con las mantas. La más pequeña de las tres, que estaba junto al cabecero, me rodeó como pudo con el brazo mientras la mayor de las pequeñas y la mediana se apretujaban de la mano a los pies de la cama a esperar que les leyese.

Más tarde, cuando ellas habían salido a sus aventuras y mi ma había vuelto, subió a verme. Tenía una expresión solemne, lo que significaba que traía malas noticias. Me dijo: «Esa pobre chica que va por ahí envenenando a la gente está muerta. Una patrulla de soldados la encontró en un callejón con un tajo en el cuello, así que alguien la ha matado». Mi primera reacción no fue, como se podría esperar, «¿Qué has dicho? No me lo puedo creer. ¿Cómo puede estar muerta cuando es ella la que intenta matar a los demás?», y tampoco un simple «¿Quién ha sido?», porque, aunque había oído lo que mi madre había dicho, mi cabeza no procesaba la parte en la que alguien la había matado. El mero hecho de introducirla en la conversación me encendió. «Vaya, lo ha vuelto a hacer —pensé—. ¿A quién habrá envenenado esta vez?». Pero la verdad es que no quería saberlo, porque estas cosas duran tanto que al final te son indiferentes. Lo sentía por la persona a quien le hubiera

pasado, pero de la misma manera que lo había sentido cuando la amiga de siempre me había contado lo de la hermana de la chica de las pastillas. Otra vez lo lamentaba de manera remota, sin preocupación, sin verdadero interés ni involucrarme de verdad, al menos hasta que me di cuenta de repente de que la persona envenenada había sido yo. Entonces fue: «¡Qué ciega estoy! ¡Qué idiota soy!». De pronto estaba claro, era absolutamente obvio, maldita sea. La chica de las pastillas envenenaba a la gente. Había estado en el bar. Se me había acercado y me había incordiado con que la había matado a ella y a otras, conchabada con Milkman o algo así. Su nuevo método, como todo el mundo sabía, era recitarte sus historias hipnóticas e imaginativas sin parar. De ese modo, tú, que eras su siguiente víctima, quedabas atrapado y te involucraba. Con intranquilidad y fijación, te concentrabas en lo que decía; es decir, a pesar de que conocías su *modus operandi* y su historial de envenenamientos, no prestabas atención a lo que hacía con las manos. Era lo que ella quería. Muy hábil, muy furtiva, se hacía invisible, se camuflaba entre todo, se disolvía hasta desaparecer. Había gente que decía que era una extremista de los panfletos feministas nata y astuta, solo que no era feminista según las feministas de verdad, porque las mujeres de los asuntos decían que tenía una enfermedad mental.

Según dijeron, era evidente que usaba de manera habitual no solo temas legítimos de injusticia de género, sino otros temas legítimos de cualquier otro tipo de injusticia como tapadera para encubrir su demencia. Del mismo modo que los demás, añadieron ellas, podían aprovechar cualquier cosa para disimular la locura: la educación, la carrera profesional, la vida doméstica, la vida sexual, la religión, el estado de forma física, atiborrarse, privarse, la crianza de los hijos, la lucha por la libertad, la administración gubernamental de un país. Lo que esta pobre mujer hacía, concluyeron, era una versión de eso, solo que individual en lugar de colectiva. Las mujeres de los asuntos ya les habían dicho a los renegantes que no tenía sentido seguir dándole avisos a la chica de las pastillas para que dejase de hacer lo que hacía, porque no podía dejarlo y necesitaba que alguien interviniese. Pero no la clase de intervenciones que hacían ellos. Entonces propusieron que, ya que los renegantes se habían nombrado a sí mismos gallos del corral, ¿qué tal si les dejaban a la chica de las pastillas a ellas, a las mujeres de los asuntos, y ellos investigaban a uno de los suyos? Las mujeres les sugirieron que podían hacer algo con el pervertido de mediana edad que formaba parte de su movimiento e iba por ahí acosando e intentando congraciarse con mujeres jóvenes. Los renegantes respondieron que no se dejarían confundir ni mandar. «Ya lo

intentasteis con la chica de las pastillas —dijeron— y fracasasteis. Algunas acabasteis envenenadas y todo, así que quitaos de en medio, que nos ocupamos nosotros», y claro, se referían a ocuparse del tema con su método inconfundible e infalible.

Los renegantes dieron su aviso: habiendo envenenado a demasiadas personas, la chica de las pastillas ya no tenía permitido envenenar ni a una persona más, pero lo hizo, y después me enteré de que la última no había sido yo. Después de mí hubo otra persona, un hombre al que envenenó pensando que era, yo qué sé, Hitler quizá, y que estuvo toda la noche despierto, igual que su esposa y las vecinas que lo purgaron. Luego la esposa había ido a contarles a los renegantes lo que había hecho la chica de las pastillas. Antes de que ellos pudieran hacer algo al respecto, lo remedió una persona misteriosa. Todo esto según mi madre, que se había sentado delante de mí en la silla de mi habitación y me relataba conmovida ese chisme de radio macuto. Habían venido a casa, me dijo, porque su misión ya no era matar a la chica de las pastillas, sino descubrir quién la había matado. Todos los que habían tratado con ella recientemente tenían que presentarse ante los renegantes y explicarse. En mi caso, ya que me habían visto hablar con ella en el bar unos días antes, habían hecho una excepción, igual que con el hombre al que había confundido con Hitler, porque habían venido a por nosotros cuando todavía estábamos demasiado enfermos para salir de la cama. El hombre había demostrado que él no la había matado porque su familia y las purgadoras dieron testimonio de su incapacitación. Mi madre, a la puerta de casa, les había dicho a los renegantes que nuestra familia y nuestras purgadoras afirmarían lo mismo en mi nombre.

No regresaron, satisfechos de que yo también había estado en cama durante el asesinato de la chica de las pastillas, y era extraño que yo aún no hubiera digerido que esa persona ya no estaba viva. Prevalecía mi tozudez frente a mi madre, por su tozudez conmigo. Era evidente que había aceptado como concebible que al hombre al que había confundido con Hitler lo hubiera envenenado la chica de las pastillas; sin embargo, todavía estaba tan convencida de que los rumores sobre mi relación con Milkman eran ciertos, y tenía tan poca fe en mí, que su mentalidad no permitía la posibilidad de que a mí me hubiera pasado lo mismo que a él. Al tiempo que sentía alivio por que mi mala noche hubiera sido culpa de la chica de las pastillas y no tuviera nada que ver con el efecto de Milkman sobre mí, cada vez me irritaba más que mi madre no viese lo que tenía delante de las narices. Mientras ella seguía hablando de su muerte, al parecer sin acordarse de que la «pobre chica de las

pastillas» era responsable de ocho de cada diez envenenamientos intencionados que se producían en el distrito, me harté y solté un comentario que quizá no era el más pertinente, pero sí el único que se me ocurrió en el momento. «Mira, ma, no es una niña. Es mayor que yo. ¡Es una mujer!», y mi ma respondió: «¡Ya sabes a qué me refiero! Era menuda y chiquita y todo el mundo sabía que le pasaba algo. Aunque no la hubieran matado, no habría crecido nunca». Fue entonces cuando por fin me di cuenta de que la chica de las pastillas estaba muerta.

Y mi ma estaba preocupada. Reflexionó que si no la habían matado los renegantes, y ellos decían que no (y tampoco tenían motivos para negarlo si lo habían hecho, ya que habían ido por ahí declarando que la matarían), eso solo podía significar que se había producido un asesinato normal y corriente. Los asesinatos normales eran espeluznantes, incomprensibles, justo la clase de asesinatos que aquí no ocurrían. La gente no tenía ni idea de cómo calibrarlos, cómo categorizarlos, cómo empezar una discusión al respecto, y eso era porque aquí solo sucedían asesinatos políticos. Claro que «político» cubría cualquier cosa relacionada con la frontera, cualquier cosa que se pudiera interpretar como relacionada con la frontera, aunque fuera de forma remota y retorcida, aunque el mundo, de haberse interesado, lo considerara improbable. Si sucedía un asesinato que era cualquier otra cosa menos político, la perplejidad y la ansiedad le impedían a la comunidad decidir qué hacer.

«No sé qué será de nosotros —dijo mi ma, que sin duda estaba muy preocupada—. Nos estamos convirtiendo en ese país de la otra orilla. Allí pasa cualquier cosa. Allí hay asesinatos normales. Allí han relajado la moral. Allí la gente se casa y tiene romances, pero a sus parejas les da igual porque están ocupadas con sus propios romances. ¿Para qué se casan, entonces? No dicen por qué se casan. Luego se divorcian, o ni se molestan en divorciarse, y se casan con sus hijos. Y tienen hijos con sus hijos. Y secuestran a otros niños. No puedes salir de casa sin tropezar con algún delito sexual». Nunca había visto así a mi ma, tan afectada, al borde de la histeria; supongo que es lo que pasa cuando hay asesinatos normales cerca de gente que no está acostumbrada a ellos. «Ma —dije. Quería que parase, intervenir—. ¡Ma! ¡Ma!». Ella me miró confundida y se esforzó por centrarse. «Dime, ma, ¿qué más has oído sobre la chica de las pastillas?».

No sabía nada más, aparte de que la policía del Estado había intervenido, pero prácticamente nadie hablaba con ellos. Unos cuantos los estaban mareando y otros cuantos les habían hecho perder el tiempo. No cabía duda de que los francotiradores los tenían en el punto de mira. Pero en cuanto la

patrulla blindada se marchó con su propia unidad de contrafrancotiradores y el cadáver, la comunidad no calló, como de costumbre. Hubo más «no puede ser un asesinato normal. Aquí no tenemos asesinatos normales. Debe de ser político, pero ¿sabe alguien qué puede tener de político?». Y así estaban las cosas, o eso pensaba yo, cuando casi dos semanas después decidí ir a la freiduría a por patatas fritas.

Desde que me había recuperado del envenenamiento no podía parar de comer. Tampoco podía parar las fantasías con comida cuando no estaba comiendo, porque mi mente me presentaba espectáculos de efectos especiales dulces y salados. Había más comida preparada de Fray Bentos, pero también galletas para niños, cereales azucarados, sardinas en salsa de tomate, galletas con relleno de crema, sándwiches de chocolatinas Mars, sándwiches de patatas de bolsa, bígaros, manitas de cerdo, dulce, hígado frito, gachas de avena con chucherías de gelatina: delicias para niños, cosas que me gustaban de pequeña y que ahora, en general, me parecían asquerosas. Hasta que no se me antojaron unas patatas fritas, solo patatas fritas, nada más que patatas, no pensé: «ah, comida de verdad». Vuelta a la normalidad.

Salí de casa con el miedo habitual a las apariciones repentinas de Milkman, llegué a la tienda del centro de mi barrio sin que él apareciese, abrí la puerta del pequeño local y de inmediato me rodeó el maravilloso olor a patatas. Tan metida estaba en él, saboreándolo, regodeándome en él, que al principio no me percaté del ambiente extraño, cosa que era parecida, tal como caí más tarde, a que no me hubiera percatado de que me habían envenenado hasta mucho más tarde de lo que habría tardado una persona sensata en darse cuenta de que la habían envenenado. La situación en la freiduría fue exactamente igual.

Había cola, una cola bien larga que abarcaba dos de las paredes del local, y yo me puse la última. Al instante, llegó más gente que se colocó detrás de mí. A la mayoría de los que esperaban los conocía solo de vista: mujeres de mediana edad que iban a por la cena, algunos hombres, algunos niños, algunos adolescentes. Pero en ese momento no había nadie que yo conociera personalmente. Mientras esperaba, me dispuse a disfrutar del olor e hice más *je suis, je ne suis pas* de cabeza mientras contaba cuánta gente tenía delante. Sin embargo, a medida que iba contándolas, las personas se salieron de la cola. Algunas salieron de la tienda de inmediato, pero la mayoría se echó a un lado o se colocó al fondo. Eso significa que llegué al mostrador diecinueve turnos antes de lo que debería haber tardado en llegar y lo hice con la sensación de que los de detrás también se habían apartado. Enseguida fui la

única que estaba en la cola y, aunque no tuviera explicación, en el local aún se notaba la presencia de la cola. Al otro lado del mostrador, una de las dos dependientas con un gran delantal blanco se acercó a mí y se me paró delante. Tenía los brazos en jarra y no me preguntó qué quería ni me miró mientras yo se lo pedía. Me pareció que dirigía la mirada a un lado de mi cabeza. Sin llegar a preocuparme, a pesar de que notaba algo, la miré mientras ella me servía las patatas para mí y para las hermanas pequeñas. Entonces fui consciente del silencio y, teniendo en cuenta que siempre había vivido en ese distrito y conocía las corrientes, sutilezas y ritmos del distrito desde la infancia, aunque no me diese cuenta, solo se me ocurre que el motivo de que yo llevase semejante retraso era que estaba muy lenta por culpa de mi reciente enfermedad. Noté el silencio en la espalda, me dio escalofríos. No era capaz de volverme, aunque me bullía la cabeza. «Que no sea Milkman. Por favor, que no sea Milkman». Me volví y no era él. Eran todos los demás. Todas las personas de la tienda me miraban.

Algunos apartaron la vista al instante y miraron el suelo, otros se miraron las manos o la carta que había colgada detrás del mostrador. Los había que me observaron sin tapujos, creo que incluso desafiantes, y pensé: «Mierda, ¿qué se supone que he hecho ahora?». Entonces caí e imaginé que tenía que ver con la chica de las pastillas. No con que me hubiera envenenado, aunque yo sabía que para entonces todo el mundo lo habría oído. Me refiero a su muerte. Pero «no pueden pensar —pensé yo— que yo tengo algo que ver con eso». Entonces la dependienta me dejó las patatas fritas sobre el mostrador. Me volví hacia ella, cogí los paquetes y busqué el dinero en el bolsillo para dárselo. Se había ido. Había dado media vuelta y su espalda ancha ya estaba al otro extremo, en silencio, junto a la otra dependienta. No atendían a nadie más. Nadie pedía que le atendiesen. Al parecer, todo el mundo esperaba a ver qué pasaba a continuación.

Los renegantes decían que no habían sido ellos. Hicieron indagaciones para averiguar quién la había matado. Después se dijo que alegaron un compromiso urgente en la frontera y dio la casualidad de que se les pasó la diligencia y dejaron el tema. Sin embargo, esta gente nunca dejaba ningún tema. Esa era su fama, su marca, su imbatibilidad característica. Por eso la comunidad llegó a la conclusión de que debía de haberla matado uno de ellos. No por política, por supuesto, porque con el silencio repentino de los renegantes, con la retirada de la investigación, el final abrupto de sus indagaciones minuciosas y virulentas y sobre todo porque no estaban admitiendo los hechos como hacían siempre que cometían algo, era imposible

que a la chica de las pastillas la hubieran matado por motivos políticos. Así que no eran motivos relacionados con la frontera. No era para salvar el país, defender la zona, mantener a raya el comportamiento antisocial. Había sido Milkman. La había matado él. La había asesinado porque sí, no por política; y todo (o, al menos, eso pensaba la comunidad) porque no le había gustado que ella hubiese intentado matarme a mí.

Eso podía ser cierto o no, pero la freiduría consideraba que sí y, en ese instante, rodeada de toda esa gente que ya había decidido, yo también me lo creí. Un héroe de alto rango de la comunidad había cometido un crimen, un asesinato corriente, para vengar a una fresca insolente. Yo no soy muy ingenua, y eso significa que he descubierto que vives la vida y muchos días las cosas están descolocadas, un poco corridas, pero no es inmanejable, más bien es de esperar. Y entonces llega un día en el que las condiciones generales, lo sepas tú o no y con tu consentimiento o sin él, cambian por completo. Las cosas han avanzado, sí, pero no han avanzado solo un paso, sino muchos más de uno. Antes de esto, tenía los adentros desorientados, dolor de estómago, temblores en las piernas y en la mano cuando metía la llave en la cerradura. También paranoia dentro de casa por si se me había metido en el ropero, aunque no se había metido; por si estaba dentro de los armarios, cuando no era así; por si lo tenía debajo de la cama. Había ido acercándose cada vez más... y más... y más, pero no me daba cuenta, no hasta ese momento, de si su sello se cernía sobre mí o si ya lo llevaba puesto desde el principio. La amiga de siempre me había avisado: «No te pueden deducir. Eres opaca, y eso no les gusta. Eres terca, amiga, a veces estúpida, increíblemente estúpida, porque con tu falta de flexibilidad predispones a la gente en tu contra. Eso es peligroso. Lo que tú no les ofrezcas, sobre todo en tiempos inestables, la gente se lo inventará». «No todos —sostuve—. Y da igual, porque mi vida no es de ellos. ¿Por qué debería dar explicaciones y suplicar disculpas si son ellos los que se han inventado las historias y los que se comportan como malos perros, vigilando para hacerse con el control?». En cuanto a que me vieran como una fresca, disipada y sinvergüenza, dije: «En el fondo, amiga de siempre, en realidad seguramente yo soy más Virgen María que cualquiera de...». «Tienes dieciocho años —repuso ella—. No tienes refuerzos, a menos que quieras a Milkman como refuerzo. Así que dales algo. Lo que sea. Aunque no se lo crean. Así mejor todavía, porque disfrutarán de no creerte y al menos entonces no te echarán en cara que él te tenga en un pedestal». Pero no lo hice. No era capaz. No sabía cómo. Y tampoco creía que quedase tiempo para eso. Habían corrido demasiados rumores con grandes

consecuencias y había habido demasiado «no te metas en mis asuntos» para enderezar la situación a esas alturas.

Así que estaba aprendiendo, pero a tal velocidad, sobre todo a nivel emocional, que no sabía qué aprendía. Tampoco sabía qué hacer, así que cometí una estupidez. En mitad de aquel silencio y de las miradas, cogí las patatas, me guardé el dinero, di media vuelta y salí del local. No quería la comida ni mi dinero. Debería haberlas dejado, por supuesto; las patatas, el dinero, dejarlo todo en el mostrador y purgarme de la situación, pero es difícil pensar lo obvio, pensar cosas morales y honrosas en tiempo real cuando ocurre algo inesperado e impactante. ¿Cómo sabes al cabo de un tiempo lo que es normal y lo que es moral? Me las llevé sin pagar y en parte fue por estar enfadada, «Sí, Milkman. Ve. Mata. Mátalos a todos. Adelante. Ayúdame. Yo te lo ordeno», y en parte porque era sensible a sus sentimientos y eso me ponía nerviosa. No quería meterme en líos con los mayores por llevarles la contraria siendo una joven de dieciocho. Así que perdí la sensatez y permití que me obligasen a obtener patatas mediante amenazas. Mi comportamiento, el hecho de que hubiera manejado la situación tan mal, era del todo condenatorio, a pesar de que todo el mundo me hubiera obligado a llevarlo así de mal. En ese momento, supe lo que ellos ya sabían desde hacía un tiempo, y era que yo había dejado de ser una adolescente rodeada de adolescentes que iba y venía y se relacionaba en la zona. Supe que todos, no solo Milkman, me habían puesto ese sello de manera injusta y contra mi voluntad.

6

Después de enterarme del asesinato de la chica de las pastillas, pero antes del incidente de la freiduría, estaba recuperándome en la cama y hubo tres llamadas de teléfono. Dos eran sobre mí y la primera la hizo el tercer cuñado. Se había enterado de que me habían envenenado, pero quería que mi madre, que contestó la llamada, le explicase por qué no salía a correr. Le dijo que me había saltado el entreno del día anterior, que me había saltado otros entrenos y no había pasado por su casa a hablar del tema ni a tener ningún rifirrafe con él por ello. Después añadió que la caída de estándares había sido tal que estaba desconcertado por lo que les pasaba a las mujeres hoy en día. Mi ma le dijo: «Yerno, no saldrá a correr. Está en la cama, intoxicada», y el cuñado respondió que entendía lo de la intoxicación, «pero ¿saldrá a correr o no?». «No —contestó mi ma—. En la cama. Envenenada». «Ya, pero ¿saldrá a correr?». «No». «Ya, pero...». Las hermanas pequeñas me contaron que en ese momento mi ma clamó al cielo con la mirada. Lo intentó de nuevo. «No podemos seguir así todo el día, hijo. Está en la cama. No saldrá a correr. La han envenenado. Correr no. Cama. Veneno», y cuando el tercer cuñado, cuya obsesión con el ejercicio había inutilizado sus procesos mentales, estaba a punto de preguntar si saldría a correr, mi madre se le adelantó: «Bendito seas y todo eso, yerno, pero ¿qué te pasa? Ya sabes que la han envenenado, lo sabe todo el distrito y, sin embargo, me tienes aquí veinte horas comunicándote que le hemos desalojado el estómago, o como se diga, y que yo he tenido que pasar dos noches despierta con ella por si el desalojo no acababa de funcionar, pero tú no lo asimilas y te comportas como si no te lo hubiera explicado ya». Con un levísimo titubeo, el tercer cuñado insistió: «¿Quieres decir que no saldrá a correr?». «Ahí le has dado —respondió mi ma—. Y ¿qué es eso de tropezar? ¿Qué tienen que ver los tropiezos con todo esto?». «Caída —la corrigió el tercer cuñado—. De estándares. De las mujeres». Con esto, mi madre tapó el auricular y les susurró a las hermanas pequeñas: «A este chico

no se le entiende lo que dice. Es más raro que hecho aposta. Pero vamos, como toda su familia. Dios sabe por qué emparentaría vuestra hermana con ellos». Entonces destapó el auricular, porque el cuñado estaba acabando: «Bueno, primero está eso de andar leyendo libros, que es incomprensible. Luego la excusa de que no le funcionaban las piernas, que tampoco se entiende. Y ahora ya no corre. Si persiste en ese comportamiento impenetrable, suegra, dile que ya sabe dónde encontrarme cuando entre en razón. Mientras tanto, de aquí en adelante saldré a correr yo solo». Mi ma le contestó: «Vale, hijo, y que sepas que estoy de acuerdo con lo de andar con libros, pero ahora mismo sigue casi muerta, así que voy a dejarla en cama», tras lo cual se despidieron, lo que les costó otros cinco minutos porque aquí las personas amables, que ni se acostumbraban a los teléfonos ni confiaban mucho en ellos, no querían ser maleducados ni ásperos y colgar después de un único adiós por si la despedida de la otra persona aún estaba de camino a través de las ondas del aire con algo de retraso. Así pues, y debido a la etiqueta telefónica, había muchos «Adiós», «Adiós», «Adiós, yerno», «Adiós, suegra», «Hasta luego», «Hasta luego», «Adiós», «Adiós», mientras ambos mantenían la oreja pegada al teléfono a medida que se agachaban para ir acercando el auricular al resto del aparato un poco más con cada adiós. Al final, conseguían colgar y retirar la oreja humana del teléfono. Incluso en esa fase podían emitirse más adioses de seguridad, pues estaban obsesionados con sellar y asegurar el tema, lo que no quería decir que la persona que había enlazado las prórrogas no tuviera el cuerpo contorsionado y la mente agotada por el esfuerzo de terminar una conversación telefónica. Pero al menos la conversación había llegado a su fin tradicional sin nervios ni ningún «¿Le he colgado? ¿Se habrá ofendido? ¿He cortado demasiado pronto y le he herido los sentimientos?». Cuando me lo contaron, me alegré de que mi madre hubiera contestado la llamada, pues aún no tenía fuerzas suficientes para soportar al cuñado ni de achantarlos a él y a su mentalidad preceptiva.

Después mi ma contestó otra llamada de la que no me alegré. Era del medio novio y la cosa no fue bien. En primer lugar, se trataba de un hecho sin precedentes, porque yo no sabía que el medio novio tuviera mi número. Nunca me llamaba a casa y yo nunca llamaba a la suya, ni tenía el número ni sabía siquiera si tenía teléfono o no. El teléfono no tenía mucha importancia en mi vida y tampoco creía que la tuviera en la del medio novio. Una de las razones por las que me apoyaba en la literatura del siglo XIX era no tener que acostumbrarme a cosas arriesgadas y complicadas de la vida moderna como los teléfonos. Él y yo hacíamos los planes al final de cada encuentro y los

respetábamos. Se debía en parte a la desconfianza general en los teléfonos por ser objetos tecnológicos y objetos de comunicación anormales. Pero el principal motivo era el juego sucio, las campañas no oficiales de vigilancia del Estado. En consecuencia, la gente normal no los usaba para asuntos privados; es decir, para asuntos de vulnerabilidad romántica. Como es de suponer, los renegantes paramilitares tampoco los usaban, pero no voy a hablar de ellos ahora. Es decir, que nadie confiaba en los teléfonos, y nosotros teníamos uno porque ya estaba en la casa cuando nos mudamos y mi madre no se atrevía a desinstalarlo por si acaso los que venían a recogerlo no eran los de la compañía telefónica, sino maestros espías del Estado infiltrados y de incógnito. Los vecinos avisaban de que se llevarían el teléfono, pero mientras tanto plantarían otras cosas, cosas que evidenciarían que éramos uña y carne con los renegantes, a pesar de que no éramos uña y carne con los renegantes. Si bien dos de mis hermanos habían sido renegantes, nuestro nivel de implicación era el de la media, lo normal, más al inicio que en los últimos tiempos. Aunque en principio mi ma estaba de acuerdo con el objetivo original y de ningún modo estaría dispuesta a denunciarlos de manera pública a un Estado al que no atribuía validez alguna, dependiendo de lo último que hubieran hecho y de su nivel actual de ambivalencia hacia ellos, mi ma no tenía escrúpulos a la hora de criticarlos a la cara, cosa que supongo que demostraba más o menos que no estábamos implicados con ellos. Así que teníamos un teléfono colgando de la pared junto a la escalera y, de vez en cuando, alguien lo usaba. La cuestión era que en todas partes y a todas horas había que abrir el teléfono cada vez que querías usarlo para ver si estaba pinchado. Las pocas veces que yo llamaba, hacía las comprobaciones, aun sin tener ni idea de cómo se pinchaba una línea, sin saber si habría algo dentro del auricular o en el cable de la calle o en el de la centralita, si es que las centralitas aún existían. La verdad es que lo hacía por inercia y sospechaba que a los demás les pasaba lo mismo cada vez que desmontaban el aparato.

No sabía su número, si es que tenía, y pensaba que él no sabía el mío por las circunvoluciones que había que dar para usarlo. No obstante, la principal razón de no tener nuestros respectivos números era porque nuestra relación continuaba en la categoría de medio relación. Era el mismo motivo por el que no le había dicho que la chica de las pastillas me había envenenado, por el que no le había contado que Milkman me acosaba, por el que no le había explicado que las habladoras del distrito me superaban. No se me había ocurrido contárselo porque ¿por qué motivo querría saberlo el medio novio con quien tenía una medio relación? ¿Por qué asumiría cualquiera de los dos

que tenía permiso para revelar pensamientos, sentimientos y necesidades al respecto? Y ¿qué pasaría si yo lo intentase y él no me hiciera caso? ¿Qué sucedería si él era incapaz de cargar con un peso con el que yo misma no podía cargar? Pero él llamó y mi ma contestó, y él preguntó por mí y ella le dijo: «De eso nada. Me dan igual tus conjuros, que seas un gran renegante o un gran galán o que la comunidad te considere un héroe. Deshonras a las jóvenes y eres un pervertido y un fraude de lechero que da mala fama a las personas que son lecheros de verdad. No vas a hablar con ella. No vas a corromperla. Aléjate de ella. Coge tus bombas y lárgate, ¡que estás casado!». Todo eso lo dijo sin cuidado, sin indirectas, sin el menor disimulo por si había terceros escuchando. Entonces le colgó sin decir adiós ni cansarse con despedidas. Mientras tanto, yo estaba en la cama, pero oía sin problema todo lo que ella decía y pensé, aunque me equivocaba, que era el propio Milkman el que estaba al aparato. Con lo bien que se le daba la vigilancia, era mucho más probable que él tuviera el número a que lo tuviera yo misma o el medio novio de hacía casi un año de momento. De pronto su depredación imparable se había abierto camino hasta mi casa. En ese momento pensé en el medio novio, y lo hice con añoranza, deseando por primera vez desde el envenenamiento que estuviera aquí, en esta casa, en este cuarto, a mi lado. Ojalá se pusiera en contacto conmigo. Pero esos pensamientos no me duraron mucho, por culpa del que tuve a continuación. Pensé en mi madre y en lo imposible que se pondría si lo conociese: «Bueno, joven, ¿cuándo va a ser la boda? Y joven, ¿para cuándo los bebés? Dime si es cierto, joven, que eres de la religión correcta y que no estás casado». Sí. Horrible. Dejé de pensar en él, no porque no fuese importante, sino porque lo era. Qué suerte haber tenido unos padres que habían escapado de casa hacía tiempo.

La tercera llamada era para mi ma, de parte de una de sus amigas devotas, Jason de los Nombres, que llamaba apresurada. Dijo que había ocurrido algo fuera del sitio de siempre. Una de las brigadas asesinas del Estado, le contó, le había tendido una emboscada al lechero de verdad, le había disparado y se lo había llevado al hospital, y el hospital era precisamente el sitio al que todo el mundo sabía que, debido al estigma de los confidentes, no era seguro ir si tenías dolencias políticas. «No ha tenido voz ni voto, amiga —le dijo su amiga—. No ha tenido elección. Se lo han llevado sin más después de pegarle el tiro. Pero pon la radio para enterarte de la noticia, porque dicen que era terrorista. ¿Te lo puedes creer? ¡El lechero de verdad! El hombre que no quiere a nadie, ¡terrorista!». Las hermanas pequeñas me dijeron que en ese momento mi madre soltó el teléfono.

Subió corriendo a mi dormitorio y me dijo que tenía que ir al hospital a ver al lechero de verdad. ¿Tenía fuerzas suficientes para levantarme y cuidar de las pequeñas y de la casa?, me preguntó. «¿Se ha muerto?», quise saber, y me sorprendí a mí misma porque yo no era de hacer preguntas así. Me contestó que no lo sabía, pero que esos perros del infierno, esos acusadores que vagaban por la tierra de aquí para allá y de arriba abajo lo habían llevado al hospital después de pegarle un tiro y que no tenía claro si Jason se refería a que como estaba muerto lo habían llevado al hospital, y en realidad quería decir al depósito, que estaba al lado, o si, por el contrario, Jason había querido decir que estaba inconsciente y moribundo y no había podido oponerse a que lo llevaran al hospital. O quizá que no le importase ir al hospital e insistiese en ello porque, como todo el mundo sabía, el lechero de verdad llevaba la contraria haciendo justo lo que los renegantes del Estado le habían ordenado a la gente del distrito que no hiciera. «No sé —dijo mi madre, y añadió—: Dicen que era terrorista. Ahora mismo están registrando su casa y excavando el jardín de atrás buscando cosas de terroristas». «No pasa nada, ma —le dije mientras me levantaba—. Tú ve y haz lo que tengas que hacer. Yo cuidaré de nosotras». Entonces se inclinó y me dio un beso y después se agachó a besar a las hermanas pequeñas, que la habían seguido por las escaleras. Se le abrazaron llorando y le suplicaron y rogaron. «¡No, mami! Mami, ¡no! No vayas, por favor». Ella les dijo que eran muy buenas hijas, pero que ahora debían hacer lo que yo, la hermana mediana, les mandase. Después de erguirse y soltarse de su abrazo, sacó un poco de dinero para emergencias, se lo guardó en el bolsillo de la falda y me entregó el monedero con el resto del dinero. En ese momento, comprendí el estado mental de las hermanas pequeñas y por qué se aferraban, lloraban, suplicaban y rogaban. Mi ma solo había entregado el monedero en dos ocasiones. La primera había sido cuando la policía del Estado había ido a buscarla para identificar el cadáver de su hijo, nuestro segundo hermano. Le dio el monedero a la hermana mayor, porque no se fiaba de lo que podía hacer ni de lo que le harían a ella después si esos antropomorfismos, como ella los llamó, la provocaban con: «Te está bien empleado. Y le está bien empleado a tu primer polluelo por atreverse a tomar partido contra nosotros con su milicia de mierda». La segunda vez del monedero fue cuando los renegantes del distrito vinieron a por la segunda hermana, para matarla o para castigarla, no tanto por casarse con el enemigo como por insultar al barrio volviendo a visitar a su familia después de casarse con el enemigo, aunque también podía ser para obligarla a expiar la culpa de casarse fuera tendiéndole una trampa a su marido para que lo matasen en una

emboscada. En esa ocasión, mi ma se apresuró a darle el monedero a la tercera hermana antes de salir corriendo hacia el barracón donde juzgaban a la segunda. Se llevó consigo la pistola de repuesto de mi hermano muerto, que yo no sabía que la teníamos en casa, aunque sí que ella no tendría ni idea de cómo usarla. Los renegantes se la quitaron y le hicieron una advertencia antes de azotar a mi hermana y decirle que no debía volver a la zona nunca jamás. Y ahora era yo la que tenía el monedero. «Por si acaso», me dijo mientras se ponía el abrigo y el pañuelo en la cabeza. Las hermanas pequeñas estaban berreando y yo me agaché a abrazarlas para calmarlas. Mi ma tenía muy mala cara; me di cuenta de que tenía la misma mala cara que no tenía cuando su marido, nuestro padre, estaba muriéndose en el hospital. No era de extrañar que las pequeñas se hubieran puesto así. Yo también sentía algo que no era pánico, sino más bien un estado de ánimo que podría convertirse en pánico en un abrir y cerrar de ojos. No quise pensar en ello, pero ¿y si las hermanas pequeñas tenían razón y se metía en una pelea y la detenían y acababa en la cárcel y no volvía?

Volvió, pero después del anochecer, y para entonces las hermanas pequeñas estaban en la cama, dormidas a base de Rice Krispies, patatas fritas de bolsa, bollos de pasas, pan hecho en la sartén y vitaminas de naranja, todo con extra de azúcar. Luego hubo un poco de *¿Quién teme a Virginia Woolf?*, que había sido elección suya, no mía. Me alteró muchísimo por ser del siglo XX, pero me di cuenta de que no era el diálogo ni el argumento lo que les interesaba a las hermanas pequeñas, sino el título de cuento de hadas, y querían oírlo una y otra vez. Así que fui colándolo cada tres o cuatro frases y eso las calmó, hasta que se durmieron. Dejé la puerta de su cuarto entreabierta, bajé al salón sin hacer ruido y me senté en el sillón entre el silencio de la penumbra. Pensé en encender la radio para ver si decían si estaba muerto, pero no soportaba la radio: esas voces que anunciaban, esas voces que murmuraban, esas voces que repetían cada hora, cada media hora, en esos boletines especiales urgentes extraordinarios, todas las cosas que yo no quería oír. Tenía la esperanza de que no, pero en esas situaciones casi siempre morían. Así pues, ¿por qué alterarme enfrentándome por adelantado a algo cuando ahora mi mente disponía de cierto margen? Todavía no había llegado a ese punto, el punto crítico en el que no saber es más insostenible que saber. Todavía estaba en la fase de «¡espera!, ¡todavía no!», y mientras tanto, oí que mi ma metía la llave en la cerradura.

Aunque el salón se había quedado a oscuras, supo que yo estaba allí por como se saben estas cosas: por influencias invisibles, quizá, por construcción

mental o por un presentimiento. Tampoco abrió las cortinas ni encendió la luz, sino que se sentó delante de mí, sin quitarse el abrigo ni el pañuelo, y me dijo que estaba vivo, estable, pero que no tenía claro qué significaba «estable» y que, como no era de la familia y el lechero de verdad ya no tenía parientes (su único hermano había muerto mucho antes), no les habían dado más información ni a ella ni a ninguna de las vecinas que habían aparecido en el hospital. Entonces se fue por las ramas, cosa que no era extraña en ella; de pronto la mente tenía la necesidad de dar vueltas y abordar temas que podían ser relevantes, aunque a su interlocutor no se lo pareciesen. Se puso a hablar de alguien, de una chica que conocía hacía tiempo. Era alguien del pasado, dijo, de cuando ella también era una chica joven, y esta persona que conocía había sido su segunda mejor amiga, alguien de quien yo no había oído hablar y de quien ella no me había hablado nunca. Sin embargo, en ese instante me contó que habían terminado su amistad y partido peras porque la amiga había hecho votos para ser religiosa y se había ido con las demás a la casa de las religiosas de un poco más allá. Mi ma suspiró. «No me lo creía —dijo—. Teníamos diecinueve años, y Peggy renunció a la vida, a la ropa, a las joyas, a los bailes, a ser guapa y todo lo que eso significaba, para hacerse religiosa». Sin embargo, esa no era la más trágica de todas las renunciaciones que había hecho Peggy. Mientras mi madre hablaba, me confundí; empecé a dudar de si hablaba de la tal Peggy, que quizá ni siquiera había existido, porque en realidad a su primer y mejor amigo desde la infancia, el lechero de verdad, lo habían matado a tiros ese mismo día. Podía ser una sustitución, una pantalla para no decir: «Ha muerto, hija. Ha muerto. ¿Cómo voy a enfrentarme a ello?». Pensé que, en lugar de decir eso, le daba rienda suelta a la cabeza, empeñada en no absorber lo ocurrido; pensé que inventaba anécdotas para retrasar las consecuencias, que se negaba a prestar atención en el momento en que le daba la... Mi madre interrumpió mis pensamientos sobre sus pensamientos para decir: «La cuestión es, hija, que yo también lo quería». Sin duda, ahora hablaba del lechero de verdad y decía que todas las chicas bebían los vientos por él, y todas las chicas no eran otras que las mujeres de la veneración, las suplicantes de mediana edad del distrito, las que estaban un escalón por debajo de las religiosas, mujeres que habrían estado cero escalones por debajo de no haber sido porque en algún momento dado habían fallado en lo de los hombres y el sexo y tener hijos. «Lo recuerdo como si fuese ayer —me dijo mi ma—, el día que se enteraron de que Peggy había decidido meterse en la orden religiosa. Les pareció absurdo, pero se rieron igual; se reían por su buena suerte, porque era el momento perfecto, porque si

Peggy no estaba por en medio, ¿quién les pararía los pies?». Mi ma me dijo que eso le había dado rabia, pero también se había enfadado con Peggy, que se había vuelto cien por cien contemplativa y, entre el hábito y su estado místico, casada con Dios, ya no distinguía al lechero de verdad de ningún otro hombre y tampoco le importaba lo que la gente pensase o dijera. «Me quedé perpleja. Porque ella le quería. Yo sabía que ella le quería, y renunció a él. A él y al contacto físico con él. Porque sí, hija —y aquí mi ma bajó el tono de voz—, por aquel entonces se respetaba mucho y había muchas menos confidencias y sentimentalismo e indiscreción que ahora, pero yo sabía que se había acostado con él y en aquella época eso no se hacía jamás».

Así que, según mi ma, Dios era grande y todo eso, pero imagínate renunciar al lechero de verdad por Él. Así es como lo dijo. Mi madre lo dijo tal cual y, directo de su boca a mis orejas, me resultó revelador. Ahí estaba mi madre, una de las cinco mujeres más devotas del distrito, soltando: «Dios es grande y todo eso, pero...». Increíble. Era escandaloso, pero también emocionante y bastante refrescante: una persona de la vida sacra había demostrado no ser cien por cien vida sacra o que no había más remedio que ajustar el significado de la vida sacra para incluir la mitad inferior del cuerpo. Así que teníamos razón. Mis hermanas y yo estábamos en lo cierto. En su juventud, mi ma había tenido encuentros amorosos y citas con hombres en lugares punto punto punto, o había intentado tenerlos, o al menos no estaba en contra de tenerlos. En lo más profundo de sus entretelas, no los descartaba. La muerte es verdadera, como lo es «sorprendido en una emboscada y casi muerto de un tiro». Yo jamás habría conseguido toda la verdad sobre mi ma y el lechero de verdad y Peggy y la alta jerarquía de las mujeres seculares más devotas si ese día no le hubieran disparado al lechero de verdad y estuviera al borde de la muerte. Y, sin embargo, ella seguía hablando. Se pusieron contentas, dijo, cuando su amiga de toda la vida tomó el hábito, pero no les duró mucho, porque entonces entre ellas se dio un conflicto de verdad. «Competían por él. Y yo también, hija, yo competía por él». No dije nada porque quería que acabase, no quería que volviese en sí y recordase quién era ella, quién era yo y también quién era ese otro hombre, el muerto, el padre de sus hijas con el que se había casado. «Pero entonces ocurrió algo horrible. Algo que ni yo ni las demás nos esperábamos». La cosa horrible resultó ser que el lechero de verdad, de acuerdo con su habitual contrariedad y falta de colaboración, decidió él mismo cuál sería su estado civil. Si no podía tener a Peggy, resolvió no tener a nadie. En cuanto a la fuente de su nombre, mi madre pasó directamente a la explicación.

Como el resto de los de mi generación, yo creía que en la zona lo conocían como el hombre que no quería a nadie porque un día se había enfadado y les había chillado a unos niños; que por eso el distrito había dicho que carecía de afecto, era antisocial y tenía mal carácter. También porque no jugaba en equipo y no había apoyado los esfuerzos de los renegantes. «Esas armas eran para nuestro bien —decía la gente—, y los chicos tenían que esconderlas en alguna parte». Así que el consenso afirmaba que, además, era poco cooperador. Era propenso a las discusiones, sobre todo con los renegantes: por amenazar de muerte a la chica de las pastillas, por azotar a nuestra segunda hermana, por intentar matar a las ponentes invitadas que acudían a la caseta de las feministas para dar charlas sobre asuntos de mujeres de alcance internacional. Se había peleado con ellos después de que le partiesen a alguien las rodillas, por palizas, porque extorsionaban para proporcionar protección, porque emplumaban a la gente con brea; no solo a otros, sino a él también. La gente decía que era evidente que creaba un dilema. Iba por ahí sin molestarse en ser pacífico ni en tener tacto, y era rígido, intencionado, consciente e inflexible. Cómo no, estas fueron las razones que nos dieron a entender a los de mi generación que habían hecho que le pusieran el nombre de no querer a nadie. Estaba el otro, claro, «el lechero de verdad», pero ese era más reciente y se lo habían puesto para distinguirlo de aquel otro del que se suponía que yo me había enamorado. Pero, escuchando a mi ma, me enteré de que el motivo era otro y más antiguo. «Cuando Peggy le rompió el corazón y escogió a Dios —me dijo—, él le rompió el corazón a todas las demás al no casarse con nadie y negarse a olvidarla». Siguió siendo guapo, aunque con ese aire estropeado de la pérdida de la inocencia y el sabor amargo de la acritud, así que al principio era el hombre incapaz de querer a nadie más que a Peggy. Después se convirtió en el hombre empeñado en no querer a nadie más que a Peggy. Entonces, durante la fase de fresno y ajeno, del cornezuelo y el corazón endurecido, lo llamaron «el hombre que se había impuesto la triste norma de no querer a nadie y mucho menos a Peggy», que para abreviar se acortó a «el hombre que no quería a nadie», que hasta la aparición de «el lechero de verdad» fue un nombre grabado en piedra. A ese nombre no lo afectaron, me dijo mi madre, sus actos de bondad, porque él aún cometía actos de bondad. Había ayudado a la madre de fulano de tal, que también era la madre del pobre difunto chico nuclear, cuando su marido murió, tras la muerte de su hija y después de la muerte de cada uno de sus cuatro hijos. También había ayudado a mi ma cuando mi pa murió, cuando murió el segundo hermano y cuando la segunda

hermana tuvo problemas con los renegantes por su elección rebelde de marido. También me había ayudado a mí después del encuentro en la zona de los diez minutos con Milkman. O sea, que había asistido a los demás, a muchas personas, incluyendo a la chica de las pastillas (que le había hecho un desplante, pero, por raro que pareciese, no lo había envenenado). Había ayudado a las mujeres de los asuntos cuando la actitud comunitaria era hacer burla y escarnio porque ellas hacían una montaña de un grano de arena cuando antes había que arreglar ochocientos años de problemas políticos. Repartía toda esta ayuda, y lo hacía desde un punto de vista más amplio, un nivel más alto de consciencia. De todos modos, no contó en absoluto en lo que respectaba al nombre que le había dado la comunidad. «Qué desperdicio —dijo mi madre—. Qué hombre. Qué persona tan buena, justa y honesta. Y lo guapo que era, hija». Aquí cambió de tema y me preguntó si creía que era la viva imagen del actor James Stewart, y de los actores Robert Stack, Gregory Peck, John Garfield, Robert Mitchum, Victor Mature, Alan Ladd, Tyrone Power y Clark Gable. No podía decir que estuviese de acuerdo, pero sabía que las personas enamoradas veían cosas absurdas por todas partes. «Al final, las mujeres tuvimos que desistir», dijo, y eso me hizo mirarla, que a su vez hizo que ella se diese cuenta, a pesar de la oscuridad, de que la miraba. Se apresuró a corregirse: «Yo no. No me refería a mí. Yo ya me había olvidado de él hacía tiempo». Pero no se había olvidado. Vaya que no. Esa noche todas las piezas encajaron. «Claro que lo había superado», insistió ella, y levantó la voz intentando que lo que yo acababa de descubrir no calase. «Si no lo hubiera olvidado, hija —me dijo a modo de supuesta prueba—, ¿por qué me habría casado con tu pa?».

Eso me pregunto. Una vez más, le di vueltas a ese asunto de casarse con la pareja incorrecta. No me refiero a que se te quede pequeña una unión satisfactoria en la que los dos miembros de la pareja contribuyen y se comprometen mutuamente y celebran a la otra persona hasta que llegan de forma natural al final de su camino juntos y se separan con o sin amor y una bendición antes de pasar a lo siguiente o la siguiente persona. Me refiero a cuando la gente se casa con personas a las que no quiere y con quien no quería casarse y cualquiera que los vea desde fuera niega con la cabeza y opina que nadie debería estar en una situación tan íntima en la vida de otra persona si resulta que es la persona equivocada. Sin embargo, según la opinión general, había motivos para hacerlo. Uno era la situación política, en la que el cónyuge al que realmente querías podía no sufrir una muerte prematura y violenta, o podía sufrirla. ¿Por qué dedicarle tu corazón a la única

persona que amas en el mundo y con la que quieres pasar la vida si es posible que dentro de no tanto te abandone para irse a la tumba? Otro motivo era el miedo a estar solo por el estigma social que se asociaba a eso de forma automática. Era mejor casarse con cualquiera. Este me vale. Ese hombre me vale. O ella me vale. Escoge una. También podían convencerte de hacerlo a base de intimidarte, porque tienes que ajustarte a la norma, porque no puedes decepcionar a la gente: ya hay fecha, el pastel está encargado, ¿todavía no has reservado la luna de miel? Luego estaba el miedo a uno mismo, a tu independencia, a tu potencial, y la solución era evitar ese camino casándote con alguien que no estuviera en él, a quien no le importase ni lo reconociera ni te alentase. También podías no escoger a la persona a quien querías porque hacerlo podría provocar la envidia y la ira de los demás, otras personas que tú sabías que querían a la misma que tú. Había otros motivos para haberse casado con quien no tocaba: miedo a perder el control por dejar que la persona deseada penetrase en tu subsuelo, o casarte con alguien cercano a la persona a quien tú querías pero que no te quería a ti y por eso te habías conformado con su mejor amigo, su compañero de trabajo, un pariente o hasta la persona que vivía en la casa de al lado. Por supuesto, había un motivo más importante que los demás para no elegir al cónyuge adecuado. Si te casabas con tu media naranja, la persona a quien amabas y deseabas, y que te correspondía con su amor y su deseo, y vuestra unión era verdadera y buena y os llenaba de felicidad gratificante, ¿qué pasaba si esta pareja maravillosa no dejaba de quererte, ni tú dejabas de quererla, y ninguno de los dos moría en los problemas políticos? Felices parasiempre infinitos. ¿Estás segura, completa y absolutamente segura de que podrías soportarlo? La comunidad había decidido que no podía. Felicidad intensa y sostenida era pedir demasiado. Por eso casarse con dudas, por miedo, por desesperación, por culpa y haciendo un sacrificio personal terrible era el requisito matrimonial tácito de este lugar. Y por eso yo me protegía y no me casaba; es más, por eso seguía teniendo medio relaciones, a pesar de mis intentos intermitentes, deseosos e inútiles de convertirnos al medio novio y a mí en una pareja de verdad. Esas eran todas las razones para cometer la supuesta equivocación de casarte con quien no tocaba: sin duda, una selección muy amplia. Y ahora ya sabía que mi pa era la persona con quien mi ma no debería haberse casado, y aunque ella siempre le había tenido en cuenta sus depresiones, que se quedara en la cama, que hubiera que ingresarlo, que se muriera, que no estuviera enamorado de ella, la culpa no era de mi padre. Es que ella estaba enamorada, y seguía enamorada, del lechero de verdad. Y mi padre, ¿sabía que era el

cónyuge equivocado? ¿Le importaba, le rompía el corazón no solo ocupar ese falso puesto, sino haberse dejado poner en el falso puesto? ¿O acaso sabía desde el principio, durante todos esos años de matrimonio e incluso antes de casarse, que mi ma también era su cónyuge equivocada?

Casi dos semanas más tarde, mi madre seguía en el hospital ocupándose del lechero de verdad mientras yo me ocupaba de las niñas en casa. El pánico había remitido, dado que habían entendido que no se iba para siempre, no había desaparecido, no la habían hecho desaparecer, robado ni llevado a sitios espeluznantes como el hospital o la cárcel, que no estaba muerta ni su cadáver enterrado en una tumba excavada en secreto y tapada con prisas. Aceptaron que durante un tiempo sus apariciones serían esporádicas y que en esas ocasiones podrían estar con ella; también que mientras tanto podían marearme, que es lo que hacían. «Mami dice que podemos comer esto», «Mami dice que podemos ir allí», «Mami dice que podemos quedarnos hasta las cuatro de la mañana». Yo les consentía algunos de los mami dice y por las noches les leía en voz alta porque a las hermanas pequeñas les gustaba que les leyesen. Y fue durante esos días, porque ellas las exigieron y porque a mí también se me habían antojado, cuando fui a la hora de cenar al centro del barrio para comprar (por decirlo de algún modo) las malditas patatas.

Abrí la puerta del diminuto local, entré y sufrí la desagradable experiencia de que me convirtiesen en cómplice posdelictiva del asesinato de la chica de las pastillas, aunque, por supuesto, cuando volvía a estar en la calle ya me había convencido de que él no tenía nada que ver. Se trataba de otro ejemplo de sensacionalismo, de sus invenciones, las mentiras que querían que fuesen ciertas y que con sus habladurías conseguían materializar en su cabeza. En cualquier caso, si yo era cómplice, ¿quiénes eran los demás para hablar? Es que todos serían cómplices conmigo. Abrí la puerta, entré y, poco después, sin dar crédito, avergonzada, con patatas fritas gratis y con esa rabia que me hizo pensar «mátalos, Milkman. Mátalos a todos. Los odio. Date prisa», salí de nuevo. Bajé la calle donde estaba la freiduría y doblé la esquina pensando: «¿Así es como van a ser las cosas?». Me refería al inicio de conseguir cosas a cambio de nada. Durante años había visto como algunas personas selectas de la zona conseguían cosas a cambio de nada. Entraban en una tienda y una dependienta silenciosa y a veces incluso antipática (aunque en general estaban muy nerviosas e intentaban ser muy amables) les daba un paquete gratis. ¿Era ese el papel que tendría yo a partir de ahora en la infraestructura de Milkman? Debían odiarme, temerme y despreciarme, pero sería vital no enemistarse conmigo. Si ese era el caso, si iban a darme cosas, entregarme cosas, más y

más cosas aunque yo no las quisiera, me planteé con preocupación cuál debería ser el siguiente paso. ¿Debería atajar la situación, coger las cosas, apilarlas en un rincón y no volver a mirarlas? ¿Debería mantenerme firme, no dejar que me coaccionasen ni me intimidasen y soltar el dinero en el mostrador? ¿O debería marcharme con el amor propio intacto y sin comprar ni aceptar nada? Si esa fuese la única vez, el control lo tendría yo, pero me había llevado las patatas, así que ellos ya tenían el control. Es decir, que no me quedaba más remedio que salir del barrio para hacer los recados: no solo los artículos más pequeños, sino puede que toda la compra semanal. Además, no estaba entrenada para eso, no sabía cómo resistirme, cómo superarlo. Si él muriese, si Milkman muriese o lo encarcelasen o desapareciese, porque a los renegantes no les costaba nada hacerse desaparecer unos a otros de vez en cuando, o si algún día llegaba el momento en que él ya no me deseaba, me desplomaría en la clasificación y ellos, la gente de los comercios, querrían represalias por haber tenido que chuparme el culo y exigirían que les devolviese los paquetes. Seguí caminando, abatida por mis pensamientos, con un pronóstico desalentador, pensando «¿De qué sirve? ¿Para qué es todo esto?» mientras dentro me crecía la negatividad. Fue entonces cuando me asaltó esa sensación desagradable de estar flotando, no sentía las piernas y los pies no me tocaban el suelo. Veía que se movían, pero no conseguía notar el movimiento. Una vez más tuve la sensación de que tenía la espalda y las piernas desnudas. ¿Qué pasa? «Esto es odioso», pensé, y me detuve y me agarré a una barandilla. Justo entonces, tuve otro episodio de temblores antiorgásmicos. O sea, que iba a ser una sorpresa mala tras otra, un suceso de mierda tras otro hasta que yo pillara el mensaje. Pero ¿cuál era el mensaje? ¿Cómo podía ser culpa mía que los demás decidiesen que él le había rebanado el pescuezo por mí?

Me acordé de las patatas. Aún las tenía en la mano y me estorbaban, así que las tiré. Cuando ya estaban en el suelo, estropeé el noble gesto pensando: ¿por qué he hecho eso? ¿Las recojo?, me pregunté. No están sucias, están envueltas. Podría quitarles el polvo, hacerles la señal de la cruz y llevarlas a casa para las hermanas pequeñas. Sin embargo, la solución me la dio una manada de perros callejeros que aparecieron de la nada, se abalanzaron sobre las patatas y se pelearon entre ellos, hasta que los vencedores las engulleron en un momento. La violencia de los perros hizo que me llegase un grito ahogado desde un poco más allá y cuando miré vi que era la hermana de la chica de las pastillas, a quien hacía poco la había envenenado a muerte la misma persona que a mí. Como yo, se había agarrado al pasamanos de una

valla con cara de susto y también con cara, tal como decían, de estar al inicio de la horrible experiencia del veneno en lugar de haber pasado por la purga de la horrible experiencia. Miraba forzando la vista, primero a mí y luego a los perros, y entonces me di cuenta de que era cierto que no había recuperado el resplandor y que, además, tampoco veía bien. Decían que no usaba bastón y allí estaba, sin él. En su defecto, aprovechaba lo que le quedaba de vista y las paredes, las vallas, las farolas, los setos, y de ese modo sorteaba los obstáculos: acercando la cara a los objetos y moviéndose a tientas. El diagnóstico general era: «Está bien, por ahí», que también era el eufemismo comunitario de «recuperada pero rota», que a su vez era el eufemismo de «necesita atención médica urgente», aunque por desgracia la persona en cuestión no acudiría al hospital a recibirla. En cuanto al resplandor, en ese momento confirmé por mí misma que estaba dañado, desigual, apenas discernible. Aparte de algún que otro centelleo tímido y de unos pocos brillos apagados, podría haberse tratado de cualquiera de nosotros con nuestras pesadas cargas letárgicas. A esas horas había poca gente por la calle porque la mayoría estaba en casa cenando y viendo las noticias, pero los que aparecían por allí pasaban de largo. Los había que apartaban la vista a propósito; otros se detenían, frenaban el paso, hacían una pausa y después cruzaban la carretera hacia donde estaban los perros peleándose y elegían ese camino porque les resultaba menos perturbador. Hubo uno o dos que dudaron, como dudaba yo, no porque no quisiéramos ayudar, sino porque la hermana de la chica de las pastillas, ahora que su resplandor no lucía tanto, ahora que la oscuridad se cernía sobre ella, quizá rechazase los ofrecimientos. También podía ser que una persona quisiera ayudar y no pudiera debido a su estado actual, que era aferrarse a la misma valla. Los que dudaban se decidieron. Cruzaron la calle, así que la hermana de la chica de las pastillas y yo nos quedamos solas. También estaban los perros, claro: se peleaban entre ellos, pero otros estaban lamiendo y hasta se comían el papel donde habían estado envueltas las patatas fritas. Entonces reparé en dos hombres que había algo más allá que también se peleaban, estaban zurrándose. No los había visto antes porque no hacían ningún ruido. Se calentaban en silencio absoluto, con los puños en alto, atacando, derechazo, derecha, izquierda, gancho, golpe a la barbilla, se esquivaban, daban brincos, se agarraban entre sí. Era un espectáculo extraño, pero lo más raro era que, a pesar del esfuerzo físico, cada uno llevaba un cigarrillo largo y lacio colgando de los labios.

Solté la valla y me acerqué a la hermana de la chica de las pastillas. Le dije quién era, porque no estaba claro que fuese a distinguirme. Le pregunté si

quería que le echase una mano, pero no pensé que fuera a aceptar y ni siquiera estaba segura de si contestaría, en primer lugar porque si pensaba como los de la freiduría que yo había tenido algo que ver con el asesinato de su hermana, ¿por qué motivo pensaría ella que pensaría yo que querría que le echase una mano? La segunda razón tenía que ver con lo de casarse con dudas y con quien no tocaba. De hecho, había gente que decía que el matiz de oscuridad que había tomado la hermana de la chica de las pastillas no era tanto por la intoxicación a manos de su hermana, sino que había ido perdiendo el espíritu poco a poco desde que un año antes la dejase su novio de hacía muchos años. Teniendo en cuenta quién la había dejado (de hecho, casi abandonado) y mi relación de consanguinidad con esta persona, en ese momento mi cabeza no podía ni plantearse esa idea. Pero me ofrecí a ayudarla y ella dijo: «¿Qué has hecho? He visto que algo se movía y ahora hay unos perros y no puedo pasar». Ya se disponía a dar media vuelta para ir por el camino largo. Supuse que eso quería decir valla tras valla, seto tras seto, farola rota tras farola rota hasta llegar a su casa. «He tirado unas patatas —expliqué, y añadí—: No vayas por ahí, que hay dos hombres peleándose». Se detuvo y me dijo que le costaba distinguir las cosas, sobre todo las señales de la calle; señaló una con la mano y dijo que las letras eran muy pálidas. Miré lo que me señalaba, pero no había ninguna señal. En este distrito, en el que las calles eran casi todas idénticas, los renegantes habían retirado todas las señales para confundir y entorpecer a los enemigos, algo que ella debería haber sabido y que me hizo pensar que quizá el veneno también le había afectado al cerebro. «Estaba contando las calles —dijo, y siguió forzando la vista sin soltarse de la valla—. No me acordaba de si había girado en...», aquí mencionó dos calles, pero no había doblado la esquina en ninguna de las dos. Sin embargo, la suya era tres calles más allá. Le expliqué dónde estábamos y quería preguntarle si le gustaría que la acompañase, pero las dos hablamos a la vez. Las dos fuimos a lo básico, aunque yo me había advertido a mí misma que no debía ser egoísta y decir lo que dije a continuación, que era: «Yo no maté a tu hermana. Y tampoco soy responsable de que tu verdadero amor te rechazase». Mientras tanto, ella dijo: «El otro día encontramos una carta en la habitación de mi hermana».

La carta la había encontrado la hermana durante una búsqueda coordinada que había llevado a cabo la familia. Estaban decididos a descubrir dónde guardaba sus pociones y venenos la chica de las pastillas, sus herramientas de trabajo. Contaba con un suministro constante y no era posible que siempre lo llevase todo encima, así que pensaron que debía de tenerlos escondidos en

alguna parte de la casa. Mientras algunos abordaban territorios alejados, como la carbonera, la caseta, la cisterna del váter, el desván, etc., la hermana había ido a buscar en los sitios menos pensados. Lugares, dijo ella, donde los indios americanos, con toda su sabiduría y perspicacia y afinidad ancestral con el entorno y sus elementos, se ocultaban a plena vista sin que los encontrasen. Traducido, es evidente que eso quería decir el salón de casa. La chica de las pastillas, la envenenadora, rehuía hasta las reuniones familiares más básicas y eso significaba que nunca se habría atrevido a entrar allí. Por eso la hermana fue directa al salón y echó un vistazo buscando el sitio más improbable de la habitación más improbable para descubrir el mejor escondite para los venenos de su hermana. Una vez más, la respuesta piel roja era evidente. La muñeca de trapo que tanto habían querido en la familia estaba tirada sobre el respaldo del sofá, donde había estado los últimos cinco años y pico. Había ido pasando de criatura en criatura, hasta que le llegó al último hijo justo antes de que cumplierse los once y él la abandonó allí. Algún miembro de la familia debió de pensar que un día, un día no muy lejano, sí, uno de estos días, cuando ya hubiese hecho el resto de las tareas mucho más urgentes y básicas de la casa, llegaría el momento de guardar o regalar la muñeca. Pero como tenía tan poca importancia y casi formaba parte del mobiliario, el día no había llegado. La persona de la familia que hacía la limpieza se olvidó de ella y esta siguió tirada encima del sofá a plena vista hasta que se volvió invisible. Así que la hermana de la chica de las pastillas fue y la cogió. En el vientre de la muñeca, entre el chakra sexual y el del plexo solar, había una abertura grande que hacía de entrada y salida, cerrada con un imperdible de pañal. La hermana de la chica de las pastillas abrió el imperdible, lo retiró de la tripa de la muñeca y dentro encontró no los venenos, sino una carta doblada en ocho pliegues. Estaba escrita con la letra de su hermana y parecía una misiva privada escrita por una de las facetas de la chica de las pastillas para otra de sus facetas. «Mi queridísima Susannah Eleanor Lizabetta Effie», empezaba. La hermana hizo una pausa. Como todos los miembros de esa familia tan concienciada, era reticente a husmear entre las pertenencias de los demás. En circunstancias normales jamás lo habría hecho, pero tenían la obligación más apremiante de dar caza y destruir las armas asesinas de su pariente y, con los renegantes a la puerta de casa amenazando con matar a esa persona, no se veían con más opción que ponerse manos a la obra. Mientras los demás continuaban arriba y abajo y en el jardín de atrás y levantaban tablones del suelo, hacían agujeros en la pared, buscaban viales y pociones debajo de las vigas, con mucha aprensión y muchos escrúpulos, la hermana de la chica de

las pastillas se sentó al borde del sofá y desplegó lo que resultaron ser trece páginas de letra pequeña, pulcra y muy negra. Respiró hondo. «Mi queridísima Susannah Eleanor Lizabetta Effie», empezaba.

Mi queridísima Susannah Eleanor Lizabetta Effie:

Nos corresponde detallar tus miedos para evitar que los olvides: miedo a ser insegura, a ser dependiente, a ser rara, a ser invisible, a ser visible, a que te avergüencen, a que te eviten, a que te engañen, a que te maltraten, a que te abandonen, a que te peguen, a que hablen de ti, a que te tengan lástima, a que se burlen de ti, a que piensen que eres una niña y a la vez una mujer mayor, a la rabia, a los demás, a cometer errores, a saber por instinto, a la tristeza, a la soledad, al fracaso, a la pérdida, al amor, a la muerte. Si no a la muerte, entonces a vivir: el cuerpo, sus necesidades, sus partes, las partes atrevidas, las partes indeseadas. Los escalofríos, los temblores, que las piernas se nos vuelvan de goma por culpa de los escalofríos y los temblores. En una escala del uno al diez, nueve y nueve décimas partes de nosotras cree en la pérdida de nuestro poder y en sucumbir a la debilidad, también en la astucia de los demás. Creemos además en la inestabilidad. Nueve y nueve décimas partes de nosotras creemos que nos espían, que repetimos traumas pasados, que estamos tensas e infelices y que nuestra expresión facial se entumece. Estos son nuestros miedos, querida Susannah Eleanor Lizabetta Effie. Toma nota, por favor. Recuerda la lista, por favor. Susannah, nuestra Susannah. Tenemos miedo.

«Caramba», dije.

«Sí —respondió la hermana de la chica de las pastillas—. Y hay más».

A fin de no prolongar las cosas ni insistir, la mayor preocupación, la preocupación que nos atenaza y que si no tuviéramos (aunque retuviésemos todos nuestros otros miedos) nos haría indescriptiblemente felices, la preocupación que es una intensa condena, que nos cambia a peor, que nos impide superar nimiedades como los miedos que he enumerado y es ese algo extraño de la psique, porque ¿recuerdas, Susannah, esa

cosa extraña de la psique? ¿La Claridad y Bondad que se nos metió dentro, que llevábamos dentro y que, como recordarás, aún nos tiene poseídas?

«Se refería a mí —afirmó la hermana—. Antes de que empezase a envenenar en serio, es decir, en serio de verdad, me refiero a los viejos tiempos, cuando la hermana solo envenenaba de uvas a peras, y no olvides que era mi hermana grande, mi hermana mayor y tuve que respetarla durante años, un día fui a hablar con ella porque no comprendía, no solo el alcance de sus miedos, sino la mera existencia de esos miedos, así que entré en su habitación y metí la pata. No sabía que estaba metiéndola hasta el fondo, pero empeoré la situación. No vi lo que tenía delante de las narices. No conseguí más que hacer que sospechase de mí. Traté de sonsacarle el porqué de los envenenamientos, desenredar la distorsión, conseguir que recuperase la razón. Me dijo que era imposible, que era peligroso centrarse en las cosas buenas cuando había cosas malas, tantas cosas malas, me dijo, que una no podía olvidar. Me dijo que había que recordar cosas oscuras de antaño, pero también las de ahora, que había que reconocer su existencia porque, de otro modo, todo lo que había sucedido antes habría sido en vano. Como yo no sabía nada —continuó la hermana de la chica de las pastillas—, y tampoco tenía ni idea de qué quería decir ella con “en vanidad”, le pregunté si podía haber sido en vano, lamentablemente en vano, pero si aun así, porque era crucial, podía dejarlo, alejarse y abandonar. Entonces fue cuando me envenenó la primera vez». «¿La primera?», pregunté. «Sí. Me intoxicó cinco veces, pero las tres primeras pensé que era la regla». La hermana joven dijo entonces que en otra ocasión habían vuelto a charlar mientras tomaban té. Esa vez, mientras la chica de las pastillas era de nuevo la que preparaba el té, la hermana pequeña la escuchó de nuevo hablar sobre las cosas malas a las que había que aferrarse. Se dio cuenta de que su hermana continuaba atrapada en el tema de las cosas malas. Esta vez la cuestión era que no había que deshacerse de ellas; de lo contrario, el perdón podía colarse por la puerta de atrás. Según la hermana, la chica de las pastillas dijo que no podía perdonar, al menos mientras ella no hubiera recibido las disculpas. «Le dije —dijo la hermana de la chica de las pastillas—, a pesar de no saber quién tenía que ofrecer esas disculpas ni de qué debían arrepentirse los que no tenían su perdón, que me daba la sensación de que esperar disculpas formaba parte del pensamiento belicoso y le pregunté si podía dejar de esperarlas, porque, de lo contrario, seguir esperando recibirlas la destruiría aún más. Me dijo que no podía tirar adelante, que tenía que recibir disculpas para que cualquier otra

cosa fuese posible, y yo le contesté que no era así, que realmente no necesitaba eso, y entonces es cuando pensé por segunda vez que me dolía muchísimo la menstruación». La tercera vez que tomaron té y charlaron, me contó la hermana, dejaron el tema de «en vano», de las disculpas que no llegaban y de si había que perdonar o no, y pasaron a hablar de identidad, herencia y tradición. «Le dije que me parecía —continuó la hermana de la chica de las pastillas— que le daba muchísima importancia, que se había aficionado mucho, que ponía más empeño del necesario en apartarse, en aislarse, que es lo que hacía cada vez que envenenaba a alguien. “¿No podría haber coexistencia?”, le pregunté, y ella respondió que las cosas había que respetarlas y que, además, si se centraba solo en las facetas resplandecientes, todo el mundo pensaría que no había más facetas. Olvidarían, me dijo. Pensarían que todo está bien y ella sería la única que recordaría. Yo no sabía de qué hablaba. Le dije que su identidad parecía provenir de un punto de vista extremo y no podía permitirse dudar en lugar de reforzar ese punto de vista, que es cuando tuve una regla terrible que me tuvo agonizando con calambres insoportables por tercera vez». La cuarta vez, la hermana de la chica de las pastillas se dio cuenta de que su hermana la había envenenado y, después de eso, no volvieron a charlar tomando el té. «Pero yo seguía pensando —dijo la hermana— que debía de haber otra manera de hacer las cosas». Para entonces, los renegantes del Estado del distrito ya habían amenazado a la chica de las pastillas y la familia se puso a buscar las armas asesinas. «Entonces encontré la misiva, que empezaba con el miedo y continuaba durante páginas y páginas, trece horribles páginas escritas con letra muy pequeña». Sin embargo, la carta tenía un final:

Con afecto y mucha preocupación y consternación por tu presente y tu seguridad futura,

Atentamente, y con auténtico miedo verdadero,

Fiel Terror A los Demás Y No Solo Los Días Difíciles

Fiel Terror A Los Demás Y No Solo Los Días Difíciles no se andaba con chiquitas. La correspondencia no había sido correspondida, dijo la hermana, queriendo decir que no había habido cartas de una fuerza opuesta, ninguna incursión valiente de una faceta interna y contraria que intentase revertir la situación de terror y convertirla en una resolución positiva. En lugar de eso, había una hoja suelta escrita por Claridad y Bondad, aunque había

interrupciones constantes de Fiel Terror A Los Demás Y No Solo Los Días Difíciles. «Querida Susannah Eleanor Lizabetta Effie», empezaba esta llanera solitaria.

Querida Susannah Eleanor Lizabetta Effie:

No hace falta que te diga...

¡ES ATERRADOR! ¡ESPANTOSO!

... que todo lo que ves es el reflejo de...

¡TODO ES MUY ATERRADOR!

... tu paisaje interior ni que no tienes que...

¡AYUDA! ¡AYUDA! ¡VAMOS A MORIR! ¡TODOS VAMOS A MORIR!

... creer en este paisaje...

¡EL ESTÓMAGO! ¡LA CABEZA! ¡LOS INTESTINOS!

... interior, sino que en lugar de eso debemos...

¡NO OLVIDES EL KIT DE AYUDA, SUSANNAH! ¡EL KIT DE CONSUELO! ¡EL KIT DE SUPERVIVENCIA Y AUTODEFENSA! ¡EL KIT DE DEFENDER NUESTRA PARCELA! ¡LOS VIALES Y LAS POCIONES Y LAS PASTILLAS DE COLOR NEGRO BRILLANTE! ¡DEPRISA! ¡VENGANZA! QUEREMOS QUE SIENTAN NUESTRO DOLOR Y...

Terror A Los Demás prevalecía sobre Claridad y Bondad, la trastornaba y, al final, la asesinaba. Claridad y Bondad aparecía con otros nombres: Unidad, Resplandor, Hermana. Aparecía como Hermana. Tenía lógica. Hermana se le había metido dentro. Necesitaba que Hermana no estuviera dentro de ella y, por lo tanto, tenía que deshacerse de ella. Por ese motivo envenenó a su hermana por quinta vez con efectos casi letales. Luego me envenenó a mí. A continuación, al hombre que confundió con Hitler. Después de eso, la chica de las pastillas sufrió una muerte violenta. Terror A Los Demás debía de pensar que, aun con ella muerta, podría seguir viviendo. Que podría celebrarlo, soltarse el pelo, seguir teniendo miedo. Pero estos usurpadores y

sometedores psicológicos no se dan cuenta de que al despachar al huésped, al ser del que todos dependen para sobrevivir, es inevitable que, en última instancia, se despachen a sí mismos. Miré a la hermana de la chica de las pastillas y vi que estaba pálida: sudor en la frente, dificultad para respirar, la vista miserable e impedida, y se aferraba a la valla. Tiraba de ella como si tuviera fiebre. Quizá la tuviera. Y estaba flaca como un alambre, no solo el cuerpo, sino en todos los aspectos. Estaba en tensión, la procesión que va por dentro salía a la superficie; la sensibilidad, los sistemas de alerta preventiva, los sensores de vigilancia estaban sobrepasados y la sobrepasaban. Yo había acudido en su ayuda, pero no sabía cómo ayudar. Más bien sentí que me arrastraba. Entonces pronunció mi nombre, mi nombre de pila, y la sensación fue agradable, buena, un alivio, muy lejos del «¡has matado a mi hermana!» que yo esperaba. Dijo: «¿Ves lo asustada que estaba? Nunca supe lo atribulada que estaba porque era mi hermana mayor, y mucho menos que tuviera al enemigo en casa». Respondí que sí con la cabeza, pero enseguida me di cuenta de que quizá no lo hubiese visto, así que dije que sí y me quedé pensando en qué añadir, porque, igual que cuando el lechero de verdad me llevó en la furgoneta, quería añadir algo, hacer algo. Sin embargo, antes de que se me ocurriese qué decir, apareció su examado.

Noté que estaba detrás de mí antes de sentir sus manos. Era el tercer hermano, mi tercer hermano, a quien hacía casi un año que no veía. En los últimos tiempos, desde que se había casado más o menos un año antes, ya casi no aparecía por la zona. Visitaba a mi ma, le llevaba dinero, pero llegaba con prisas y se marchaba corriendo con las hermanas pequeñas; las recogía (¡venga, rápido!) y las dejaba en casa (¡venga, rápido!) y entre medias las llevaba de excursión. Iban al centro, según ellas, o a las montañas o a la costa, si hacía sol, y siempre paraban a comprar cosas y permitirse indulgencias: «Helado y patatas fritas y limonada y salchichas». «Cuando está por aquí la feria ambulante —añadían—, vamos y nos sube a todas a las atracciones. Y a mamá también». De vez en cuando también las llevaba al otro lado de la ciudad a cenar a su casa con su esposa. Nadie se esperaba esa boda. No habíamos visto venir a la nueva esposa: ni mi madre ni nosotras ni la comunidad ni el tercer hermano ni la hermana de la chica de las pastillas, la novia de toda la vida de la que llevaba años enamorado. En cuanto a nosotros, yo no lo había visto desde la boda porque venía a casa cada dos o tres semanas, siempre en martes, que era justo el día en el que yo me iba a casa del medio novio al salir de trabajar. Pero ahí estaba; se me había acercado por detrás y me había puesto las manos en los hombros antes de que yo pudiera

darme la vuelta y ver que no era Milkman ni los justicieros de la freiduría ni Terror A Los Demás ni la aparición de la chica de las pastillas. Pero era él, el tercer hermano; sentí sus vibraciones mientras se acercaba y no fui la única. La hermana de la chica de las pastillas también había notado algo. Dejó a medias una frase sobre el gran terror de su hermana, que habían confundido con la gran ira de su hermana, se sobresaltó y gritó: «¿Quién eres? ¿Quién está ahí? ¿Quién eres?», con urgencia y exigencia en la voz, pero también con emoción y esperanza, porque supo antes que yo quién estaba a mi espalda; lo supo incluso antes de que mi hermano dijese: «Aparta, hermana gemela, que paso».

Tuvo que apartarme él, porque yo estaba demasiado abrumada para moverme por mi propio pie. A pesar de que me había hablado, era evidente que ya se había olvidado de mi existencia, porque miraba a través de mí y se dirigía hacia la única chica a la que había amado. Al oír su voz, la hermana de la chica de las pastillas soltó otro grito, se tapó la boca con la mano y tendió la otra, puede que para mantenerlo alejado o tal vez para agarrarlo. Entonces dejó caer las manos e intentó retroceder, pero no pudo porque estaba pegada a la valla. Así que dio un paso a un lado y me di cuenta de que ella también se había olvidado de mí. Este era el segundo motivo por el que pensaba que rechazaría la ayuda que le ofrecía. Teniendo en cuenta que era la hermana del exnovio que la había abandonado para casarse con una oportuna desconocida, ¿no era posible que no quisiese un recordatorio de ese acontecimiento horrible del pasado? Volvíamos al tema de los cónyuges equivocados y, en este caso, la esposa del tercer hermano era la esposa equivocada y la hermana de la chica de las pastillas, la que debería haber sido la correcta. Así es como lo veíamos nosotros, mi familia, la familia de ella, la comunidad al completo. Aun así, no se habían casado porque el tercer hermano había tomado medidas inconscientes e incontestables de autoprotección. Como la persona a la que amaba lo correspondía hasta el punto de no ser capaz de soportar la reciprocidad vulnerable del dar y recibir, rompió la relación para acabar con ella antes de perderla, de que se la arrebatase el destino u otra persona. En su momento nadie le dijo nada sensato porque ¿quién habría podido decir algo sensato? Así que el hermano intentó escapar al enorme miedo teórico de perder lo que más quería en la vida y apañarse con una sustituta. No era de extrañar que la hermana de la chica de las pastillas tuviera algo que decir al respecto.

«Vete —le ordenó—. Te marchaste, examado, así que ahora vete». Le temblaba la voz, le temblaba el cuerpo; estaba enfadada, de eso no cabía

duda, pero le estaba costando mucho enfocar la vista y era obvio que no lo distinguía bien. En cuanto a mí, permanecí invisible para ambos, aunque eso no impedía que la cabeza me fuese a cien por hora. ¿Era demasiado tarde? ¿Mi hermano había quemado las naves? ¿Lo había estropeado todo? ¿Cedería ella y le permitiría resarcirla? Con intención de resarcimiento, al parecer, el tercer hermano no obedeció la orden de marcharse. Se acercó y, aunque aún no la había tocado, le habló e imploró. Sin corregirse ni refinar el lenguaje, porque estaba demasiado emocionado para evaluarse a sí mismo, decía algo como: «... error. ¡Tonto! ¡Necio! ¡Idiota de remate! No sé qué se me pasó por la cabeza, no sabía lo que hacía... Estúpido... persona equivocada. Porque yo te quería a ti... Miedo. Arriesgado..., quería seguridad..., abandoné mi sueño... Ay, ¡menudo idiota! ¡Qué necio! Maldita sea... persona equivocada. A la mierda..., ¡inmaduro!». Dijo algo más sobre falta de estima y sobre la estima, algo de amor, mi amor y no podía soportarlo e idiota, loco, pedazo de idiota, la felicidad, no podía, no quería, cabronazo idiota. Creo que se refería a sí mismo. A partir de ahí, siguió con «el asunto del amor», que había transigido, se había asentado; le dijo que estaba temblando, que estaba ahí, delante de ella, temblando justo en ese momento. «¿No ves cómo tiemblo?», le preguntó. Entonces dijo: «¡Joder! ¡No me ves temblar! ¡No ves! ¿Qué te ha hecho? ¿Qué te ha hecho tu hermana en los ojos?».

Eso lo desconcertó, y creo que debía de hacer poco que se había enterado de que a la hermana de la chica de las pastillas, su exnovia, la había envenenado su hermana, y que no se había imaginado el alcance del envenenamiento porque, al no haber visto muchos envenenados de cerca, no debía de saber que no siempre era el tracto digestivo lo único que quedaba destruido. Pero la hermana de la chica de las pastillas había cogido carrerilla. «Me rompiste el corazón —le gritó—, me hiciste infeliz. Te hiciste infeliz a ti mismo y, lo mires como lo mires, es imposible que no la hayas hecho infeliz también a ella, sea quien sea. Así que vete. Márchate», y estiró las manos de nuevo. Él también estiró los brazos, y ella intentó, él intentó, ella intentó, pero entonces paró. Cuando él volvió a intentarlo, ella lo apartó. Hubo mucho parar los pies y dar empujones, manos tendidas, brazos estirados, manos empujando y más de un «márchate» dicho en voz alta sin que nadie se marchase. Él siguió con más declaraciones de amor, más necios y malditos tontos e idiotas de remate. «Si te hubiera matado... —lloró—. ¿Y si tu hermana te hubiese matado? Podrías haberte muerto y yo nunca habría...», y aunque no temblaba, no físicamente, no cabía duda de que tenía un vendaval que le daba vueltas por dentro. Ella no podía verlo, pero era imposible no oír

el aspecto que tenía. Sin duda, era cierto que había transigido y se había asentado, se había mancillado, hastiado; le habría bastado con solo un año más de no escuchar al corazón, de acallar el corazón, para convertirse en una de esas personas en su ataúd, enterradas vivas, cien por cien apagadas hasta la muerte. Pero en mitad de sus declaraciones de amor y de que le temblasen las entrañas, le cambió el tono. De pronto hubo urgencia, dureza, una valentía admirable, incluso rabia. Le preguntó de nuevo qué le había hecho su hermana y si alguien la había llevado, a ella, a su amada, a que la ayudasen. Y al médico. ¿La habían llevado al médico? ¿Qué habían hecho para ayudarla? ¿Habían hecho algo? Pero la hermana de la chica de las pastillas le interrumpió y despreció su preocupación por una pequeñez como la que le había hecho su hermana. «¿Qué te importa lo que me hayan hecho si no te importó lo que me hiciste tú?». Se dijeron más cosas y ella lo empujó, después lo agarró de la camisa, lo agarró a él y, cuando estaba a punto de apoyar la cabeza... ¡No! En lugar de eso, rechazó la camisa, lo rechazó a él, lo empujó de nuevo, pero volvió a coger la camisa, se acercó, más cerca, otro acercamiento y otros más. Se agachó, se inclinó, apoyó la cabeza en sus brazos, en casa, en su corazón. Cerró los ojos y respiró su olor, su amante, su examado, su amado; entonces el tercer hermano debió de pensar que le había concedido permiso. Levantó los brazos, ¡demasiado pronto! Permiso denegado. Ella dio un grito y lo empujó una vez más.

Y así estaban. Ella lo empujó de nuevo, un empujón débil, y él estiró los brazos, advertido, a la espera, alerta a la señal, a una indicación sutil de que esa vez sería la vez, cosa que, por supuesto, yo no debía haber visto ni oído. En circunstancias normales, me habría parecido un escándalo, me habría resultado asqueroso que alguien estuviera contemplando boquiabierto a una pareja demasiado exaltada y emocional a tan solo unos pasos de distancia, sobre todo si ese alguien era yo misma. Pero estaba clavada en el sitio, no podía ni quería evitarlo y, además, habían empezado ellos y allí seguían. Entonces ella le permitió que la rodease con los brazos mientras se aferraba a él y lo empujaba a un tiempo y lo regañó con un: «Creo que te odio», lo que significaba que no lo odiaba, porque «creo que te odio» es lo mismo que «puede que te odie», que a su vez es lo mismo que «no sé si te odio», que es lo mismo que «no te odio, Dios mío, mi amor, te quiero, aún te quiero, siempre, siempre te he querido y jamás dejaré de quererte». Entonces le apartó la cara del pecho, para empujarlo o no empujarlo, y ambos cesaron la actividad. Hubo un segundo en el que no pasó nada, un parpadeo temporal, y cayeron (sin hablar, sin dramatismos, con alivio) el uno en brazos del otro.

Se besaron, se abrazaron con fuerza. Él se inclinó hacia delante y la sujetó por la espalda, la cintura, y ella le pasó los brazos por detrás del cuello y se dejó abrazar, soportar, inclinar. En un abrir y cerrar de ojos, parecía que fuera a derribarla a besos. Era uno de esos anuncios navideños de perfume francés «no te besarán así hasta que huelas así» y entonces me di cuenta, aunque ellos no, de que había acudido más gente a mirar. La mayoría se habían escindido del grupo pequeño que se había reunido a contemplar el extraño espectáculo de los hombres peleándose algo más allá. Ambos seguían en ello, en silencio y con los cigarrillos colgando de la boca. Quizá el combate era demasiado silencioso, demasiado prolongado, demasiado misterioso, una pelea desconcertante y difícil de calibrar, una que tal vez funcionase sobre todo mediante asociaciones de ideas, un encuentro moderno y estilístico de *art nouveau*. Y tratándose de un público convencional acostumbrado al realismo cronológico y tradicional, la mayoría empezó a dudar de que esos hombres estuvieran zurrándose de verdad. Por eso perdieron el interés y se apartaron para venir hacia nosotros, y casi todos estos vecinos asentían con la cabeza, asentían con sabiduría. La mujer que estaba a mi lado miró a la que se había colocado a mi otro lado y asintió con sabiduría, y la segunda respondió con el mismo gesto. «Ya sabía yo que era por el sentimiento de culpa —dijo la primera, que se dirigía a mí—. Eso explica el comportamiento de tu hermano, que entrase y saliese del barrio con furtividad y sin ser visto, con prisas. Sentimiento de culpa. Nada más. No tenía nada que ver con los problemas políticos, con los renegantes ni con sospechas de haber informado de nada. Todo culpa y remordimientos y mala conciencia por lo que le había hecho. Pero ¿tienes idea —empezó a preguntar, y todos se volvieron hacia mí— de qué pensará de esto la esposa equivocada?».

Ese era otro asunto. Hermanos. Mis hermanos. Tenía cuatro que en realidad eran tres y uno de ellos, el segundo, estaba muerto. Aún contaba al difunto segundo hermano porque seguía siendo mi hermano. Contaba también al cuarto, el que nunca había sido mi hermano, sino el amigo de siempre del segundo desde la época de la guardería. Este cuarto hermano siempre había vivido con nosotros, a pesar de tener su propia familia: padre y madre, dos hermanos, siete hermanas. Aún los tenía y residían a cuatro calles de nosotros. A los catorce años, cuando ya había dejado de estudiar, seguía viviendo en casa, aunque ya se había metido a renegante. El segundo hermano también. Incluso cuando el segundo ya no estaba, en teoría el cuarto aún vivía con nosotros como uno más de la familia, aunque en ese momento no estuviera en la casa porque había huido. Nos dijeron que había escapado en motocicleta

hacia la frontera después de dispararle a una patrulla y de matar a cuatro personas del Estado de forma deliberada y a tres personas normales sin querer: un adulto y dos criaturas de seis años cada una que estaban esperando el autobús en una parada de la carretera rural. Ya no lo veíamos, aunque nos habían dicho que estaba ahí abajo, en uno de los condados del país del otro lado de la frontera. En cuanto al primer hermano, el mayor, la tradición decía que si algún miembro de una familia de aquí iba a alistarse al movimiento, sería el primer varón el que lo hiciese; y tanto se creía en esa costumbre que cuando mi segundo hermano, el que se había unido al movimiento, murió en un tiroteo con las fuerzas del Estado, los policías que fueron a buscar a mi madre para que identificase el cadáver no paraban de equivocarse y de llamarlo primogénito. En el caso del auténtico primogénito de mi ma, mi primer hermano, él no se juntó con los renegantes, sino que una noche tropezó en el centro estando borracho y se rompió el brazo. Se fue al hospital y allí les dijo que había sido culpa de una losa suelta, puso una reclamación y los que estaban a cargo de creerse o no creerse estas cosas le creyeron y le abonaron unos buenos miles de libras. Le dio una cantidad a mi ma y, refiriéndose al país y a los problemas políticos, dijo: «A tomar por el culo, yo me largo», y se fue a Oriente Medio a disfrutar del sol y de la paz y la tranquilidad. Antes de marcharse, se ofreció a llevarse a los hermanos con él, pero el segundo y el cuarto, que estaban hasta las trancas en la renegancia, dijeron que no querían irse, y el tercero tampoco quería porque estaba enamorado de la hermana de la chica de las pastillas. Así que el primero se marchó solo y nadie sabe nada de él desde entonces. Así que el primero, el errante, se fue a hacer su vida. El segundo, el fallecido, también hizo su vida. El cuarto estaba haciendo su vida. En cuanto al tercero, el hecho de que hubiera abandonado a su pareja adecuada, se hubiera casado con la equivocada y no hubiera hecho nada al respecto hasta ese momento describía todo lo que podía decirse sobre él, al menos hasta entonces.

Cuando finalizaron el beso a lo Jean Paul Gaultier, y seguían ajenos a nosotros, su público, el tercer hermano cogió a su verdadera esposa y la levantó en brazos. Dijo una palabra: «¡Hospital!», sustituyó las declaraciones de amor y confesiones de idiotez anteriores por «necesidad urgente de atención y cuidados médicos», dio media vuelta y llevó a su amada al coche. «No debería llevarla al hospital —murmuró el gentío, que negaba con la cabeza—. El hospital es una equivocación, un error enorme. No hay nada peor que ir al hospital. Tendrán que rellenar formularios. Les preguntarán quién la ha envenenado. Entonces enviarán a la Schutzstaffel a por ellos y los

obligarán a ser confidentes». Entonces me miraron a mí. «Reconocerán a tu hermano, ya verás. Sabrán quién es, que es el hermano de tu difunto segundo hermano y de tu cuarto hermano, el fugitivo, y dará igual que él no sea renegante. Contarán que está relacionado con un renegante —dijeron—, que es pariente de un renegante como prueba de que él también tiene conexiones». Dicho eso, esperaron a que yo contestase. En cuanto a mí, yo solo quería que se callasen con lo del hospital. A esas alturas aquí había mucha gente que iba a contracorriente, que incumplía el embargo hospitalario y lo visitaba con regularidad. El hospital estaba a reventar de gente de mi barrio que se suponía que no tenía que haber ido. No faltaba mucho para que se organizaran excursiones de día y se pudieran reservar unas vacaciones en el hospital. Era el comienzo de una nueva era, al menos en lo que respectaba a los hospitales, y cuanto antes se diesen cuenta los vecinos, antes podríamos hacer el cambio y tirar adelante. Ni que decir tiene que había un tema que no querían tocar ni con un palo, que era que también se darían cuenta de que el tercer hermano era el hermano de la hermana que tenía una relación sexual con esa importante figura de los paramilitares, el que no hacía mucho había tenido un papel protagonista en los asesinatos de jueces y esposas de jueces y que también había matado a la principal y más importante envenenadora que el distrito había conocido. Los vecinos esquivaron el asunto del asesinato y la cuestión de que yo hubiese sido el incentivo del aspecto «normal» del asesinato, y en lugar de eso reiteraron que la policía podía reclutar al tercer hermano y a su novia y convertirlos en informadores. Mientras tanto, el hermano hizo oídos sordos a la sabiduría y la desaprobación y a los peligros de exponerse a ser confidente y colocó al amor de su vida en el asiento del copiloto de su coche. Saltó por encima del capó y en un abrir y cerrar de ojos estaba detrás del volante con el motor en marcha. El coche salió rugiendo calle arriba y las ruedas chirriaron cuando giró a toda velocidad hacia la carretera de segregación que conducía al hospital. Después de eso, mi tercer hermano desapareció de nuestra vista preocupado pero feliz, con su antigua examada también feliz pero enferma de gravedad.

Ya está. Se acabó la acción. Demasiada para mí en un solo día: no me gustaba la acción porque la acción casi nunca era buena, casi nunca tenía que ver con cosas agradables. Así que me fui a casa y el plan modificado para el resto de la tarde era que las hermanas pequeñas podían cenar tarta. Después de la tarta, podían salir a sus aventuras y yo me quedaría en casa, me daría un baño con espuma, comería tarta, también en la bañera, descansaría los pies y las piernas durante y después del baño y acabaría *Cartas persas*,

exponiéndome a que se me desintegrara a causa del vapor y de los churretes de agua por estar yo empapada, pero no importaba porque en cuestión de páginas lo habría acabado. Después de eso, si mi ma no había regresado a la hora de acostar a las hermanas pequeñas, les leería un poco de Hardy, porque estaban muy metidas en la fase de Hardy. Antes de esa había sido la fase de Kafka, seguida de la fase de Conrad, cosa que era absurda si te paras a pensar que ninguna de las tres había cumplido los diez años. Así que se lo leería, a pesar de que era el siglo espantoso de Hardy en lugar del siglo aceptable de Hardy, y, para redondear la velada, me metería en la cama y empezaría el dieciochesco *Grandeza y decadencia de los romanos*, pues consideraba que, publicado en 1734, era como todos los libros deberían ser. El plan era sencillo y secuencial, sin intrincaciones, fácil de llevar a cabo, pero entré en casa y las hermanas pequeñas salieron de la salita de atrás con parasoles orientales y envueltas en los oropeles que habían sacado de la caja de Navidad que guardábamos encima del armario para que ellas no la cogiesen y las primeras palabras que me dijeron fueron: «Te ha llamado alguien que se llamaba el medio novio». Eso me sorprendió, porque que él tuviera el número de casa era un hecho sin precedentes. Nunca me llamaba a casa y yo nunca llamaba a la suya, ni tenía el número ni sabía siquiera si él tenía... Las hermanas pequeñas seguían hablando: «Le hemos informado a esta persona de que habías ido a la freiduría a por patatas para nosotras, hermana mediana», y me miraron las manos buscándolas, pero en mis manos no las traía. «Le hemos pedido su número telefónico para que le devolvieses la llamada, pero ha dicho: “Si solo ha ido a por patatas fritas, si ha ido solo a por eso”, que ya te llamaba él después de media hora. Ha llamado treinta y siete minutos más tarde, pero aún no habías llegado. Has tardado mucho en ir a por patatas, hermana mediana». Las buscaron de nuevo y formaron ceños fruncidos de proporciones diminutas. «Así que le hemos solicitado el número telefónico otra vez y él, tu medio novio, ha dicho que “No, da igual”. Nos ha preguntado si éramos tus hermanas y hemos contestado que sí, pero, hermana mediana, ¿dónde están las patatas fritas?». Habían ido directas al quid de la cuestión, así que expliqué la falta de patatas sin contarles la verdad. Les puse la excusa vaga y ambigua de que en la freiduría no tenían, aunque sabía que la vaguedad y la ambigüedad no les sentaban bien. Para dejar eso atrás y contrarrestar cualquier comentario negativo que pudieran hacer sobre mi probidad moral por contarles mentiras, dejé caer que podían cenar lo que les apeteciese de los armarios de la cocina, con la esperanza de que en los armarios de la cocina hubiera tesoros deliciosos, y cerré el capítulo de las

patatas anunciando que la hermana de la chica de las pastillas y el tercer hermano más o menos volvían a estar juntos, o algo así.

Fue la maniobra perfecta, una distracción brillante. Las hermanas pequeñas querían mucho a la hermana de la chica de las pastillas. Tanto la querían que siempre corrían hacia ella, le saltaban encima, se le echaban encima, se le colgaban de los brazos, del cuello, la abrazaban, se reían, recibían abrazos, y esto ocurría absolutamente todas las veces mientras fue la novia del tercer hermano. No era de extrañar que cuando él la dejó plantada, a ellas también se les partiese el corazón, hasta el punto de tacharlo de la lista de Navidad durante casi un año. Once meses, tres semanas y hasta medio día antes del fin de Nochebuena él había permanecido fuera de la lista, hasta que ellas cedieron y lo incluyeron de nuevo. El periodo de exclusión abarcaba también los martes que las había llevado de excursión con mi ma a la feria y a todo ese entretenimiento simpático, sin saber, al parecer, hasta qué punto estaba condenado ni ser consciente del comportamiento criminal del que lo acusaban ni de lo poco que le había faltado para no recibir una tarjeta con un reno ni un par de calcetines de caballero ni unos cordones de caballero ni una pastilla de jabón de caballero con una cuerda para la ducha de parte de las hermanas pequeñas esa Navidad concreta. Pero la noticia de la reconciliación había surtido efecto. Era una noticia genial, sobre todo porque la hermana de la chica de las pastillas las correspondía del todo en su amor. Nunca había conocido a nadie capaz de ser tan tolerante con tres pequeñas individuos mientras ellas disertaban sobre la invención de la enciclopedia, los vendavales de las islas Feroe, la escala diatónica, las prefecturas de China, el universo no local, las teorías y los hechos de la ciencia material o la destrucción cultural del patio de Ca' d'Oro. La hermana de la chica de las pastillas se lo consentía todo. Se deleitaba con ellas, las alentaba, se las tomaba en serio, leía sus voluminosas notas y hacía preguntas sensatas, cosa que a ellas les gustaba. Así que, ahora que la pareja volvía a estar unida, hubo regocijo y ninguna pregunta sobre el paradero de las patatas, sino sobre el paradero de la hermana de la chica de las pastillas y del tercer hermano. Pero, como no conocían el alcance de los efectos del veneno, del mismo modo que el tercer hermano y yo al principio no habíamos apreciado la devastación del envenenamiento, las hermanas pequeñas no eran conscientes del estado de precariedad en el que se encontraba la amiga encantadora a la que tanto querían. Con eso también me dejé de exactitudes y no dije que se encontraba a las puertas de la muerte ni que en esos momentos estaba en el hospital con el tercer hermano para que le mirasen lo del veneno. Lo que dije fue que

seguramente podrían verla y reencontrarse con ella al cabo de poco. Entretanto, y mientras lo hubiese en la cocina, podían cenar lo que quisieran y después podían salir a jugar hasta muy muy tarde y, para colmo, yo les leería un poco de Hardy del siglo XX antes de ir a la cama. Eso las satisfizo y así estábamos después de que ellas hubieran optado por Smarties, galletas para bebés, huevos cocidos, algo que se llamaba «bombones de menta de expresión fácil» y varios tentempiés de tipo merienda, cuando el medio novio llamó por tercera vez esa tarde y por cuarta vez en la vida.

«Venga, comeos todo eso», grité, y me refería a los alimentos, porque justo cuando sonó el teléfono y yo contesté, las hermanas pequeñas estaban a punto de irse a la cocina. Entonces, cuando el medio novio dijo: «Eres tú», tapé el auricular para gritar: «¡Cerrad la puerta y no escuchéis esta conversación!». Como era la primera vez que hablaba con el medio novio (o con cualquier medio novio) por teléfono, me sentía cohibida y no quería que nadie nos oyera; es decir, que en este caso nos escuchasen las hermanas pequeñas. Claro que también había que pensar en las fuerzas de seguridad y su vigilancia electrónica, pero en lo que a ellos respectaba, si estaban escuchando (porque quizá no hubiera nadie), no podía hacer gran cosa en ese momento, aparte de no hablar con el medio novio. Así que les grité a las hermanas pequeñas que se comieran los tentempiés en la cocina y se marchasen por la puerta de atrás, luego me senté en la escalera, destapé el auricular, me lo coloqué en la oreja y dije: «Medio novio». Me alegraba de que fuese él, me alegraba mucho, aunque se me hacía raro estar hablando por teléfono. Solo lo había hecho ocho veces, siete, puede que seis. El medio novio dijo: «Te has tomado tu tiempo con las patatas, medio novia», y su voz sonaba como él, o sea, encantadora, que quería decir masculina, que quería decir cordial, y aquello era una broma sobre las patatas, o yo pensé al principio que era una broma. Así que la conversación telefónica empezó bien, pero al final, cuando llegamos a la parte en la que mi ma lo llamaba terrorista, la parte en la que a él estaban tocándole las narices todavía más, y ya no solo por culpa del rumor del sobrealimentador y la bandera, sino por un rumor nuevo sobre él que circulaba por su distrito y del que parecía considerarme responsable a mí en mi distrito, me bullía la cabeza y el comentario de «te has tomado tu tiempo» cobró un sentido distinto que no era el de una broma afectuosa para empezar la conversación. Enseguida me di cuenta de que al final era un ataque contra mí.

Me preguntó qué había ocurrido. Que por qué me había saltado los martes y los viernes por la noche y el sábado durante el día hasta el domingo por la

tarde, ya que, aparte de que yo hubiera puesto fin a dormir con él algunos jueves, ninguno de los dos había dejado plantado al otro ningún día durante el casi año que llevábamos medio saliendo. Le dije que había surgido algo y que había tenido que quedarme a cuidar de la casa y de las hermanas pequeñas. No compartí con él que le habían pegado un tiro al lechero de verdad ni que mi ma se había transformado en su verdadero ser porque le habían disparado al lechero de verdad ni que me habían envenenado ni que habían asesinado a la chica de las pastillas ni que Milkman me perseguía con mayor insistencia y ni mucho menos que Milkman existía. Tampoco compartí con él lo que hacía la comunidad con sus invenciones ni los detalles del coche bomba, que seguía siendo un asunto candente entre ambos, a pesar de que él se empeñaba en no hacer ni caso. Estaba también la experiencia de la freiduría, que tampoco compartí con él, ni esa actitud de «¡Toma, toma las patatas! Pero ¡no te pienses que te saldrás con la tuya, fresca!», y no fue por cabezonería que no lo compartí. Aun así, empecé a pensar que quizá podría contárselo, que tal vez mis asuntos podrían ser, si el medio novio así lo quería, asuntos suyos también. Pero me reprimí, porque pensé: «¿Y si se lo cuento? ¿Qué pasa si se lo cuento? ¿Qué pasa si consigo sacarlo todo y él le quita importancia como a lo de la bomba?». En ese momento de mi vida, una vez más porque Milkman me confundía y me paralizaba, y la comunidad también, y por nuestro estado de independencia y porque llevaba tanto tiempo protegiéndome que ya no concebía que quizá dejase pasar buenas oportunidades, por todo eso, interpreté que si él le quitaba importancia, eso me haría más daño que no revelar nada. Así que se la quité yo pensando en ese momento que eso era lo que debía hacer, pero el medio novio dijo: «Pero ¿qué ha pasado? ¿Qué es esto que ha surgido, medio novia?». Después de un momento de sorpresa, me quedé boquiabierta y, pese a todos los motivos fundados que tenía para no contarle, de mi boca salieron palabras espontáneas. Me oí a mí misma decir que le habían disparado al amigo de mi ma y que ella pasaba mucho tiempo en el hospital, que es cuando él me interrumpió para decir que podía venir a casa, ¿quería que viniese? Ojalá mi espontaneidad se hubiera extendido hasta permitirme contestar lo que yo quería, que era que sí. Que podía venir a casa. Que podía estar aquí. Venir sin que mi ma nos sermonease, sin preguntas sobre matrimonio o bebés ni acusaciones de ser Milkman. Aunque hubiera estado en casa, mi ma estaba tan distraída con sus propios asuntos del corazón que era improbable que se diese cuenta de que el medio novio estaba en la misma habitación que ella. Así que no eran por ella las reticencias que me hacían dudar y privarme del medio novio. Era por «¿Qué pasa si viene y oye

cosas?». En ese momento me vi otra vez con mi hermana mayor sentada en silencio en el salón de casa de mi madre el día y la hora del funeral de su exnovio asesinado. Sabía que era increíble que yo permitiese que me obligasen a ser lo que los cuajaenredos del distrito decían que ya era, pero, según la última hora del barrio, la situación era que yo llevaba dos meses en una relación con Milkman. Eso quería decir que ya era hora de engañarlo, según opinaban, y por eso tenía un amorío a sus espaldas con un chavalín mecánico de la otra punta de la ciudad. Por culpa de este nuevo rumor, dudé y tardé un momento en contestar porque estaba ordenando las ideas. Como ya le había contado una parte (la más fácil, la que no tenía nada que ver conmigo, sino con mi ma y el lechero de verdad), decidí que ya era hora de contarle al medio novio todo lo demás. Sin embargo, antes de que me diese tiempo a empezar, el medio novio malinterpretó mi silencio y saltó; me dijo que yo no quería que viniese, que nunca había querido que se acercase a recogerme, a llevarme o a pasar un rato conmigo en mi distrito. Dijo que al principio pensaba que era por el rumor del sobrealimentador, que me avergonzaba que me viesan con él; que quizá había empezado a creer que era confidente como los chismosos de su barrio. Pero eso había sido antes del otro rumor, un rumor que había llegado a sus oídos a pesar de estar en su propio distrito, uno según el cual él se había atrevido a competir por el afecto de la novia de un renegante. «Ese renegante ni más ni menos —dijo—. El renegante lechero. A ver, medio novia, ¿qué tienes que decir sobre eso?».

La tensión reapareció de inmediato, la que se había ido acumulando entre nosotros por culpa de los rumores de nuestros barrios respectivos. Y ahora parecía que los rumores convergían, y su punto de vista había pasado de ser que yo no quería que viniese a mi casa porque me avergonzaba de él a que yo no quería que viniese a casa porque tenía una relación con Milkman, mientras que mi punto de vista había pasado de ser que no quería que viniese a casa porque mi ma le exigiría casamiento y bebés a que no quería que viniese a casa por si Milkman lo mataba. En cuanto a confesarlo todo, decidí que confesar no pintaba bien, porque mira, ¿no acababa yo de empezar a abrirme y él ya estaba montando una discusión? En lugar de contestar (porque ¿para qué decir nada si, como los demás, él empezaba con acusaciones?), volví a refugiarme en mí misma, me cerré en banda, resentida y enfadada, y en ese momento me volvió la repulsión. «Ay, no —pensé—. Esa repulsión no, y no contra el medio novio». Pero sí, en cuestión de segundos el medio novio empezó a cambiar de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos era menos atractivo, menos él mismo. Enseguida dejó de ser atractivo y él mismo. Y se volvió más

como Milkman. Entonces me vinieron los temblores: la primera vez que me pasaba con el medio novio. «Espera un momento —pensé—; ¿de dónde ha sacado mi número de teléfono? ¿Qué plan furtivo, espía, acosador habrá urdido para obtenerlo?». «¿De dónde has sacado el número?». En cuanto lo atacé con la pregunta, la repulsión disminuyó y recordé de quién se trataba. «Qué tonta eres —me dije—. ¿Qué más da de dónde lo haya sacado?». Tampoco es que no quisiera que lo tuviese, porque, bien pensado, sí quería. No para que me llamase. Más bien porque el hecho de que lo hubiera conseguido, que hubiese querido tenerlo, presagiaba en mi mente cierta intimidación, un aumento de confianza. Sin embargo, él se tomó la pregunta tal cual, como el ataque que, por desgracia, había sido en el momento de pronunciar la pregunta. «Del listín telefónico, medio novia», me soltó de una manera que antes no era habitual en el medio novio. «¿Qué listín?», pregunté. «No me fastidies, medio novia. ¿Los listines de teléfonos del siglo xx también están vedados?», que era la primera pulla que me hacía sobre mis gustos lectores. «Él también —pensé—. Él también». Mi propio medio novio y además con traición. Él también me apuñalaba. «Llamé a unos cuantos números del barrio con tu apellido —continuó—, porque, claro, no me has dicho cuál es tu dirección, medio novia». Y eso lo dijo con rencor, rencor inconfundible. «Después de varios que no eran —dijo el rencor—, al final llamé a otro número y me contestó una mujer, que era tu ma».

El tono era gélido y se podía describir como teñido de resentimiento, disgustado, gélido. No volvió a mencionar lo de venir a casa, sino que continuó con el tema de Milkman. «Medio novia —dijo—, ¿qué le has dicho sobre mí y sobre este renegante a tu madre?». «Nada —respondí—. Es típico de mi madre. Se lo inventa todo ella sola». «Me dijo que yo tenía bombas. Que estaba casado y mancillaba jóvenes. Me colgó y no me dejó hablar contigo. Así que dime qué le has dicho». «Ya te lo he dicho —insistí—: nada. Es ella. No soy responsable de lo que haga mi madre. Es así la mujer». «Debes de haber dicho algo», persistió. «¿Por qué?». Una vez más me reprendían y yo tenía que explicarme, ser responsable de los malentendidos de los demás. Continuó con sus pronunciamientos y dijo que había oído que el tipo de mediana edad era de mediana edad. También enfatizó que el tipo de mediana edad, el «chaval», tal vez fuese de mediana edad, pero no era precisamente un integrante de poca monta del movimiento. ¿Sabía yo a lo que se dedicaba el pensionista terrorista en...? «Basta ya —le espeté—. No salgo con él. No tengo nada que ver con él». «Y ¿sabe él, medio novia —continuó el medio novio— que yo existo?». Yo no daba crédito. Al parecer, procesaba

las cosas con tanta prisa que había adelantado los rumores más entusiastas de mi distrito y del suyo. «Sé que nunca hemos hablado del tema —dijo—, de que tú y yo llevemos casi un año en una medio relación y seamos medio novio y medio novia, cosa que seguramente quiere decir que no pasa nada si salimos con otros, pero ¿un renegante, medio novia? O sea, ¿ese renegante? ¿Estás segura de que quieres ir por ese camino?». Eso me dolió, que no pareciese importarle que saliésemos con otras personas cuando llevábamos casi un año de medio relación. Yo misma, al principio de lo nuestro, lo había intentado con otros, supongo que con la intención de que alguno acabase siendo un medio novio, pero lo dejé porque el medio novio se convirtió en el medio novio y cada vez pasábamos más días y noches juntos, y, además, los otros no estaban a la altura. Hacían demasiadas preguntas, indagaciones inquisitivas; era obvio que tenían una lista para evaluarme, para emitir un juicio sobre si yo valía la pena, pero no una lista de preguntas hechas con interés y queriendo saber quién era yo de verdad. Así que los evalué yo a ellos y llegué a la conclusión de que eran ellos los que no me valían; es decir, acabé antes de que empezase algo que podría haber sido una posible medio relación. En cuanto al comentario del medio novio (lo de tener relaciones dobles y triples), ¿significaba que él había estado saliendo con múltiples personas? ¿Había quedado con alguna chica o chicas mientras manteníamos una medio relación? ¿Se acostaba con ellas como se acostaba conmigo porque me consideraba así de poco especial? ¿Continuaba relacionándose con ellas, con las numerosas e innumerables chicas, después de pedirme que fuera a vivir con él en el barrio chino?

«... entonces me acusó de poner bombas y colgó».

Era él, que seguía con el tema de mi ma, lo que me despistó del otro tema más doloroso, que era el de él y otras mujeres. «Pero no antes de hacerme saber —prosiguió— que no era yo precisamente uno de los tipos a los que considerase maravillosos». «Cree que eres otra persona», repuse. «Ya lo sé —respondió él—, eso es lo que te estoy diciendo». Me sonó burlón y engreído, y le contesté: «Más te vale que no sigas por ahí, medio novio. No es culpa mía que mi madre esté como una regadera y los demás también. No hay Milkman que valga. Bueno, hay un tal Milkman, pero yo no...». «No te molestes en dar explicaciones —me interrumpió—. Ya lo sé todo». Y fue ese tono lánguido, despectivo y ajado con el que dijo «no te molestes en dar explicaciones» lo que me hizo reaccionar. ¿Cómo se atrevía a decirme que no me molestase en explicar nada, como si yo lo molestase constantemente, como si lo tuviera extenuado con intentos de explicarme, como si él no

hubiera estado sentenciando hacía un momento para arrancarme explicaciones de la boca segmento por segmento? Por ese comentario me lancé con mis propias represalias. «No me hagas pagar a mí lo de la puta bandera del sobrealimentador», le dije. Un golpe sucio, muy sucio y bajo, asqueroso, deplorable, algo que no le diría a nadie, ni siquiera a una persona a quien odiase y que por casualidad tuviera un sobrealimentador de un Blower Bentley de la otra orilla por antonomasia escondido en su morada de confidentes que llevase no solo la bandera de la discordia del país de la otra orilla, sino montones de banderas de la discordia de ese país, cosa que yo sabía que, en el caso del medio novio, no era cierto. Estaba visto que no era uno de mis mejores días, pero me había provocado acusándome de salir con el paramilitante. Había metido el dedo en la llaga y me había arrepentido enseguida, pero no lo suficiente como para no hurgar en la herida, cosa que hice respaldando el comentario del que me había arrepentido de inmediato con otras observaciones vengativas de las que también me arrepentí al momento. «Cocinas —le dije—. Preparas café y vas a ver puestas de sol, aunque ni las mujeres preparan café y van a ver puestas de sol. Sustituyes a las personas por coches. En tu casa no cabe un alfiler y andar por ahí es un reto y hablas de películas lituanas». Él respondió: «Tú lees mientras andas». «Ya estamos», contesté. «No he terminado —dijo—. Me gusta que leas andando. Es el tipo de cosas discordantes y discretas que haces tú pensando que no es raro y que nadie se da cuenta. Pero sí es raro, medio novia. No es normal. No es supervivencia. Es inflexible y confuso, y en nuestro entorno te hace parecer una persona perversa y tozuda. No quería decírtelo, pero ya que tú estás diciendo cosas, te lo digo. Es que ya no parece que estés viva. Te miro a la cara y es como si te estuvieran desapareciendo los órganos sensoriales o como si ya hubieran desaparecido y por eso nadie puede conectar contigo. Siempre has sido difícil de predecir, pero ahora es imposible. Quizá deberíamos dejar de hablar, antes de que esto empeore aún más».

Nos acusamos de nuestras respectivas insuficiencias, nos echamos en cara lo que pensábamos: una de esas peleas. Pero estaba de acuerdo con él en que mejor callarnos. Durante todo el altercado telefónico yo tenía la mosca detrás de la oreja pensando que alguien nos escuchaba, aunque podía no ser nada, teniendo en cuenta que llevaba con la sensación de que alguien me escuchaba, alguien me vigilaba, alguien me seguía, alguien tomaba nota de todo, estuviera yo donde estuviese, hiciera lo que hiciese y con quien fuera, desde hacía meses. Estaba con el alma en vilo y cada vez más convencida de que

había personas que no se dedicaban más que a escuchar de forma encubierta, que esa era su misión en la vida, aunque tal vez todo fuera culpa de mi imaginación alterada y no hubiese nadie escuchando ni entrometiéndose. Acabamos la conversación de manera forzada y formal; yo le dije que iría a su casa en cuanto pudiera, pero a él no parecía importarle o no me creía o no quería verme. A continuación, hubo un único y solitario adiós por ambas partes y colgamos. Después de colgar me quedé sentada en la escalera y, si bien tarde, mi nueva espontaneidad despertó de nuevo. Me dijo que ya valía de tener lástima de mí misma, que fuese a casa del medio novio; me recordó que le tenía afecto, que con él había visto mi primera puesta de sol, que era el único con el que me había acostado, que había pasado con él al menos tres noches a la semana hasta que Milkman había amenazado con matarlo, después de lo cual lo había reducido a dos noches, y que lo hacía, que me quedaba a dormir en su casa, a pesar de que nunca había dormido en casa de nadie antes de dormir en casa del medio novio. Sin tener en cuenta que la nuestra era una medio relación en lugar de una relación de pareja de verdad, sin tener en cuenta que nos entraba amnesia cada vez que uno de los dos proponía dar un paso adelante y dejar atrás el estatus de medio relación, debía ir a verlo, debía ir ahora mismo, me dijo mi espontaneidad, y contarle cara a cara el malentendido que habíamos tenido, comunicarme con propiedad y aclarar el enredo. Después de eso, y si el medio novio me permitía hablar sin ponerse a la defensiva, quizá él me hablase del asunto del sobrealimentador y de lo de ser confidente y también del chisme de la novia del renegante; es decir, todo lo que le pasaba a él en su barrio. Dependiendo de cómo fuera la cosa, él podría llevarme a casa, porque yo tenía que volver a cuidar de las hermanas pequeñas. A pesar de mi ma y a pesar de Milkman, no haría falta que me llevase hasta el lugar habitual de la frontera del distrito, sino que esta vez podría entrar en el distrito y dejarme en la puerta de casa. Podía entrar, quedarse un rato, pasar la noche, siempre y cuando no le importase que después Milkman intentase matarlo. Era adulto, un hombre. Podía dejarlo decidir por sí mismo. El medio novio era mi medio novio, me dijo mi espontaneidad, y Milkman no era mi amante. En el momento de reafirmar mi convicción, el resurgimiento de la verdad me dio ánimo y lucidez. Sin ser del todo consciente en mitad de aquella exaltación febril de que en lugar de sentir ánimo y lucidez quizá estuviera pasando de un extremo de desánimo e impotencia a otro extremo de dicha repentina e incoherente, me apresuré a escribir una nota para las hermanas pequeñas que decía: «Poneos el pijama.

Vuelvo dentro de un rato para leeros a Hardy tal como os he prometido». Me puse la chaqueta y salí corriendo hacia la parada de autobús de cerca de casa.

Había tres motivos por los que no fui andando. En primer lugar, me encontraba en ese falso estado boyante de sobreexcitación que confundí con resolución y convicción alegre. Por lo tanto, tenía prisa por llegar a casa del medio novio lo antes posible. En segundo lugar, incluso habiendo recuperado la emoción y el brío, aún no tenía las piernas en condiciones para caminar y mucho menos para correr. Por último, aunque había decidido aclararlo todo con el medio novio, en el fondo aún me preocupaba salir de casa y topar con Milkman. A pesar de que no me lo había llegado a plantear, fue como si no quisiera poner a prueba esa regeneración recién descubierta y perderla si él aparecía en escena una vez más.

Me bajé del autobús en el barrio del medio novio, cogí el atajo que llevaba a su calle y al llegar vi que tenía la puerta de casa rota. Seguía montada en las bisagras, pero rota. ¿Qué pasaba? La empujé con cautela y me colé en el pequeño vestíbulo. Desde ahí pasé al salón, vacío de gente pero lleno de piezas de coches sueltas por ahí, esparcidas, tiradas aquí y allá, lo que insinuaba que el hábito de acumular piezas había adquirido un matiz descuidado, ruidoso y casi violento en lugar del matiz ordenado de apilar sobre lo apilado, o bien que la acumulación normal y cotidiana había sufrido alguna perturbación. Estaba a punto de llamarlo cuando oí la voz del chef saliendo de la cocina. Murmuraba sus habituales instrucciones culinarias a su aprendiz imaginario. «Mira, inténtalo así. No. Deja eso. Así, hazlo como te digo. ¿Ves? Así está mejor. Aprieta ahí con el trapo mientras yo recojo esto y luego aclararé...». Me dirigí a la cocina para interrumpirle, preguntar qué le había pasado a la puerta e informarme sobre el paradero del medio novio, pero me detuve, porque de pronto el compañero imaginario del chef respondió en un susurro. No sé qué dijo, porque no lo distinguí, pero reconocí la voz y era la del medio novio. Estuve a punto de entrar corriendo en la cocina, pero el tono me dio un cosquilleo en la piel y me paró los pies. Me contuve sin querer y no pasé del salón, del lado de fuera de la puerta de la cocina. Entonces el medio novio soltó no sé qué más, seguido de: «Maldita sea, joder. ¡Qué tonto! ¡Menudo bobo! Soy un idiota de cojones. No lo he visto venir. No sé en qué estaría pensando, chef, ¿qué hacía? Estúpido... Tendría que haberme dado cuenta de que ellos...», al mismo tiempo que el chef murmuraba que el medio novio debía callarse de una vez y volver la cabeza hacia la derecha. Con mucho cuidado, empujé la puerta entreabierta para entreabrirarla un poco más, miré por la rendija y alcancé a ver al medio

novio sentado a la mesa de la cocina, en una de las sillas. Estaba casi de espaldas a mí, aunque no del todo, y le pasaba algo, porque se había puesto un trapo de cocina empapado en los ojos. Tenía ambos ojos tapados y el chef estaba a su lado con un montón de algodón o de gasa y más trapos debajo del brazo mientras vertía algún líquido quirúrgico en un cuenco grande lleno de agua que había sobre la mesa. También en la mesa, o clavado en la madera de modo que quedaba perpendicular a la superficie, había uno de los cuchillos largos de cocina del chef. Estaba manchado de sangre. De nuevo, el instinto me frenó. Ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera no ser sangre humana, que podría estar manchado porque el chef acababa de preparar remolachas asadas con tomates pera o un plato festivo de col lombarda con oporto y vino tinto o una bandeja de rojos comestibles con salsa de rojo y salpicaduras de más rojo, seguido de sorprendentes virutas de rojo. No. Era sangre. Había más sangre, mucha más, en la camisa del chef; manchurroneos rojos en el suelo y lunares de color marrón rojizo sobre la mesa. Entonces vi salpicaduras más pequeñas, ya que el medio novio aún goteaba. Por extraño que parezca, me quedé donde estaba, como si algo o alguien muy fuerte e invisible me hubiera agarrado del brazo y me mantuviera quieta, como si me mandase, me diese órdenes, me alertase de algo. No hubo ni asomo del comportamiento que se esperaría de una medio novia, que se suponía que momentos antes estaba llena de regeneración y cura instantánea y había corrido a casa de su medio novio decidida a verlo, a ser sincera con él, a explicarle que acababa de liberarse de las restricciones que tenía con él. No hubo respiración contenida, grito ahogado, nada de correr hacia él con preocupación para abrazarse al medio novio gritando: «¿Qué ha pasado? Dios mío, ¿qué ha ocurrido?». Lo que hice fue quedarme donde estaba, y ni el chef ni el medio novio se percataron de que había metido medio cuerpo en la cocina.

El medio novio habló de nuevo, algo como: «... cabrón. Hijo de puta traidor. Menudo bastardo hijo de tres mil leches». Me di cuenta, porque el medio novio había empleado palabras parecidas para insultar al vecino «no es por ofender, pero» que había empezado el rumor sobre el sobrealimentador, que a su vez había derivado en que él era confidente. «Vamos al hospital, amigo de toda la vida», dijo el chef, y el medio novio contestó: «De eso nada. Como si no tuviera suficiente con lo de presumir de bandera, ahora se supone que soy el caradura que le ha intentado levantar la enamorada al renegante ese», refiriéndose a mí como «la enamorada», cosa que era ofensiva porque no lo había dicho de buenas, sino de malas y en tono burlón. ¿Tanto se habían

estropeado las cosas entre nosotros que ese que tenía delante era mi propio medio novio? «Espera un momento —pensé—: acaban de apuñalarlo o de darle una paliza y le pasa algo en los ojos», pero entonces caí en que hacía poco que me habían envenenado y poco más de una hora antes me habían acusado de ser cómplice de un asesinato en la freiduría, luego él me había acusado por teléfono de ser la amante de alguien y ahora lo repetía a mis espaldas; sin embargo, yo no estaba sentada en un rincón con mi amiga de siempre desde primaria criticándolo ni metiéndome con él. Aun así, era cierto que estaba herido, recapacité. Pero no lo había dicho de buenas, me repetí. Supongo que la situación fue una lección perfecta e instantánea sobre por qué no hay que escuchar detrás de una puerta. «No, chef —reiteró el medio novio, porque el chef había vuelto a mencionar el hospital—. Si la gente se entera de que he ido al hospital, se convencerán de que soy informador». Dijo que los ojos se le pondrían bien y que el chef tenía que tranquilizarse, que enseguida se le calmarían y se le pondrían bien, como antes. «Eso no lo sabemos —repuso el chef—, no sabemos qué te han echado, qué te ha echado el tipo ese, y tú dices que no te duele, pero no los puedes abrir y nos vamos al hospital. Quién sabe —añadió—, a lo mejor allí nos cruzamos con “no es por ofender, pero”». «Supongo que no se esperaban la pelea», dijo el medio novio, que no había hecho caso de lo último que había dicho el chef y estaba a lo suyo. En cuanto a mí, escuchando la conversación me pareció evidente que había habido otra pelea y que, como siempre, habría sido por el amaneramiento del chef. Sin embargo, con el siguiente comentario del medio novio me di cuenta de que no era así: «O sea, estaba solo, joder. Y me echa esa mierda y yo no veía nada. Y cuando te he oído llegar, chef, seguíamos estando en desventaja. Pero ¿cómo lo has hecho? ¿Cómo puede ser que tú (el marica, el bujarra, al que nadie se toma en serio) los hayas asustado a todos?». El chef se encogió de hombros, cosa que el medio novio no debió de ver, y dijo: «Bah», un «bah» evasivo o puede que fuera un «bah» desdeñoso que indicaba que el tema de conversación lo aburría. Sin embargo, y esto el medio novio tampoco lo vio, desvió la mirada hacia el cuchillo. Seguía ensangrentado, erecto, clavado en la mesa, pero lo desclavó sin hacer ruido y lo dejó, también sin hacer ruido, en el fregadero. Entonces fue a quitarle el trapo mojado de los ojos al medio novio y este se resistió. Las patas de la silla chirriaron cuando la giró y apartó al chef de un codazo. «Quita, chef. Deja, no pasa nada. No me duelen», pero el chef insistió en echar un vistazo. Yo también quería ver, porque ¿le hacía falta ir al hospital o no le hacía falta? ¿Era mi medio novio o

no lo era? Sin embargo, incluso entonces la presencia invisible me impidió moverme.

Hasta ese momento, durante la conversación yo solo había prestado atención al medio novio, ya que ¿por qué no iba a hacerlo? Pero de pronto miré al chef y la sorpresa fue instantánea y desagradable. La expresión de su rostro (intensa, espontánea, porque creía que nadie lo observaba y, por lo tanto, no tenía motivos para disimular) era de amor. No el amor que sientes por tu mejor amigo ni una mirada de afecto y preocupación imparcial por la humanidad. Era una mirada que no cabía en la categoría de «medio». Nunca le había visto esa expresión al chef, y mucho menos por mi medio novio. Aunque, bien pensado, nunca me fijaba mucho en el chef ni solía mirarlo a la cara. Era el chef, sin más, el maricón, el tipo inofensivo, el que necesitaba la protección de los demás; también la persona con la que eras condescendiente y que te divertía, sobre todo cuando tenía uno de sus ataques culinarios. En el fondo, yo suponía que era digno de lástima, pero no lástima de verdad, sino más bien «debe de ser horrible vivir su vida y me alegro de no ser él». No lo tenía en cuenta ni pensaba que estuviera en el mismo plano que nosotros. Sin embargo, en ese momento fue como verlo por primera vez. Entonces comprendí que mi instinto me había mantenido allí y me había impedido delatar mi presencia por ese motivo. Había tenido incluso temblores premonitorios por segunda vez sin la presencia de Milkman. El chef le retiró el trapo de los ojos y, mientras lo hacía, su expresión se acrecentó y yo me llevé otra sorpresa. Le acercó la mano a la cara, y el medio novio se lo permitió. No era el típico «ven aquí y deja que le eche un vistazo» masculino. Tampoco era por el daño que le habían hecho en los ojos. Le tocaba la mejilla. Se la acarició una vez, bajó la mano y, muy despacio, la movió a la otra mejilla. El medio novio le dejó hacer, sin abrir los ojos en ningún momento. Vi que la sangre de antes, los goterones, no eran de los ojos, sino que le salían de la nariz. Le apartó la mano para frotarse los ojos. Se la apartó una vez y otra y otra, que era lo que yo habría esperado desde el principio. A esas alturas no hablaban, era solo el cuidadoso quita y pon de manos, un par de ojos cerrados, otro abierto, el medio novio en la silla y el chef agachado a su lado.

El medio novio dijo: «Para. Basta, chef. No podemos hacer esto. No podemos seguir así». Para confirmar sus palabras, volvió a levantar la mano y se apartó la del chef de la cara. Eso hizo, pero el chef lo acarició de nuevo, y el medio novio le quitó la mano una vez más, pero suavemente. Y paró. Sin insultos, nada de «vete a la mierda, chef. ¿Qué haces? Yo no soy así».

Ninguno de los dos mostraba sorpresa; la única sorpresa y falta de anticipación por lo que estaba ocurriendo en la cocina entre ellos dos era la mía. El medio novio, después de apartar al chef, paró, lo cogió de los brazos y, sin abrir los ojos, se agarró a ellos. Se apoyó en ellos, en el torso del chef, y este se inclinó hasta hundir la cara en el pelo del medio novio. Uno de los dos gimió y se oyó: «Déjalo. Se acabó, chef, déjalo», pero cuando el chef se soltó para alejarse, para dejarlo, el medio novio levantó la cara y tiró de él y se lo acercó.

En ese momento fue cuando me retiré al salón, porque pensé: no. Sabía lo que ocurriría a continuación y ni mis ojos debían verlo ni mis oídos oírlo. «Espera un momento», pensé entonces. ¿Cómo que ni para tus ojos ni tus oídos? Ese es tu medio novio, el medio novio del tan reciente comentario de: «Me confundes, medio novia, es muy difícil saber lo que piensas, imposible conectar contigo». Pero ¿desde cuándo? ¿Desde cuándo estos dos...? Parecía haber caído en un estado de incompreensión, a pesar de comprender perfectamente. Dejaron de murmurar y supuse que eso quería decir, aunque no me atrevía a mirar, que el segundo beso Gaultier de la tarde estaba en marcha. Después de eso, retomaron los murmullos. «La persona equivocada», dijo el medio novio refiriéndose a mí otra vez, y el chef respondió: «... por vosotros, por todos vosotros, lo hacía por ti porque...». «Miedo. Arriesgado. Demasiado arriesgado... ¡Menudo idiota! ¡Miedica imbécil! Si te hubieran matado... Si esos... Podrías haberte muerto y yo podría no haber...». No sabía si eso último lo había dicho el chef o el medio novio. Me pregunté si las piernas me llevarían hasta la puerta. Mientras tanto, continué de pie, apoyada en la pared, a un lado de la puerta de la cocina, en el salón del medio novio donde la puerta de entrada estaba reventada. No conocía el motivo de que estuviera rota ni sabía por qué él había dejado de acumular de manera meticulosa, pero tampoco me importaba. En cuanto a la pelea telefónica, la que acabábamos de tener, teniendo en cuenta que ahora el chef y él, que ellos dos..., ¿por qué nos habíamos peleado en realidad? Yo pensando que el medio novio era espontáneo, sencillo, libre de engaños, el hombre que rehuía protegerse el corazón y ahora él mismo le confirmaba al chef, y a mí, que él también se había conformado, que había escogido a una persona equivocada que le daba seguridad en lugar de quedarse con la persona que le correspondía. «Qué idiota eres», pensé, y me refería a que creía que yo me había estado protegiendo, que al permanecer en la categoría de medio relaciones estaba a salvo de la categoría de parejas equivocadas, cuando resulta que también se puede destrozarse a alguien que esté en la categoría de

medio novia. Estaba despertando a la realidad de cuán aterrador era no estar entumecida, ser consciente, disponer de datos, recordar hechos, estar presente, ser adulta. Mientras el medio novio insistía en declarar su idiotez y yo me reprendía por ser otra idiota, el chef nos hizo volver a los tres al aquí y ahora exigiendo una vez más ir al hospital.

Ya no hablaba en el mismo tono. Era cortante, serio, imponente. Incluso cuando el medio novio dijo: «Ya casi estoy bien, casi normal. Mira, estoy recuperando la vista. Ya veo un poco», el chef contestó: «Nos vamos, pero espera un momento, que me pongo otra camisa». Me entró el pánico, porque el chef estaba a punto de entrar en el salón para subir arriba y entonces me descubriría (¿Tiene camisas en esta casa? ¡Pues claro que tiene camisas aquí!), y eso me dio miedo, porque ahora el chef me daba miedo, porque no era el hombre que yo pensaba. ¿Por quién lo había tomado? No me había fijado mucho en él. Me parecía antipático, pero me daba igual porque, en la jerarquía de la importancia, él ni siquiera figuraba. Pero ya no era inofensivo. En ese momento me di cuenta de que no era inofensivo. Teniendo en cuenta lo propietario que se ponía con la comida, ¿cómo diantres se pondría por el derecho que tenía a un hombre? Me acordé del cuchillo, su cuchillo, ensangrentado, en el fregadero, manchado de sangre todavía. Pensé que iba a desmayarme, aunque en la vida me había desmayado. Estaba mareada, tenía calor, sudaba. Notaba una especie de enjambre de insectos a mi alrededor o en mi interior, y esos nuevos conocidos, los temblores, me recorrían con fuerza la parte baja de la espalda y las piernas. Oí más ruidos íntimos que venían de la cocina, gemidos que sugerían, como mínimo, más comportamiento gaulteriano. Uno de los dos dijo «marido» y luego, «a la mierda con esto. ¿Qué hacemos aquí? Vámonos a América del Sur. Podemos ir a Buenos Aires, ¡a Cuba! Vamos a Cuba, Cuba me gusta. A ti también te gustará», mientras yo pensaba «¡marido!, ¡Cuba!, ¡vámonos!», porque él y yo no habíamos podido pasar de una medio relación ni llegar al barrio chino, que estaba a la vuelta de la esquina.

Salí sin ser vista atravesando el caos del salón y la puerta reventada, bajé por el camino y atajé por la maraña de callejuelas. No se habían enterado de que había estado allí, pero según me alejaba imaginé qué habría pasado si... ¿Y si para que todo volviera a la normalidad, para que fuese normal y corriente, para anular lo que había visto, yo hubiera salido a hurtadillas solo para volver a entrar haciendo ruido? Ellos creerían que acababa de llegar. Yo vería la puerta rota y de inmediato llamaría al ex medio novio. El ex medio novio y el chef seguirían en la cocina y tendrían tiempo de separarse

físicamente. Se serenarían y, antes de que yo entrase, editarían y reformularían. El ex medio novio gritaría: «Aquí, en la cocina, medio novia», y yo entraría y me encontraría con dos amigos y el cuchillo en el fregadero sin requerir explicaciones. Sin embargo, la sangre y los ojos del ex medio novio continuarían igual que antes. El chef exigiría el hospital y el ex medio novio se negaría. Sin intimidad, sin ternura, sin intensidad en la mirada ni caricias. Yo cogería aire de golpe o gritaría, correría a abrazar a mi ex medio novio. «¿Qué ha pasado, medio novio? Dios mío, ¿qué ha pasado?», y ellos me lo explicarían, o me dejarían deducir, que los homófobos de la zona habían vuelto a meterse con el chef, cosa que significaba que pasaríamos el tema de largo, improvisaríamos, hablaríamos con vaguedad y falsedad. No habría sentimientos contradictorios, nada irreconciliable. Se trataría solo de que al chef lo habían atacado y protegido, como siempre. Lo que ninguno diría, lo que seguro que yo no diría, como no había dicho, sería: «Quizá es hora de que hablemos los tres».

Así que lo de antes no había sido una pelea, no había sido un echarnos en cara lo que pensábamos ni denunciar nuestras insuficiencias ni acusaciones mutuas. Ni gritos ni enfurruñes. Sin embargo, supe que nunca volvería a ver al ex medio novio ni a poner un pie en su casa. Mientras caminaba en la oscuridad, según parecía camino de la parada de taxis, e igual que un rato antes cuando había salido de la freiduría, no me sentía las piernas. Me las veía y veía el suelo, pero me era imposible conectar con ellas. Me llevé las manos a los muslos y me los palpé a propósito, me los apreté, pero lo hice con discreción porque, como ya era habitual para mí, me daba la sensación de que alguien me observaba.

No estaba enfadada. No sentía rabia. Aun así, era consciente de que ahí dentro, debajo de la insensibilidad, debía de tener la rabia acumulada. Contra el ex medio novio. Contra el chef. Contra el primer cuñado por la invención de las historias y por divulgarlas, incluyendo la última sobre lo tonta que era por engañar a Milkman a plena luz del día con ese chico de mi edad de la otra punta de la ciudad. Rabia por los cuajaenredos, por adornar las historias del cuñado, por inventar otras propias. Hacia todos los aduladores que me guardaban rencor y las dependientas de la freiduría y las de todas las tiendas, que tarde o temprano se sentirían obligadas a regalarme las mercaderías que pensasen que yo querría que me regalasen. Esa rabia me faltaba, estaba ausente, y como las piernas que veía pero no sentía y el suelo que yo sabía que existía pero sobre el que parecía flotar, era como si no tuviera derecho a enfadarme, porque si yo hubiera hecho las cosas de otro modo, ahora no sería

culpa mía. Ojalá hubiera hecho esto y lo otro en lugar de aquello y lo de más allá, ojalá hubiese ido allá en lugar de a acullá, dicho a en lugar de be, tenido otro aspecto, ojalá no hubiese salido ese día con *Ivanhoe* o esa noche o esa semana o nunca durante los últimos dos meses para que no me viese y me quisiera. Entonces me tambaleé y de pronto la furgoneta blanca se detuvo a mi lado. Se abrió la puerta del copiloto y la sensación de no dejarme llevar a ese lugar terrorífico se adueñó de mí una vez más.

Me subí como si fuera lo normal, como si no fuese la primera vez que subía a la furgoneta, ese vehículo anodino, minimizado y tan importante. Antes de que pudiera hacerlo yo, se inclinó y, a milímetros de mí, sin tocarme, sin mirarme, me cerró la puerta. Acababa de quitar una cámara con un objetivo enorme del asiento y la había colocado en el compartimento espacioso que había entre los dos. Allí también había un puñado de frascos de medicinas llenos de esas pastillas brillantes de color negro con un punto blanco en el centro, una de las cuales yo aún llevaba en el bolso. Después de cerrar la puerta de mi lado, se recostó en su asiento y arrancó el motor. Juntos, como una pareja de verdad, nos marchamos. Me resultó extraño que, después de tanto preámbulo, después del último bastión del «no debo subirme a ninguno de sus coches», de los avisos no solo míos, sino de la amiga de siempre desde primaria de que «hagas lo que hagas, sea como sea, amiga, no te subas a ninguno de sus coches», cuando atravesé ese umbral, pensaba (dos meses antes pensaba) que hacerlo me provocaría un tumulto y una conmoción mucho mayor, pero no hubo tumulto. Ninguna conmoción. Era algo que había pasado y que yo sabía desde el principio que pasaría, porque llevaba una eternidad diciéndome que se avecinaba y que ocurriría. Y ese era el principio. ¿Qué motivos tenía para ponerme emocional o alborotarme? Lo único que me quedaba era subir de una vez. Y no es que pensase de manera consciente «me da igual que me consiga, porque él sabía desde el principio que me conseguiría y yo no puedo impedirselo, no puedo impedirle que me tenga» ni que ahí estaba yo, de camino a que me hiciesen lo que debería haber aceptado hacía tiempo que me harían. La realidad era que, en el momento de la furgoneta, yo ya me había adaptado a un estado de debilidad e hipnosis. El mismo ex medio novio me había dicho: «No sé, medio novia, pero... te miro a la cara y es como si te estuvieran desapareciendo los órganos sensoriales o como si ya hubieran desaparecido». Hay cosas que se te quedan. Eso se me quedó. Ojalá no me hubiera hablado del desposeimiento de mi rostro.

Mirando al frente como siempre, Milkman me dijo: «Ya está, asunto resuelto». Su voz era serena, pausada, desagradable. Con lo siguiente sonó

impresionado, sorprendido. «Menuda aparición. Seguro que no contaban con el caballero de los cuchillos. Pero con eso ya está. Dejarán el tema, lo dejarán a él. En cuanto al otro, al de los coches, con el que estabas antes, a él no le pasará nada. No sufrirá consecuencias relacionadas con banderas ni confidentes. No le tenías tanto aprecio, ¿no? Era tu medio novio, ¿verdad? No te preocupes, princesa. Eso ya no es asunto nuestro».

Me llevó a casa sin mediar ni una palabra más y no me miró hasta llegar a la puerta de casa de mi madre. No hablar durante el trayecto fue inteligente, pero es que Milkman había sido muy inteligente. Era el prolegómeno perfecto, la creación de un ambiente óptimo para que yo digiriese sus últimas palabras. Salimos de la parte de la ciudad donde vivía el ex medio novio, cruzamos el centro y llegamos al otro extremo respetando las partes geográficas y después de pasar por delante de todos mis puntos de referencia. Después hubo más carreteras de segregación y llegamos a mi barrio, donde aparcamos delante de mi casa como una pareja formal. Sabía que debería haber sentido repulsión, que debería haber estado impactada y estupefacta en lugar de ni siquiera sorprendida por estar en ese vehículo tan famoso, sentada a unos centímetros de ese hombre tan famoso. Pero es que no tenía elección. No había otra alternativa. No había estado preparada para asimilar lo que todos los demás habían asimilado sin problemas desde el principio: para Milkman, yo era un hecho consumado.

Cuando aún estábamos en la furgoneta, a oscuras, apagó el motor y se volvió en el asiento hacia mí. Después de tanto tiempo sentí su mirada, la mirada larga y pausada, porque por fin podía mirarme, permitirse contemplarme. Éxito, compleción, propiedad. Por el contrario, era yo la que miraba al frente. Se quitó los guantes y dijo: «Muy bien. Excelente», aunque creo que era más para sí que aposta para que yo lo oyese. Se acercó y fue a tocarme la cara. Los dedos se detuvieron en el aire, muy quietos, muy cerca. Entonces cambió de opinión y retiró la mano. Se recostó en el asiento y dijo una cosa más. Me dijo que era muy guapa, que si lo sabía, que debía creerle, que era guapa. Me dijo que lo tenía todo preparado, íbamos a ir a un lugar bonito, a hacer algo agradable y que nuestra primera cita sería una sorpresa en un lugar bonito. Que tendría que saltarme griego y romano, pero que estaba seguro de que no me importaría. Además, ¿de verdad necesitaba tanta clase de griego y romano? Ya lo decidiríamos más adelante. Entonces me dijo que mientras siguiera viviendo en casa de mi familia, él llegaría hasta la puerta, pero esperaría fuera y yo tendría que salir. Que vendría a buscarme al día siguiente a las siete de la tarde en uno de sus coches. «Este no», añadió,

desestimando la furgoneta, y mencionó uno de esos alfanuméricos. Por mi parte, y con eso se refería a lo que yo podía hacer por él, a cómo podía hacerlo feliz, yo podía salir a la puerta con puntualidad y no hacerle esperar. También podía ponerme algo bonito, dijo. «Pantalones no. Algo precioso. Un vestido femenino, favorecedor, elegante y bonito».

Tres veces en la vida he querido soltar una bofetada y una vez he querido pegarle a alguien en la cara con una pistola. He hecho lo de la pistola, pero no he abofeteado a nadie. De las tres personas candidatas a la bofetada, una es mi hermana mayor cuando vino corriendo el día en cuestión a decirme que las fuerzas del Estado le habían pegado un tiro a Milkman y lo habían matado. Parecía contenta, emocionada por que el hombre al que ella consideraba mi amante, el hombre que creía que me importaba estuviera muerto. Me escaneó el rostro sin disimulo para ver cómo me lo tomaba e incluso con mi obstinación (que, por oposición a Milkman y a los rumores sobre Milkman y sobre mí, me había conducido a un encierro más profundo que nunca) me di cuenta de lo inconsciente de sí misma que era en ese momento. «Cree que con esto aprenderé la lección», pensé. No por el escenario político ni el papel que él representaba. No por lo que representaban los que lo habían matado. Eso no significaba nada. Tenía que ver con que ella no quería que yo disfrutase de lo que ella no se permitía desde hacía tiempo. Como ella, yo debía apañarme y conformarme no con el hombre que, según ella, yo deseaba, con el hombre que había amado y perdido como ella había amado y perdido, sino con cualquier sustituto indeseado que se presentase después de Milkman. Seguía en éxtasis, lejos del estado de aflicción en el que llevaba una eternidad. Sin embargo, yo no iba a permitirle ese arrobamiento a expensas de mí. «Para ya de alegrarte, esto no debería hacerte feliz (¡plas!)», es lo que yo pensaba. Pero mi respuesta real, aunque ella esperaba una reacción, fue una expresión casi remota y casi inaccesible. Entonces, con un toque de emoción fingida, lo justo para comunicar que durante un instante, un momento breve, señalaba una curiosidad un poco divertida, dije: «Tienes cara de estar teniendo un orgasmo».

El regocijo, no tanto el regocijo triunfal y enfermizo de los que realmente se merecen un bofetón, sino el de una persona que se siente viva un instante

en mitad de tanto horror cuando su estado habitual era sentirse muerta, ese regocijo se acabó, tal como yo sabía que pasaría, porque yo había dado en el blanco, justo adonde había apuntado, en el centro. Ahí es donde me habrían alcanzado a mí si ella, o cualquier otra persona, me hubiera dicho eso. Me soltó una bofetada que era un contragolpe porque me había metido donde no me llamaban y, aunque en el momento me consideré con pleno derecho, no podía ni debía devolverle la bofetada. Tras la satisfacción inicial de sorprenderla, de amargar su victoria con vergüenza, enseguida me arrepentí. Así que ya bastaba. Quería que se marchase, que se llevase a su apañío de marido, y las sucias calumnias con las que había empezado, y que se marchase. No había amabilidad ni siquiera entonces.

Se marchó, otra vez cargada de penas, plantada de nuevo a los pies de la cruz; y en cuanto a regocijo, yo no sentía nada parecido. No estaba contenta de que hubiera muerto ni me alegraba; o puede que sí, porque ¿qué motivos tenía para no alegrarme? Lo que sé es que el alivio me recorrió el cuerpo con una intensidad que jamás había sentido. Mi cuerpo proclamaba: «¡Aleluya! ¡Ha muerto! ¡Gracias, joder! ¡Aleluya!», aunque esas no eran las palabras que tenía en mente. Lo que pensé fue que tal vez así me tranquilizaría, quizá me pondría bien, a lo mejor así se acababa eso de por favor, que no sea Milkman, por favor, que no sea él, y no tendría que ir mirando por encima del hombro con miedo a que me alcanzase en cualquier esquina, no volverían a seguirme ni a espiarme, fotografiarme, no más malentendidos, no más estar rodeada, no más personas inventándose lo que yo pensaba. Ya nadie me daría órdenes. No tendría que volver a capitular como la noche anterior, cuando las circunstancias me habían hecho el suficiente daño como para hacerme sentir indiferencia por mi destino y subirme a su furgoneta. Sobre todo, ya no tendría que preocuparme de que el ex medio novio muriese en un coche bomba. De pie en la cocina mientras digería ese acontecimiento de consecuencia, comprendí hasta qué punto me había cerrado, las trabas que me había puesto ese hombre para obligarme a ser un vacío cuidadosamente tramado. Ese hombre, pero también la comunidad, el ambiente mental, las menudencias de la invasión. En cuanto a su muerte, le habían tendido una emboscada a última hora de la mañana justo cuando él aparcaba en la carretera de los parques y los embalses y, después de seis intentos fallidos, habían conseguido a su hombre. Antes de a Milkman, le habían disparado a un basurero, a dos conductores de autobús, a un barrendero, a un lechero de verdad, que era nuestro lechero, y a otra persona que no tenía un trabajo de operario ni conexiones con el sector servicios, siempre pensando que eran

Milkman. Luego le pegaron un tiro a Milkman y le restaron importancia a lo de las víctimas equivocadas al tiempo que anunciaban el tiro certero a bombo y platillo, como si solo le hubieran pegado un balazo a Milkman y a nadie más que a Milkman.

Sin embargo, ciertos sectores de los medios, que eran críticos con el Estado, no estaban dispuestos a dejar que se saliesen con la suya. Ya se veían titulares como: «SE CONFUNDEN DE LECHERO Y LE DISPARAN» y «ATENCIÓN REPARTIDORES Y TRABAJADORES MUNICIPALES». A continuación hubo noticiarios y más prensa escrita para recordarle al Estado sus otras meteduras de pata, sus perversiones, sus ejércitos secretos, los tiroteos desde vehículos y su condición precaria como elemento inaceptable de categoría superior. Al final, el Estado respondió admitiendo que durante la búsqueda de personas concretas había atacado por accidente a otras personas, que se habían cometido errores, que era lamentable, pero que lo hecho, hecho está y que no valía la pena mortificarse. Lo principal era que, a pesar de errar los objetivos y del factor humano imprevisible, a la gente de bien le tranquilizó pensar que un importante terrorista renegante estaba fuera de combate para siempre. «No queremos dar lugar a ambigüedades, ardidés retóricos, astucias polemizantes ni gozo feroz —dijo el que daba la cara—, pero consideramos que la operación ha sido un éxito». Así pues, nada de relamerse, nada de dar muestras de superioridad y triunfalismo, porque el triunfalismo no era el camino a seguir en cuanto a paquetes de declaraciones. Y no solo paquetes de declaraciones públicas. Después de oír la noticia, e incluso en la intimidad del subtexto de mi mente donde nadie más que yo podía ser testigo de mi ser yo misma, por miedo a que en el barrio me declarasen persona traicionera y sin corazón, intenté no ponerme contenta. Pero no dejaba de pensar que había escapado por los pelos de lo que quiera que él hubiese planeado para esa velada y estaba feliz, por eso y porque, de momento, los medios no dirigiesen el foco del escarnio hacia mí.

Su muerte salió en los titulares, pero eso no fue lo único que salió a la luz. Después de que lo matasen a tiros y les disparasen a los seis desafortunados que se habían cruzado en su camino, los medios revelaron, junto a su edad, domicilio, marido de y padre de, que Milkman realmente se llamaba Milkman. La gente no daba crédito. «No puede ser —voceaban—. Qué disparate. Qué raro. Menuda tontería tener un apellido así». Sin embargo, si lo piensas, ¿qué tiene de raro? Carbonero también es un apellido. Como lo es Sacristán. Muchos apellidos son cosas u oficios: Weaver teje; Hunter caza; Roper hace cuerdas; Cleaver es un tipo de cuchillo; Mason levanta paredes de

ladrillo; Thatcher hace tejados de brezo; Carver corta la carne que vende; Wheeler fabrica ruedas; Planter cultiva; Trapper pone trampas; Teller cuenta; Doolittle no hace nada, y Pope y Nunn son el papa y las monjas. Años después conocí a un señor Postman que no era cartero, sino bibliotecario, así que esos nombres son de lo más cotidiano. En cuanto a Milkman y su aceptabilidad como apellido, ¿qué tenían Jason y Nigel que decir al respecto como nuestros guardianes de los nombres? Y no solo Nigel y Jason. ¿Qué había de los administradores equivalentes que protegían de los nombres proscritos en otras zonas de renegantes? ¿Y las Roisin y Mary que controlaban los nombres opuestos en las zonas controladas por los defensores al otro lado de la carretera? Mientras tanto, los alarmistas continuaron debatiendo sobre la procedencia del apellido Milkman. ¿Era de los nuestros? ¿De los suyos? ¿Era del otro lado de la carretera? ¿De la otra orilla? ¿Del otro lado de la frontera? ¿Deberíamos permitirlo? ¿Prohibirlo? ¿Descartarlo? ¿Reírnos de él? ¿Menospreciarlo? ¿Cuál era el consenso? Tras mucha deliberación, nervios y cautela, todo el mundo dijo: «Un apellido inusual». Rebasaba los límites de la credibilidad, decían las noticias, pero en la vida hay muchas cosas que rebasan esos límites. Yo empezaba a comprender que la vida iba de socavar la credibilidad. No obstante, la noticia del apellido perturbó a la gente, se sentían timados, se asustaron y no parecían capaces de evitar cierta vergüenza. Cuando lo consideraban un pseudónimo, un nombre en código, «el lechero» poseía intriga, misticismo, posibilidades dramáticas. Pero cuando lo sacabas de su simbolismo y lo ubicabas en el día a día, en lo banal, en el reino de Perico de los palotes, el respeto que se había ganado como nombre de un activista paramilitar de alto rango se redujo al instante y desapareció a la misma velocidad. La gente consultaba los listines telefónicos, las enciclopedias, los libros de nombres para ver si en algún momento y lugar alguien se había apellidado Milkman. Muchos se quedaron en la estacada, sin comprender, sin más recurso que la especulación de los medios y los distritos sobre quién era el tal Milkman. ¿Era el paramilitar siniestro y escalofriante que todos habían creído? ¿O acaso el pobre señor Milkman había sido otra víctima inocente de un asesinato de Estado?

Fuera lo que fuese y lo llamaran como lo llamasen, ya no estaba, y yo hice lo que solía hacer con las muertes, que era olvidarme de ellas. Volvió el caos de siempre, la carnicería del día a día. Resolví saltarme la clase de francés, me maquillé y me preparé para salir al bar. Fui al bar más popular, atestado e iluminado de los once locales donde servían bebidas alcohólicas que había en nuestro pequeño barrio y en cuanto al motivo, los bares eran justo el lugar al

que acudías, precisamente lo que hacías, cuando estabas como una moto y a la vez muerta por dentro y por eso necesitabas alcohol.

Poco después de llegar, me separé de mis compañeras de beber para ir al baño. No había hablado con ellas del tiroteo y ellas no lo habían mencionado. Era lo normal. Había amigos con los que beber y amigos con los que abrirse. Y yo tenía una amiga con la que abrirme, pero para la amiga de siempre desde primaria las sesiones en las que lo único que se hacía era beber en serio no eran lo suyo. Abrí la puerta del baño y, al hacerlo, el hombre que en realidad era un niño, fulano de tal, entró detrás de mí. A esas alturas de nuestra relación de no relación, había abandonado las tácticas de acosador aficionado y, como el resto de los lameculos de la zona que me habían tildado de ser la amante, había pasado a hacer reverencias, a rebajarse y a fingir que le caía bien. No obstante, mi ma continuaba patinando: «Qué chiquito más majo — me decía—. Robusto, de fiar. De la religión que toca. Y además te deja esas cartas de amor tan bonitas en el buzón, ¿por qué no sales con él? ¿No quieres casarte con él?». Mi madre, desesperada por casarnos con cualquiera antes de cumplir la edad madura de veinte años, no sabía nada porque ella seguía en su época con su gente, sin darse cuenta de que estábamos en mi época con otra gente; pero el chiquito majo, fulano de tal, se coló en el baño y me empujó contra el lavamanos. Llevaba una pistola y me encañonó el pecho, y así es como supe, tal como ya sospechaba, que la muerte de Milkman no significaba para mí el fin de Milkman. Por sus historias, porque creían que Milkman había obtenido la propiedad, por mi altivez, porque mi protector había muerto, porque ahora corría la voz de que había intentado esquivar el castigo por engañarle con un mecánico, porque después de cualquier muerte significativa que fuese más comunitaria que personal siempre se permitía un extra de anarquía. Por todas estas causas, tal vez les conviniese a los más extremistas de la zona hacer circular rumores y que fuese yo en lugar del escuadrón estatal de la muerte la que había orquestado el asesinato de Milkman. Incluso habiendo sobrepasado los límites del absurdo y la contradicción, la gente se inventa cualquier cosa. Después se creen esa cosa y hacen crecer la bola. Es cierto que, en ese momento y lugar, tal vez yo diese miedo yendo por ahí intimidando al vecindario con *Por qué se pelearon los dos Ivanés*, pero yo no era la única. Aunque cada uno tenía su idiosincrasia particular, aquí había muchísima gente que daba bastante miedo.

Fulano de tal retomó entonces su personalidad de acosador y, al parecer, quería aprovechar la muerte de Milkman para vengarse lo antes posible. Me sorprendió que entremezclase el discurso de acosador con una dosis de charla

antiacoso, quizá para recuperar el control y la dignidad después de que yo lo despreciase dos veces y él se sintiese obligado a postrarse ante mí diciendo «tomad esto, Su Majestad, oh, Su Majestad» cada vez que yo, una de las posesiones de Milkman, pasaba por ahí. Tal vez a su cabeza le resultase más fácil imaginar que yo era la exagerada, la que estaba emperrada en perseguirlo. «¡Déjalo en paz! —me gritó—. Nada más quería que lo dejases en paz. Para de seguirlo. Deja de acorralarlo. ¿Qué piensas hacerle? Déjalo tranquilo. ¿Por qué no aceptas que no te quiere, que no acepta tus insinuaciones, que es gracias, pero no, gracias? No significas nada para él, ni siquiera piensa en ti. Y una cosa más: no puedes ir por ahí y actuar con impunidad, hacer como que no ha pasado nada, como si esto no lo hubieras empezado tú, como si no hubieras causado el problema. Das asco. Eso es, has oído bien: asco. ¡Doble asco! Qué va, no llegas ni a dar asco. Pero no te pases, porque esto es acoso con agravante». Tenía razón, era acoso con agravante. Antes de lo de Milkman, me había enviado una carta, una de esas cartas de amor que mi ma, que no sabía de qué iba la cosa, había dicho que dejaba en el buzón de casa. En ella amenazaba con suicidarse en el jardín de delante, solo que delante de la casa no había jardín. En la siguiente, lo corrigió a «delante de tu casa». Pero ahora, en ese encuentro en los baños, la amenaza por escrito de suicidio parecía haberse convertido en mi amenaza por escrito de suicidio. Al parecer, en la misiva que yo le había entregado en mano, lo había avisado de que pensaba quitarme la vida delante de su casa para hacerlo sentir culpable por rechazarme. Eso me hizo plantearme si lo que decía en realidad era que pensaba matarme allí mismo, en el baño, junto al lavamanos. Era evidente que aún sentía atracción. Y estaba igual de claro que eso lo enfurecía. Si había una cosa de la que jamás se podría acusar a fulano de tal entre todas las cosas del mundo, era de no pensar con complejidad. Mientras tanto, yo no tenía ni idea de cómo responder.

«Aquí no se...», empezó a decir antes de repetir que yo no llegaba al nivel del asco, pero se quedó sin palabras y estaba tan enrabiado que supongo que no pudo acabar de comunicar lo que quería. Tampoco hacía falta, porque era fácil de leer entre líneas. Se refería al bar, al distrito, a que aquí no se podía entrar sin cartas de recomendación, sin sellos de aprobación; tampoco era un lugar donde los acontecimientos acostumbraen a desarrollarse con armonía: a menudo la tentación de ser animal, de ser elemental, en época de conflictos sangrientos superaba al intento de prevalecer de la parte más ascensional de cada uno. Me decía que aquí podría pasar cualquier cosa y que yo debería saber que aquí pasaba cualquier cosa porque era de aquí. Mientras él hablaba,

la cabeza me iba a cien por hora pensando que este chaval es idiota, pero idiota peligroso, y quiere follarme y quiere pegarme y, por lo que veo, ahora mismo querría incluso pegarme un tiro. Pero él ya había tomado una decisión. Yo sabía que quería vengarse, que llevaba preparando la venganza mucho tiempo, incluso desde antes de la era Milkman. Había tomado la decisión porque se suponía que yo tenía que ser una chica simpática y no solo eso, sino su chica simpática, pero había habido algún error que lo confundía y lo insultaba, y como Milkman me había echado el ojo, se había visto obligado a recular y mantener el resentimiento a raya. No había podido exigir justicia. Sin embargo, ahora sí podía. De hecho, podía administrar justicia él mismo. Al fin y al cabo, ahora que Milkman no estaba de por medio y que los demás volvían a lo suyo, ¿qué o quién podía impedirselo?

«¿Crees que a alguien le importaría una mierda que te diese una...?».

No estoy segura, no tengo del todo claro qué iba a decir porque no llegó a decirlo. Agarré la pistola por el cañón, por la boca, por el extremo o como se llame y se la quité. No se lo esperaba y, antes de hacerlo, yo tampoco. Una vez más, me vino a la cabeza una frase de hacía tanto tiempo: «había cierta imprudencia, abandono, un rechazo de mí mismo que había empezado años antes». Iba a morirme de todos modos, no viviría mucho tiempo, cualquier día me muero, desde siempre, asesinato con violencia. Y ahora sé que eso te da cierta ventaja. Me ofreció otro punto de vista, la opción de liberarme del miedo. Por eso yo no estaba en el lugar terrorífico adonde él creía haberme mandado con la pistola. La agarré y le di en la cara, o en el pasamontañas, con ella, con la empuñadura o la culata o como se llame esa parte. No oí el crujido satisfactorio de metal sobre hueso de cuando a alguien le abren la cabeza y, hasta ese momento, tampoco sabía que tenía tanta sed de sangre. Fue un golpe torpe y flojo, y antes de recomponerme para atizarle otro, me dio un puñetazo y me quitó la pistola. A continuación, me atizó con ella en la cara. Yo no llevaba pasamontañas. Después, me pegó a la pared y me encañonó el pecho como un momento antes.

Eso fue todo lo que pudo hacer, porque otra cosa con la que no contaba, y que no había incluido en la revisión de los planes, eran las mujeres. En concreto, mujeres en el baño: estas mujeres, este baño. Mujeres que por su propia cuenta y riesgo decidieron abalanzarse sobre fulano de tal, que es lo que la mayoría hacía entonces. En la melé se le cayó la pistola y después cayó otra. Nadie hizo caso de las armas y yo las miré y también me dieron igual. Me parecieron engorrosas e irrelevantes, o puede que solo irrelevantes. La ocasión pedía puños, tacones, botas, piel con piel, hueso con hueso, oír

crujidos, causar crujidos, liberar la rabia contenida. Las pistolas quedaron abandonadas, innecesarias, y en la refriega recibieron puntapiés mientras las mujeres pateaban a fulano de tal. Mientras tanto, yo observaba los acontecimientos desde el otro lado del lavamanos donde me había empujado. No me quedaba más remedio. La montaña de mujeres que lo había sepultado obstruía la única puerta.

Le dieron una paliza. Y se la dieron por su comportamiento, no por lo irritante de las pistolas ni por llevar pasamontañas, a pesar de que todo el mundo sabía quién era; no fue por amenazarme a mí, una mujer, una de sus hermanas. No. Era por ser hombre y entrar en el baño de las mujeres sin avisar. Había cometido una falta de respeto, había desdeñado la fragilidad, la delicadeza y la sensibilidad femenina, no había sido cortés ni caballeroso, no tenía galantería ni honor. En resumen, era un maleducado. Si él quería sorprenderlas mientras se pintaban los labios, se atusaban el pelo, compartían secretos o se cambiaban la compresa, allá él, pero eso acarrearía consecuencias. Y aquí estaban esas consecuencias, en vivo y en directo. Después de las actuales, cuando ellas se lo contasen a sus parejas al cabo de un minuto, habría más consecuencias. Del mismo modo que un cuerpo especial del Estado no había matado a Milkman para hacerme un favor, este rescate tampoco estaba planeado con esa intención. No obstante, la ayuda era la que era, viniera de donde viniese. Lo segundo gratis del día, una propina, un efecto secundario residual pero muy valorado; por suerte, había ocurrido en el momento preciso.

Así que ellas le dieron una buena tunda. Después sus novios le dieron otra. Lo siguiente que supe (sin preguntar, porque yo nunca preguntaba: me ocupaba de mis asuntos y estas cosas me encontraban) era que iban a juzgarlo en un tribunal clandestino. Esos juicios existían. Era verdad. En este caso, empezaron sin saber del todo bien de qué acusarlo. Hasta que a alguien se le ocurrió acusarlo de cuarto de violación.

Es lo que hacían. Entre ellos, y mientras los clasificaban de forma rigurosa en una serie de jerarquías puntillosas, enciclopédicas e impresionantes aunque obsesivas, nuestros renegantes dividían y subdividían todos los delitos y faltas posibles, todo el comportamiento antisocial que podíamos perpetrar nosotros, los transgresores, malhechores y canallas despreciables de la zona, hasta que al final obtuvieron lo que solo podía describirse como un manual de uso. Con su preciosismo y distinciones puntillosas se alzaban como directores de escuela y quisquillosos de la zona, excepto en lo tocante a los asuntos de mujeres. Los asuntos de mujeres eran

desconcertantes, exigentes, una maldita molestia, sobre todo porque cualquiera con dos dedos de frente se daba cuenta de que las mujeres que tenían asuntos, tal como atestiguaba nuestro grupo, que aún se reunía semanalmente en una caseta, estaban como una regadera. Sin embargo, en aquella época de tiempos cambiantes y con los ochenta a la vuelta de la esquina, cada vez había que engatusar más a las mujeres y caerles bien. Con tanta atención a las mujeres y tanta amalgama femenina, tanto las mujeres esto y las mujeres lo otro y con eso que se decía de que ambos sexos eran iguales, daba la sensación de que podrías desencadenar un conflicto internacional si salías de casa y no hacías algún gesto en consideración a una o varias de sus ideas descabelladas y dementes. Por eso los renegantes se torturaron y se rompieron los cuernos e intentaron por todos los medios contentar e incluir en su discurso a nuestras mujeres inaceptables. Al final, creyeron haberlo conseguido con la invención de la violación con subdivisiones, lo que significaba que en nuestro distrito había violación completa, tres cuartos de violación, media violación o un cuarto de violación y que, según los renegantes, era mejor que violación partido por dos (es decir, violación o no violación), y añadieron que eran categorías aceptadas en la mayoría de los feudos, además de en los tribunales de cabaret de los ocupantes. «Así que vamos muy por delante», afirmaban, y lo decían en cuestión de modernidad, de resolución de conflictos y progresismo de género. «Míranos —decían—, nos tomamos las cosas en serio». De poco no lo llaman «violación y tal». No me lo invento. Se lo inventaron ellos. Genial, decían. Eso les valdrá, refiriéndose a las mujeres, a la justicia para las mujeres con asuntos, además de las mujeres sin asuntos, porque no todas los tenían. Y así es como un cuarto de violación se convirtió en la acusación por defecto del distrito en cuestiones sexuales.

A fulano de tal lo acusaron de eso por echar una ojeada en el baño de mujeres, aunque ninguna de las mujeres había mencionado la violación ni había exigido que se admitiera que eso es lo que era. Se trataba de una cuestión seria, declararon los renegantes, y querían saber qué tenía que decir fulano de tal en su defensa. Sin embargo, era un juego: soldaditos de juguete, trenes de juguete en el desván, adolescentes duros, veinteañeros duros, treintañeros duros, hombres que pasaban de los cuarenta y pensaban que estaban jugando, aunque jugasen con algo que distaba mucho de ser un juguete. Así que con esa mentalidad de patio de colegio en la que estaban sumidos, y con los habituales rumores que lo empapaban todo, me daba igual de qué lo acusasen. Me daba igual lo que le hiciesen, lo que se hicieran entre

sí. Yo no había pedido nada de eso, no quería saber nada, no pedía información ni quería enterarme. Al final no me citaron para dar fe, cosa que me pareció bien porque no habría dado fe de nada, no habría comparecido y no habría participado, al menos no de manera voluntaria. Después me enteré de que, como a ninguna de las mujeres que lo habían apalizado parecía importarles, la camarilla que se había juntado a juzgar a fulano de tal retiró el cargo de cuarto de violación, que de todos modos tenía un aire a «qué tal si decimos que era esto y andando». En su lugar lo acusaron de obtener armas de los vertederos sin autorización con vistas a usarlas para conseguir citas con chicas y le regañaron porque eso no era para lo que debían utilizarse las armas.

No supe ni quería saber lo que pudiera pasarle a fulano de tal después del juicio clandestino, salvo que seguramente le sirvió para reorganizar su arquetipo de las mujeres y de los espacios privados. En cuanto a mí, volví a andar. No a leer andando. Aunque también recuperé los entrenos. Cuando llegué a casa del trabajo el día después de la muerte de Milkman para cambiarme e ir a buscar al tercer cuñado, abrí la puerta y me encontré a las hermanas pequeñas en la escalera, disfrazadas. Llevaban mi ropa, mis zapatos, mis accesorios, mis joyas, mi maquillaje y prendas extra que habían improvisado con las cortinas de la salita de atrás. A todo eso habían añadido diademas de flores, guirnaldas de margaritas, contoneos de aficionadas y, una vez más, los oropeles prematuros de la caja de Navidad; todo diseñado sobre la marcha por ellas mismas, supongo. Estaba a punto de decirles algo, porque ya les había advertido que no tocasen mis cosas, pero, en ese momento, las tres niñas y sus galas (mis galas) estaban ocupadas hablando por teléfono. Estaban de pie en los escalones y sujetaban el auricular entre las tres para hablar al unísono. «Sí. Sí. Sí —contestaron, y después de una pausa, añadieron—: Acaba de llegar. Ahora se lo decimos». A continuación, los habituales «Hasta luego», «Hasta luego», «Adiós», «Adiós» y besos telefónicos, hasta que dieron todos los pasos requeridos para acabar la conversación y ambas partes colgaron. «Era mami —anunciaron—. Dice que no puedes irte de picos pardos hasta que nos hagas la cena. Ella no puede porque está ocupada con el lechero». Se referían al lechero de verdad, y no estaban insinuando nada sobre el lechero, aunque era evidente que en casa del lechero y entre ellos dos tenía lugar algo que sobrepasaba el plano platónico. Antes de que él mismo se diera de alta, cómo no, en contra de los deseos del hospital, mi ma pasaba casi todo el tiempo en el hospital y, ahora que ya estaba en casa, siempre estaba allí; le llevaba tartas, le daba sopa, le curaba las

heridas, se miraba en el espejo, le leía libros y la prensa, todo el día y también toda la noche.

«Adiós», dijo la pequeña, y yo la cogí en brazos y dije: «Ya está, la llamada telefónica ya se ha terminado». «Ya lo sé, pero es para asegurarme». Me rodeó la cintura con las piernas, me tocó el morado del ojo y me preguntó: «¿Es de bailar el vals? Nosotras tenemos esto de bailar el vals», y las tres estiraron sus extremidades para enseñarme arañazos y cardenales, arañazos y cardenales idénticos entre sí y muy alineados en el cuerpo, casi en los mismos sitios, pero no del todo. «Hemos sufrido estas contusiones —explicó la mayor de las tres pequeñas— jugando a la pareja internacional». «Ah, claro —pensé—, eso serán todas esas cabriolas que he visto en la calle». He aquí la respuesta a un acertijo que me rondaba la cabeza, porque de pronto todas las niñas habían empezado a disfrazarse y a bailar por la calle, no solo en la nuestra, sino en todo el barrio, incluso al otro lado de la carretera de segregación, en zonas controladas por los defensores. Me había fijado en ellas un día que iba leyendo y andando hacia el centro. Todas estas niñas, las de nuestro bando y las del otro bando, se vestían de largo, se ponían tacones y se daban trompazos jugando a la pareja internacional, lo que demostraba que la pareja, los padres del ex medio novio, eran mucho más que unos simples campeones del mundo de bailes de salón. Habían conseguido la espectacular proeza de salvar la brecha sectaria, algo que quizá no significase nada fuera de las zonas sectarias en cuestión, pero que aquí dentro era equiparable al suceso más insólito y esperanzador del mundo. Al principio no les había prestado atención, por motivos obvios de que los niños hacen cosas de niños, pero llegó un punto en el que había tantas (disfrazadas, en parejas, bailando el vals, siempre en medio, incordiando a todo el mundo, se caían, se levantaban, se sacudían el polvo y continuaban bailando) que era imposible que el fenómeno no penetrase hasta las más densas de las mentes con piel de elefante. Y ahora las hermanas pequeñas me explicaban la dicha que proporcionaba jugar a ser el señor y la señora Internacional. «Es genial —me confesaron—. Solo que los niños casi nos lo estropean». Se referían a los niños del barrio, porque las niñas llevaban una eternidad intentando completar la estética convenciendo a los niños para que hicieran del bailarín internacional padre del ex medio novio mientras ellas hacían de la estrella del espectáculo, la madre; solo que el plan había fracasado porque los niños no querían jugar. Querían seguir lanzando dispositivos antipersona en miniatura a los soldados extranjeros del país de la otra orilla cada vez que una formación hacía su aparición en nuestras calles. Se obstinaron en no

participar, por mucho que las niñas los regañasen, los intentaran camelar o llorasen. Así que a ellas no les quedó más remedio que hacer doblete y turnarse para interpretar a la madre glamurosa y superguapa del ex medio novio y también al padre, que no era tan glamuroso ni interesante (al menos no para ellas) ni se vestía tan bien, y ese había sido el *modus operandi* hasta que fue evidente que ninguna de las niñas quería hacer de él. Todas querían ser ella, la asombrosa madre de competición del ex medio novio, así que prescindieron del padre y, o bien formaban una pareja de bailarinas de gusto supremo en el vestir, o bien fingían bailar con un compañero de *atrezzo*, «porque así —me explicaron las hermanas pequeñas— puedes disfrazarte y ser ella todas las veces». Eso explicaba el color, porque había habido una explosión de color, además de telas, accesorios, maquillaje, plumas, penachos, diademas, cuentas, purpurina, borlas, encaje, cintas, tul, enaguas de varias capas, pintalabios, sombra de ojos y hasta piel (había visto ribetes de piel) y tacones, y todo pertenecía a sus hermanas mayores y les iba grande, que era el motivo de que se cayesen con regularidad y sufriesen lesiones. «La cuestión es —reiteraron las hermanas pequeñas—, y no parece que te haga ilusión, hermana mediana, que puedes hacer de ella ¡todas las veces!». Me lo dejaron bien claro y también me dejaron claro, aunque no se dieran cuenta, que iba a costarme más de la cuenta olvidarme del ex medio novio. Al parecer, me lo recordarían incluso sin salir de casa. Y al salir de casa habría más recordatorios: la cara de sus padres en las vallas publicitarias, mención de ellos en todas las noticias, elogios en las revistas, alabanzas en la prensa, entrevistas en la radio, imitaciones infantiles por todo el mundo y, por último pero no por eso menos importante, ellos dos bailando con un aspecto fabuloso en murales de fachadas y en todos los canales de todos los televisores.

Por eso era del todo imposible que se quitaran mi ropa, dijeron las hermanas pequeñas: primero tenían que jugar a la pareja internacional. Estaban listas y dispuestas para salir a jugar en cuanto yo les diese algo de cenar. De acuerdo, accedí, pero cuando volviese de correr tendrían que estar en casa y haberse quitado todas mis cosas. Aun así, no podía dejarles los tacones. «Devolvédmelos —exigí—, que los vais a romper», y se los quité sabiendo que irían a por ellos en cuanto yo saliera de casa. Entonces dije: «Más os vale que no hayáis metido las narices en el cajón de la ropa interior». «No somos nosotras —protestaron—. Es mami. Mami está siempre ahí, en cuanto todos los días te vas al trabajo».

Y sí, era cierto. También lo había hecho con ella, le había advertido que no me tocara las cosas, sobre todo la ropa interior; de hecho, le había dicho

que no entrase en mi habitación bajo ningún concepto. Desde el giro radical, desde que se había enamorado del lechero (o desde que había dejado de fingir que no llevaba toda la vida enamorada del lechero de verdad), no paraba de mirarse en el espejo y disgustarse con lo que veía. Le había dado por fruncir el ceño, aguantar la respiración, meter barriga y luego soltar barriga cuando no le quedaba más remedio porque tenía que respirar. Luego suspiraba y estudiaba hasta el más mínimo detalle físico y yo pensaba: «Tiene cincuenta años. Es demasiado vieja para comportarse así». Y era mi ropa. Me lo revolvía todo, aunque me decían las hermanas pequeñas, que antes de eso, rebuscaba entre sus pertenencias y le daba la vuelta hasta a la última prenda. Me contaron que se ponía muy triste porque su ropa, además de todos los accesorios que tenía, eran sosos, de otra época, y por eso esperaba a que yo me marchase al trabajo. Así empezó el saqueo. Un día la pillé con las manos en la masa justo después de que el lechero de verdad saliese del hospital. Llegué pronto del trabajo y ella estaba removiendo en mi cuarto, probándose todo. El armario estaba abierto, los cajones de la cómoda estaban abiertos, las cajas de los zapatos abiertas, el joyero abierto, el estuche de maquillaje vacío y el contenido en su cara o tirado encima de la cama. Además de eso, había trasladado la mitad de mis cosas a su dormitorio y no solo las mías, sino algunas de la segunda hermana, porque cuando la desterraron y tuvo que huir, no le dio tiempo de hacer las maletas y llevarse sus pertenencias. Y no tenía cosas nuestras nada más; mi ma había ido a casa de las hermanas primera y tercera a una hora en la que sabía que ellas no estarían, lo cual dice mucho. En el caso de la primera hermana fue bajo el pretexto de ver a sus nietos, y con la tercera, la excusa era acosarla para averiguar por qué no le daba nietos. En realidad, su intención era saquear. Los maridos la dejaron pasar sin sospecha y tampoco sospecharon cuando subió a la habitación sin hacerles caso, bajó al cabo de un rato con tantas cosas de sus esposas que no le cabían en los brazos y se marchó dando tumbos. Llegó a casa cargada, según las hermanas pequeñas, así que a todas las hermanas el asunto del lechero de verdad nos parecía revolucionario. En cuanto al rezo constante y prolongado, a rezar a las horas punta, a la competitividad y virtuosidad y empeño de sus rezos, según las hermanas pequeñas, «en lugar de eso pone Leo Sayer y *When I Need You* y *I Can't Stop Loving You* y *You Make Me Feel Like Dancing* en el tocadiscos». Así que llegué a casa y allí estaba ella, preocupada por cinturones, bolsos y fulares, aunque sobre todo le preocupaba de qué manera la había traicionado el cuerpo. Sin sonrojarse siquiera ni tener la decencia de avergonzarse por que la hubiera pillado in

fraganti, me dijo: «¿No se te ha ocurrido nunca, hija mía, comprar zapatos de tacón con el tacón menos pronunciado?». De inmediato quise enfadarme y señalar la violación que suponía hurgar entre las cosas de los demás. ¿Qué le parecería a ella, quería preguntar, si yo revelase que en cuanto ella se iba a la iglesia a cumplir con sus oraciones o a casa de la vecina a cotillear, las hermanas pequeñas iban directas a su dormitorio? Se metían en su cama, en su camisón, leían sus libros, jugaban a rezar y a contar chismes, fingían preparar talismanes de hierbas y conjuros de mal de ojo y, como siempre, se turnaban para hacer de ella. Pero como era presa del pánico y parecía haber entrado en una fase extraña, vulnerable y regresiva de transición, le di un par de zapatos de tacón bajo y una tira en el talón y le dije: «Anda, pruébate estos».

Al parecer, en todo el barrio había novedades que concernían al lechero de verdad. Hasta yo prestaba atención a lo último que se decía sobre la gran banda de mujeres devotas (ahora rebajadas a la categoría de mujeres exdevotas) y la vieja rivalidad amorosa de antaño que había renacido entre ellas. Después de rogarle a Dios que no se llevase al lechero de verdad y, una vez Él hubo atendido sus súplicas, de implorarle que se recuperase por completo, algunas de estas mujeres descubrieron que mientras ellas estaban en la iglesia con los ojos cerrados y las manos juntas, desgastando el banco con su devoción, sus invocaciones y las rodillas, otras habían aprovechado su ferviente y prolongado fervor para minimizar temporalmente la propia dedicación y, antes que nada, correr al hospital para ver al lechero de verdad antes que nadie. En cuanto lo descubrieron, a todas les entraron las prisas. Cuando se rezaba, era sobre la marcha. Las mujeres exdevotas se disculparon ante Dios de antemano y le aseguraron que, por supuesto, se trataba de algo provisional, que nunca no sería provisional y que pronto volverían al régimen normal y formal de rezo y oración, pero que, mientras tanto, si Él no tenía inconvenientes, acortarían y abreviarían todos los elementos de la lista de oraciones, aunque en esa ocasión no sería para incluir más oraciones, sino para recortar la duración de los rezos sustrayendo la mayoría de manera temporal y provisoria. Así que no habían olvidado Su presencia. Más bien se trataba de que ellas, como mi ma, estaban haciendo empanadas, decorando tartas, dando sopa, probándose la ropa de sus hijas, su maquillaje, sus joyas y rompiéndoles los tacones yendo y viniendo del hospital a toda prisa. Más adelante, cuando el lechero de verdad ya había salido del hospital, seguían ajetreadas con las visitas para ver qué tal le iba en casa.

Mi ma les había sacado ventaja gracias a un soplo de Jason. Gracias a Jason, que estaba enamorada de Nigel, su marido, y por consiguiente el lechero de verdad no le interesaba de ese modo, mi madre se enteró de que le habían pegado un tiro y pudo llegar al hospital la primera. La policía se le echó encima de inmediato y la llevaron a un cuartucho del hospital para interrogarla. ¿Por qué quería ver a ese hombre, ese terrorista al que acababan de pegar un tiro por ser enemigo del Estado?, le preguntaron. Naturalmente, era obvio que la policía estaba probando suerte, planteándose si era posible hacer una agente de esa novia de mediana edad de un paramilitar herido de mediana edad. Tal vez conseguirían que les revelase identidades secretas de los renegantes, actividades encubiertas de los renegantes, que los ayudase a arrancar de raíz al diabólico enemigo. La cuestión es que, pisándole los talones a mi madre, llegaron otras tres posibles novias de mediana edad del mismo paramilitar herido. Entonces llegaron cuatro más. La policía se quedó sin cuartuchos improvisados a los que llevar a ese sector demográfico de posibles soplonas. En consecuencia, tuvieron que trasladarlas al cuartel, cosa que, a tenor de la cantidad creciente de novias, significaba que no podían llevar la situación con el sigilo que la policía hubiese querido. Las fuerzas de seguridad del Estado que patrullaban los pasillos del hospital interceptaron dos novias más de mediana edad, a las que también se llevaron para interrogarlas. Llegado ese punto, las autoridades debían de estar frotándose la barbilla. ¿Cuántas tiene? ¿Con qué clase de picaflor hemos topado? Entre tanto encuentro amoroso, ¿exactamente dónde encaja Valentino la actividad terrorista? Antes de plantearse la respuesta, ocurrió de nuevo, y se rumorea que la cifra de confidentes de mediana edad de nuestra pequeña zona prohibida subió de diez a dieciocho. Con total sinceridad, aquello era impracticable, pero no solo para la policía. Los renegantes del Estado de nuestro distrito, al enfrentarse a la posibilidad de tener que psicoevaluar a dieciocho mujeres exdevotas para descubrir si alguna de ellas se había hecho informante, también creyeron que la situación era impracticable. Y no solo eso, sino ridícula. No solo ridícula, sino perturbadora. Y no era impracticable, ridícula y perturbadora en lo relativo a la situación política, sino desde el punto de vista privado de que estas mujeres eran además las esposas y madres tradicionales del distrito.

«Falta algo. ¿No crees que falta algo?», se conoce que le dijo un renegante a otro. En el barrio había un silencio sepulcral, estaba saturado de silencio. Un silencio pálido y fantasmagórico, como si nadie se hubiera percatado de la intranquilidad habitual hasta que el ruido de fondo persistente de las cuentas

del rosario y del murmullo de oraciones había cesado. «Son esas mujeres devotas», dijo otro renegante. «Exdevotas. Han dejado ese murmullo horrible, ese rezar en voz baja a ritmo constante, ese rezo persistente y enervante de las horas, ese ponerse a cantar himnos sin provocación, y todo porque le han disparado al capullo ese, el hombre que no quiere a nadie, el que les grita a los niños, el que vino a casa desde el país de la otra orilla cuando murió su hermano y dejó nuestras armas tiradas en la calle». «No deberíamos haberlo emplumado con brea —se lamentó otro renegante—. Deberíamos habérselo llevado a alguna tumba improvisada y pegarle un tiro». «Sí», contestó otro. «Aunque tampoco nos flagelemos», dijo otro más. Este renegante les recordó a los demás la época de los inicios, cuando esas mismas mujeres habían intercedido en el juicio clandestino del hombre que no quería a nadie doce años antes presentándose ante la casa franca y acampando allí fuera. Había sido después de que esparciese sus armas en la calle, les gritase a los niños, les gritase a los vecinos y los renegantes se lo llevasen, junto con las armas que habían recogido entre prisas, directo a una casa franca. En general, se habían puesto de acuerdo en matarlo, no solo por tocar su propiedad, sino por lanzarla así como así en mitad de la calle a plena luz del día. Si ese crío vigilante no hubiera actuado deprisa y no hubiera corrido a avisarlos de lo que pasaba, cualquier helicóptero militar de los que sobrevolaban la zona tan a menudo habría visto el arsenal sin problemas. Así que estaban a favor de matar al hombre que no quería a nadie, solo que no habían podido por culpa de las mujeres que estaban enamoradas de él. En circunstancias normales, esas mujeres eran serviciales y apoyaban a los renegantes. Varias veces habían salido a la calle en masa con las tapaderas de los cubos de basura y silbatos a avisar a todos, incluidos los renegantes, de que se acercaba el enemigo; estaban dispuestas a acantonarlos, a ponerlos sobre aviso, a suspender los toques de queda, a transportar armas y, por supuesto, ofrecían sus conocimientos como cuerpo médico casero. Cualquier renegante como estaba mandado admitiría que no había nada mejor que recibir un disparo y conservar suficiente fuerza vital para recorrer al trote la madriguera de callejuelas y traseras, llegar a la casa de una de esas mujeres y que te extirpasen la bala, te cerrasen la herida, te cosieran la piel o, si no había tiempo para puntos, te la sujetaran con suficientes imperdibles para que pudieses salir corriendo y esquivar los registros que para entonces estaría llevando a cabo el ejército. Esa lealtad no podías inventarla. Pero el tipo les había esparcido las armas y por eso se lo habían llevado a la casa franca, que en realidad no era una casa, sino uno de los barracones de la parroquia, y

tampoco lo habían hecho con la intención de improvisar un juicio largo, sino para resolverlo rápidamente con un tiro en la cabeza. Apenas habían cruzado el umbral y aparecieron las mujeres sin armar escándalo. Por extraño que pareciese, se limitaron a acampar en la calle, justo delante de la puerta. En silencio, delante del barracón. Lo miraban y (que Dios nos coja confesados) algunas incluso lo señalaron. Los renegantes no tardaron en darse cuenta de lo que ellas querían. Sabían, y sabían que las mujeres sabían que lo sabían, que bastaba con que un helicóptero sobrevolase la zona y viese a un grupo de mujeres señalando un barracón de la parroquia en una zona de renegantes para que el Estado tomase nota y lo registrase. Era chantaje y, al mismo tiempo, inconsistencia humana. Los renegantes no podían negar que la lealtad de las tapaderas de los cubos de la basura y de los silbatos, y de las suturas en arterias, iba en serio. Pero tampoco podían negar que la amenaza de traicionarlos si no soltaban de inmediato al hombre que no quería a nadie también iba en serio. Así que todo era tácito, pero lo que no fue tácito, porque al final una portavoz de las mujeres llamó a la puerta del barracón para decírselo a voces, fue que debían soltar con vida al hombre que no quería a nadie. No podía haber cadáver, les gritó; su amigo tenía que salir intacto, vivito y coleando. Al final no consiguieron todo lo que querían; para salvar la dignidad, los renegantes decretaron que el tal lechero del barrio había demostrado ser uno más de la resistencia del distrito con tendencia hacia un comportamiento antisocial que no encajaba en el perímetro estándar de conformabilidad, lo que quería decir que cumplía los requisitos para que lo considerasen uno más de los desgraciados inaceptables. Como tal, no estaba fino, dijeron, y se dieron unos golpecitos en la sien. Eso quería decir que podían evitar la pena de muerte con la excusa de ser decentes con una persona de mentalidad vulnerable del distrito. No obstante, el hombre que no quería a nadie no podía salir impune: le darían una paliza de suave a moderada y después lo emplumarían, y le advertirían que la próxima vez que los pusiera a ellos y a sus armas en peligro, daría igual cuántas estuviesen enamoradas de él porque no lo tratarían con tanta indulgencia. «Pero nos pasamos de blandos», pensaban ahora, doce años después de haber demostrado ese espíritu. Ahora, en tiempos de extraordinaria similitud, se enfrentaban de nuevo al ultimátum de las mismas o casi las mismas mujeres. «¿No les habíamos dicho que no fuesen al hospital? —se quejaron—. Les hemos dado avisos, órdenes, mandamientos, y mira, lo han seguido a la boca del lobo y ahora las han detenido». «Pero ¿qué le ven?». «Eso, y a su edad. Que algunas ya no son jóvenes». «Algunas no, ninguna es joven. La madre de mengano no

tiene un pelo de joven y los ojeadores dicen que se la acaban de llevar de un cuartucho del hospital al cuartel». «A la madre de zutano también». «Y a la de perengano». «Y a la mía —confesó uno de los renegantes—. Lo siento, pero no lo sabía, y mi padre tampoco, hasta que se ha ido corriendo a que la detuvieran». Después de una pausa, fueron más los que confesaron una situación deplorable: sus madres también estaban implicadas en el asunto con el hombre que no quería a nadie.

En cuanto a que la policía convirtiese a las mujeres exdevotas en confidentes y a que los renegantes las persiguiesen para averiguar si las habían convertido en confidentes, la cosa acabó en nada. La cantidad de mujeres había incrementado. Las de los asuntos también se habían apresurado al hospital («¡Oh, no! ¡Ellas no!», gritó todo el personal militar y paramilitar) para dar apoyo al lechero de verdad. Era el único de la zona, decían, que las comprendía de verdad y las respetaba tanto a ellas como a su causa. Después llegaron los medios de comunicación, incluyendo ese sector pequeño pero hostil e irritante que, sin prueba alguna, publicó un titular burlón en las noticias del mediodía para declarar que el Estado se había equivocado de nuevo: «¡ESTE LECHERO SOLO ES LECHERO!». El Estado, al descubrir que era correcto, que se habían equivocado, decidió cerrar el asunto y anunciarlo en el siguiente noticiario. Mientras tanto, los renegantes, que estaban preocupados ante la posibilidad de tener que juzgar de manera severa e imparcial a posibles confidentes que también podrían ser sus madres, vieron el reportaje que pedía pasar página y, por primera vez en la vida, estuvieron de acuerdo con sus adversarios y convinieron con gusto en dar el asunto por terminado.

Así pues, la policía soltó a mi ma y a otras diecisiete mujeres y los renegantes las dejaron en paz. Ellas corrieron al hospital y fueron directas a la unidad de cuidados intensivos, donde les dijeron que el estado del lechero de verdad era estable, pero que de momento ninguna tenía permiso para verlo. «Lo sentimos, pero no son ustedes familiares», dijo el hospital, y, al parecer, las cónyuges en todo menos en compromiso adquirido real no contaban. Algunas de las cónyuges se fueron a casa a conseguir refuerzos, a trazar planes y contingencias. Fue entonces cuando mi ma llegó a casa y reveló el viejo drama de Peggy, el lechero de verdad, ella misma y el resto de las mujeres. Y el otro asunto, claro, el de la pareja equivocada, del que no se había hablado durante todo el matrimonio entre mi pa y ella.

Y ahora ahí estaba ella, casi dos semanas después de que me envenenasen, pero antes de que fuese a la freiduría, probándose mis zapatos, lo que le dio un respiro breve porque veía que le quedaban bien. Sin embargo, eso no le

rebajó la inseguridad, que ya buscaba el siguiente objetivo. Resultó ser su pompis, como lo llamaba ella, y su pompis había aumentado de tamaño desde la última vez que se lo había mirado bien en un espejo. Eso había sido años antes. Cuántos, no quiso admitirlo. Pero dijo que se había mirado y había visto que era más grande, y que lo sabía no solo porque se había mirado de frente en el espejo y lo había visto, de lo que se desprende que la parte trasera de su cuerpo debía de ser conmensurablemente más grande, sino también porque había tenido que aumentar la talla de los vestidos de manera proporcional y, según dijo, también por la experiencia que había tenido con la silla de la sala de estar. Debí de mirarla con cara de póquer, porque añadió: «Hablo de mi parte de atrás, hija. ¿Sabes esa silla en la que ya no me siento? Pues es por el pompis. Supongo que te preguntabas...». «No, ma —respondí—. No me lo preguntaba. ¿De qué silla hablas? No me suena». «Ya sabes cuál digo. La de madera con reposabrazos que hay en el salón de delante, una de las de tu tatarabuela Winifred. Pues yo antes me sentaba en ella. De vez en cuando, para tejer o hablar con Jason o con alguna de las mujeres o a tomarme un té yo sola o con el hombre que de verdad es lechero». Me lanzó una mirada significativa, pero yo no mordí el anzuelo. «A veces me sentaba y ya está. A pensar o a escuchar la radio, y eso me gustaba. Me sentaba sin complejidad, sin ser consciente de ello siquiera. Me sentaba sin más, sin darle vueltas. Era una silla que no se destacaba por ser susceptible de atormentar la psique. Me sentaba y, cuando acababa, me levantaba. Todo normal. Pero ahora no, hija. Ahora me provoca un dolor mental atroz cada vez que me relaciono con la silla porque mi pompis roza un poco el reposabrazos de un lado al bajar o al subir, y lo mismo puede suceder con el otro lado. Los reposabrazos no tienen capacidad de articulación —enfaticó—. Están pegados a ella porque está hecha de una pieza y ni que decir tiene que la silla no puede haber encogido, lo que significa que mi pompis ha aumentado, pero ha aumentado sin la modificación concomitante para sortear restricciones mobiliarias y todavía funciona reteniendo el recuerdo de lo pequeño que era en otra época». Abrí la boca para decir algo sin saber el qué, o tal vez solo para tenerla abierta. «Pero tienes que entender, hija —continuó mi ma—, que no estoy diciendo que no quepa en la silla porque se me haya quedado estrecha. Todavía quepo. Pero es que ahora el pompis abarca cierta cantidad añadida de pulgadas o fracciones de pulgada a las que no se ha aclimatado y que en otra época no existían».

Naturalmente, me daba cuenta de adónde quería llegar, pero seguía sin saber cómo responder. Aquella era una representación sensible, dolorosa y

microscópica de la opinión que tenía mi madre sobre el aumento de tamaño de su trasero, sin simplificar ni incluir en la descripción ordinarietas ni groserías ni elementos de la cultura popular. Por lo tanto, mi respuesta debía ser comparable a sus palabras, debía tener el mismo tono y peso para reconocer y respetar el hecho de que ella era mayor que yo, además de la originalidad de haber descrito el alcance de su estado posterior en relación con la silla de la que hablaba. Por supuesto, también era consciente de que, teniendo en cuenta el giro de trescientos sesenta grados que estaba dando en lo relativo a ella y al lechero de verdad, y la rivalidad que había entre ella y las mujeres exdevotas por culpa del lechero de verdad, era posible que mi madre estuviera en plena crisis nerviosa y lo manifestase con las minucias de la silla. En cuanto a la silla, las hermanas pequeñas me impidieron contestar porque me llamaron desde abajo. Al inicio de la conversación, habían corrido al salón para arrastrar la silla en cuestión al pasillo. «¡Hermana mediana! ¡Hermana mediana!», gritaron, así que mi madre y yo salimos al descansillo, nos asomamos a la barandilla y allí estaba, en el vestíbulo. Era la vieja del salón, la antigua de madera con el respaldo alto y unos reposabrazos que parecían inofensivos, pero, al parecer, en cuestión de tortura mental eran de todo menos inofensivos. «¡Es esta, hermana mediana! Esta es la silla. Esta de aquí», clamaron las hermanas pequeñas mientras mi madre apartaba la mirada, estiraba el brazo para protegerse de ella y gritaba: «Ay, no, ¡no me la recordéis! Apartadla de mi vista, hijas más pequeñas», así que ellas empujaron, estiraron y arrastraron la silla díscola de la tatarabuela Winifred para devolverla al salón, volvieron deprisa a mi habitación y continuamos.

Le llegó el turno a la cara. Se le había deteriorado, dijo. Marcas, máculas y arrugas. «Mira esta de aquí», y se acercó para que yo comprobase una arruga concreta. La vi. Era una arruga. Entre otras. En la parte superior de la mejilla. En la cara. «Fue la primera —me dijo—. Era discreta, casi una aparición, y tuve que forzar tanto la vista que casi me hago daño en los ojos para distinguirla. Fue en los baños públicos que hay junto al ayuntamiento, cuando tenía treinta y pocos. Sabía lo que significaba, pero, después del momento inicial de ansiedad, lo dejé pasar, hija, porque, claro, no podía evitarlo y aún me quedaban años». Luego les tocó a los muslos. «Están muertos. Los notaba muertos y tenían pinta de muertos. Siguen igual, ya no tienen tersura». Luego los bultos de las rodillas, los crujidos cartilagosos de las rodillas, la cintura ancha, el pompis que también se había deteriorado, además de acumular pulgadas de más o fracciones de pulgadas. La curva de la parte baja de la espalda, a causa de todo ese decaimiento y deterioro, tampoco

tenía la forma arqueada y perfecta de antes. «Me movía como una gacela, como tu tercera hermana. Hasta tengo fotos moviéndome cual gacela. Y esto, ¿ves esto? ¿Ves la marca roja? La ves, ¿no? Pues antes la tenía aquí arriba y antes de eso no existía». Las hermanas pequeñas susurraron que ma llevaba horas así y que estaban preocupadas. Querían que yo les dijese qué le pasaba y que lo solucionase, que hiciera algo, así que varias veces, aunque en vano, traté de intervenir. Quise consolarla, porque me había dado cuenta, aunque ella no, de que una ventaja secundaria de que el lechero de verdad hubiera recibido un disparo, pero crucialmente conservase la vida, era que ella había rejuvenecido de golpe, si bien al parecer, por otro lado, perdía la confianza en sí misma de manera inversamente proporcional y regresaba a la adolescencia, además de dejar entrever que pensaba que no tenía ninguna posibilidad en comparación con las mujeres exdevotas, que también habían rejuvenecido en la misma medida que habían desarrollado problemas de confianza en sí mismas. Sin embargo, mi ma no se prestaba a consuelos. Me interrumpió muchas veces con sus «sí, pero», sin importar la clase de apoyo que yo quisiera ofrecer. Los «sí, pero» empezaron antes de que me diese tiempo a enunciar la primera frase de apoyo, y se arrancó con las axilas, los brazos, el tembleque de los brazos, la parte de atrás de los brazos, que las mujeres de su edad no deberían mostrar si no querían atormentarse. Luego con los huecos entre los dientes, más declive en los pechos, crujidos en las articulaciones, huesos entumecidos, ruidos del sistema digestivo, problemas intestinales y con que se le estropeaba la vista y empezaba a tener ojos de ancianita como los que llevaban por ahí las ancianitas. Además, le salían canas, dijo, y le salía vello nuevo en el cuerpo, sobre todo, me susurró, vello masculino en la cara. «Podría seguir», me advirtió, y siguió. Continuó expresando su inseguridad sobre cosas que, hasta hacía poco, y atendiendo a su edad, yo creía que ella no tendría en cuenta ni le importarían. Una vez más, daba la impresión de rejuvenecer, aunque ella no creyese que rejuvenecía. Así que supongo que, de esa manera enrevesada en la que ocurren las cosas de la vida, tenía sentido que el miedo a hacerse mayor la asaltase en un momento en el que tenía la edad mental de dieciséis años. Llegado este punto, y como para hacerme saber que me equivocaba si creía que había sido testigo de una derrota y un abatimiento totales, lo que siguió fue total derrota y abatimiento. Mientras se miraba al espejo, porque estaba segura de que había menguado porque se le desmenuzaban los huesos, soltó el suspiro más grande que le había oído, más para sí que para mí o para las hermanas pequeñas. Dijo: «Total, ¿de qué sirve? Todo da igual, sobre todo ahora que hay que pensar en esa pobre

mujer, la madre de los cuatro chicos muertos y de la pobre chica muerta, la viuda de su pobre marido muerto». Entonces cambió de tema para hablar de la madre del chico nuclear.

La madre del chico nuclear era también la madre de fulano de tal y del hermano favorito, el que había fallecido a causa de la explosión de una bomba, y del pequeño que un día se había caído por la ventana. Sin embargo, la mayoría la conocía como la madre del chico nuclear porque el chico nuclear había tenido un efecto mayor en la conciencia popular debido a su dramática pero incomprensible nucleomitofobia, por no hablar de la carta de suicidio. Ningún otro miembro de la familia, vivo o muerto, había llamado tanto la atención como él, ni mucho menos. De hecho, salvo a fulano de tal, al resto de los miembros supervivientes de la familia los describían solo refiriéndose a él. Estaban las seis hermanas restantes del chico nuclear. Los diversos primos y tíos y tías del chico nuclear. Los etcétera del chico nuclear. Y, en ese caso, me di cuenta de que mi madre se refería a la madre del chico nuclear. Al principio, cuando empezó a hablar, no pude más que mirarla, porque aún no sabía por dónde tiraría. A modo de conclusión, porque me dio la sensación de que llevaba un tiempo dándole vueltas, mi ma dijo: «Supongo que tendré que dejar que se lo quede ella», y entonces yo le pedí explicaciones. Me contó que el día anterior las mujeres exdevotas habían acudido a su puerta al cordial unísono para apelar a su conciencia en nombre de la pobre madre del chico nuclear. Le expusieron de manera razonable, dijo, que teniendo en cuenta que la «POBRE POBRE POBRE POBRE» (tal como ellas lo recalcaron) madre del chico nuclear, a nivel cuantitativo, en la vida había sufrido más tragedias político-personales que las tragedias político-personales que había sufrido cualquier otra persona de la zona a lo largo de la vida, ¿no sería más noble, espiritual y altruista echarse a un lado y permitir que el lechero de verdad fuera para ella? Pues yo me cosqué al instante, pero antes de que pudiera ponerme con «Por Dios bendito, mamá, ¿es que no ves que te están engañando? Además, la cosa no funciona así», ella ya estaba describiendo los hechos. Llevando la cuenta con los dedos, se puso a comparar, a nivel cuantitativo y de acuerdo con su jerarquía del sufrimiento, las tragedias que ella había sufrido con las de la madre del chico nuclear. «La POBRE POBRE POBRE POBRE mujer —dijo—. Se le han muerto el marido, cuatro hijos y una hija, todos políticamente; mientras que yo tengo el marido y un hijo, pero ninguna hija. Me refiero a muertas, y sí —alzó la mano para impedirme hablar—, es verdad que el segundo hijo murió políticamente, pero tu padre, ¡qué buen hombre! ¡Ay, qué bueno era! Buen padre y buen marido»,

y aquí se fue por las ramas y se deshizo en halagos hacia mi padre en lugar de criticarlo como de costumbre, cosa que interpreté como otro episodio de remordimientos por haber reprimido («no estoy enamorada porque ya estoy casada, así que ¿cómo voy a estar enamorada?») su amor por el lechero de verdad durante tanto tiempo, y supuse que estaba sobrecompensando porque se sentía mal por haberse casado con la persona equivocada. «Tu padre — continuó—, que Dios lo tenga en su gloria, se murió normal de una enfermedad, no por la política. Así que supongo que tienen razón y voy a tener que retirarme, hacer lo noble y entregarle el lechero de verdad». Para entonces yo no podía más que mirarla sin articular palabra, pero enseguida me enfadó muchísimo que fuese tan obtusa. ¿Es que no se oía hablar? ¿Por qué no veía las intenciones de las astutas exdevotas? Si la realidad fuese así, y ellas tuvieran razón con el principio moral y el razonamiento inequívoco de que con un hijo y un marido muertos, pero ninguna hija, no se pasaba el corte, si de verdad las cosas funcionaran así, ¿cuántos tendríamos que irnos a la tumba por vía de la política antes de que mi ma se plantease salir con alguien? Y aunque yo acatase esa valoración, la de la jerarquía del sufrimiento, la de los criterios absolutistas sobre quién obtiene más puntos por sus penas y desgracias, ella tenía una percepción errónea de lo que llamaba «los hechos». Así que me tocó adoptar un enfoque pedante y corregir el malentendido. En primer lugar, dije, la pobre madre del chico nuclear solo había perdido dos hijos por culpa de los problemas políticos, no tres; solo dos, por mucho que en el barrio pensaran que tal vez el chico nuclear debería contar, muy a pesar de Estados Unidos y Rusia. Yo no podía permitirme incluirlo, porque mi madre estaba entrando en la fase crítica de autosabotaje. Así que nombré al hijo favorito, el que había muerto políticamente porque cruzó la calle y le explotó una bomba. Y también al hijo mayor renegante y a la única hija renegante y, cómo no, al marido, que también había muerto por la política. Luego estaba el pobre perro al que los soldados le habían rebanado el pescuezo en el callejón. En segundo lugar, argumenté (aunque estaba cogido con pinzas) que mi madre había perdido a una de sus hijas por destierro, cosa que implicaba que había sido por los problemas políticos. Y que podría decirse también (si bien el argumento era aún más tenue) que sufría la pérdida de otro hijo, en concreto del cuarto, el hijo huido, a pesar de que, aunque ella lo quisiera con todo su corazón, no era hijo suyo y estaba vivo y viviendo en alguna parte más allá de la frontera. También apunté, atendiendo al estado de fatalidad de la pobre mujer, que no era probable que la madre del chico nuclear estuviera buscando un candidato para algo sexual o romántico.

«Venga, mamá —le dije—, ya la has visto. Al menos viste con tus propios ojos antes de que ella dejase de salir de casa que la pobre mujer cada día estaba más deteriorada, que nadie puede hacer nada por ella, que hasta le han cogido miedo y están pensando, debido al miedo que le tienen, en sentenciarla a muerte categorizándola como una inaceptable más del distrito. ¿Cuándo fue la última vez que la viste? ¿Quién la ha visto? He oído que no se lava, que no come, que no sale de la cama y ha abandonado al resto de la familia. No cuentas a la madre del chico nuclear, ma —le dije—, como candidata a tener citas con hombres en lugares punto punto punto». Mi ma se estremeció e hizo ademán de taparse los oídos. «Eres despiadada, hija. Dura. Qué fría eres. Siempre tienes ese aire gélido». Y tú eres muy lenta, ma, es lo que querría haberle dicho, pero no lo hice, porque de lo contrario volveríamos a uno de esos momentos como cuando le solté ese «ostras» y a otra pelea, otra vez con nuestra vieja indignación mutua. Lo que tampoco dije, o no de manera directa, fue: «¿Tus amigas son de fiar?», eco de la crítica que me había hecho ella la noche que me purgó el veneno. Lo dije con insinuaciones, sacando a colación el trabajo ladino y retorcido de la otra parte implicada.

«Tus compañeras, ma —le dije—, las amigas de misa, las mujeres exdevotas, ¿crees que es posible que ellas estén pensando: “Uy, es nuestro deber, simplemente es nuestro deber echarnos a un lado y cedérselo a ella” y que se refieren a la madre del chico nuclear? ¿Crees que estarán dispuestas a renunciar al lechero de verdad por ella, a ponérselo en bandeja, a despedirse de las posibilidades que puedan tener? En cuanto te salgas de la pista, ma, en cuanto te hayan sacado de la carrera así de fácil con su chantaje emocional, a esa pobre mujer la pisotearán el primer caballo y su carruaje. Entonces se reagruparán para reorganizarse y urdir el plan con el que echarán de la carrera a la siguiente aspirante al afecto del lechero de verdad. Pero la primera eres tú, ma —le dije—. Eres la principal candidata a su corazón, por eso han jugado tan bien la carta de la madre del chico nuclear, pero no les saldrá bien». «¡Venga ya! —protestó ella—. No puedo ser yo la primera y principal en...», y dejó la frase sin acabar mientras hacía un gesto de desprecio con la mano. «Eres tú, ma. Le interesas tú, es contigo con quien toma el té y a quien le trae botellas de leche de regalo y otros productos lácteos que estoy segura de que no le da a todo el mundo». Repitió el gesto incrédulo, aunque con menos vehemencia, más medio creyendo, con algo de esperanza. No cabía duda de que mi madre había perdido la práctica y necesitaba una buena dosis de confianza. Eso quería decir que yo debía ser benévola; no, tenía que ser pragmática, porque en realidad no me había percatado de si al lechero de

verdad le interesaba mi madre, la madre del chico nuclear o alguna de las otras. Eran demasiado viejas para prestarles atención. Pero es que no quería que ella se diese por vencida desde el principio. Claro que cabía la posibilidad de que el lechero de verdad decidiese, a pesar de que en ese momento aparentase aspirar a un emparejamiento íntimo, que no las quería a ninguna como parejas, o de que revirtiese a un estado de amistad amplio y universal en cuanto se recuperase del todo. Eso era demasiado desalentador para que mi madre, las exdevotas o incluso yo lo incluyésemos en el escenario. Así que no lo hicimos. Eso significa que la apuntalé con mentiras que, con los hechos en la mano, quizá no fuesen del todo mentira. Le dije: «Eres la aspirante más fuerte, ma. Siempre me dice que le caes muy bien, de verdad, y que te diga que ha preguntado por ti». «¿De verdad? ¿Eso te dice?». «Sí», contesté, aunque él solo lo había dicho de pasada. Aun así, el día que hablamos de verdad en la furgoneta, cuando me llevó a casa y se ocupó de la cabeza del gato, el lechero de verdad estaba cien por cien preocupado por mi madre. Así que tampoco estaba mintiendo, y se lo dije, dije «cien por cien», para reforzarle la confianza con números grandes y redondos. «No pasa nada, ma. Tú mantén la calma, conserva la fe, no pierdas el temple, ve poco a poco y ve ganando terreno con maniobras discretas. Acuérdate de cómo eran esas mujeres con Peggy. La apetencia y la voracidad que surgieron con lo de la monja Peggy. Tú misma me dijiste que te enfadaste con ellas, y ahora van y hacen lo mismo. Son unas listas», añadí, pensando en cómo habían engañado a mi madre, cómo le habían lavado el cerebro y se habían aprovechado de su conflicto interior. Era evidente que hacía mucho tiempo que no la atacaban por el flanco o en los puntos ciegos. «Menudas urracas manipuladoras, son más listas que el hambre, las muy astutas». «¡Hija mediana! —me gritó mi madre—. ¡Son tus mayores! No hables de las exbeatas con semejantes adjetivos».

Había dado en la diana, porque por fin se puso digna. Estaba desarrollando un aura de «cómo se atreven a aprovecharse de mi conciencia» que era alentadora, pero los acontecimientos avanzaban con rapidez, pues descubrí que otra consecuencia de que le hubieran disparado al lechero de verdad, puede que la principal consecuencia del tiro que le habían pegado, era que el balazo parecía haber catalizado su salida de la reclusión a largo plazo por no superar lo de Peggy. El exilio personal autoimpuesto del amor apasionado y romántico y la consiguiente sustitución por un amor incondicional al prójimo parecían haber llegado a su fin. Incluso antes de salir del hospital, y dejando de lado el momento desagradable del balazo y a pesar

de que su lado más severo y asceta intentaba por todos los medios reafirmar su severidad y ascetismo, hizo el descubrimiento incongruente de que se lo pasaba bien. Mi ma me contó que él le había dicho que al principio de estar encamado en el hospital, le vino un impulso insurgente aberrante por el cual quería que le dedicasen actos de bondad en lugar de tener que ser siempre él quien hiciera el bien. Eso no concordaba con otra ocasión doce años antes, durante la plenitud de su gran autosuficiencia, en la que había necesitado ayuda, toda la que pudiera conseguir y por consiguiente recibió después de que lo apalzasen y lo emplumasen con brea, y en la que su corazón, a diferencia de ahora, no se había abierto ni un ápice a posibilidades románticas o de amor íntimo. Es decir, en ese momento vivía su propia revolución y ya no se escondía detrás de tanto bien común y sacrificio. Esa vez quería recibir amor íntimo, sexo y afecto. Mi madre me contó que él estaba abierto a todo eso y añadió que le había dicho que, como por arte de magia o por algún milagro, habían empezado a lloverle actos de bondad, con posibles emparejamientos, pues las mujeres aparecieron casi de inmediato. Se presentaron en tropel en el hospital, le contó él, y eran sobre todo las mujeres tradicionales pías de la zona. Luego llegaron las mujeres de los asuntos. También aparecieron algunos hombres: algunos vecinos que no tenían miedo de que los relacionasen con alguien dispuesto a jugársela constantemente. Por supuesto, también estaba mi ma, su amiga de toda la vida. Así que ellas iban y era agradable. Aquí le cogió la mano a mi ma. Ella me dijo que él le había dicho que, debido a su personalidad pacífica reciente, se sentía cómodo con los actos de bondad que le dedicaban. Al salir del hospital, siguió recibiendo visitas y sintiéndose bien con la bondad ajena. Sin embargo, mi ma, que experimentaba una mezcla de éxtasis por que le hubiera cogido la mano y por la conversación íntima con el lechero de verdad, empezó a enfadarse porque por fin había entendido lo que yo intentaba decirle sobre las otras mujeres.

Aparte de la queja de su envejecimiento, la otra queja de mi ma era la ubicuidad de las mujeres exdevotas. Había dejado de sermonearme sobre el matrimonio, que en sí era otro beneficio de que hiriesen al lechero de verdad, y también desistió con lo de que yo me había juntado con gente casada y peligrosa. No tenía tiempo para eso, sin más. «Siempre están allí —gritó—, en su casa, con sus tácticas y astucias. Le llevan nabos. Las he visto con sus zanahorias y sus chirivías, la sopa casera, las tartas, el agua aromática de rosas y patatas envueltas para regalo saliéndoles de los bolsillos. ¡Qué embusteras! No te lo puedes ni imaginar». «Ya lo sé, ma —contesté—. Increíble». «Y se disfrazan, hija —continuó—, aunque Dios sabe que no son

pim...». Entonces fue cuando se acordó, cortesía de Sí Pero, de que ella tampoco era un pimpollo. De nuevo, me apresuré a intervenir. Le recordé que, gracias a un giro en su fuerza vital interior, ella estaba floreciendo, dejando atrás la actitud «la vida se ha acabado, ya no tengo nada que hacer en la vida, fin, me limito a dosificar lo poco que me queda» de persona mayor que adoptaba y que yo no había sabido ver hasta que hacía poco había dejado de adoptarla. En su lugar, había cobrado vida, estaba llena de brotes verdes y... «... competitividad y rivalidad —concluyó Sí Pero, que no es como yo habría concluido—. Soy demasiado vieja para los celos —me dijo—. No estoy acostumbrada. Creía que todo eso ya lo había pasado. ¿Sabes, hija? Me parece que en aquella época era más fácil pedirle a Dios que Peggy saliera con él que rezar para conseguirlo yo. O sea, por los celos, las reacciones negativas de las demás. Creo que también habría sido más fácil estar celosa por que una de ellas lo hubiera conquistado que lidiar con los celos de las demás». Y como con lo de la silla de la tatarabuela Winifred, me dio la sensación de que íbamos a tener un debate avanzado con observaciones hechas con microscopio, esta vez sobre los celos: un tema del que nunca le había oído hablar a mi madre y del que yo misma no hablaba ni quería reconocer, sobre todo por si despertaba mi propia versión de Sí Pero y de Terror A los Demás Y No Solo Los Días Difíciles.

Sí Pero había resurgido para contrarrestar mis tentativas de animar a mi madre. Cada vez que intentaba halagarla con algo alentador, Sí Pero intervenía con su negatividad y lo invalidaba. Cuando Sí Pero no estaba respondiendo «sí, pero» a todo, era porque mi ma estaba ocupada mirándose al espejo y suspirando. De todos modos, parecía una lámpara: en un momento dado estaba encendida y al cabo de un instante apagada, luego encendida, apagada; decaía a muerte y después repuntaba. De pronto se le pasó algo por la cabeza y vi que fruncía el ceño, se deprimía, se irritaba.

«Qué suerte tienen algunas —dijo—, que pueden pasearse por todo el mundo bien guapas bailando bailes de salón, sin conciencia alguna. Hija, ¿sabes que esa mujer que gana los concursos de baile de la tele tiene casi la misma edad que yo? ¡Pues así es! Ay, si todas tuviéramos ese aspecto... Qué fácil sería: en la cima del mundo, bien arreglada, sonrisa radiante, ropa brillante, con cuerpos que se mueven como campeones incluso antes de pisar la pista de baile. Hija, todas podríamos ser así si hiciésemos lo que hizo ella. Porque ¿sabes lo que hizo? Abandonó a sus seis recién nacidos en el sofá para que se las apañasen solos con un puñado de galletas para repartir entre todos. Todo para ir a divertirse y tener la profesión más apasionada y ajetreada del

mundo. ¿Qué clase de comportamiento es ese? ¿Qué madre haría semejante cosa? Aunque sea por la gloria de llegar a ser la mejor, la más mejor; o una de esas almas caritativas que ayudan a fomentar la paz y la cohesión en un lugar con una larga historia de odio y violencia. Bailar y que te aplaudan y ser famosa y tener prestigio y mérito y ser así de guapa no lo es todo. A mí no me verías abandonar mis deberes y a mis hijos», y con eso volvió al tema de las tareas diarias.

De pronto, suspiró y se le apagó la luz eléctrica y se hundió aún más. A continuación, «No me puedo creer que esté haciendo esto, soy muy vieja para esto. No puedo ponerme tu ropa. Es para chiquitas, no es ropa de señora avanzada», y se sentó alicaída en el borde de la cama por no ser capaz, celosa de la madre del medio novio porque ella sí podía y lo hacía magníficamente. En ese momento me quedó bien claro que yo no podía salvar la situación. No podía sacarla a flote. No tenía madera de asesora. Era imposible que yo le levantase el ánimo porque no me hacía caso, no valoraba mi opinión y le prestaba más atención a la de Sí Pero. Además, yo tenía mis propias preocupaciones. En ese momento todavía me acosaba Milkman. No solo no estaba muerto, sino que estaba en pleno asedio y había redoblado la depredación que él contaba como preliminares. Pero en el caso de mi madre, necesitaba refuerzos y eso quería decir, solo podía significar, que había que llamar a la primera hermana. Ella sabría qué hacer, pensé, qué sugerir, cómo apoyarla para sacarla de la negatividad y el derrotismo. La hermana mayor no toleraría interrupciones de Sí Pero. «Debo ir a por la primera hermana, traer a la primera hermana» se convirtió en la prioridad.

Mientras mi ma y Sí Pero, con la moral baja y la cabeza entre las manos al borde de la cama, revertían a su anterior estado altruista y a hacer lo correcto cediéndole al lechero de verdad a la madre del chico nuclear, y mientras las hermanas pequeñas trataban con mucha valentía de persuadirlas de lo contrario, bajé y cogí el teléfono. Me daba miedo llamarla por la tensión que había entre ambas desde hacía un tiempo. Había llegado a su punto más álgido y, sin duda, las dos lo sabíamos de sobra. También éramos conscientes de que, a menos que yo renunciase a Milkman, finalizase y abandonase mi relación inmoral de barrio chino con Milkman, y a menos que ella dejase de acusarme con falsedad de tener un idilio con Milkman, no pasaría mucho tiempo antes de que la tensión estallase en forma de violencia física entre nosotras o, aún peor, violencia verbal con palabras ruines e imperdonables. O sea, que la llamada precisaba un preámbulo. Debía hacerle saber de inmediato, y antes de que ella tuviera ocasión de lanzar su ofensiva, que no

llamaba por mí ni por ella ni por Milkman y tampoco por el horrible de su marido. Ma tenía un problema. Necesitaba ayuda, la ayuda de la primera hermana. La necesitaba en ese momento, pensaba decirle. Si la hermana sacaba a Milkman a colación, que parecía ser su obsesión-fijación número uno en lo que a mí respectaba, y yo respondía con rabia, cosa que haría, dado que era mi obsesión-fijación número uno en lo que a ella respectaba, era probable que una de las dos acabase colgando. Y eso no me gustaría. Sabía que sería lo peor. Pero me pareció que, en ese momento, debía arriesgarme. Así que cogí el auricular, comprobé como siempre que la línea no estuviera pinchada, como siempre sin saber qué buscaba. Entonces la llamé. Mientras sonaban los tonos, se me ocurrió que quizá contestaría su marido, así que me planteé colgar, pero no contestó él. Contestó la primera hermana y me acordé de que no podía haber sido él. El primer cuñado estaba en la cama, recuperándose de la reciente paliza paramilitar.

Para evitar un altercado instantáneo, me lancé de lleno al preámbulo según lo planeado. «Soy yo, hermana mayor. Se trata de mamá», y me arranqué con los detalles. «Y por eso necesita ayuda. Eso es, su amigo, el hombre que no quiere a nadie. Claro, sí, eso. Sí, sí, no. Resulta, hermana, que no quiere ser solo amiga. Cree que no puede estar con él porque las mujeres exdevotas han sembrado las semillas de la culpa, le han dicho que... ¿Perdona? Sí, ajá. Eso es. Es lo que yo le digo, pero... Claro, sí, también se lo he dicho, pero no me hace caso. Ya lo sé, hermana, pero no olvides que está de los nervios y tampoco es que tenga mucha experiencia. No ha hecho nada de esto desde papá». Aquí omití el lío de las parejas equivocadas, ya que la primera hermana podía estar muy sensibilizada en ese sentido. «Así que debe de hacer años y años —continué con prisas—. ¿Qué? Ah, no se me había ocurrido, pero tampoco me sirve porque yo no consigo que me escuche... Es lo que he intentado decirle, pero no calla con los peros ni para de desanimarse por culpa de la ropa, el cuerpo, no sé qué silla en la que ya no cabe. Eso es, una silla. No. ¡Silla! He dicho “silla” y no estoy gritando. Y no, hermana, no exagero. Escucha, a ver si la oyes gemir y suspirar tú misma». Entonces encaré el auricular hacia el piso de arriba mientras, en mi habitación, de mi madre salían expresiones de angustia mental extrema. También se oía a las hermanas pequeñas tratando de tranquilizarla, diciéndole que tenía justo el aspecto que debía tener, pero dado su estado de ánimo actual no debía de ser lo mejor que se le podía decir. Las hermanas pequeñas alternaban sus intonaciones de consuelo con carreras escaleras abajo para oír nuestra parte de la conversación telefónica, para después volver a subir, abordar de nuevo el

consuelo y ser testigos del nacimiento de la inseguridad más reciente. «¿Ves? —pregunté al ponerme al aparato—. ¿Vienes, hermana? Necesita ayuda. Te necesita a ti. Eres la única que puede darle la vuelta a esto y conseguir que te haga caso, hablar con ella, ayudarla, hacer algo con su confianza y su ropa. Yo no puedo, no soy capaz, pero tú sí. Vienes, ¿verdad? ¿Puedes venir? ¿No podrías venir? ¿Ahora?».

Eso es lo que le dije, y llamarlo el hombre que no quería a nadie en lugar del lechero de verdad fue deliberado. Cualquier mención del lechero, cualquier lechero, habría provocado un efecto indeseado. La hermana no perdió el tiempo. Me dijo que llegaría «dentro de quince y diez minutos», que eran veinticinco minutos y también comprensible, porque la zona de los diez minutos era tan lúgubre y escalofriante que a nadie le gustaba incluirla en sus cálculos habituales. «Ahora se lo digo —contesté—. Gracias, hermana», y nos dijimos los adioses, aunque la despedida no fue tan prolongada y agotadora como habría sido si no hubiera habido un trasfondo de tensión en cuanto a Milkman. Sin embargo, el hecho de que nos dijéramos adiós unas cuantas veces y no solo una o ninguna era señal de una posible reparación de la sororidad. La llamada se había terminado sin gran pelea, sin bofetones, sin que ninguna de las dos pronunciase palabras de las que después se arrepentiría y no podría retirar, y mi hermana venía hacia aquí. Gracias a Dios, dentro de quince minutos y diez estaría aquí para ocuparse de mi ma. Coloqué el auricular en su sitio, sin preocuparme mucho por si los escuchas del Estado nos habían oído a escondidas. Suspiré con alivio y me mentalicé por costumbre para enfrentarme otra vez a mi madre.

La hermana llegó después de quince y diez minutos, tal como había prometido. Traía ropa y accesorios apropiados para la persona y la ocasión; también sus tres pequeños: dos niños gemelos y una hija. Había dejado al marido en casa a que se cuidase las heridas de la justicia él solo. Se hizo cargo de la situación de inmediato, tal como yo sabía que haría y como le correspondía, porque concordaba más con mi ma, siempre había pensado como ella y estaban en sintonía, y por eso ella tenía un efecto energizante en mi ma mucho mayor del que yo podía tener. Además, era infalible: siempre acertaba con lo que había que hacer, así que nos reclutó a las tres hermanas pequeñas, a sus retoños y a mí como recaderos mientras ella calmaba y tranquilizaba a mi madre. Sí Pero desapareció, se fue por su propio pie antes que intentar batallar con la hermana. El resto nos pusimos manos a la obra y llevamos y trajimos y nos alegrábamos de hacerlo por el bien de mi ma. Mientras tanto, ella se animó, cada vez más aliviada y confiada. La hermana

mayor también estaba más despierta, menos triste y apenada. Así que, estando mi madre contenta, la primera hermana contenta, las hermanas pequeñas contentas, los críos contentos y yo también, al cabo de un rato dije que, mientras ellas seguían, yo iba a la cocina a preparar té.

Y ahora, dos semanas enteras después de que la chica de las pastillas me envenenase y desde que la habían asesinado, y de que a mi madre le diese el ataque de problemas de amor e inseguridad por culpa del lechero de verdad; dos días después de lo del chef y el ex medio novio y sus planes para irse de aventura a América del Sur, y de que matasen a Milkman y de que fulano de tal estuviera cuidándose las magulladuras y arrepintiéndose de algunas cosas, aquí estaba yo, con la vida normal otra vez en marcha. Estaba en la cocina, preparando la cena para las niñas. Esto era antes de que ellas saliesen a jugar a la pareja internacional y antes de que yo me pusiera la ropa de correr y, por primera vez desde el envenenamiento, me dirigiese a casa del tercer cuñado, que estaba calle abajo. Las pequeñas decían que les gustaría que me diese prisa, que estaban listas, preparadas para jugar en cuanto acabasen de cenar y, como siempre, querían comida preparada de Fray Bentos. «Con patatas fritas», añadieron. «O bollos de pasas», añadieron. «Con patatas fritas», añadieron de nuevo. O «plátanos con patatas fritas» o «huevos pasados por agua con patatas fritas» o «un pastel de carne con patatas fritas, pero de la freiduría», y siguieron nombrando cualquier cosa con patatas, a pesar de que ya les había explicado que no les pondría patatas porque, en primer lugar, no sabía freírlas y estaba segura, aunque no lo había demostrado en la práctica, de que si alguna vez lo intentaba, quemaría la casa y por eso no quería ni probarlo. En segundo lugar, no me atrevía a volver a la freiduría, a pesar de que Milkman estuviera muerto, quizá incluso menos ahora que estaba muerto. Las dependientas que habían capitulado aun sin yo hacerles capitular me demostrarían su rencor sin tapujos, y solo era cuestión de tiempo que quisieran el dinero y venganza. Así que no había acabado el asunto de Milkman y yo. Bien pensado, yo sabía desde el principio que no se acabaría. Con estas cosas hay que ir día a día, persona a persona, represalia a represalia. En lugar de patatas fritas, les dije a las hermanas pequeñas que podían escoger entre Fray Bentos, caramelos masticables de fruta, surtido de regalices, helado, esos dulces de golosina que son dos platillos volantes de oblea rellenos de picapica, del que te explota en la lengua, y que yo sabía que les gustaban, y remolacha hervida. «Lo que sea —recalqué—, pero sin patatas fritas», cosa que les encantó y las decepcionó a partes iguales, pero al final se conformaron con variaciones de esas chucherías para niños con las que yo

soñaba cuando estaba reponiéndome del envenenamiento. Así que les preparé la cena, que básicamente fue sacarla de los armarios. Pero aun así no paraban con «¡Hermana mediana, por favor, date prisa! ¿Por qué no corres? Una cantidad modesta de prisa, por favor, pero ¿no puedes ser más inmediata?».

Les di las cosas, se las comieron y salieron corriendo a jugar a la pareja internacional. Al subir a cambiarme para ir a correr, miré por la ventana y vi que lo de la pareja internacional era todo un éxito. Había niñas pequeñas tropezando por todas partes. Al parecer, todas las del distrito estaban en la calle, jugando, contoneándose, y a primera vista traían a la memoria candelabros con exquisiteces añadidas, como brocado dorado y papel de pared repujado. Cuando salí de casa, las calles estaban invadidas: niñas adornadas con cintas, seda, terciopelo, zapatos de tacón, enaguas rasposas y en parejas o solas, pero fingiendo bailar en pareja, hacían pasos de vals y cada poco se caían de cabeza. Mientras tanto, los niños, que no hacían caso de las niñas, habían suspendido temporalmente las operaciones contra el ejército de allí, supongo que debido a la actual ausencia de dicho ejército de allí, y se turnaban para hacer del bueno en la nueva obra de teatro sobre el último mártir en morir a causa de los problemas políticos: Héroe Renegante Milkman, perseguido, atacado y acribillado a balazos con la habitual cobardía por un escuadrón de la muerte engendrado por un Estado terrorista.

* * *

«Puto. Joder».

Yo sabía que él sabía que estaba ahí, que era yo, pero permaneció de espaldas en el jardín, con la ropa puesta y farfullando como siempre mientras calentaba. No me miró ni dio muestras de haberse dado cuenta de que había llegado ni cuando me agaché para abrir la pequeña verja de su jardín, así que supuse que seguía enfurruñado, y me refería a la llamada telefónica, la conversación que había tenido hacía unos días con mi madre sobre por qué me había saltado los entrenos. Por eso y porque había reaccionado con escepticismo cuando me quejaba de estar perdiendo la fuerza de las piernas, la coordinación del cuerpo, de que se me descentraba el equilibrio, de que tropezaba, de que me caía, pensé que sería mejor ponerme a estirar en silencio a su lado en lugar de ofrecer explicaciones. Y eso es lo que hice. Al cabo de un rato, me dijo sin mirarme: «Creía que habías dejado de correr». «No — contesté—. Eso era el veneno». «Pues han pasado días y días —se quejó él— y no me parecía que fueses a volver». «Intento de asesinato, cuñado». «Eso es lo que dicen todos, cuñada. Una cosa es decir —y aquí le noté tensión y dolor

en la voz— “no, veinte kilómetros no: cuarenta y cinco”, que sería farruco. Pero decir, o hacerle decir a tu madre, “no, no sale a correr y no saldrá nunca más a correr”, eso es jugar sucio».

Sin mirarme, continuó con los flexores de la cadera. Sabía que tenía que salvar la situación, dar crédito a su queja, darle una palmadita en ese corazón herido. La mejor manera era hacer que me incitase a chulearle, cosa que, de momento, al menos él estaba intentando. Me correspondía decir: «Muy bien, ya me he cansado. Hoy haremos treinta kilómetros». Pero tenía demasiadas dudas sobre mi recuperación y mi aguante para arriesgarme a tanto. No estaba segura de si sería capaz de correr quince, u ocho siquiera; aunque estaba recobrando el uso de las piernas, no sabía si estaba preparada para correr. Supuse que podía lanzar al aire cualquier cifra especulativa de kilómetros que no correríamos, pero «Hoy haremos veinte kilómetros», anunció él, y abrió la puja antes de que yo tuviera la oportunidad. «No vamos a hacer veinte kilómetros ni dieciocho», repuse, que para él era una pulla, y surtió efecto, porque se mostró apaciguado y sorprendido al mismo tiempo. «¿Cómo que dieciocho no?», gritó. «Lo que oyes —respondí—. Ni dieciocho ni quince ni doce». «De acuerdo, dejémoslo en quince». «No —dije—, he dicho que quince no. Ni once ni nueve, puede que ocho. Vamos a correr nueve kilómetros». «Pero ¡eso no es nada! —exclamó—. ¡Nueve kilómetros y nada más que nueve kilómetros! ¿Qué tal nueve dos veces, cuñada? O nueve con cinco añadidos o...». Ni que decir tiene que yo podría haber contestado: «Mira, cuñado, tú corre más si quieres. De hecho, ¿por qué no hace cada uno lo que le apetezca?», porque ya daba igual si corríamos juntos o no, ahora que habían matado a Milkman. No lo admití de manera abierta, o sea, para mí misma, por si me hacía ver que me había convertido en esa persona mala, traicionera y de mal corazón. Pero lo cierto era que después de Milkman y su «yo soy un hombre y tú, una mujer» y lo de «no te hace falta correr», además del «voy a limitarte y aislarte hasta que pronto ya no harás nada» implícito, después de dos meses de tropezar, de pasar de que mis piernas, por algún extraño motivo, dejaran de funcionar a tener unas piernas que pronto funcionarían a las mil maravillas, volvía a sentir que era seguro salir a correr yo sola. Sin embargo, en ese momento, o al menos hasta que al cuñado se le fuese la cabeza de nuevo con su superadicción, decidí seguir entrenando con él. «Solo nueve kilómetros», anuncié, y al final el cuñado se dio por vencido. «De acuerdo», dijo, aunque también expresó su protesta por los nueve kilómetros. Suponía que podía compensar el déficit saltando a la comba o con más sentadillas y zancadas en el club de boxeo. Así pues, «no estoy

contento», dijo, pero tampoco parecía descontento. Parecía feliz, y creo que eso significaba que volvíamos a ser amigos. En ese momento, su esposa, mi tercera hermana, apareció con un grupo de amigas, todas habiendo consumido bebida. Cargaban con más botellas y con sus compras, un montón de bolsas de *boutiques* y de centros comerciales, resultado del asalto que habían hecho durante todo el día a los bares y los comercios del centro.

«Dios, estamos muy pedo», dijeron, y a continuación todas, incluida mi hermana, tropezaron con el seto ornamental. Mi hermana se arrancó con una complicada retahíla de asteriscos, signos de porcentaje, abreviaciones de crucigramas, acentos circunflejos, almohadillas, signos de exclamación, signos de dólar y su típico lenguaje soez y grosero. Sus amigas salieron del césped junto con las bolsas y las botellas y replicaron: «Ya te lo dijimos, amiga. Te avisamos. Está muy revoltoso, está fuera de control. Este seto es siniestro. Córtalo». «No puedo —respondió la hermana—. Tengo curiosidad por ver cómo acontece y se personaliza». «Ya se ve cómo ha acontecido y se ha personalizado. Ha acontecido *El día de los trífidos*. Se ha personalizado con ganas de matarnos». Entonces dejaron de vilipendiar al seto y repararon en nosotros.

El cuñado fue el primero en recibir.

«He oído que vas dando palizas a mujeres donde el parque y los...». Esta amiga de la hermana no pudo acabar la frase porque el cuñado paró de estirar al oír las primeras palabras. «¿Qué? —balbuceó—. ¿Quién ha dicho eso de mí?». «Basta ya», les ordenó la tercera hermana a sus amigas. «Venga, corderito —le dijo a él—. No les hagas caso. No son más que una mata húmeda de hierbajos en comparación con tu sensibilidad iluminada». Aunque habría sido difícil mantener un semblante serio y llamar al tercer cuñado ser etéreo pero nervioso (tal como demostraba el hecho de que sus amigas rompieran a reír), en un sentido muy libre yo entendía lo que mi hermana quería decir. Si alguno de los presentes tuviera que dar un paso al frente por ser la persona más modesta y fácil de sorprender, yo diría, y la hermana y sus amigas también dirían, a pesar de las risas: «En resumidas cuentas, suponemos que es él».

«Ven aquí», dijo la tercera hermana, y se acercó a su marido de un brinco, que me hizo darme cuenta de lo ágil y elegante que era cuando no estaba tropezando con el seto. «¿Quieres decir que no es cierto?», voceó el tercer cuñado, con algo menos de sorpresa, pero aún alterado por la acusación. «Claro que no es verdad. La mera idea de que tú le pegues...». «No, eso no —contestó el cuñado—. Me refiero a si es mentira que alguien ha dicho eso

de mí». «Nadie ha ido por ahí diciendo nada de ti». La tercera hermana se puso de puntillas para plantarle un beso ruidoso y teatral en la boca. «No, aparta —dijo él, y la movió a un lado—. No estoy de humor para besos». Entonces se volvió hacia las demás, que lo habían incordiado y agitado, y además con un tema con el que no deberían hacerse bromas y que él no debería tener que aguantar, sobre todo viniendo del sexo del que menos esperaba burlas de ese tipo. «Ya basta de acusar y difamar —les dijo—. No tiene gracia. No se puede ir chismorreando de la gente. Mira que arruinar la reputación de un buen hombre... Ya sois mayorcitas, a ver si se nota».

No tuvo ningún impacto. A continuación, siguieron conmigo.

«Vaya, vaya, mira quién está aquí», gritó una, aunque todas estaban mirando. «¡Bis bis! —exclamó otra, y señaló al tercer cuñado—. ¿Vais a la Convención Anual de Ojos Morados o qué?», que fue cuando el tercer cuñado se dio la vuelta y me vio el ojo morado, y yo se lo vi a él.

Que el cuñado tuviese un ojo morado no era frecuente, pero sucedía con la suficiente frecuencia en comparación con que yo tuviera un ojo morado como para no ser un suceso tan raro. Cuando me lo había visto esa mañana en el espejo, la única manera de aceptarlo fue recordar que fulano de tal no había salido indemne. Él debía de contar al menos veinte ojos morados, me había dicho a mí misma, cortesía de esas mujeres, de sus novios y de los renegantes, y no me cabía duda de que todos eran más morados que el mío. «Así aprenderá», le aseguré a mi reflejo, y luego me planteé si debía ir a trabajar o no. Al final había ido, después de arreglarme el ojo con toneladas de maquillaje, aunque, tal como descubrí en cuanto salí de casa y me crucé con gente, no tan bien como creía.

«O sea, que es verdad —dijo el tercer cuñado—. He oído rumores, pero eran cosecha de tu primer cuñado, así que no he querido creerme nada. Pero ¿ese puto fulano de la mierda mierdoso te ha hecho eso?». Me encogí de hombros, que significaba: «Sí, pero es agua pasada, él no se libró». «Bah», fue lo que dije, que dependiendo del contexto puede significar cualquier cosa. En este en concreto, quería decir: «Déjalo, cuñado. Ya está solucionado». Además, en comparación con todo lo que había pasado (y sobre todo en comparación con lo que me habría pasado la noche anterior si no hubieran matado a Milkman y me hubiese hecho quedar con él tal como él había planeado), fulano de tal y el porrazo que me dio con la pistola eran inconsecuentes. «No es pertinente», dije. «A mí me es pertinente, cuñada —contestó el cuñado—. ¿Qué hay de los principios? Tú eres una mujer. Él es un hombre. Tú eres hembra. Él, varón. Eres mi cuñada y me da igual a cuántos

miembros de su familia hayan asesinado, porque es un cabrón y lo habría sido aunque no los hubieran matado». No los habían asesinado a todos. Solo a cuatro. Los otros dos habían sido un suicidio y una muerte accidental.

El cuñado estaba muy enfadado y su enfado me llegó al alma. Fulano de tal se equivocaba: a la gente de aquí sí le importaban una mierda las cosas. Pero el cuñado tenía una particularidad, algo vinculado a esa extraña aberración mental diagnosticada por la comunidad en su relación con las mujeres. A pesar de su idolatría, la fe en la santidad de la feminidad, en que las mujeres eran seres superiores, en el misterio de la vida y demás, no era capaz de comprender ningún abuso cometido contra las mujeres más allá de lo que él consideraba una violación. Para él, la violación no tenía categorías. No había ambigüedad, piruetas retóricas, astucias de orador ni cuartos o mitades o tres cuartos de nada. No era un paquete de presentación. Una violación era una violación. Y también lo era un ojo morado. Una pistola en el pecho. Que personas de sexo masculino usasen las manos, los puños, las armas, los pies de manera deliberada o sin querer queriendo en contra de personas de sexo femenino. «JAMÁS LE LEVANTES LA MANO A UNA MUJER», habría dicho, para escarnio de todos, la camiseta del tercer cuñado si hubiese existido. Según sus normas (mías también, al menos antes de la depredación por parte de Milkman y de la comunidad), los aspectos físicos y verbales eran los únicos que existían. Eso significaba que lo que no transgredía esos principios, como acosar sin tocar, acorrallar, dominar, controlar a una persona sin que haya piel con piel, sin que haya choque de hueso contra hueso, no podía estar ocurriendo. Así que de todos los que habían oído hablar del cortejo de Milkman, el tercer cuñado era el único que bajo ningún concepto se había planteado que fuera real.

Por lo tanto, no identificar los daños mentales era uno de sus inconvenientes. Pero el ojo morado sí lo vio. «¿Por qué no dejamos el tema, cuñado? —pregunté—. Lo han machacado, en serio, entre cientos de miles de personas». Añadí que se había dado cierta sincronía, providencia, maña, una especie de merecido cósmico que podría describirse como un puro proceso alquímico. «Así que no hace falta nada más», dije, e hice lo posible por que le quedase bien claro. Es que estaba harta del ojo, de fulano de tal, cansada de las normas y de las reglas del distrito. En cuanto a los principios, de vez en cuando hay que confitárselos, como entonces, que yo ya no tenía energía para nada de eso. «No tienes que hacer nada», insistí, y añadí que su intención de ir y vengarme provocaría retraso en lo siguiente, y lo siguiente era el entreno. «Pero gracias, cuñado —le dije—. No creas que no te lo agradezco, porque

estoy agradecida». Tras una pausa, el cuñado dijo que pensaba darle una paliza igualmente. «No hace falta», reiteré. «Da igual», contestó. «Bueno», dije yo, y él: «Bueno nada». «Pues bien», dije yo. «Pues bien ¿qué?», preguntó él. «Pues bien, si eso es lo que piensas». «Pues bien, pues claro que es lo que pienso». «Bueno, pues vale». «Vale», dijo él. «Vale», respondí yo. «Perfecto», dijo él. «Pues muy bien», dije yo. «Genial».

Así acabó la cosa. Seguimos estirando, que fue cuando las demás, entretenidas con nuestro episodio hasta que se aburrieron del episodio, nos dieron un par de empujones. La hermana me salió con un último: «Qué vida tan emocionante, hermana mediana» que no me ofendió, sino que me hizo gracia, y todas dieron media vuelta y se embutieron en la casita de proporciones ridículas de la tercera hermana y el tercer cuñado. Poco después, por la ventana del salón se oyó el ruido de las bolsas de papel, exclamaciones sobre las compras, el asunto urgente de las bebidas, los vasos, los ceniceros y Elvis. Mientras tanto, nosotros dos seguimos estirando y el tercer cuñado dijo: «Venga, vamos a ello». Cuando saltamos el seto diminuto, porque nos daba pereza abrir la verja para salir a correr, inhalé la luz de última hora de la tarde y me di cuenta de que la luz se atenuaba, que pasaba lo que otros llamarían una atenuación. Entonces, al aterrizar en el pavimento en dirección a la carretera de los parques y los embalses, exhalé esa luz y durante un momento, solo un momento, estuve a punto de echarme a reír.

Agradecimientos

Gracias a:

Katy Nicholson, Clare Dimond, James Smith, Gerard Macdonald, Carlos Peña Martin, Julie Ruggins, Mia Topley-Ruggins, Belle Topley-Ruggins, Lisette Teasdale, Mike Teasdale, Katy Teasdale, Dan Teasdale, George Teasdale, Pat Thatcher, Sarah Evans, la Royal Literary Fund, Joe Burns, Catharine Birchwood, Maggie Butt, Jane Wilde, Judy Hindley, John Hindley, Brian Utton, Sally Utton, Liz Kay, Helen Colbeck, Virginia Crowe, Pat Vigneswaren, K. Vigneswaren, Ann Radley, Nigel Stephens, Tony Dawson, Russell Halil, Annie Drury, Mark Lambert, Archie, Selina Martin, Michaela Hurcombe, David Cox, Marianne Macdonald, Charles Walsh, Astrid Fuhrmeister, Vesna Main, Peter Main, Janine Gerhardt, mi agente David Grossman, Louisa Joyner y el equipo de Faber, Ian Critchley, revisor de *Milkman*, Hazel Orme, editora de *Little Constructions*, Maureen Ruprecht Fadem, James Gardner, Joan Wignall, Terry Howell, Christine Tutt y John Shaw (el Comité) de la ONG de la parroquia del distrito de Lewes HOMELINK, el banco de alimentos de Newhaven, Nicky Gray (antiguo miembro de la Sussex Community Development Association de Newhaven), la ONG Hampton Allotment Charity, la Sociedad de Autores, el servicio de vivienda de Bienestar Social, el sistema de empleo y políticas sociales, el tribunal de lo social (del Servicio de Tribunales del Ministerio de Justicia) de Brighton, formado por el Dr. R. D. S. Watson, el juez A. J. Kelly, el ujier amable y cordial cuyo nombre no llegué a averiguar, y Elizabeth Finn Grants.

A lo largo de los años, han sido muchos los amigos y desconocidos que con amabilidad y consideración me han ofrecido ayuda y me han hecho regalos. Estoy deseando organizar una fiesta descomunal para agradecerse a todos, pero todavía no, porque tendrían que pagarla ellos.

Últimas consideraciones:

Gracias a mí.

Gracias al White Eagle Lodge por incluirme en su lista de sanación.

Al espíritu: gracias.



Anna Burns nació en Belfast en 1962, Irlanda del Norte, en 1962. Es autora de dos novelas, *No Bones* y *Little Constructions*, y de la novela corta *Mostly Hero*.

Con *No Bones* ganó el premio Winifred Holtby Memorial Prize y fue finalista del Premio Orange de Ficción.

Milkman, una novela sobre el acoso sexual y las relaciones de poder, le ha valido a Burns los premios Man Booker 2018 y National Book Critics Circle 2019.

Vive en East Sussex, Inglaterra.